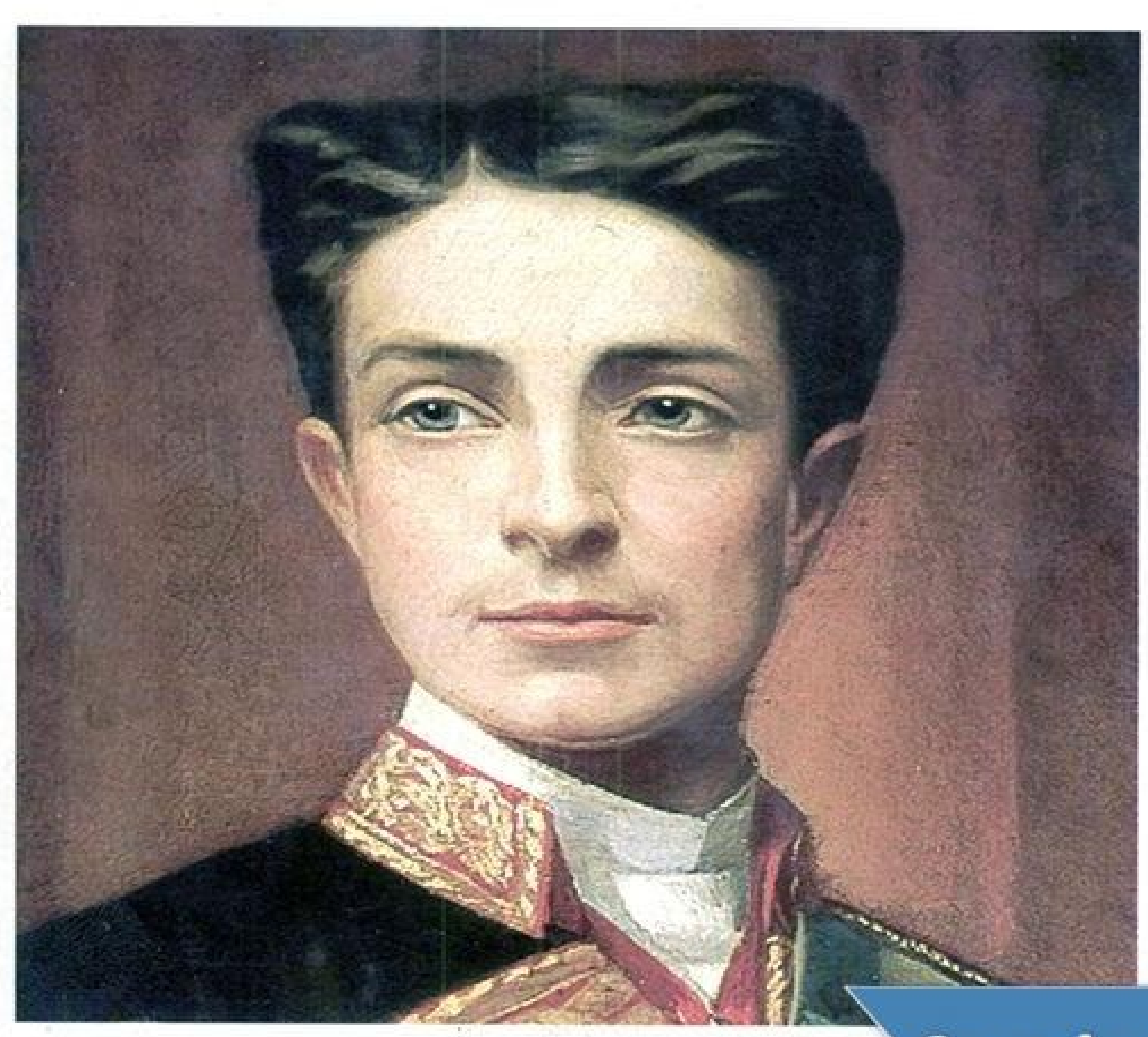
Carlos Rojas

Alfonso de Borbón habla con el demonio

La vida de Alfonso XII contada por él mismo, entre las realidades de la Historia y las atormentadas fantasmagorías de sus sueños.



En un largo soliloquio, el rey Alfonso XII hace un recuento de su vida en el que la historia de España se entremezcla con sus sueños, sus inquietudes y sus recuerdos personales: la guerra carlista y los amantes de su madre Isabel II, las intrigas de los políticos y los numerosos amoríos del monarca, sus presentimientos de un trágico final y sus dos matrimonios con Mercedes y María Cristina. El conjunto ofrece un inesperado y sugestivo retrato del monarca, entre la biografía y la imaginación novelesca, que profundiza en un apasionante período de la historia de nuestro país, reflexionando con aguda inteligencia y oportunos toques irónicos sobre el paso del tiempo, el amor, el destino…

Carlos Rojas pone una vez más sus grandes dotes de escritor al servicio de un tema histórico para mostrar en toda su dramática desnudez la contradictoria vida de un hombre que fue de una manera lúcida y sensible el rey de los españoles.

Lectulandia

Carlos Rojas

Alfonso de Borbón habla con el demonio

ePub r1.0
Titivillus 28.09.16

Carlos Rojas, 1995
Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

MADRID

16 de enero, 1875

A caballo blanco, como se lo prometiera a Mercedes, hice mi entrada en Madrid. A caballo blanco, *Segundo* de nombre, amblador y marchoso que no tordillo y menos canelo cuatralbo, como luego bisbisearán los envidiosos, volví anteayer a la Villa y Corte. A mis muy mozos diecisiete años, era yo al fin rey triunfante de oros y centíberos, según dice sonriéndose malignamente Pepe Alcañices.

Un solo cañonazo coreó el silbido de salida de mi tren de Aranjuez. En seguida se apercibirían en Madrid las tropas que iban a honrarme el recorrido, desde Atocha al palacio de Oriente. Mi espejo a cuestas, la memoria implacable que nada omite para mi calvario o regalo, las refleja a todas cuando las nombro. Formaban ante la estación dos escuadrones del regimiento de España, en tanto me acogían la llegada a Atocha las veintiuna salvas de ordenanza, a las doce dadas y sonadas. Aguardábame en el paseo de Trajineros otro escuadrón de Calatrava. Prado arriba me flanqueaban fuerzas de Artillería montada e Ingenieros, con su tren de Telégrafos. En la calle de Alcalá, cuadráronse otros escuadrones de Artillería y de puentes de barca. Alumnos de la Escuela de Ingenieros y un tercio de la Guardia Civil rendían banderas en la Puerta del Sol. A los batallones de reserva de Granada, Toledo y Guadalajara les cupo en suerte la calle Mayor. En la de Bailén paraban los cadetes de Infantería y una última sección de artilleros a pie. Milicias de voluntarios realistas recibiéronme en palacio, por la puerta de la Armería.

Me sirvieron de séquito las más afamadas lanzas del país. Como comandante general de alabarderos, cabalgaba a mi espalda don Juan de la Pezuela, conde de Cheste: último verdugo de Dante en el infierno, como lo llama bizcando Cánovas del Castillo por haberse obstinado en traducirle *La Commedia* en verso. Precedía la Pezuela a una escolta de generales y capitanes generales, como Martínez Campos, Primo de Rivera, Novaliches, Jovellar, Pavía Rodríguez de Alburquerque, Ceballos, Echagüe y Terreros.

En mitad de la calle de Alcalá y al pie del cimborrio de las Calatravas, la iglesia remozada por Juan de Madrazo a instancias de don Francisco de Asís —digamos por decir mi padre—, me erigieron un arco triunfal de quitalpón, coronado por una cimera de gallardetes, banderines y banderas. Apiñada a lo largo del arroyo, me aclamaba la multitud. Madrid era un hervidero de gritos, colgaduras, doseles, cortinajes, tapices, guirnaldas, chales, mantones, cobertores, damascos y telas blasonadas. Por balcones y ventanas llovían flores, aleluyas impresas y cintas de colores. A los rostros y al vocerío, saludaba yo con la teresiana. Aun en mi gozo, era medio suplicio agitar el quepis. Lucía flamante uniforme de capitán general, cortado de lejos y con medidas aproximadas por un sastre de la Corte, llegado a Marsella cuando ya embarcábamos para Barcelona. De tan prieto por la axila, se me hendía la

costura y parecían prestos a saltárseme los botones en el pecho.

—Celebremos la acogida que os dispensó este pueblo de insensatos —me dijo ayer Cánovas—. No os quepa duda de la sinceridad de su júbilo. Pero recuerde vuestra majestad que mayor fue todavía su entusiasmo en 1814, cuando regresó vuestro augusto abuelo Femando VII del destierro, al cabo de la más atroz de las guerras. Lo recibieron al bramido siniestro de *¡Vivan las caenas!* Halagado sentiríase el rey. Pero los despreciaría a todos, riéndose en las honduras del alma.

—Don Antonio, el desfile fue un teatro con la ciudad por escenario, concluida la zarzuela, ahora empieza de verdad mi jornada. Pero no pretenda usted que escarnezca y menosprecie al pueblo como mi abuelo.

—Lamento discrepar. Pero la verdadera farsa comienza ahora, señor. Ayer tuvimos el último ensayo. Debemos convertir vuestro reinado en una parodia de la democracia británica, igualmente invulnerable a la revolución y al golpe de Estado.

Pero mientras yo desfilaba por la calle de Alcalá y bajo el arco de las Calatravas, entre artilleros y pontoneros, el escepticismo de Cánovas, en funciones de severo mentor, pertenecía aún al inmediato porvenir de la mañana siguiente. Por un instante, ensordecí y me ensimismé admirando el firmamento. Era casi niño, cuando me dijo Alcañices en París que lo peor de mi destierro era perderme yo el cielo de invierno en Castilla. *Ni en Francia ni en Viena, verás nada parecido*. A solas los dos, habíamos paseado hasta la cumbre de Montmartre. Allí paramos a contemplar los tejados, que la brisa y la atardecida recortaban a titubeantes tijeretazos en la neblina. *El azul, de tan claro, se crece y asciende. Las nubes, en cambio, son apaisadas y blanquísimas. Todo el desorden bulle de tejas abajo. Arriba, el contraste entre el azul tan alto y el blancor tan bajo impone una ordenada razón. Yo no acabo de comprenderla, la verdad. Pero va a fascinarte tanto como a mí mismo*.

Nubes, no las hubo. Todo era clara luz de invierno, dorándome los vítores y las calles. De tan brillante, diríase barnizado el cielo a muñeca y puesto a secar al sol. Entre las calles del Turco y del Barquillo, frente a mi efímero arco triunfal, pensé que nevaba la noche del 27 de diciembre de 1870, cuando por allí cruzaron a todo correr, con el general Prim, arcabuceado y desangrándose. De Prim y de su atentado, parte de una historia pasada aunque no fundida con la nieve, volvía a hablarme Pepe Alcañices, duque de Sesto, la víspera en Aranjuez.

—Cerrada la noche, sobre las siete y media, dejó Prim el Congreso por la puerta de Floridablanca. Al amparo de un paraguas, cobijábanse de la nevada dos desconocidos. Uno de ellos echó a correr hacia la calle del Sordo, en cuanto lo vio subirse al coche. Estaba en la conjura y anda empapelado en el sumario. Él avisó a sus secuaces, que aguardaban en la calle del Turco. El caballero con quien compartía el paraguas resultó inocente. Tratábase de un papanatas, que casualmente paróse en el arroyo al ver salir al general de las Cortes.

—Pepe, la verdad y el vino sin aguar. Cántamela llana, caiga quien caiga, como siempre lo hiciste. ¿Tuvimos que ver con aquel crimen?

—Supongo que no —pensativo, sacudía la cabeza—. Pero no pondría las manos en el fuego por vuestro tío, el señor duque de Montpensier ni tampoco por Serrano, aunque sea el sumario una maraña de preguntas sin respuesta. Con Prim hablé por última vez, otra tarde del invierno anterior. Mediaba febrero y le llevaba una carta de vuestra augusta madre. Ella le propuso ser primer ministro, si os reconocía por rey. *¡Jamás! ¡Jamás! ¡Jamás!*, me gritó verde de ira, con sus vocales de puro payés catalán, rajadas como granadas. *¡Jamás! ¡Jamás! ¡Jamás!*, repetía en las Cortes, refiriéndose al regreso de la casa de Borbón al trono —reíase Alcañices, regodeándose luego con los ojos entornados como gato en la solana—. La acertó de lleno, el pobre. En paz descanse.

—En paz, y dime ¿por qué no me tuteas, como aún ayer lo hacías? Como cuando era niño.

—¡Nunca! —volvió a sonreírse—. Que ya soberanea su majestad, por derecho propio. Mal que le pese a Prim, en los infiernos.

—Me hablas y no te reconozco. Me suenas a un extraño.

—También su majestad lo es en esta tierra, de donde falta desde los diez años. Pronto advertirá que aquí las palabras cobran un sentido muy distinto del que se les supone. Pensad, señor, en el *jamás* de Prim o en voces como libertad y democracia. Me temo que ahora le toque a vuestra majestad aprender aceleradamente el castellano, como antes estudió idiomas ajenos. Por suerte tiene una memoria privilegiada. No conozco otra como la suya.

De Prim, muerto, pasé a Amadeo I: el rey de los Saboya que él se trajo y le votaron las Cortes. Amadeo el único, porque luego abdicaría la Corona. *Questo non è un paese! Questo è una gabbia di pazzi!* (¡Esto no es un país! ¡Esto es un manicomio!), gimiendo apuró el cáliz de sus tres años de reinado. Después, en nombre propio y en el de todos sus descendientes, renunció al trono. Lo había aceptado invocando la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, aunque fuese masón conocido, según me contaba Cánovas. Que Dios lo guíe y lo bendiga.

Cánovas había ido a París para aceptar la jefatura de mi partido, del alfonsino. Aunque los dos se odiaban, de mal grado se la cedió mi madre, la reina. Ella había pensado antes que me apadrinaran la demanda aquellos de quienes aún sospecha Pepe como sayones de Prim: mi tío Antoine de Montpensier y el general Serrano, duque de la Torre, quien debió de haber sido su primer amante en otra vida. Como lo cortés no quita lo valiente, luego contribuyó Serrano a destronarla en 1868. Pero a todos se impuso Cánovas, a demanda de Pepe Alcañices.

No hace ni dos años, apenas amanecido un agosto que fundiría los cantos de París, en el palacio de Castilla juntáronse con mi madre y conmigo mi hermana Isabel, Pepe, el general Reina, el marqués de Molins, Alejandro de Castro y Jacinto Ruiz. Cánovas exigía que le firmásemos la encomienda mi madre y yo. *Habiendo consultado a personas de cuya lealtad y desinterés no podemos dudar, hemos creído conveniente conferirte plenos poderes para dirigir, en mi nombre y en el de mi*

amadísimo hijo, nuestra justa causa, procurando su triunfo por cuantos medios y recursos puedas.

Jacinto Ruiz redactó la última versión de aquella carta, empedrada de adverbios y gerundios. A los pocos días, comparecióse Cánovas a firmar su aceptación. Me asombraron sus espantosos chalecos rameados como indianas, su estrabismo detrás de los gruesos quevedos y los mostachos de foca, sobre la mosca del mentón, cobijándole el dejo malagueño, que aún conservaba. Estipulado o impuesto un encuentro a solas conmigo, empezó a hablarme como a un adulto a mis pobres quince abriles, como si él fuese mi omnisciente abuelo y al igual que el centauro educaría a Aquiles. Acerca de don Amadeo y su renuncia, reflexionaba en voz alta:

—*Vidi e connobi l'ombra di colui / Che fece per viltà il gran rifiuto.* (Vi y conocí la sombra de quien hizo la gran renuncia por cobardía.) Aunque parezca mentira, no aludía el poeta a don Amadeo sino al papa Celestino V. El que abandonó el solio de san Pedro a los cinco meses de reinado y con cuyo espectro se tropieza Dante a la entrada del infierno —suspiró encogiéndose los hombros—. Todo ello parece terriblemente eterno y muy italiano. Si en España proclaman la República en 1868, después de la revolución, me temo que hubiese persistido y prevalecido. Se opuso siempre Prim. Les repetía que al régimen le faltaban precedentes y partidarios. Menos los tendría, pienso yo, la importación de un rey desde Italia. Algún día, jugando al rentoy o a la mona en el vestíbulo del abismo, podrá comentar todo aquello don Amadeo con Celestino V.

Según me contaron, por contraste con el sol de anteayer, también neviscaba el 2 de enero de 1871, cuando Amadeo llegó a Madrid. Serrano lo esperaba en la estación y lo condujo al santuario de Atocha. Allí yacía Prim, de cuerpo presente y embalsamado. Largo tiempo se embebeció el rey, frente al cadáver. Supongo lo asaetearía a miradas la rencorosa clerigalla. Salido de una urna y por voluntad del muerto, llegaba el monarca masón. Era hijo de Vittorio Emmanuele II: el usurpador excomulgado, que le arrebató los dominios al Santo Padre para encerrarlo en el Vaticano. Nevada volvióse la nevisca, mientras subía Amadeo por el Prado hacia el Congreso. Saludaba a sombrerazos a los pocos madrileños ateridos, que lo aplaudían en los portales y al socaire de los balcones.

Del Congreso retiráronse aquella tarde mis diputados, con los carlistas y republicanos. Pero juraría el rey la Corona, entre sardónicas sonrisas de sus propios fieles. Nunca supo el castellano y se le trababan las íes griegas y las jotas. Por no decir nada de nuestras erres, arrastradas por el aire como serones vacíos. *Lo jugo y pgmeto*. Jurado que hubo y siempre bajo la nieve, lo llevaron al palacio de Buenavista, donde presentó sus respetos a la viuda de Prim. Pudo recurrir entonces al francés, para su consuelo.

—*Madame, je vous promets que je trouverai l'assassin de votre mari*. (Señora, le prometo encontrar al asesino de su marido.)

—*Je vous remercie, Votre Majesté*. (Mucho se lo agradezco a su majestad) —

repuso la viuda y añadió contemplando a Serrano de hito en hito—: *Vous n'aurez pas à chercher très loin*. (No tendréis que buscar muy lejos.)

De todo me desentendí al llegar a palacio. Tan pronto el viejo Ceferino Rodríguez y su ayudante de ayuda de cámara, Prudencio Menéndez, me despojaron del uniforme y descalzaron las botas, me sentí libre de recuerdos y recuerdos de recuerdos: los que se imbricaban como tejas con las memorias de la tarde. A solas al fin, envuelto en una bata, en zapatillas y caído en una poltrona, fumaba mirando el crepúsculo sobre el Campo del Moro. A la puesta, encendíanse los cielos de enero como si fuesen de estío. Volviéronse primero de cinabrio, luego de ópalo, por último de lacre ardiente. Antes de que las sombras, amoratadas como los viejos espejos, devoraran los cielos.

También deslucíanse y apagábanse, a girones, el tren que me trajo de Aranjuez, el arco de triunfo de las Calatravas, los escuadrones de ingenieros, de artilleros, de milicianos, mi caballo blanco, *Segundo* de nombre, y hasta el distante recuerdo de Mercedes. Pero con todas las memorias de mi regreso triunfal, definitivamente extinguidos sol y clamores, íbanse las nieves de Amadeo y de Prim, los chalecos de Cánovas y hasta el papa Celestino V —el del *gran rifiuto*—, muerto desde hacía medio milenio, jugando a las cartas con Amadeo, vivo, detrás de las puertas del infierno.

Desoyendo las fervientes protestas de Ceferino, no cené aquella noche y exigí soledad y silencio hasta la mañana siguiente. Sentíame libre y desasido como un traje vacío. Pero no pude por menos de preguntarme qué haría yo, de pronto abandonado por voluntad propia en aquel palacio tan grande. Algún propósito oculto, muy ajeno a mi reinado, me devolvería a sus viejas estancias. Cerré los ojos y, como si a mí mismo me repusiera, me dije en voz alta:

—Vine a buscar los fantasmas de mi niñez.

Afinando el oído, comencé a sentirles las voces. Para beberles las palabras, bajé el pábilo de la lámpara, prendida a mi lado sobre un tresillo. Luego corrí las cortinas sobre la ventana, que ya daba a la noche en el Campo del Moro. Aun a mis diecisiete años, como quien dice casi sin tiempo de haber vivido, parecían venirse las voces de rondón desde un siglo distinto. De una época poco menos que legendaria, donde yo no era yo sino el espectro de un niño —siempre afligido por toses, trancazos y catarros, con palidez de cirio, ojos negros como tizos y diabólica memoria— a quien llaman príncipe de Asturias.

Voces de mi dómine en religión, el padre Cayetano Fernández de la Congregación de San Felipe Neri, quien a diario me cantaba misa a las nueve y media de la mañana, confesándome semanalmente, y todas las tardes, a las tres en punto, me instruía en catecismo y vidas de santos. Voces de mi profesor de lectura y escritura, don Cayetano Castilla, reprimiéndome por echar borrones en los dictados. O abriendo los ojos de pasmo y de espanto, cuando le repetía de memoria largos poemas, a la primera presurosa lectura. Para decirle en seguida que no los comprendía; pero los recordaba al verlos sin mirarlos, tal como andaban impresos en mi libro de

Elocuencia y moral. Voces de mi mayordomo y caballerizo mayor, el general y marqués de Novaliches, y de dos gentilhombres a mi servicio, Guillermo Morphy y Bernardo Ulibarri, cuando juntos me llevaban de paseo al Retiro. En el parque, sonreía meneando la cabeza don Bernardo. A la chiticalla, desaprobaba la llaneza y soltura de lenguaje de su compañero, mientras yo me partía de risa y contaba Guillermo Morphy:

—Aquí estuvo la gran pajarera en tiempos de Felipe IV. Pasaba entonces por la mayor del mundo, aunque faltarían en la jaula el fénix y el ave del paraíso.

Una tarde de Epifanía, cuando veníase a inaugurarla con un bufoncillo de la Corte el conde-duque de Olivares, verdadero amo y señor de toda España a la sazón, lo arcabucearon desde las acacias del Prado. Tumbaron la carroza, partiéndole tres radios de una rueda, y les volaron la cabeza al tordo y al cochero del conde-duque. Se dieron a la fuga los sicarios enmascarados y jamás los hubieron. De la carroza caída, saliéronse por la ventanilla el enanito y el valido. *¡Favor! ¡Favor! ¡Que me matan!* —chillaba el gallina de Olivares—. *¡Cielos, cielos que me apuntillan sin confesión los muy cabrones!* —gemía el gracioso.

Voz queda, gris y sumisa, talmente como él mismo, era la del tercer gentilhombre a mi servicio: don Isidro Losa y de la Cruz. Mi madre, que siempre tuvo flaqueza por los lacayos, cuando no la sentía por valentones atigrados, colmó de mercedes a aquel hombrecito ventrudo, entrado en carnes, ceniciento y bigotudo. Fue ujier, secretario de cámara, mayordomo de semana, palaciego de casa y boca. Hace tres años, don Isidro me acompañó voluntariamente a Viena, con Ceferino, Guillermo Morphy y el general Tomás O’Ryan, cuando fui a estudiar al Theresianum. Vagando con los cuatro una tarde de domingo por el Prater, se me ocurrió preguntarle a Guillermo si era cierto lo del conde-duque, el bufón y los cabritos trabucaires.

—La pajarera y el atentado lo son. Las súplicas del bufoncito y los cuernos de los rufianes quizá los imaginé sin advertirlo, o me los inspiraron dioses burlones. Aclárelo su alteza con Cánovas, que todo lo sabe sobre los Austrias y su decadencia. Lo de la puntilla, me suena un poco anacrónico. Cuadra con la época de Pepe-Hillo y de Costillares, no con la de Felipe IV, aquel rey tan amante de monjas y comediantas.

Como antes don Bernardo Ulibarri en el Retiro, circunspecto sonreíase en el Prater el general O’Ryan. Fruncido el ceño entrecano, contemplaba don Isidro Losa a Guillermo. Siempre lo tuvo por loco, porque pocas veces comprendía de qué hablaba. Aborrecíalo tanto como le envidiaba la gente de nota que había tratado, los varios idiomas de que se valía y la soltura de sus improvisaciones al piano. Celos venenosos también se los tendría, por ser el único de mis tutores a quien yo tuteaba. Que ya de niño sabía por instinto que el tuteo resérvanlo los reyes civilizados para los más íntimos.

Voces, voces que de nuevo retroceden hasta antes de la revolución y de nuestro destierro. Susurros de abacero servil de don Isidro, tan preocupado por mis toses, mis cacas, la fiebre y la afonía que me encamaban todos los inviernos. Risas chillonas y

trinos como campanilleos de mi madre. Ella sí tuteaba a todo cristo, por ser la soberana. Sus ojos azules, tan distintos de los míos, miraban a hombres y mujeres con inquieto desparpajo, para decirles distraídamente: *Te quiero mucho. Te quiero mucho*. Tono y timbre, templados por la ironía o por la mal contenida ira de Guillermo Morphy, en tanto hablaba con mi madre y yo los escuchaba, oculto tras la puerta del real gabinete privado.

—Señora, Isidro Losa escribe con faltas que cantan el credo y parten el alma. Sólo se desvive por traerse obispos de la primera silla, para que el príncipe de Asturias les recite la catequesis y ellos se la aplaudan. Me pregunto si educamos a un rey en ciernes, a un teólogo o a un monago sacristán. ¿De dónde viene esa alma de cántaro, ese analfabeto de don Isidro?

—Guillermo, ya sabes que te quiero mucho. Pero no seas delator. No me gustan los búhos soplones. Además Isidro es un santo. Trabajaba en la cerería preferida de las concepcionistas de Jesús de Medinaceli, cuando allí profesaba sor Patrocinio. Ella lo conoció, comprándole velas para el altar de la Virgen del Olvido y de la Misericordia. Por sus muchas virtudes, aunque no por su erudición, lo recomendó la monja a mi marido, el rey. Yo lo hice gentilhombre de casa y boca, porque me encanta que me hable de Patrocinio y sus prodigios, en tanto almuerzo mi arroz con pollo azafranado.

—¡Dios sea loado, señora! ¡Esto es peor de lo que yo pensaba! —Guillermo Morphy, el caballero Morphy como yo lo apodé, sacudía la delgada cabeza y las cuadradas y renegridas barbas. Ya le blanqueaba entonces la amplia calva, sonrosándosele al sol como si fuese de alabastro.

—No te atormentes, tonto, que todo se arreglará. Además te inquietas por nada. Faltas en la escritura las cometo yo. Acaso tantas o más que don Isidro Losa. No deberías envanecerte de la esmerada educación que te dieron ni despreciarnos a nosotros, los pobretes que no gozamos de tu privilegio. No obstante, canto como los ángeles y muchas veces me alabaste la voz. Vaya, si no mentías entonces.

—Yo no miento nunca, si puedo remediarlo. Por esto, con el corazón en la mano, os confieso que don Isidro es un lelo. La monja le torció la carrera, porque su auténtica vocación es la de cerero, aunque él lo ignore —en seguida cambió de tono y de tercio. Adelgazada, se le ensombrecía la voz—. Su alteza, el príncipe, me preocupa. En cierto modo, no acabo de comprenderlo. Como su majestad lo sabe mejor que nadie, es un niño inteligentísimo. Recuerda cuanto lee, desde que aprendió las primeras letras. Pero también parece presentir el porvenir y entonces me da escalofríos oírlo. Casualmente le conté que vuestros augustos abuelos, don Carlos y doña María Luisa, perecieron desterrados en Italia. Me dejó atónito, al replicarme en seguida: *A mí me tocará un día morir en El Pardo*. Le pedí sus razones para decirlo y afirmó desconocerlas. Luego se fue a jugar con el cometa, porque estábamos en los parterres del Campo del Moro.

—Sosiégate. Los niños dicen lo primero que se les ocurre.

Voces, voces.

Dirán los niños lo primero que se les ocurre. Y acaso, al igual que los locos, proclamen verdades. No se me olvida aquella cometa. Me la trajeron de París los padres de Mercedes, mis tíos Montpensier. Si bien mi madre no podía verlos y a gusto les hiciera la cruz para siempre, aquí pararon, de viaje ellos a su palacio de San Telmo en Sevilla. Llevaba la cometa una cola larguísima, adornada con flamantes banderolas de papel y era manchú auténtica, según mi tío Antoine. Adjuntas, en un sobre, veníanse las instrucciones para hacerla volar y la traducción de los caracteres chinos, estampados en la tela. Los leyó despaciosamente mi tío, con aquel acento de *boulevardier à l'ombre du Temple de la Glorie* (de paseante a la sombra de la Madeleine) que jamás perdiera, amusgando los ojos almendrados que de mandarín y no de francés parecen.

—Sueños y demonios se empeñan en hacernos creer que no existen.

Sueños, demonios, voces.

Estoy seguro de que algún día iré a apagarme a El Pardo. Ignoro cuándo, claro. Si pudiese penetrar en todo mi porvenir, sería como un dios. Un dios ido, por contraste con un rey triunfante, y no distinguiría entre pasado, futuro y presente, perdida la noción y los lindes del tiempo. Espero salirme de este mundo tarde y ya muy viejo. Quisiera ver vuelta respetable realidad parlamentaria la farsa política, de la cual tuvimos anteayer el último ensayo, según dice Cánovas, con mi entrada en Madrid.

Desde París, en un repente, telegrafié que sólo me apercibieran en palacio las estancias que fueron del rey consorte, de aquel a quien diremos mi padre. Las que dan a poniente por la Casa de Campo. También en París, tan pronto supimos triunfante el pronunciamiento que me aclamaba rey sin derramar una gota de sangre —*Sire: Votre Majesté a été proclamé roi hier soir, par l'armée espagnole. Vivre le roi!*—, acudió don Francisco de Asís a felicitarme. Hirviendo aquello de gentes y voces, comparecióse gestero y conmovido, con sus botines de ante y su abriguito de vicuña. Estaba en su gloria mi madre, todavía suponiendo que regresaba conmigo a la Villa y Corte, hasta que Cánovas ratificó por cable cifrado la imposibilidad de su vuelta. Antes había mandado decirme a Sandhurst ser de flamante nuevo cuño el Estado que conmigo empezaría. Por tal, debía estar libre de las sombras de otros reinados. Así como de sus deshonras y vergüenzas.

En el tumulto del *palais de Castille* —el hotel Basilewsky, lo llamaban siempre en la embajada española de Amadeo I y de la República, negándole el nombre que le adjudicó mi madre al adquirirlo—, tal por cual un par de espectros perdidos del ayer huido, se besaron mis padres en la mejilla sin mirarse. Luego don Francisco de Asís me abrazó sobre su pecho de pollo. Dos lágrimas diminutas, de aljófar o de rocío, se le pegaban a las pestañas largas y curvas como las de una mujer.

—¡Hijo mío, ni palabras tengo para expresarte un gozo tan grande!

—Hoy soy rey. Amaneció Dios y medramos. Mañana, ya veremos. ¡Revueltos andan los tiempos, en estos días!

Por un instante, miróme atribulado. Luego me volvió a abrazar. Airada, me habría reprendido mi madre el desplante, creyéndolo cínica insensatez. Impropia de mi nombre y de mis años. Reíase don Francisco de Asís, convencido de que mi ironía calcaba aquella tan suya, de la que tanto se envanecía. Pero no heredé de él la elefantina memoria, ni la propensión a predicciones y presagios. Al igual que yo, sabía el antiguo rey consorte no compartir una sola gota de sangre con mis hermanas o conmigo. Antes de que nos lo contaran por razón de Estado, supongo, no para pringarnos con el remordimiento de nuestra bastardía, lo echaríamos de ver ellas y yo con la certera perversidad de la infancia. En mi caso, puestos a descubrirme las fuentes del ser, repartiéronse los papeles Pepe Alcañices y Guillermo Morphy, Guillermo, en Viena, cuando allí convivíamos. Pepe en París o en Deauville, vuelto yo a Francia de vacaciones.

Aunque el alma se me partía en el pecho, recuerdo muy bien que siempre me encogí de hombros ante aquellas terribles confidencias. ¿Puede acaso proceder de otro modo un soldado, frente a la vida o la muerte, que nunca ha escogido? Más que mi filiación, sospechada casi inadvertidamente por largo tiempo, quise conocer la de mis hermanas. Isabel era hija del comandante José Ruiz de Arana, luego duque de Beana. Pilar, Paz y Eulalia, del penúltimo secretario de la reina en España: Miguel Tenorio de Castilla.

—No juzguemos a los padres, ni menos los absolvamos sin haberlos juzgado. Sólo cabe honrarlos como al país, aunque nos manche y abrume su pasado. Culparlos sería condenar la historia. Y esto no puede permitírselo un rey.

Fruncido el ceño, estevadas las piernas, paseaba conmigo Pepe Alcañices por el Bois de Boulogne. Nos cruzábamos con carretelas, calesas, breaks e inclusive con landós y tílburis: reliquias anteriores al desaparecido segundo Imperio. Solíamos bordear el lago por la Avenue des Acacias y la Allée de la Reine Marguerite. A veces dimos en el parque con don Francisco de Asís. En París, separóse judicialmente de mi madre. Vivía en un piso de la Rue Le Seur con un amante suyo, Antonio Ramos Meneses, y una mujer que creo fue de rompe y rasga, de joven querida de Cánovas. Veníase don Francisco con una trailla de perros de aguas, que siempre me saludaban con alborozados ladridos. Entretanto, respetuoso pero sombrío, guardaba Pepe medidas y meditadas distancias con aquel a quien llamaremos mi padre. Luego supe que a todos sus caniches los bautizó don Francisco con apellidos de antiguos amantes de mi madre.

—Alcañices, dile a Isabel que un domingo de esos iré al palacio, a almorzar con ella. Tampoco es bueno que no nos veamos casi nunca.

—Como el señor disponga. No dejaré de cumplir su encargo. —No era Pepe mucho más alto que el menudo don Francisco de Asís. Pero recreábase en erguirse y pasear la ceñuda mirada por encima de sus hombreras, para perderla entre la enramada de las acacias, donde graznaba un enloquecido revoloteo de grajos.

Junto al lago y mientras contemplaba yo al antiguo rey consorte, un imprevisto

ramalazo de la memoria me devolvió uno de mis primeros recuerdos. En algún recodo del alma, siendo yo muy niño, mi madre recibía conmigo a un desconocido. Era un hombre flaco y nervudo, con un corto bigote a lo Bartolomé Murillo y una corbata azul, anudada a un altísimo cuello duro. Nunca olvidé sus ojos: negros y lucientes como botones, tan rehundidos en las cuencas como ahora los míos. A solas los tres, me sorprendió que tuteara a mi madre, siendo la reina. Por algún tiempo, únicamente hablaría ella y me imagino que lo hizo de fruslerías y nonadas. Pero reíase a cada credo y parecía muy feliz. Su visitante no cesaba de mirarme. Debió de barruntar que no volveríamos a vernos y querría recogerme y ocultarme la estampa debajo de los párpados cerrados.

—Este señor es el capitán Enrique Puigmoltó —me contaba mi madre—. Aunque no lo conozcas, te quiere mucho. ¡Además, reparo yo ahora que tenéis los ojos idénticos!

Me observaba el capitán con sonrisa tristísima. Hoy pienso que sería la de quien se lee la mirada en el espejo y percata de que el mundo es nada. De improviso, arrodillóse a mi lado, hincando sólo un hinojo en la alfombra, como los militares masones en misa. Contenía el aliento, en tanto posaba sus pálidas manos en mis hombros y clavaba en las mías sus foscas pupilas. Sentí, o creo haber sentido que todo desaparecía a nuestro alrededor: mi madre, la estancia, Madrid y el entero universo. En mitad del vacío, quedamos aislados aquel hombre y yo. Muy despacio, me dijo:

—Dos locos tratarán de matarte. Pero ninguno va a conseguirlo —tenía la voz tan oscura como los ojos—. Tú serás rey entonces. Absuélvelos como otro día me perdonarás a mí.

Aunque no la exigió, le aseguré mi anticipada clemencia. Inclusive pienso habérsela prometido. Acaso por todo ello, pedí que mi séquito de capitanes generales me escoltase de lejos mientras cruzaba Madrid camino de palacio. No quería que balas asesinas, en un regicidio fallido, diesen por error en el conde de Cheste o en el general Martínez Campos, a cuyo golpe de Estado debíale el trono, en última instancia y a despecho de Cánovas.

Jamás sabré de cierto cuál de mis propósitos impuso la espaciosa separación de mi cortejo, para ofrecerme como blanco evidente y marchoso a un posible atentado. ¿Quise, en verdad, poner a prueba el augurio de quien me suplicaba el anticipado indulto de unos asesinos, antes aun de que me agredieran, como también a él debía perdonarlo por haberme dado la vida? ¿O acaso pretendí emular a Amadeo I, cuando, entre balcones cerrados y sin doseles, cabalgaba bajo la nieve por la misma calle de Alcalá, gallardo e igualmente alejado de su propia comitiva de espadones, que encabezaba el general Serrano y duque de la Torre?

Abrumado por la fatiga, cedí sin ponerlo en claro. Apenas me acosté, por la ladera de la enturbiada conciencia y bajo una nevada al sesgo, descendimos Amadeo y yo a caballo blanco. Luego desaparecieron las monturas y nos cobijamos de la tormenta,

muy apretujados, bajo un paraguas abierto. *El caballero con quien compartía el paraguas resultó inocente*. Así lo repetía Pepe Alcañices, en las tinieblas, sin que en el torpor de mi letargo esclareciera cuál de los dos —Amadeo o yo— era libre de culpa. De rondón, un recuerdo deslumbrante me devolvió el sol de Deauville y aquella playa, encalada de luz, por donde paseaba descalzo con Alcañices, bajo el aleteo de las gaviotas ahítas.

—On ne peut point régner innocentment: la folie en est trop évident. Tout roi est un rebelle et un usurpateur —*susurraba para sí Pepe Alcañices.*

—No se puede reinar inocentemente. Semejante desatino se da por supuesto —traduje riéndome, como si fuese aquello una lección de retórica—. Todo monarca es un rebelde y un usurpador.

—Lo dijo Saint-Just en la Convención, defendiendo la pena de muerte de Luis XVI —prosiguió Alcañices—. No tendría ni veinticinco años entonces aquel petulante y fogoso tribuno. Aunque no se refieran a una monarquía constitucional, sino a otra absoluta y por derecho divino, estoy en desacuerdo con todas y cada una de sus palabras. No obstante resulta saludable no olvidarlas.

—El propio Saint-Just acabó en la guillotina al año siguiente, a la caída de Robespierre —repliqué al igual que si recitara los deberes de la víspera.

Con las manos cruzadas a la espalda, paróse Alcañices ante el mar. Frente a la puesta del sol, un par de veleros parecían tan inmóviles como si les hubiesen esculpido en la raya del agua.

—Lo decapitaron en 1794, después del 9 termidor. Matarás y matarte han y matarán a quien te matare. Lo escribió uno de los cronistas de Indias. No recuerdo cuál. —Calló por unos instantes, para proseguir encogiéndose de hombros—: Es fama que los elegidos de los dioses mueren jóvenes.

Pensando en Saint-Just, en Alcañices, en el capitán Puigmoltó, agitábame en la cama. También me desvelaba el temor de dos sueños insensatos que me perseguían desde mi regreso a España. En Barcelona, en Valencia, trasanteanoche en Aranjuez, cruzábanse destellantes en la dormida conciencia, como las hojas de las espadas en un duelo. Sin remedio y sin remate, me aguardaban entonces en la alcoba de don Francisco de Asís. Por maravilla, me concedieron una tregua anoche. O quizá regresaron y no los recuerdo, fatigado ya de soñarlos. No lo creo, porque son inolvidables, cada vez más diáfanos y detallados. Talmente como si fuesen ajenos y en un tablado, o en el alma de otro hombre, los contemplara. De hecho, sólo en una de las pesadillas, me veía a mí mismo; que no en la otra. Aunque fuesen bien distintos mis dos sueños, parecían relacionarse y aun hacerse cabales recíprocamente, de una forma que no alcanzo a explicarme. Sé que ahora, tan pronto concluya estas notas y en cuanto me duerma, volverán a acosarme, vengativos y tenaces.

Soñando, paraba y volveré a parar en otra alcoba de palacio. Bajo cielos de pizarra, veníase y vendrá por el balcón la lechosa amanecida de invierno. Yo acababa de levantarme y a toda prisa me envolvía en un grueso batín rojo, de lana escocesa.

Con un codo en el embozo, desde la cama me contemplaba una mujer. Era y será esta noche una completa desconocida, en la memoria de mis visiones. Muy flaca, pálida y a medias despierta, tenía ojos saltones de miope y recogíase el pelo en una cofia bordada. De espaldas a ella, contemplando aquella alba tan triste sobre los jardines, yo le decía:

—Sopla un viento de la sierra que corta los cojones.

Enteladas las pupilas, despestañábase por comprenderme. No menos confuso, me volvía a observarla. Preguntábame quién sería la joven de ojos prominentes y puntiagudos codos. Sin cesar de fisgarnos los dos, me dije y traduje para mis adentros: *Der Wind den Bergen bläst so kolt dass er mir durch die Eier scheidet!* (¡Verdaderamente, sopla un viento de la sierra que corta los cojones!) Si bien a menudo soñara en alemán, desde mis tiempos en el Theresianum, ignoraba entonces mis motivos para trasladar la salida de una lengua a otra. De improviso, antes de que atinara a acertarlos, cambiaba de escena la pesadilla. Conmigo desaparecíanse la muchacha cegata, la alcoba, el balcón y la madrugada de invierno.

Con la presteza que vuelven los dedos un par de grabados en un libro, cruzando el crujido del papel cebolla que los separa y protege, convertíase aquel absurdo en otro aún más inexplicable. La luz de verano vidriaba el firmamento y una terraza, enladrillada de rojas baldosas entre geranios y bajas palmeras en las macetas. *El azul, de tan claro, crece y asciende*, creía oírle decir a Pepe Alcañices hablándome de los cielos de mi tierra. Pero Pepe Alcañices no estaba en ninguna parte. En cambio, a la sombra de un pórtico al fondo y sobre el vano de una puerta de cristales, abierta de par en par, surgía Cánovas del Castillo. Brotaba en un vuelo, tal por cual un espectro conjurado por un cálculo de la cábala.

En la mañana soñada llevaba Cánovas un ligero traje de verano. Reparé que por una vez había prescindido de los horrendos chalecos que hicieron las burlonas delicias de mis hermanas, cuando comparecióse en París, para aceptar su nombramiento de pastor y custodio de mi partido. De súbito, por el vacío del portal vidriado, surgía un extraño. Temblaba yo al ver a aquel intruso en mi pesadilla. Joven aún, no me llevaría sino cinco, tal vez diez años, el albarrán de mi desvío. Como si despiadados dioses se recrearan en precisarme lo inevitable, en seguida se afinaba y esclarecía el sueño sus mínimos detalles. En la primera y la última página del periódico, desplegados por Cánovas, percibía sus titulares. Era *La Época*.

Pero el recién llegado consumía toda mi atención. Si bien el sol que soñaba caldeara la mañana y mi alma, él vestía un traje oscuro ajustadísimo, con roja corbata bajo el cuello de dobladas puntas. Era esbelto y tan rubio que el pelo y la recortada barba le brillaban como ascuas. Ataviado como iba, me sorprendió que calzara alpargatas. Al punto advertí que las llevaría para acallarse los pasos, en tanto se acercaba lentamente a Cánovas por la espalda. Aparte de don Antonio y de aquel extraño, la terraza permanecía despoblada. Hasta los pájaros desvaneciéronse en el aire, como si nunca fueran.

Yo mismo vivía al margen de mi sueño, para presenciarlo. En la angustia, quise prevenir a Cánovas. Gritarle que alguien se le aproximaba a escondidas, sin que él llegara a advertirlo. Al principio, carecía de voz. Enmudecí como tantas veces nos ponen un punto en boca, dormidos, pero a dos dedos de despertarnos. Cuando hallé palabras y pude articularlas, me sorprendí gritándole:

—El azul, de tan claro, se crece y asciende. Las nubes, en cambio, son apaisadas y blanquísimas. Todo el desorden bulle de tejas abajo. Arriba, el contraste entre el azul tan alto y el blancor tan bajo impone una ordenada razón.

Pero ni mías eran aquellas frases ni Cánovas las oiría en mi pesadilla. Desatendido de todo, muy pegado el periódico a sus ojos miopes, proseguía su lectura de *La Época*. Una campana transparente parecida a una pecera de luz, encerraría la entera terraza. En aquel vidrio invisible romperían en vano mis gritos antes de apagárseme en la garganta. Siempre así, noche tras noche, repitiéndose puntualmente el insensato espejismo desde el día en que desembarqué, de vuelta en este país.

Mientras, el hombre del traje oscuro y las alpargatas hundía la diestra bajo la chaqueta. Del cinto, donde debería llevarla oculta y apretujada, sacaba una pistola plateada y reluciente al sol. Aunque un poco afeminadas o espectrales de tan blancas, sus manos, largas y limpias, eran fuertes y firmes como las de un cirujano. Más que oírlo, le adivinaba lo que decía en voz baja, sin tartajear ni estremecerse:

—*Signore Presidente del Consiglio, mi chiamo Michele Angiolillo,* aunque en el balneario me inscribiese como Michele Rinaldi. *In questo stato di spirito che esclude la menzogna*, en este estado de espíritu que excluye la mentira, vengo a confesárselo porque voy a matarlo.

Sobresaltado, me despertaba entonces mi propio chillido de angustia. Como un pájaro, huíase la voz por las ventanas, que a Ceferino le mando entreabrir cada noche, sea invierno o verano. En seguida, extinguido mi grito, veníase a desvelarme, de puntillas o arrastrándose por los suelos, la delgada alba de enero.

25 de febrero, 1875

Era el verano de 1870. Yo lo pasaba en Deauville con Julio Benalúa, en la casa de sus tíos y tutores Pepe Alcañices y Sofía Trowestkoy. Su villa de recreo en la playa la adquirió Pepe a buen precio, en la testamentaría del primer marido de Sofía: aquel duque de Morny, hermano bastardo del emperador Napoleón III, como a Sofía decíanla verdadera hija de otro imperante, Nicolás I de todas las Rusias, y no de su padre presunto y putativo, el príncipe ruso Trowestkoy. El 19 de julio declaró Francia la guerra a Prusia y partiéronse para el frente el príncipe imperial y el emperador. A la vez, venidos de París, llegaron rumores de otro alzamiento carlista en España, que en verdad no se produjo sino dos años después. En un instante de febril exaltación, les grité a Julio Benalúa y a Pepe Tamames, que en Deauville paraba para irse a estudiar a Inglaterra:

—¡Ah! ¡Si yo pudiera guerrear en un caballo blanco, como el príncipe imperial! —*Segundo* aún no era y faltaban casi cinco años para mi vuelta a Madrid—. Pero jamás en una guerra civil y nuestra. ¡Esto nunca! ¡Os lo juro!

Con Julio, frisaría yo entonces los trece años y sólo cuatro nos llevaba Pepe Tamames. Pero ya vivía en vilo los vendavales, los incendios y las inicuas carnestolendas de aquella historia, que nos dispuso el destino. Aún ignoraba cómo precipitó la guerra francoprusiana la política española de Juan Prim Prats —*verde de ira, con sus vocales de puro payés catalán*— sin que él alcanzara a preverlo. Pero mi querencia al presagio anticipaba que pronto, muy a mi pesar, andaría envuelto en las fratricidas sarracinas de mi tierra.

No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague. Enzarzado estoy ahora en la última contienda con el carlismo. En otras palabras, lucho contra un primo mío, titánico, macizo y de tupidas barbas negras, que se llamaba a sí mismo Carlos VII y al que nunca he visto. Antes de salir para el frente, ofrecí al Gobierno en el primero de sus Consejos el borrador de una proclama, para que la corrigiese, podara o extendiera. Leídos mis apuntes, recién emborronados con letra de colegial, el general Jovellar, ministro de la Guerra, dijo en voz alta:

—No cambiaría yo ni una coma de cuanto escribió aquí su majestad.

Grave y pomposamente asentían todos. Cánovas lo hizo con su silencio. Arrellanado en su sillón, los pulgares en las sisas del chaleco, estudiaba el *tiépolo* del techo. Callaba don Antonio y me miraban los ministros, como contemplarían a Jesús en el templo los doctores de la Ley. La antevíspera, Cánovas me escribió el discurso inaugural del curso académico, para que lo leyera en la universidad. No pude evitar una chiquillada. Pretendí haber perdido el parlamento, cuando ya era tarde para improvisar otro. Luego lo repetí entero de memoria. A la segunda leída, fue fácil conjurarlo de la cruz a la fecha, con alguna que otra morcilla entreverada de

añadidura. Como todos los textos de don Antonio, era inteligente y vigoroso. Pero tenía la pegadiza elocuencia, entre plateresca y retorcida, tan propia de los políticos y catedráticos de nuestros días. Una retórica, pienso, que acaso pasado mañana caiga en desuso y parezca risible. Como convertido en su propia estatua, inmóvil me contemplaba Cánovas en tanto yo proseguía con el recital. Al par de días, después del Consejo, me dijo en un aparte y al igual que en el teatro:

—Vuestra majestad me admira. Me habría gustado que la proclama a los carlistas fuese mía.

—Lo es. De usted lo aprendí todo. Recuerde la carta que me mandó a Sandhurst y yo firmé antes de enviarla a nuestros partidarios, el noviembre pasado. Pasa ahora por mi manifiesto político, aunque en realidad no lo era y yo me limité a leerla y rubricarla. Entonces me enseñó que sería un rey cristiano, al igual que mis antepasados. Pero también liberal, por hijo del siglo.

—Muchos dirán o ya dicen que esto es la cuadratura del círculo, cuando la Iglesia asegura que el liberalismo es pecado —sonreía limpiándose los quevedos entelados en la bocamanga.

—Acaso la cuadratura del círculo sea este país nuestro.

—Es muy posible, señor. —En pie, apoyó la mano en uno de mis hombros. Parecía presto a decirme algo, que luego guardó para sus adentros. Inclinóse distraídamente y se fue sin despedirse.

¿Cuáles son vuestros motivos para proseguir la guerra? —demandaba a los carlistas en mi proclama—. *Si tomasteis las armas por la fe monárquica, ved en mí al representante de una dinastía, que os llama y se dispone a acogeros sin odio y sin represalias. Si vuestras creencias religiosas os llevaron al alzamiento, en mí tenéis a un católico como mis antepasados, aunque soy y seré siempre un rey constitucional. Por mi parte, os pregunto: ¿cómo podéis sostener el deseo de privar a los otros españoles de sus legítimas libertades, cuando vosotros veneráis las vuestras y combatís por ellas?*

Pero mi primo rechazó la oferta, como ya lo anticipaban Cánovas y Jovellar. Mi pariente fue ungido rey por el obispo de la Seo de Urgel y muy a pecho tomábase entonces el asignado de tan alta dignidad con óleo sacro. Un par de años antes, en una carta desde Ginebra a su general Eustaquio Díaz de Rada, declaró no poder oír por más tiempo los clamores de España contra Amadeo: «el rey extranjero». Carlos decíase dispuesto a encabezar sus épicas filas en todos los puestos de peligro. Quien cumpliera merecería su beneplácito y el de la patria. Pero caería el rigor de su justicia en cobardes y traidores. El 2 de mayo de aquel año entrábase en el país por Vera del Bidasoa y empezaba la tercera guerra carlista. A los cuatro días, derrotadas sus fuerzas en Oroquieta por Moriones, volvió a pasar la linde con Francia huyendo del desastre. Regresóse el 16 de julio del año siguiente y el 24 de agosto conquistaba Estella, la ciudad santa del tradicionalismo. Allí estableció su corte el obstinado pretendiente.

En su réplica a su proclama, venía a llamarme último fruto, si bien inadvertido o inconsciente, de la mendaz revolución de 1868. La misma que ahora me aclamaba rey de España y perseguía imposibles reconciliaciones con la verdadera monarquía. *La legitimidad soy yo. Por serlo, rechazo las indignas proposiciones, que los revolucionarios osan presentarme, antes de consumar su obra de nefanda perfidia*. Carlos no podía por menos de advertir mi actitud —*la de mi primo Alfonso*— con muy honda tristeza. Pero su dignidad y la de su ejército les impedían la protesta. Pronto la vocearían a los cuatro vientos las bocas de los cañones.

Con el asentimiento de Cánovas, puesto que en aquel tiempo mi Restauración era su Dictadura, resolvieron mi viaje al frente del Norte el Gobierno y el Estado Mayor. Más allá de una victoriosa campaña, en mi nombre y contra la llamada línea Carrascal, querían Jovellar y el general Primo de Rivera romper el asedio de Pamplona y conquistar Estella. La sede sagrada de los facciosos era también constante desvelo de Femando Primo de Rivera.

—Mientras don Carlos duerma en Estella, no habrá paz ni tregua por mi parte —tronaba manoteando los mapas abiertos sobre la mesa.

—Deberíamos asestar el golpe definitivo contra el carlismo, antes hoy que mañana —asentía en otro tono Moriones, el marqués de Oroquieta—. Sabemos por los espías que parte de las fuerzas rebeldes y del campesinado se abate y desmoraliza. Hace poco más de un año y medio que Antonio Lizárraga, en uso de sus poderes como comandante general de Guipúzcoa, quiso fusilar a Santa Cruz por bandidaje montaraz.

El cura asesino se le fugó a Francia. Pero, cuando tales desmanes suceden en un ejército, su hora está sonada o cae muy próxima. Ya se acusan unos a otros de infidencia y felonía.

—El carlismo terminará por falta de jefes, si no lo acabamos antes nosotros —prosiguió el general Laserna, quien iba a asumir el mando conjunto de la ofensiva—. Como dijo Domingo, un ejército que departe con rufianes como Santa Cruz o el cura de Orio, aunque sea para condenarlos a muerte, dejó de serlo. Torcuato Mendiri, el defensor del Carrascal, sustituyó a Dorregaray y encabeza ahora el Estado Mayor de don Carlos. Pero Mendiri no es Antonio Dorregaray, como tampoco Dorregaray es quien fue Zumalacárregui, en la primera guerra.

Alzamos banderas y en Peralta revisé los tres cuerpos de Laserna. Reunimos sesenta batallones, tres mil caballos y noventa piezas de artillería, al mando de Primo de Rivera, Moriones y Despujols. Resolvióse que yo iría con Fernando Primo de Rivera, quien tendría a Oteiza por base militar y por objetivo Estella, su tenaz espejismo. Bajo una leve nevisca, me empeciné en cabalgar a cuerpo ante la tropa, sin otro abrigo que el uniforme. De memoria hablaba a los soldados y a través suyo quise dirigirme a toda Navarra, de tejas abajo y de muga a muga. Repetí lo que volvióse mi obsesión, como lo era Estella para Primo. Si los rebeldes batíanse por sus libertades, ¿por qué, en nombre de Dios y cuerpo de Cristo, se las negaban a los demás?

—Acabadas la revista y las aclamaciones, en el aguanieve, entramos en la sala del Ayuntamiento y nos juntamos en Consejo de Armas —les contaba a Sofía y a Pepe Alcañices en su palacio del Prado de San Fermín, vuelto a Madrid hace unos días—. Yo empecé a toser y a carraspear. La garganta y medio pecho me sabían al lacre quemado de un principio de catarro. Primo de Rivera me envolvió en un capote, que me caía grande, empequeñeciéndome. A oveja le olía la lana a aquel ropón y también a espliego del arca, donde lo guardarían en verano. Anochecía en la sala de los Sesto. Pero le pedí a Pepe que no encendiera las luces. Tarde, acababa de llegar el caballero Morphy anunciado por un sirviente. En el crepúsculo de invierno, diríasele la calva de mármol de sangre y leche. Luego de feldespato.

En Peralta se acordó que Despujols, con los cuarteles en Arjona, tomaría Puente la Reina. Con un tercio de las fuerzas, dirigíase Moriones hacia la carretera de Sangüesa a Tolosa, para levantar el asedio de Pamplona y partir las defensas del Carrascal. Callado, escuchaba a aquellos hombres abocados sobre el mapa. Mientras, volví al Deauville de mi niñez, cuando perjuré no luchar contra mis paisanos. Aun ahora, habría dado un brazo y la mitad del alma para que los carlistas se avinieran a la concordia. Cualquier humillación sería preferible a la guerra civil. Pero la réplica altanera de mi primo y las razones de un hombre, decapitado ochenta años atrás, me convencieron de que predicaba en desierto.

—Una vez os cité a Saint-Just, defendiendo la pena de muerte de Luis XVI, porque a su juicio nadie reinaba impunemente —me dijo la antevíspera Alcañices—. También a Saint-Just lo guillotinaron con Robespierre en 1794 o en 1795. Robespierre había afirmado que la propia libertad empieza donde termina la ajena. Debí repetírselo a su majestad, antes de que propusiera a los facciosos respetar nuestras libertades, en nombre de las suyas propias. En este punto, los carlistas sienten, aunque no piensen, igual que Robespierre.

—Acaso tengas razón. Pero no la tienen ni ellos ni Robespierre. De perdidos, al río. Lo hermoso sería que esta guerra se saldara y resolviera en un duelo singular, entre mi primo y yo: un pulso o un combate de buena lucha leonesa, atados los dos con correas por un codo.

—¡Jamás! ¡Jamás! —reíase entonces de buena gana el duque de Sesto—. Su majestad y yo no damos la talla para esas gestas. Vuestro primo, señor, es un gigante, cortado al hacha y a hechura de las catedrales en la Edad Media. En menos de nada os alzaría del suelo para ahogaros en sus brazos como a un pajarillo. Igual que Hércules a Anteo.

Por fin partimos de Peralta y salí a campaña con mis fuerzas, aunque no fuese a caballo blanco. La montura, quizá ya fogueada, me la dio el ejército. Sólo en parte cedía mi catarro y pasaba la mitad de las noches tosiendo en vela. Pero hasta la fatiga me infundía la delicia de saberme el cuerpo a prueba y vencido por la voluntad. No me arredraban la muerte ni el sufrimiento físico. ¿No le dije, de niño, a Guillermo Morphy que mi destino era morir en El Pardo? En verdad, tampoco atinaba entonces

a creerlo ni a descreerlo. Pero en tanto nos alejábamos de Madrid y de El Pardo a cada paso de las caballerías, di en pensar que en varios casos acerté otros presagios, inadvertidamente o ignorando las razones de mi clarividencia. En mi pequeñez, erguida y engallada, sentíame invulnerable como me creía en Madrid, cuando en el desfile impuse buena distancia entre *Segundo* y los generales de la escolta, para que cualquier insensato pudiera matarme a su placer y a solas, si me hacía blanco de sus tiros. ¡Que no iba a ser yo menos que Amadeo de Saboya, *in questa gabbia di pazzi*, vamos! Se es o no se es.

Pero debajo del ropón, que ya no olía a espliego ni a borrego, también me supe dividido en dos hombres. ¿Debo precisar en un par de chiquillos de diecisiete años? Uno de ellos dolíase en mí de que mi primo no se acogiera a mis promesas y no diese yo comienzo al reinado con el país en paz. Díscolo y pendenciero, que no aguerrido, otro mozo en mi oculto interior regocijábase en aquella campaña, anticipando el duelo de las artillerías, el despliegue de las banderas, el estallido de los disparos y las cargas a bayoneta calada contra los parapetos rebeldes. Me veía yo, o veíase él, entrando a caballo en una Estella recién conquistada, entre Laserna, Primo, Moriones y Despujols, bajo el gozoso tañido de las campanas y un revuelo de palomas torcaces y colipavas.

—Sería militar, de no haber nacido rey, como también nací bastardo —les dije después a los Alcañices y a Guillermo, caída la tarde en el palacio de los duques—. Pero sólo para defender a mi patria y no para combatir a mis gentes. Esto si la suerte me dispensase el privilegio de una opción, que ahora me niega.

—A ciegas, baraja y cubiletea el destino con nuestras vidas —murmuró Guillermo Morphy—. Nos impide escogerlas, como tampoco permite que retrocedan los ríos en el cauce o el tiempo en los relojes. Así para los hombres y para sus reyes.

Llegados que fuimos al frente, me alojaron en la ermita de San Cristóbal, en Villatuerta y frente a Lácar. La antevíspera inició Moriones la ofensiva con buena fortuna. Hacia Biurrún, en el centro de la línea Carrascal, había empujado a los carlistas de Lerga y de Yoldi. Aquel mismo primero de febrero en que yo descabalgaba en Villatuerta, se detuvo Moriones ante Pamplona, aguardando órdenes de Laserna. Tan pronto las recibió, se puso en marcha y entróse en Pamplona al día siguiente. Conseguimos uno de nuestros mayores objetivos, el rescate de Pamplona sitiada, mientras ocupaba Despujols Puente la Reina. Faltaba emprender el ataque a Estella, en acción conjunta de los tres cuerpos de ejército. Ardía en impaciencia por entrar en fuego, cuando se vino Fernando Primo de Rivera a la ermita. Radiante y sonriente, traía las mejores noticias:

—Se huele la tostada Torcuato Mendiri y se le encogen los huevos y ombligo, si vuestra majestad me permite este lenguaje de cuarto de banderas, que poco empleo. Desalojó la línea del Carrascal, para no verse envuelto. En buen orden, retrocede hacia Estella a estas horas.

Nos abrazamos, aunque me vencía una súbita y rara desidia, entretejida de fría

fatiga. A caballo y a solas con Primo de Rivera, sin más séquito que un par de ordenanzas, partimos a recorrer aquellos campos. Hasta entonces, la guerra fue para mí el distante estruendo de los cañones y la gente avellanada y oscura —viejos rugosos, mujeres vestidas de negro, chiquillería endomingada y gritona, o patulea sobrecogida y harapienta— que salía a reclamarnos a nuestro paso por los villorrios. También era toque de cornetas, ondear de banderines, trote por caminos cada vez más perdidos y escarchados, herrado de monturas en los altos, hogueras y peroles humeantes, cuando asentábamos el rancho. Pero entre Villatuerta y Lácar, hacia la carretera de Puente la Reina, vi tierras bombardeadas por la artillería, donde se combatió palmo a palmo antes de nuestra llegada. Como Medusa, iba a mostrarme la guerra otro de sus rostros terribles, que de piedra me dejaría algún rincón muy recóndito del alma.

Dos únicas condiciones impuse en Peralta, antes de adentrarnos en el frente: no dormiría mejor que los mandos y oficiales y compartiríamos todos el rancho de la tropa. Pero heló la noche anterior y la pasé en blanco hasta la madrugada, tosiendo estremecido de frío en el camastro de campaña, arrebujado con un poncho sobre la camisa. De buena mañana, febrero plateaba el horizonte y los cielos se alzaban tan limpios como la tarde de mi entrada en Madrid. La nieve coronaba encinares, helechos y pinedas. La escarcha destellaba en las rastrojeras. Surgidos de la nada, apareciéronse los cuervos para seguirnos graznando. De tarde en tarde, descendían sobre los tesos o se posaban en la blanca enramada.

—Odio a los cuervos —dijo Primo de Rivera—. Los aborrezco desde que en Cuba los vi vaciar los ojos a los muertos, en los combates de la manigua. Menudos, tirando al gris de las cornejas, eran distintos de éstos. También de los cuervos cubanos. Por razones inexplicables, volando por encima de Santo Domingo, veníanse nada menos que de Puerto Rico. Los llamaban changos o mozambiques.

Hombres y caballos yacían insepultos en los campos nevados, dorándose o encalándose al sol. Ennegrecidos, torcíanse como remordimientos los árboles desnudos en los ribazos. Pasamos junto a un molino ruinoso y abandonado. Viejas ruedas de piedra llevarían siglos a la orilla de un regato, que bajaba rumoreando por su cauce en cuesta. A nuestros pies, abierto el arroyo, parte del agua se remansaba en una balsa poco profunda, rodeada de rocas pulidas por el tiempo y la corriente. En silencio, descabalgamos para acercamos a aquella charca. En el agua helada, vimos a un soldado nuestro tendido de espaldas. No parecía muerto sino dormido, con los ojos abiertos, debajo de la escarcha. Su encaro era el de quien, en sueños, se asombra y no se asusta de una absurda pesadilla. Un hilo de sangre, todavía roja como las calzas del uniforme, le cruzaba el rostro de la sien a la quijada.

—Si el señor me permite observarlo, su mirada recuerda la de vuestra majestad —susurró Primo de Rivera amusgando los ojos bajo sus cejas casi inexistentes de tan delgadas.

—Tal vez. Pero más se parece a la de otra persona, a quien vi una sola vez.

Callé, mientras regresábamos a San Cristóbal. Las pupilas del muerto no evocaban las mías sino las del capitán Puigmoltó. Aun debajo del hielo, delgado como la mica, lucían al igual que dijes de azabache en las cuencas cárdenas. De todos modos, había dicho mi madre que el capitán y yo teníamos la misma mirada. Bien discurría, pues, Primo de Rivera al comparar los ojos del cadáver con los míos. Arrodillado frente a mí, después de predecir que una pareja de locos trataría de matarme y de exigirme su indulto, Puigmoltó me abrazó besándome en una mejilla. Luego empeñóse mi madre en lavarme de su propia mano. Tanto me vino a frotar con una toalla que, a duras penas, contuve gemidos y gritos, impropios de un príncipe. Mientras, ella lloraba quedamente y por única vez le vi las lágrimas. No quiso verterlas cuando nos echaron de España, aunque nos repetía que jamás padeció tanto ni volvería a sufrir como entonces.

—Tan seguro se nos antojaba el frente, que iban a dar en Lácar un baile para la tropa —proseguía luego en casa de Pepe Alcañices—. Afinaban los músicos sus instrumentos y se apercibían las parejas, cuando de súbito hundióse el mundo y tomaron la plaza los carlistas. Cuatro columnas, que pronto supimos mandadas por Cavero, Pérula, Carpintier e Iturralde, se precipitaron sobre el pueblo, en venganza de Mendiri por haberle quebrado la línea Carrascal. Despavoridos, en su imprevisión, se nos dispersaron los regimientos de Valencia y de Asturias. Fajardo, que se hallaba en Lorca, trató de dirigirse a Lácar a todo correr. Pero también se le desbarató el regimiento de Gerona. Impuesto cierto orden en la desbandada, tuvo que retirarse de Lorca a Esquinza. Disponía la artillería en Mote Esquinza Primo de Rivera, en tanto vino la caída de Lácar. Con algunas piezas y a marchas forzadas, precipitóse a remediar el descalabro. En mitad de aquel caos, oíamos en Villatuerta los toques de llamada, redoble y generala de los carlistas, con señales convenidas que no descifrábamos.

Una agitadísima escolta de nerviosos oficiales me puso en ajena montura y me hizo cabalgar hacia Puente la Reina, espoleando todos como espiritiados. Se creía entonces que Mendiri se aventuró hasta Lácar, suponiéndome por error alojado allí en secreto. No obstante, yo persistía en mis trece y sabíame eterno como Aquiles, niño, después del baño en la Estigia. Más aún, si caben distingos en lo perpetuo, porque sólo dos asesinos intentarían vanamente acabar conmigo y, al revés de Aquiles, no tenía un talón expuesto a sus tiros.

En tanto corríamos desalados hacia Puente la Reina, empecé a reírme calladamente para mi gobierno. La guerra me mostraba otro de sus íntimos rostros, acaso el más extravagante y disparatado. Los desfiles, las banderas y las marchas, que tanto me conmovieron cuando descansaba en catres de campaña y compartía el rancho de la tropa, los cuervos, los árboles quemados en los cerros, aquel soldado muerto en su frágil urna de hielo, los códigos ocultos de los cornetas carlistas: todo trenzábase y concluía en mi grotesca y vergonzosa huida. Luego, mientras descabalgaba y sonreía, me miraban ceñudos y confusos los oficiales del séquito,

creyéndome loco.

En Puente la Reina nos dijeron que Mendiri perdió Lácar y retrocedía hacia Estella, bajo el fuego de Primo de Rivera. Hubo otro precipitado consejo de generales. Súbitamente empequeñecido y desasosegado, lo presidía en silencio. Pecóse por exceso de confianza y no estaba el carlismo poco menos que vencido, como lo pensábamos en Madrid. Pero también rumiaba yo que la retirada de Mendiri, después de su golpe en el pueblo del baile, delataba su incapacidad para sostener una verdadera ofensiva. Olvidados de mi presencia, disputaban y acusábanse unos a otros los altos mandos. Al final, convinieron una investigación de los hechos y sus posibles responsabilidades, que ya alcanza los cuatro mil folios, según me cuentan ahora. Al cabo, si ganamos la guerra, quedará el papeleo en agua de borrajas.

También se acordó mi vuelta en zigzag a la Corte, donde debía acogerme otra entrada triunfal, inconsecuente e inexplicable a la vista de lo acontecido en la campaña. De regreso, pasaría por Pamplona, liberada de su asedio, e iría a Logroño para rendirle visita y homenaje a Baldomero Espartero: el prohombre y héroe liberal, que selló la primera guerra carlista con su abrazo a Maroto, en Vergara.

—Será difícil dar con un honor o una distinción, que vuestra majestad pueda llevarle al viejo Espartero. A los ochenta y dos años cumplidos, ya los tiene todos —lamentábase Laserna—. Si nació hijo de un carpintero de carros, en no sé qué pueblo de La Mancha, hoy es conde de Luchana, marqués de Morella, duque de la Victoria y hasta príncipe de Vergara, por gracia de don Amadeo. Esto, en un país donde oficialmente al menos nunca hubo más príncipe que el de Asturias y el de la Paz, don Manuel Godoy, por obra de vuestro bisabuelo, Carlos IV. En su reinado, y aunque parezca mentira por lo distante, nació Espartero.

Dos veces había sido Espartero jefe de Gobierno y una regente, después de la abdicación de mi abuela, María Cristina. Cuando la revolución nos echó de España, hace siete años, llegaron a ofrecerle la Corona. La rechazó por su mucha edad, según dijo, amén de la quebrantada salud. En Logroño, quien pudo haber presidido un reino o una república, regresaba en la apariencia al aprendiz de carpintero de carretas, que fue en Granátula, entre las viñas de Ciudad Real. Derrumbábasele a Espartero su antigua encorsetada presencia, destellante de medallas y caireles. Se le atezaba la cara y blanquecían revueltos mechones de pelo ralo, que antes teñía y cepillaba sobre las sienes, para ocultar la avanzada calvicie. De obrero se le volvían las barbas cenicientas, que fueron engomado mostacho y triangular perilla. Recordé que a veces, mirándome desnudo o uniformado en un espejo de luna, creí yo no ser rey sino sólo el anónimo remedo de un monarca en un sainete.

—Ruego encarecidamente a su majestad que acepte esta Gran Cruz de San Fernando, por la serena entereza que mostró en Lácar. La gané hace casi cuarenta años, en el asalto al baluarte de Peñacerrada. Pero justo será que os la entregue, señor, puesto que me voy del mundo al que vuestra majestad acaba de llegar.

La de San Femando era la única cruz que llevaba al pecho Espartero, cuando me

recibió en su casa de Logroño. Ensayándola con tiento y tino, apercibiría aquella escena el histrión. Con todo, confieso que no dejó de conmoverme. Al viejo carretero le lagrimeaban los ojos y yo temblaba al abrazamos. Aún matamos otra hora de la tarde conversando. Le confié al príncipe de Vergara nuestra esperanza de que Cabrera, su antiguo enemigo, me reconociese y llegáramos a un justo entendimiento. Luego le hablé del Cabrera que vi en Inglaterra y de los faisanes que me mandó, después de nuestra única entrevista. Al final fatigábase el anciano, le pesaban los párpados y el sueño empezaría a empavesarle los recuerdos, como si fuesen unos muebles medio enfundados al filo del verano.

—Mucho ha cambiado Ramón Cabrera, según me cuentan. En Inglaterra, casó con una luterana riquísima y hasta juran que se hizo miembro de la masonería. En 1869 llegó a proponerle a vuestro primo, don Carlos, que promulgara una Constitución. Aquello, claro, hubiese sido el final del carlismo. El año pasado se opuso a esta insensata guerra civil. En la primera, cuando los dos éramos jóvenes, lo llamaban *el tigre del Maestrazgo*. A la madre medio perlática que tenía se la ataron a una silla Agustín Nogueras y Francisco Espoz y Mina, para fusilársela en Tortosa. En venganza, pasó por las armas a la mujer de Nogueras y a no sé cuántas más. Tampoco hacía prisioneros. Los condenaba al degüello o los hendía a bayonetazos. En el fondo, lo envidio, porque él al menos mataba loco de odio y casi en bendito estado de bestial inocencia. Lo terrible es tener que ejecutar en frío, como me ocurrió a mí el año treinta y siete. Casi diezmé a la tropa sublevada, que me asesinó en Miranda a Cevallos Escalante y en Pamplona a Pedro Sarsafiel y a aquel coronel, Mendívil o como se llamara. No me tembló la mano y repetiría las mismas ejecuciones, sin causa ni recurso, en parecidas circunstancias. Pero todavía me persiguen, aullándome como podencos en sueños, los fusilados de Navarra.

Cuando nos fuimos, Espartero se había dormido en el sillón. Desde Logroño pasamos a Tudela, siempre zigzagueando de vuelta a Madrid. Allí hablé de nuevo a la tropa. Esforzábame por hacerme oír, porque empeoró mi catarro bajo un viento que partía el pecho y la voz como un trinchante. En Tudela, donde se convino que no pararíamos sino una noche, me acosté destemplado y entre toses perrunas. Soñaba con la soldadesca ajusticiada por Espartero y era mi pesadilla casi tan absurda e indecible como la vida misma. En pie clavaron las descargas a aquellos hombres al muro curvo de una explanada, semejante al que rodearía un anfiteatro. En el centro del glacis, sentada a una silla y sujetos los bracitos sarmentosos al respaldo, desmadejábase una vieja despedazada y parecida a las brujas goyescas.

—Es la madre de Cabrera y estaremos en Tortosa, donde la asesinó Nogueras, no en vuestro sueño —me decía Primo de Rivera—. Repare vuestra majestad en los ojos abiertos de todos esos muertos. Nos miran al mirarlos. La madre de Cabrera tiene las pupilas azules como la augusta reina Isabel, vuestra propia madre.

Blanco como las nieves de Randan, comparecióse un caballo. A dulces y lentas lengüetadas, cerraba los ojos de los fusilados lamiéndolos delicadamente. En lo más

hondo de mi pecho, me ahogaba un sollozo. *Ten valor. Esto no es tu sueño sino el de Espartero. Quizá el de tu madre. Tal vez el de Mercedes*. Pero desperté de improviso, perdida la voluntad y sofocado un alarido. Mi ayuda de cámara dejó una mariposa encendida en la mesita de noche, entre un vaso y un jarro mediado de agua. Acaso en busca del grito perdido, me llevé las manos a la garganta. Se me pringaron de sangre vomitada: una sangre amarillenta y agrisada a la luz de la candelilla. Extraviada la voz, en la niebla y el humo al final de mi sueño, estrellé en el suelo el azafate del agua, para hacerme oír de Ceferino, quien dormiría su sueño ligero en la antecámara. En seguida, caí exhausto en la almohada, también tibia de sangre. Vínose el sirviente, con la lámpara en la mano. Estremecíase al contemplarme.

—¡Dios santo, señor! ¡Rojos dejasteis el embozo y la camisa!

Acudieron Laserna y el doctor Laureano García Camisón, mi médico de cabecera y presidente de la Real Cámara Facultativa. Me cambiaron la cama y la ropa un par de aterradas camareras, tudelanas o ribereñas. Al igual que un pelele desnudo, yo en brazos del viejo Ceferino, me creerían mi propio espectro. Cortó la hemorragia Camisón con hielo traído de unos *puits de neige*, entre Alfaro y Corella, según luego me informaron. Amenazó con someterme en Madrid a un minucioso examen. Pero, a su parecer profesional, lo mío no fue una hemotisis ni tampoco una bronquitis capilar aguda. Sencillamente, las toses del catarro me abrieron unas venillas en el fondo de la gola. Dos días reposé en Tudela, limpio de fiebre y muy mejorado, entre solícitos y secretos cuidados. Desde Madrid, ordenó Cánovas que se ocultara mi vómito terminantemente. Aclaróse y casi desapareció el resfrío. Sereno y animoso, aunque fatigadísimo, regresé a la Corte y a la entrada triunfal que allí compusieron. Con vanidad de renacuajo, de la que ya me arrepiento mientras escribo y recapacito, llevaba prendida al pecho la Gran Cruz de Espartero.

Sangre.

La ajena se cruzó con la nuestra, para perpetuarla en adúlteros amores. Pero un pleito de sangre entre mi difunto abuelo Fernando VII y su hermano Carlos María Isidro precipitó las guerras carlistas. Fue a prender la primera don Carlos María en otoño de 1833, creyéndose desposeído del trono. Casi agonizando y sin hijos varones, se lo legó mi abuelo a mi madre, cuando ella no tenía sino tres años. Como me lo expuso Guillermo Morphy en Viena, las Partidas medievales daban preferencia a las mujeres sobre los hombres, en igual grado de parentesco, a falta de más directos herederos varones. En 1713, mi primer antepasado en esta tierra —el Borbón Felipe V d’Anjou— introdujo la Ley Sálica, vedándoles la Corona a las hembras. En 1789, Carlos IV restauraba la regla de las Partidas en una pragmática sanción, nunca publicada aunque la refrendaron las Cortes. Mientras la Ley Sálica era un simple decreto real —*la alcaldada de un monarca,* llamábala Guillermo—, teóricamente al menos, la pragmática contaba con el asenso del pueblo, por haberla aprobado sus

representantes. Por otra parte, puesto que la sanción no se hizo pública, protestaban los carlistas que el país creía válidos los sagrados derechos de don Carlos, al fallecimiento de mi abuelo.

—En realidad, el pleito dinástico no era sino el motivo simulado para el enfrentamiento de dos Españas, emplazadas de espaldas la una a la otra como un par de duelistas o los perfiles de Jano —concluía el caballero Morphy, sacudiendo la cabeza—. Me refiero a una España tradicionalista, que mira a un pasado fundido en el molde de los fueros y el derecho divino de la Corona, a los pies de una especie de Zeus bíblico: su rey, señor y divino rabadán. Y otra España, constitucional y progresista, que no acaba de encontrarse porque siempre andamos a la greña y a la rebatiña entre nosotros.

Si fue ciega responsabilidad de nuestra sangre servir de pretexto para aquella tragedia, era también mi deber concluirla. En la primera contienda, mi tío abuelo, don Carlos María Isidro, llegó de Francia para ponerse al frente de la rebelión. En el norte, Tomás Zumalacárregui convirtió las partidas carlistas en un verdadero ejército. Pero murió de una bala perdida en verano de 1835, en el vano sitio de Bilbao: la ciudad jamás conquistada. Auguraron que el final de Zumalacárregui anticipaba el del carlismo, tan incapaz de perder la guerra en el campo de combate como de ganarla por las armas.

Quiso humanizar aquella campaña la Europa supuestamente civilizada, como la llamaba Espartero en Logroño. Mandó Inglaterra a lord Elliot a *questa gabbia di pazzi* y llegó a un acuerdo con Zumalacárregui y Jerónimo Valdés, entonces jefe del Ejército del Norte. En Eulate convinieron los tres el canje periódico de prisioneros, al menos un par de veces al mes, así como la prohibición de quitarle la vida a nadie, civil o militar, sin previo juicio y condena según ordenanzas y reglamentos. Pero la sangre inocente seguía corriendo a riberas en Cataluña y en el Maestrazgo. Allí luchaba Cabrera, antiguo seminarista pendenciero y enamoradizo, a mayor gloria de sus dos señores: Dios y don Carlos.

En junio de 1836 emprendió Miguel Gómez la más osada expedición facciosa. Con dos mil setecientos infantes y doscientas monturas, salióse de Amurrio y cruzó Asturias, León y Palencia. Amagó un ataque a Segovia y plantóse ante Madrid, después de culebrear por Castilla la Nueva, Extremadura y Andalucía, sin que Espartero pudiera alcanzarlo. Escurridizo como la salamandra en las llamas, proseguía su marcha durante cinco meses y medio. Al igual que Pedro por su casa, pasó Gómez por Cuenca, la Alcarria, Aragón, Albacete, Córdoba, Badajoz, Écija y Ronda. Narváez, quien no era entonces sino brigadier, lo venció en Majaceite sin conseguir coparlo. La antevíspera de nochebuena, de regreso Gómez a Orduña, demostraba la incapacidad para prenderlo de todas las fuerzas Cristinas, como apodaban a las liberales en la regencia de mi abuela María Cristina. Vino a compensar tanta humillación Espartero, en cierto modo al menos, levantando el sitio de Bilbao aquel diciembre.

Con doce mil infantes y mis seiscientos caballos, obstinóse mi tío abuelo en tomar personalmente Madrid, en mayo del año siguiente. No lo detuvieron Iribarren en Huesca ni Oráa y Burens en Barbastro. Pero lo contuvo una vez Ramón de Meer. Se le unió Cabrera y juntos descendieron sobre Valencia, si bien en Chiva le dejaron el campo a Oráa. Rehechos, de nuevo batieron a Burens en Vallar de los Navarros. Aunque no supieron aprovecharse de la victoria, don Carlos, acogido como un libertador en cada pueblo, proseguía su marcha hacia Madrid. Detuviéronse a las puertas de la ciudad, para discutir en la antecámara del pretendiente qué uniforme le correspondía para entrar en la Corte. Enfurecido y exaltado, pedía Cabrera al infante don Sebastián, general en jefe de los rebeldes del Norte, que ordenara el asalto sin consultar con mi tío abuelo. Todo lo frustró el pretendiente en medio de aquel desconcierto. Enterado de la proximidad de Espartero, mandó tocar retreta y retirarse a Arganda desde Las Rozas.

Concluida la guerra con el acuerdo de Vergara, después de que Maroto fusilara a varios de sus mandos para conseguirlo, el 18 de mayo de 1845 abdicaba mi tío abuelo los derechos en su hijo Carlos Luis, en el destierro de Bourges. A Carlos Luis lo llamaron los suyos Carlos VI y él adoptó el título de conde de Montemolín. Aún faltaban trece años para que yo viniera al mundo y ya andaba predestinado a perderme en los laberintos de aquella tragedia. Talmente como rebota el guijarro plano y bien lanzado sobre el río, derramábase y saltaba la sangre vertida en nombre de la nuestra de generación en generación. De los tiempos de mis abuelos a los de mi madre, de los suyos a los míos.

Pero sólo en Cataluña iba a reñirse la segunda guerra carlista. Allí dictó Cabrera una proclama muy distinta de otras anteriores, cuando gemía y juraba vengar al cuchillo a su madre asesinada. En su casa de Wentworth, entre sonrisas y ronroneos de viejo y cejijunto gato montés, me leyó una copia de aquel manifiesto. Profesaba la reconciliación nacional, con olvido de los desmanes pasados. Debía extinguirse el odio y alentar la concordia, en nombre de la paz y la ventura de todos los españoles.

En Wentworth, a sólo seis millas de Sandhurst, vivía Cabrera con la esposa anglicana a quien doblaba la edad. Prados que azulaba la distancia y vallaban cercas, donde en abril treparían las campanillas, rodeaban la quinta del tigre. Me rogó que le acompañase y paseáramos por el majadal, pasto de caballos y cameros, para prender unos habanos a escondidas, puesto que su mujer no le permitía fumar en su presencia.

—Personalmente, creyendo en cada palabra que escribía como en los evangelios, redacté mi alocución a las tropas y al pueblo —lamentábase Cabrera, sacudiendo la cabeza—. Por desgracia, vivíamos presos en un pasado irrevocable. Pronto di en advertirlo, en los dos años de aquella guerra inútil, entre el cuarenta y siete y el cuarenta y nueve, antes de verme vencido y escobado a Francia. Mientras, Montemolín permanecía aquí, en Inglaterra, harto ocupado en sus amores con Adeline de Horsey para unírseme en campaña. Sólo se resolvió cuando le impuse un ultimátum desde Cataluña. Pero lo apresaron los gendarmes y lo devolvieron a

Londres. Para juntarse con la amada, renunció a sus derechos dinásticos. De poco le valiera al desdichado. *Miss* Horsey rompió el compromiso, al advertir que nunca reinaría en España aunque maridara con Carlos VI. A los pocos meses obligaron a Montemolín a casarse con la princesa Carolina de Nápoles. Era un pobre diablo, un puro don nadie.

Con llano señorío de antiguo gañán, presentábame a jardineros y mozos de cuadra. A todos les recordaba el nombre y ellos se destocaban, gorra en mano, en su presencia. En las vocales rajadas que también le atribuía Alcañices a Prim, parecíanse su laborioso inglés y su castellano. Me contó Cabrera cómo el cura de un pueblo quiso asesinarle, invitándolo a almorzar en la rectoría. Presurosas confidencias le descubrieron la intriga a tiempo, aunque jamás supo si iba a matarlo para cobrarse el precio puesto a su cabeza. *O pretendió vengar los incendios, los saqueos, los estupros y los asesinatos, a los que unos y otros nos volvíamos a entregar, pese a mi proclama*. En cualquier caso, el tigre forzó al cura a comerse su propio veneno y lo pateó en los suelos, en tanto torcíase y sollozaba en la agonía.

—Por ser yo seminarista rebotado, nunca sentí mayor simpatía por la gente de cogulla o sotana. El año treinta y ocho, sitiado en Morella durante la primera guerra, se me terminaron las vituallas. Imagínese su alteza nuestras hambres, si le cuento que freíamos el esparto de las alpargatas en el aceite, que sarcásticamente nos sobraba, y lo chupábamos ardiente, recién salido de las sartenes. Convine una tregua con Oráa para que dejasen la plaza las mujeres y los niños. Sin decirme oxte ni moxte, también se escabulleron entonces el prior y los franciscanos del convento. Tan pronto tuvo Oráa que levantar el asedio y retirarse a Alcañiz, regresaron los monjes con las madres y su chiquillería. Le besé la mano al abad; pero también confesé no reconocerlos ni a él ni a sus frailes, con las sayas talares. No serían hembras ni crios, aunque con el mujerío y los inocentes se fueron de Morella. Hombres, desde luego, tampoco lo eran, pues desertaron como gallinas. Puesto a resolver mis dudas, resolví cortar por lo sano y los ajusticié a todos. De una horca, sobre la muralla, prendí el cadáver fusilado del prior para escarmiento del clero cobarde.

Como un par de meandros, serpenteantes y anillados, volvían a cruzarse lo escalofriante y lo risible en nuestras guerras civiles. El 2 de abril de 1860, Montemolín y su hermano Femando desembarcaban de incógnito en San Carlos de la Rápita. Acompañábalos el capitán general de Baleares, Jaime Ortega, y los tres esperaban alzar a Madrid contra mi madre. Pero, en la misma Tarragona, tropas y autoridades rechazaron el alzamiento. A Ortega, huido, lo prendieron en Calanda de Teruel. Condenado en juicio sumarísimo, lo ejecutaron en Tortosa. Murió con serena entereza, después de suplicarle a su ayudante que no delatara a nadie, para que únicamente él pagara con la cabeza el ridículo fracaso.

Del golpe fallido, nunca se supo todos los hilos. Otras trazas de la intriga son menos ejemplares que la actitud de Ortega ante el piquete. De hecho, inciden en el histrionismo de una farándula de contorsionistas. Se cree que don Francisco de Asís,

aquel a quien llamo mi padre por decirlo de algún modo, andaba envuelto en la conjura por odio a mi madre, la reina. Apresado con su hermano, de nuevo renunció Montemolín por escrito a sus derechos. *Empeño mi palabra de honor en no volver jamás a consentir que se levante en España ni en sus dominios mi bandera*. No acabaría de comprender la comunión carlista cómo abdicaba Carlos VI un trono que por derecho divino le correspondía.

Con aquel documento compraron su rescate y volvieron al destierro Montemolín y Fernando. De poco les valió a los dos la libertad y a Montemolín la denuncia de una renuncia, de la que también renegaría en cuanto se puso a salvo. Al año siguiente morían casi juntos Montemolín y su esposa Carolina, a poco de haber sepultado a Femando, también fallecido de muerte subitánea. Dos veces recibió así el segundo hermano, don Juan, los sagrados derechos de Carlos VI, entre abdicaciones y revocaciones. Que donde dije *digo* no dije *digo* sino Diego. Ya fuese por Adeline Horsey o forzado por pistolas isabelinas.

Se declaró don Juan adicto a la libertad y al régimen parlamentario. Los suyos lo tomaron por loco, pues sólo un demente vocearía tantos desatinos. Pasaron sus derechos a su hijo mayor: mi primo Carlos: aquel a quien jamás vi ni acaso encuentre en la vida. Hablo del hércules que me ahogaría en su abrazo, según Alcañices, si resolviésemos zanjarlo todo en lucha singular. De pronto, mientras concluyo estas reflexiones y antes de que les seque la tinta, me asalta el recuerdo de una posdata a mi pesadilla en Tudela, entre las lengüetadas del caballo blanco a los ojos de los fusilados y mi mudo despertar, en la sangre vomitada.

Por un instante fugitivo, que más abrevia la memoria, veo a mi primo el gigante, en aquel sueño terrible y estrafalario. Al igual que a un muñeco de trapo, me alza del suelo el coloso y oprime contra sus barbas, en un abrazo mortal. Yo me asfixio y desespero en la pesadilla, mientras la carne cruje en el pecho. Chasquea como si se desgarrara en las sartenes de Morelia, donde freían los sitiados las alpargatas, quemándose las hambres con el esparto en aceite hirviente.

—¿Por qué viniste a ahogarme? —aún acierto a decirle con voz que se debate entre la vigilia y la pesadilla—. ¿Cómo nos matamos unos a otros, cuando yo sólo espero reinar en paz?

—No voy a asfixiarte ni pretendo que te escañes. Yo no soy tu primo. Te doy los brazos y prevengo que no escaparás de tu destino. Talmente como tampoco puedes librarte ahora de este sueño tuyo. Tuyo es en verdad y por añadidura inajenable. No es el de Mercedes ni el de tu madre. Tampoco el de Espartero.

—Si el sueño es mío y tú no eres Carlos, ¿quién serás entonces?

—Pronto vas a saberlo, pues también te citaré despierto. Ganarás la guerra, mas el tiempo te pondrá a prueba, sin que yo tenga arte ni parte en todo eso. No dispongo tus pasos; pero los conozco todos y cada uno de ellos. Y en este punto, callo.

—¡Suéltame pues! ¡Debo salir de mi sueño! Dentro de nada me llamará Ceferino y tocarán diana en Tudela.

—Te dejo. Pero piensa que, vomitada en sueños, te aguarda tu sangre en la doblez de la sábana. También tu España, enferma, esputa la suya por tierra desde hace tiempo. ¿Por qué no te quedaste en Wentworth, batiendo faisanes con Cabrera? ¿O por qué no vuelves al *bois* de Boulogne con don Francisco de Asís y sus perros, aquellos que se llaman como los amantes de tu señora madre? ¡Cómo te equivocaste al regresar, muchacho! Pronto comprenderás que tus quimeras de monarca liberal son torres al viento y la raya en el agua. Al igual que el humo en el aire de la tarde, las verás adelgazarse y desvanecerse.

Primero de abril, 1875

Entre tantos sinsabores y asperezas, como ya me impone el oficio de rey, un gozo muy grande —¿debería escribir aquí *inmenso*, como creo sentirlo?— me echó al vuelo las campanas del alma, repicando a gloria.

Hace tres semanas, día por día, en la habitación 38 del hotel Mirabeau, de París, donde exigía y obtuvo que mis representantes fuesen a parlamentar con él, vino a otorgarme Ramón Cabrera su reconocimiento como rey de España. Para el viejo trabucaire, aunque no desdichadamente para mí, las guerras carlistas habían terminado. Con Cabrera, firmaron su sobrino carnal, Rafael Homedes, Julio Nombela, Francisco Pareja de Alarcón, Juan Indalecio Caso y Juan de Dios Tovar. Por nuestra parte, el duque de Santoña, el marqués de Manzanedo y Rafael Merry del Val. Rubricada el acta, a todos y a cada uno de ellos los abrazó Cabrera y juntos elevaron sus votos por la paz y la concordia nacional.

A los diez días denunciaba mi primo los delitos de «rebelión y alta felonía», que a su juicio cometiera Ramón Cabrera Griñó, antes conde de Morella y marqués del Ter, por voluntad y reconocimiento de su abuelo y su tío, Carlos V y Carlos VI. En su cuartel real de Durango, Carlos VII privaba y desposeía al tigre del Maestrazgo de los grados, honores, títulos y condecoraciones concedidos por sus antepasados. Todo ello, concluía la condena, sin perjuicio de que luego lo juzgase un tribunal competente según las ordenanzas, pues contra él dictábase orden inmediata de busca y captura.

Le replicó Cabrera con una nota, que adiviné compuesta por él mismo. Bajo su entrecano y cejijunto ceño, la redactaría a la agria medida de su feroz sarcasmo. *No serían hombres ni crios, cuando con el mujerío y los inocentes se fueron de Morella*, resonábale la voz de sochantre en mi interior. *Hombres, desde luego, tampoco lo eran, pues desertaron como gallinas*. Ahora encabezaba su respuesta, tratando aún de *señor* y *alteza* a mi primo. Pero, al punto, lo acusaba de proceder sin más ley que su despótica voluntad, al margen de los tribunales y sordo al consejo de la prudencia. Imponíale así una pena peor que la muerte, sólo por haberme reconocido como rey de España.

En buena hora podía llevarse Carlos VII los títulos y medallas que ganó Cabrera con sus heridas. A los ojos de Dios, para quien nunca hubo héroes anónimos, los avalaban sus cicatrices. Que los siglos y la historia, concluía, juzgarán mañana la conducta de entrambos. Por la paz de su país daría siempre el tigre de muy buen grado cuanto ganó en la guerra.

No renunciaba de balde, huelga añadirlo. Puso precio y le pagamos reconociéndole todos sus grados y honores, sin olvido del condado, el marquesado y la capitanía general. Temo que de poco vaya a servirle. Mientras esto escribo, lo

presiento aún erguido, pero ya con las recortadas barbas blancas, que se dejará de hoy a mañana. En mi augurio, pasea Cabrera con Homedes por Biarritz. Allí se desplazará a veces, con la venia de la esposa que le prohíbe fumar y de los cuatro hijos habidos con ella. Pero no sé de cierto cuáles serán los motivos de sus viajes. Acaso quiera ver de cerca la clausura y cerrojazo del carlismo: una causa que ahora lo subleva y no le pasa de dientes adentro. O quizá se prometa venirse a España por Irún tan pronto termine la guerra.

—Jamás regresará Ramón Cabrera a España —le diré a Guillermo Morphy, cuando nos volvamos a encontrar a solas—. En un par de años, muere en Wentworth por primavera. En aquel paisaje de acuarela inglesa, cruzada de ladridos y clarines, lo enterrará su viuda. No me preguntes cómo lo presiento.

Si en éstos, sus últimos dos años, mira hacia atrás Cabrera, en el tren de Biarritz o a la vuelta de una batida de perdices en otoño, no verá vestigios de la sangre que ha vertido. Vivirá en paz, puesto que el olvido tachó sus crímenes en el pasado. Supongo perdonó a los verdugos de su madre y asume la clemencia de los deudos de sus víctimas. Sólo aguardará el tigre comparecer ante Dios y desnudarse en su presencia, para mostrarle las suturas y costurones, en un cuerpo que imagino cubierto por un vello tan blanco como su entrecejo, exigiendo la salvación en pago de sus heridas.

Por el contrario, cuando me vi encendido por la sangre de mi vómito en Tudela, la que puso como brasas mi camisa y almohada, olvidé por un instante que la muerte me aguarda en El Pardo. Vivo aún pero ya al borde de los infiernos, creí venida y horada mi hora. En seguida, un imprevisto repente de la memoria me devolvió a la Viena del Theresianum y a aquella *Odisea*, en alemán, que el caballero Morphy me había regalado: la traducción de Johann Heinrich Voss, publicada en Stuttgart dos años antes.

Veneraba Guillermo la *Odisea* por encima de cualquier otro libro. Pacientemente me ayudaba a leerla, cuando se me intrincaba el alemán. Para el caballero Morphy no sólo anticipaba aquella epopeya toda la narrativa moderna sino también la trascendía, como iba a rebasar, aventajándola, la del próximo siglo. Aquel siglo XX, en que los hombres serán finalmente felices, como lo aprendí en *Los miserables*, de Victor Hugo.

—Poco importa que Homero existiera o no, como ahora se puso de moda alegarlo. Mil años antes de Cristo y casi en mitad la *Odisea*, quienquiera que la escribió, llamémoslo Homero y digámoslo ciego como manda la tradición, se convierte en Demódocos, un harpista también cegado. Me refiero al músico que en la Corte de los feacios, antes de que Ulises revele su identidad, le hace llorar, rebozado en su manto, porque Demódocos-Homero canta la espera de los aqueos frente a Troya, en el preludio de la guerra y mientras disputan Ulises y Aquiles, el de los pies ligeros.

—Tu harpista aparece en el octavo libro de la *Odisea* —atajé incapaz de acallar los vanos desmanes de la memoria—. Por un don de la musa, conocía todo el bien y

todo el mal de la vida.

Fuera quien fuese la musa, Polimnia o Euterpe, la deidad de la música o de la lírica sacra, concedió a Demódocos la dulzura del canto; pero también lo cegó como a los jilgueros. En todo caso, la obra no era para ser leída sino mejor oída o vista, según me contaba Guillermo. No procedía rectamente la *Odisea* desde el pasado hacia el porvenir, según la ley de causa y efecto, que gobierna el universo. Empezaba en el Olimpo, entre dioses eternos. Desplazábase a Ítaca, donde ya daban a Ulises por muerto, a los diez años de ausencia. Continuaba con Telémaco, haciéndose a la mar en busca de nuevas de su padre. Seguía, mudado el escenario, con la liberación de Ulises, amorosamente retenido por Calipso durante siete inviernos, hasta que Hermes le ordena librarlo al mar, en cumplimiento del designio divino.

Naufragado en la isla de los feacios, expone sus prodigiosas aventuras entre los lotófagos, con Polifemo, con Circe; en la sima de las sombras, cuando habló con el espectro de su madre sin conseguir abrazarla. Allí el adivino Tiresias, quien sobrevivió siete generaciones y fue hombre y mujer, le había anticipado el resto de su existencia. De regreso a Ítaca, triunfante de los pretendientes de Penélope, deberá adentrarse el héroe en tierra firme, con un remo a cuestas. Su peregrinaje tendrá por término un reino sin nombre, donde desconocen la mar y nunca salan la carne. Al pie del remo, plantado en medio de un campo, sacrificará a Poseidón un carnero, un toro y un jabalí para aplacarle la ira enemiga. Absuelto y exento de culpa, de regreso a Ítaca, consumirá el pábilo de su vejez gloriosa rodeado de deudos y súbditos. Suave como la neblina venida de las olas, sonará su hora una tarde lejana, serena y asalmonada.

—Repare su alteza cómo Tiresias revela un porvenir más allá aun del tiempo previsible, en el pasado que Ulises les narra a los feacios. Es decir, después del final de la *Odisea*. Lo demás, el relato del héroe en la Corte del rey Alcino, no es sino el ayer devuelto en palabras: la aventura de Circe, la de las sirenas, la de Escila y Caribdis, los años con Calipso. Los feacios lo llevan a Ítaca y el resto es historia sabida, como suele decirse. Más se presta a la música que al lenguaje tan bello ir y venir, tejer y destejer de horas y años, entre la evocación y el presagio.

Pero en Tudela, desnudo y en brazos de Ceferino, retrocedí al abismo del Hades donde conversa Ulises con los muertos. Al borde de aquella fosa, degüella a un cordero para llamar a los espectros con su sacrificio. Emplazadas, acuden las sombras, aunque sólo se hagan visibles y cobren cuerpo ficticio las que pisen la sangre del borrego y la prueben con sus labios transparentes. Las demás aletean curiosas, como vagos murciélagos, en tomo de los fantasmas de Agamenón, de Tiresias, de Hércules y de la madre de Ulises.

En tanto se llevaban la camisa y las sábanas pringadas, arropándome solícitos Camisón y Ceferino, me pregunté si yo no sería otro cordero recental y expiatorio. Acaso magistrados y sayones ocultos dispusieron mi vómito, para que reuniera en Tudela a todos los muertos en las guerras civiles, provocadas por el litigio de mis

mayores. ¿Era mi sangre, la que tanto asustaba a las camareras, reclamo a rebato de los cadáveres blanqueados en los campos de Villatuerta, o de aquel soldado nuestro, en el remanso inmóvil, de pupilas heladas e idénticas a las del capitán Puigmoltó? ¿Vendrían con ellos los fusilados por Espartero, los mismos que lo acusaban ladrando en sueños, antes de que les cerrara los ojos a lametones el caballo blanco de mi pesadilla? ¿Comparecerían la madre de Cabrera y las mujeres ejecutadas en venganza por su muerte, junto a los monjes de Morella y su prior, todavía ahorcado de su garfio, sobre la muralla?

¿Apareceríanse a su vez mis antepasados, aquellos en cuyo nombre se encendieron nuestras guerras, siniestras y heroicas, espantosas y grotescas? Casi habría asegurado que las sombras de mi abuelo y mi tío abuelo iban a personarse, de un momento a otro, en aquella alcoba que a pico se abría hasta el centro del infierno. En tropel y de rondón, todos ellos —mis parientes muertos, los soldados en las nieves, el mozo en el restaño de hielo, la vieja fusilada en Tortosa, las mujeres supliciadas por el tigre, los franciscanos de Morella— irían a bebérseme la sangre, prestos a purificar con mi sacrificio el crimen de las guerras carlistas. No tenía otro precio la paz, ni hubo pago más adecuado que mi carnaza para conseguirla.

Luego, de nuevo a solas en la alcoba de Tudela. Di en citar otra sangre, que destellaba o ardía en un recodo oculto de la memoria, desde los días de mi niñez en el destierro. Pienso ahora en María Dolores Quiroga, la llamada sor Patrocinio y también la monja de las llagas. A sabiendas, escribo acerca de alguien que anda ya olvidado por lo jóvenes de mi hornada. Pero pocos seres influyeron tanto como aquella estigmatizada en los asuntos de gobierno y en la suerte del país, durante el reinado de mi madre.

Hace cerca de cuarenta años, en 1837, veinticinco tendría la monja y era profesa en las Concepcionistas de la calle del Caballero de Gracia. Empezaron a llagársele las manos, los pies y el costado, después de que Satán la arrebatara en volandas a medianoche, llevándosela a Aranjuez. Entre los estanques y eucaliptos de aquellos parques, presagió el demonio que mi abuela María Cristina penaría su adulterio con Femando Muñoz y mi madre su lascivia, aunque ella no pasara entonces de los tres abriles. Al regreso de Aranjuez, amaneció Patrocinio en el tejado del convento, suspensa, desvestida y sangrando por todas las llagas. La trasladaron a un piso particular y, en unos meses, dieron por sanadas sus cinco heridas. La misma iluminada terminó por atribuirlas a una impostura suya, habiéndose encentado con una reliquia, que le dio a hurtadillas un capuchino; luego sigilosamente desaparecido. No obstante, dos de los números de la guardia urbana, que custodiaban a la vidente, declararon que sangre fresquísima le manaba de las palmas, aun después de guarecida.

De las Concepcionistas la llevaron al beaterío de las Recogidas, donde una reclusa loca quiso estrangularla. De allí pasó a un convento de Teresianas, a cuarenta leguas de Madrid. Por todas partes la seguían monjas y novicias, devotas de la Virgen

del Olvido, del Triunfo y de la Misericordia, un culto que decían ideado por Patrocinio. Eran sus primeros vaticinios de claro signo carlista. Pero volvióse más isabelina en cuanto mi madre y mi abuela fueron a visitarla al convento de las Concepcionistas, hace poco más de treinta años. Desde aquella tarde, recién concluido el destierro de la monja en Talavera y Torrelaguna, mi madre le guardaría tanta veneración como don Francisco de Asís. Tres años antes de las bodas reales, día por día le anticipó a don Francisco que sería rey. Pero también le agoró a mi abuela que ella y su marido, aquel hijo de un administrador de rentas estancadas a quien elevaron al ducado de Riansares, perecerían lejos de España. Fernando Muñoz la aborrecía cordialmente y siempre tuvo a Patrocinio por una embaucadora.

Dicen que en 1849 la estigmatizada, don Francisco de Asís y su confesor, el padre Fulgencio, fomentaron una baja intriga para que mi madre le quitase el Gobierno a Narváez, contra el parecer de la antigua reina gobernadora, mi abuela María Cristina. Cedió mi madre, entregándole el poder al general Serafín María de Soto, conde de Cleonard. Deshecho el pasteleo a las veinticuatro horas, volvióse Narváez por sus fueros y desterró a la sor al convento de las Clarisas de Badajoz. Proseguía así el calvario de los confinamientos y extrañamientos de Patrocinio. En 1852 la nunciatura le ordenó trasladarse a Roma. Corrióse la tenebrosa especie de que don Francisco y la monja no eran ajenos al atentado del cura Martín Merino, cuando aquel invierno intentó apuñalar a mi madre.

—Juan Bravo Murillo acaba de dar el alma a Dios, llevándose en el zurrón demasiados secretos acerca de aquella conjura. Esto, si en verdad la hubo —me contaba el duque de Sesto, ceñudo y abstraído, hace un par de años—. Entonces presidía el Consejo y le profesaba un odio agareno a Patrocinio. Muy propio de Fregenal de la Sierra, de donde vino don Juan. Al cura lo despedazaron y quemaron sus despojos, después de ahorcarlo. Aquí nunca obramos a medias.

Camino de Roma, enfermó y se detuvo la estigmatizada en el convento de las Agustinas de Montpellier. Muchas eran sus aldabas y mi padre putativo se las ingenió para que la acogiesen las ursulinas de Pau. A Roma no la llevarían aquella vez sus benditos pasos, y al año siguiente regresaba a España. Desterrados nosotros por la revolución, volvióse a Francia en octubre del sesenta y ocho. En Guadalajara, recibía amenazas de muerte y trataron las turbas de asaltarle la clausura. Puesto a evitarle mayores males, la mandó al destierro —*encore une fois*!— el arzobispo de Toledo. Apresuróse don Francisco de Asís a alejarla de Bayona y del hervidero político fronterizo. Huyendo de aquel gatuperio, fue a parar a Montmorency, bajo el amparo del obispo de Versalles. Con la venta de una alhaja, regalo de mis padres a la Virgen del Olvido, adquirió Patrocinio el destartalado castillo de Bonneuil y lo convirtió en una casa de oración. A aquel convento, recién fundado, me llevó a conocerla mi madre un domingo por la tarde. No tendría yo aún ni doce años.

Frisaba la monja los sesenta, malherida la estampa por el tiempo, aunque viva todavía. Torcíasele el cuerpo y se le desnivelaban los hombros. Pero movíase ligera

como una moza. Abrazóse con mi madre y nos ofreció un par de sillas desvencijadas, que habrían sido de los tronados señores de Bonneuil. Frente a Patrocinio, me sobrecogió la negrura de sus ojos de milano, que habían perdido el lustre de la juventud. Aparté los míos, cuando dio en observarme de hito en hito. Pero, al sesgo, se me iba la vista hacia las manos estigmatizadas, que siempre llevaba envueltas en mitones.

—Hoy conoces a una santa, hijo mío. Recuerda siempre este día, porque es el más grande de tu vida —dijo mi madre.

—En su bondad, la regia señora exagera y mucho me avergüenza —piaba Patrocinio con la delgada voz de un pajarillo—. No soy sino una sierva del Señor y de la Virgen del Olvido. Que su alteza, el príncipe de Asturias, no piense más de mis virtudes ni de mis luces.

—Sor Patrocinio tiene el don de la videncia —proseguía mi madre—. No era yo mucho mayor que tú ahora, Alfonso, cuando tu abuela, la reina gobernadora, me llevó a visitarla. Me arrodillé a sus pies y ella me abrazó como a una corderilla extraviada. Olía a santidad, sin haberse perfumado nunca. A nardo se le aromaba el regazo y a rosas de pitiminí las manos.

Desentendíase la monja de aquellas extravagancias, sin alejar sus ojos de los míos. Tan pronto eran de ébano sus pupilas, como tiraban al matiz de las anémonas moradas. Bruscamente, endurecida la voz, rompió a tutearme mientras mi madre nos observaba embobecida. Al igual que si más hijo de la carne fuese yo de Patrocinio que suyo.

—¿Tú quieres verme las llagas? —me preguntó en tono de mandato, que no de ruego—. Míralas y piensa que jamás las muestro a nadie.

Torpe y despaciosamente, trataba de quitarse el mitón derecho con una mano. Apresuróse mi madre a ayudarla, mientras gemía preces en voz baja. Rezaríale a la Señora del Olvido, para que nos amparara a los tres. En algún rincón de Bonneuil cantaba una calandria enjaulada. Recuerdo los desconchados del locutorio y las manchas de parda humedad, esbozando una fuga de ardillas en el muro. Cabeceaban a lo lejos las campanas y la tarde, antes anaranjada, se doró y se puso como una ascua.

Extendió la monja la palma abierta. Una úlcera en diagonal le partía las rayas de la mano. Su piel era de una blancura mate, parecida a la del róbalo hervido. Sostenía la diestra inmóvil en el aire, sin cesar de contemplarme fijamente. Temblando me ceñí a mi madre y ella me abrazó los hombros. Enmudecía la alondra. De yodo eran las primeras sombras, en el resplandor de un sol casi puesto. Mudó la pared de trampantojo. Ya no la cruzaba la desbandada de ardillas, sino una maraña de gallos de pelea espoleándose y picoteando en furiosa lucha.

—Dime ahora lo que ves en mi mano —Patrocinio aceraba la voz, como si se dirigiera a una novicia díscola o torpe. Se habría olvidado casi por completo de mi madre—. Dímelo en seguida.

El alma en un hilo y sin saber dónde meterme, me acalló un nudo en la garganta. Habría dado la vida por huir. Pero me retuvo inmóvil mi aterrado embeleso, hundidas las niñas de los ojos en aquella llaga. De la pálida carne brotó una sola gota de sangre. Crecíase prodigiosamente, hasta alcanzar el tamaño de un garbanzo. En la finísima y transparente burbuja brillaban y cruzábanse las rojeces del rubí y del almandino. En el centro de la ampolla, vi o creí ver el claro de un encinar. Alguien aún muy joven, en zapatillas y cubierto el camisón con una bata, ofrecía su propia palma a las tímidas lengüetadas de una corza.

—La sangre trae encerrados a un hombre y a una corcina, o una cervata, que le lame la mano.

—Yo también los distingo, hijo —asentía Patrocinio, con la naturalidad que habría acordado conmigo de haberle dicho yo que el sol andaba por la puesta, o nacimos todos mortales—. Será muy temprano por la mañana, pues no tuvo tiempo o voluntad de vestirse ese desconocido. El bosque es el parque de Riofrío, aunque nunca estuve en el lugar. Tampoco pisé el palacio, que allí tiene la Corona. Pero sé que del vestíbulo arranca una escalera con dos tramos iguales y opuestos. Los peldaños son de granito y las balaustradas de caliza. No me preguntes cómo lo adivino. No podría decírtelo. Así lo dispuso la Virgen.

Hasta entonces callóse mi madre. En pie, se erguía inmóvil como si rezara en silencio, bajo los párpados cerrados. Recogida y suspensa, sin abrir los ojos, exclamó:

—¡Es cierto cuanto dice la reverenda madre sobre la doble escalera de Riofrío! Conduce a un par de salas, con un centenar y medio de cuadros acerca de la vida de Nuestro Señor. El rey consorte, mi marido, dice que son del siglo dieciocho y los adquirió Felipe V. Luego viene otra estancia, con escenas de caza y bodegones. Hay allí unos pavipollos, que mejor estarían emparrillados, y unas liebres, que saldrían riquísimas si las rebozara con mi propia mano.

Desentendida de nuestra presencia y de los nerviosos despropósitos de su reina, no la escuchaba la iluminada. De un bolsillo de sus hábitos, sacó un pañuelo de hierbas y restañó el estigma. Luego, sin parar mientes en los ruegos de mi madre por ayudarla, calzóse el mitón. A mí me latía el pecho con tal violencia, que temí se me quebrara a pedazos en cualquier instante. Casi desabrida, se apresuró a despedirnos Patrocinio. A no dudarlo, pesarosa por habernos mostrado su llaga, no se le cocía el pan para que nos fuésemos.

Tres años después, estudiando yo en el Theresianum, contaría por única vez mi mágico encuentro con la monja, cuando Elena Sanz me visitó en Viena en abril de 1872. Desde entonces, aunque la oí cantar en la ópera en un par de ocasiones, no volvimos a encontrarnos a solas. Mudadizos vientos del destino, por cuyas ráfagas y remolinos planearíamos como ciegos milanos, hicieron que nos conociésemos en Austria. Pero ya Julio Benalúa me hablara de su belleza y de su maravillosa voz de tiple. A mí me llevaba y me lleva ella cinco años, aunque en su morena y fulgente opulencia levantina parezca bastante mayor.

Castellonense y huérfana desde muy chica, la acogieron y educaron en el Colegio de las Niñas de Leganés. En un recital de Navidades —ya barridos nosotros a Francia —, extasió a Julio con su hermosura y sus argentados agudos, cuando allí acompañó a Sofía Trowestkoy. En el siglo XVII fue Leganés señorío de don Ambrosio Spínola, el vencedor de Breda en *Las lanzas* de Velázquez. Fundó entonces aquel caballero la escuela, que heredó y regenta ahora su descendiente Pepe Alcañices. No se perdía su mujer, Sofía Trowestkoy, función ni festival de las educandas.

—Ambrosio Spínola impuso a la fundación la exigencia de que todas las asiladas fuesen de *reconocida belleza* —proseguía Julio mientras yo retozaba de risa—. Era un pendón el dadivoso caballero de Velázquez y antepasado mío. Pero, ya arrepentido del rijo, dictó tan rara demanda creyendo que las hermosas corrían mayor peligro de perderse.

Cantaba entonces Elena con la compañía de Adelina Patti y en alguna ocasión, ya pensionista yo en el Theresianum, la llevaron al palacio de Castilla. Mi madre, tan entendida en música, prendóse en seguida de su voz. Luego se carteaba con ella, cuando iba de gira. «Elenita mía, cuida la garganta con compresas calientes de agua de saúco y gárgaras de miel y malvasía.» Desvelándose por su porvenir artístico, abríale las puertas a toda hora y deparaba sus recitales en cenas y recepciones. A mi madre se la presentó Sofía Trowestkoy, quien quedóse también deslumbrada por la voz de Elena, cuando la oyó en Leganés, según decía Julio. Yo supuse siempre que Elena obedecía un discreto mandato de mi madre —llamémoslo la consumación de mi entrada en hombría— cuando me visitó en Viena. Con mi madre, tan carnal y a la vez tan piadosa al margen del sexto, serían cómplices de la intriga Alcañices, su mujer y Guillermo Morphy. Así se lo confié a Julio en Aranjuez, mientras aguardábamos el tren que me traería a Madrid —inevitablemente con el espejo de la memoria a cuestas— la mañana de mi entrada triunfal.

—A decir verdad, no sé qué pensaría don Ambrosio Spínola de todo ello —lamentábase Julio, sacudiendo su larga cabeza de potro inglés—. Que no se hicieron sus educandas para desflorar reyes en ciernes, sino para llevarle crisantemos a Nuestra Señora.

En presencia del general O’Ryan, mi gentilhombre de jornada en aquel día, media hora charlé con Elena en el Theresianum. De parte de mi madre, me dio un ejemplar del catecismo del arzobispo Claret Clará, con cubiertas de becerro y nervura de oro. Irónicamente, en una prosa empedrada de catalanismos duros como cantos, allí descubriría luego grandes males del cuerpo y castigos del alma, para quienes pecaran contra la pureza, sin haber contraído sagrado matrimonio.

—Canceles esmerilados rodeaban el locutorio —le dije a Julio en Aranjuez—. A través de aquellos vidrios, distinguía a mis condiscípulos, apiñados y medio borrosos, como una tropa de aparecidos. Viniéronse a ver a Elena, tan pronto corrió la voz de que una juno morena y altísima, soprano por más señas, descendía del Olimpo al Theresianum, como si fuese su hermosura tierra de quiñón para todos los ojos.

Detrás de la arboleda de palo de rosa del Volksgarten, en un piso que alquilaría el caballero Morphy, fuimos a encontrarnos la tarde siguiente. Doblaban por las ánimas las campanas de una iglesia y comenzó a neviscar, mientras oscurecía. A través de las lazadas y calados de las cortinas corridas, titubeaba la luz de un fanal. Sonriendo sabiamente, me besó en los labios y cosquilleándome me empezó a desnudar. Yo temblaba y ardía de deseo. Se me atropellaban las palabras y estremecían las manos, en mi propio intento de desvestirla. Después de dejarme en cueros vivos, ella terminó de desarroparse.

—¡Mi pobre reyezuelo perdido!

Era Elena la primera mujer que yo viera en carnes y nunca hubo desnudo como el suyo. Espigada y tersa, volvióse de miel oscura: de un cande entre el bronce y el palo santo ahumado. Tibia y aromada a besos y a húmeda horcajadura, sólo ella se me antoja verdaderamente humana. Por comparanza, las demás son estatuas o pinturas —símbolos o emblemas, no seres— que cobraron vida para saciarse conmigo, aunque luego, emplazadas por la memoria junto a Elena, se enturbien y entenebrezcan.

—¡Mi niño mago! Esto debía ser un juego. ¡Pero ya creo quererte! ¡Quererte, te lo juro por el cáliz de la cena!

Cegado por su belleza, quedé como la calandria ante el espejo. A la vez, su desnudo me infundía una serena placidez. Acaso desbarre; pero presumo mi sosiego parecido entonces al que infundirá la certeza de una muerte muy próxima. Cesaron mis tartajeos. Dueño al fin de mis actos, un carámbano de hielo de templa a templa hambreaba de lujuria con el mismo desapego que si mi lascivia fuese fingida. Más agitada que yo, devorábame Elena a besos. De pies a cabeza, me lamía con largos lengüetones de cordera enloquecida. De súbito, viéndome circunciso, rompió a reír cuando iba a libarme el crecido empeine.

—¡Santa Virgen de los Desamparados! ¿Por qué te recortaron de esa forma? ¿Eres acaso abencerraje o judío de los Evangelios, reyezuelo de mi alma?

Le dije cuanto supe por reservadas y un tanto irónicas confidencias de Pepe Alcañices. Mantuvo don Francisco de Asís el firme propósito de que circuncidaran a todos los hijos de la reina, por motivos de higiénica crianza. Señalaba el duque de Sesto que tal regia costumbre se la trajo Carlos III de Nápoles. Omití la ironía de que don Francisco nos mandara retajar a todos, apenas nacidos y mostrados a la Corte en azafata de oro, cuando mis pobres hermanos muertos no serían más hijos suyos que yo.

—¡Cómo te afilaron y galleas, mi prenda! ¡Rojo y enhiesto, igualito que una llama!

Luego callamos los dos y no fuimos sino un enajenado revoltijo de gritos, acezos y gemidos. En aquella iniciación mía a la lascivia, terminó Elena por arder y gozar como yo. Juntos creímos despeñamos por unos abismos de la nada, que no eran sino el delirio de los sentidos. Después, en tanto yacíamos desnudos y desmarridos como un par de peponas, le conté la historia de aquella gota de sangre, en las rayas de la

mano de la monja. Me arrebató un repente, cuyas razones aún ignoro y posiblemente jamás esclarezca.

—Desvariando o de veras, contemplé allí a un hombre, no mucho mayor que yo, cuya palma lamía una corza. También distinguí los bosques que los rodeaban. Aunque ella desconociera el lugar, creo que acertó Patrocinio cuando los dijo los de Riofrío. No sé si será verdad que otros escribieron el padrenuestro en un grano de arroz. Pero yo presencié un espejismo en una pinta de sangre.

Por lo impensada, me asombró la reacción de Elena. De aquel desmadejamiento suyo, al borde del sueño, pasó a la agitada gritería en un abrir y cerrar de ojos. Sentada sobre las sábanas arrebujadas, temblando desnuda y azogada, me traspasaba con los ojos renegridos.

—¡No la repitas! ¡Me asusta esa historia, porque sé que es cierta! Ya de niña me aterraba el nombre de Patrocinio. En Leganés, las monjas la decían bruja y en tratos con el demonio. ¿No comprendes lo que viste en su maldita sangre? ¡Tú, desdichado, eras aquel hombre en el parque! La cervata, o lo que fuese en tu desvarío, no sería sino Satán, el ángel de las tinieblas. ¡Disfrazado de mansedumbre, al conjuro de Patrocinio, querría comprarte!

En mi asombro, traté de aquietarla. Templándose, se traspuso. Dormida, la volví a tomar y nos amamos quedamente, en silencio o entre quebrados suspiros. Pensé en mi madre, en Guillermo Morphy y en Pepe Alcañices. Sonreí, mientras me iba y vaciaba como una vena abierta en un mar muy cálido. A los tres debería decirles que por fin era hombre y gocé a Elena de mi propio intento. La primera vez fue ella quien me sedujo. Terminé por adormecerme en su abrazo, mientras la nieve se azulaba o enmarillecía en la calle, al resplandor del fanal.

Soñé con el hombre aparecido en la palma de la monja. Aquel que sería yo mismo, al decir de Elena Sanz. Subía por la calle del Arenal, hacia palacio, arropado en un larguísimo sobretodo. Como él tiraba a bajito, el gabán se le arrastraba por una acera, crujiente de rojas hojas secas. Pasaba por los puestos aún cerrados de las castañeras y por las tiendas recién abiertas, en la mañana madrileña. Era su aire ensimismado y decaído, mientras se deslizaba entre mandaderos, feriantes y vendedores de cangrejos de río y quesitos de Miraflores.

Al hilo del tiempo, después de la hemorragia de Tudela y de aquella torva pesadilla, donde combatía con mi primo Carlos —*pronto comprenderás que tus quimeras de monarca liberal son torres al viento y la raya en el agua*—, volví a recordarlo en aquella bandada de mis muertos, sedientos de mi sangre de borrego. Pensé entonces no asemejarme, en el sueño de Viena, al hombre de la calle del Arenal. Era él la viva imagen del quinto helado en el regato de San Cristóbal, el de las rizosas patillas y los ojos idénticos a los del capitán Puigmoltó.

Luego, entre sábanas limpias y con el camisón escarchado a almidones, creí que aquel sueño acabaría por fundirse con el otro mío, en brazos de Elena. ¿Viva y desnuda, pero vuelta ahora una furia de altos pechos de cobre, vendría también ella,

con la madre de Cabrera y las mujeres fusiladas por el tigre, a pedirme su ración de mi sangre propiciatoria? No alcancé a responderme, en tanto me adormecía. Desvanecíanse las nieves de San Cristóbal y las de Viena en otra nevada, más espesa y más cándida. En seguida me supe devuelto a Mercedes y a las Navidades de aquel mismo año de gracia y de nuestro Señor de 1872: el de mi encuentro con Elena.

De regreso yo a París para las vacaciones, mis tíos Montpensier nos invitaron a pasar la pascua en Radan, desde el Nadal a la Epifanía. Como de costumbre, andaban malamente los tratos entre mi madre y los Montpensier. Si aceptó ir a Radan, lo haría sólo conmigo y sin mis hermanas. Asimismo, se las compuso para llegar en nochebuena y marcharse a los dos días. Poco pude prever que bastaría tan breve estancia en aquel castillo, cabe el cauce del Allier y a un costado de la Auvernia, para que se transfiguraran mis sentimientos y mudase el curso de mi vida.

Aunque me regalaron la cometa manchú, con banderolas de papel en la cola —*Sueños y demonios se empeñan en hacernos creer que no existen*—, jamás sentí mayor afecto por mis tíos María Luisa Fernanda y Antoine de Montpensier. Ras con ras y por idéntica medida, aborrecíalos mi madre tanto como detestaba a mi abuela, porque siempre prefirió ella a Luisa Fernanda. Para rubor y bochorno de los extraños, le espetaba la reina a todo el mundo acerca de su hermana: *Es una víbora y su marido el más buscón de los avaros*. Por ser quinto hijo del antiguo rey de Francia, Louis Philippe d’Orléans, es también Antoine de Montpensier nieto de aquel Philippe-Égalite, quien votó la muerte de su primo Luis XVI —*on ne peut point régner innocentment*—, aunque luego lo guillotinaron también a él. Una hermana suya, mi tía Clementine, estuvo al pie de casarse con don Francisco de Asís.

Por parejo, para esposo de mi madre barajaron al más buscón de los avaros, en otra era. Pero Londres se opuso a que un hijo del rey de Francia reinara en Madrid, aunque fuese allí monarca consorte. Uniéronse entonces, el 10 de octubre del cuarenta y seis, mi madre y Luisa Fernanda a don Francisco de Asís y a Antoine de Montpensier. Mi madre aseguraba que mi abuela, María Cristina, le impuso las bodas con don Francisco para que, malogrado aquel matrimonio, soberaneara Luisa Fernanda en España por derecho propio. No llegó a reinar ni en París ni en Madrid, aunque tampoco cesara mi tío Antoine en sus intrigas en pos del trono. O bien, vuelto él mi mentor y centauro Quirón, guía de héroes y semidioses, afanábase por convertirse un día en el auténtico poder detrás de la Corona.

Destronado Louis Philippe por la revolución de 1848, huyóse de las Tullerías la familia real en un par de coches. A mi tía la abandonaron, vagando perdida y embarazada por los pasillos del palacio vacío. Un diputado apiadóse de ella. Ocultándola a las turbas vociferantes, la sacó a salvo hacia Inglaterra. Disculpábase mi tío, afirmando que todos creían en París a Luisa Fernanda en el otro carruaje, cuando tomaron las viñas perseguidos por la furia popular.

En 1851 viniéronse a España mis tíos. En seguida solicitaron la partición de la fortuna de mi abuelo, Fernando VII, y la parte correspondiente a Luisa Fernanda

tasada entonces en cincuenta y siete millones de reales. Por añadidura, redimió mi tío su legítima, antes confiscada por Napoleón III. En aquellos tiempos venturosos, compraron el palacio de San Telmo en Sevilla. El rey naranjero, apodaban los andaluces zumbones a Montpensier, porque exportaba la naranja entre otros varios negocios. Inmensa era la fortuna de aquellos parientes míos y muchos sus hijos, nueve en total, si bien uno de los chicos les salió idiota. Mercedes, nacida en 1860, fue la única venida al mundo en Madrid y cristianada en la basílica de Atocha. En uno de sus imprevisibles repentes, mi madre se había obstinado en apadrinarla.

Mayor que la riqueza del rey naranjero era su rancio prestigio de avaro. No obstante, dice Alcañices que invirtió ciento treinta mil libras esterlinas en aquella revolución de 1868, la Gloriosa, que echaría a mi madre del trono. Sus intrigas le valieron un dorado destierro en Portugal, con toda su familia, dos meses antes de la batalla de Alcolea y la caída de la Monarquía. En su búsqueda de un nuevo rey, Prim se opuso terminantemente a la candidatura de Montpensier por habérsela vetado Napoleón III. Todavía expatriado fundó mi tío *La Correspondencia de España* y otros periódicos. Aunque su ayudante, Felipe Solís Campuzano, ande procesado por la muerte de Prim, acaso no se desarreboce nunca lo ocurrido. Así se lo teme Alcañices.

En marzo de 1870 mataba en duelo Montpensier al duque de Sevilla: aquel don Enrique de Borbón, a quien también llamaré tío por hermano de don Francisco de Asís. No habrá otro par de hermanos más distintos en la tierra. Es don Francisco devoto, retrógrado, timorato, saturnino y tan amante de perfumes y lazadas, que mi madre le dice más peripuesto y cubierto de encajes que ella misma en la noche de bodas. Fue don Enrique masón, republicanote, anticlerical, osado, jaranero y duelista. Se confesó autor de una virulenta octavilla, difundida por el Madrid de la regencia de Serrano, donde acusaba a Montpensier —«el pastelero francés»— de truhanería política. Lo desafió mi tío Antoine y fueron a medirse en la Escuela de Tiro. Dos veces disparó al aire el duque de Sevilla. Al primer intento, Montpensier acertó en la pistola que don Enrique sostenía sobre el pecho. Al otro disparo, le dio en la sien, saltándole los sesos.

Dos años después, ya muy olvidado aquel crimen con tapujo de duelo —el temple carnicero de Montpensier me obliga a llamarlo por su nombre—, mi madre le confió à *contre-cœur* el timón del alfonsismo. A instancias de mi abuela hubo diversos intentos y encuentros en los turbios recovecos de mi vuelta al trono. Consiguió la reina gobernadora una dudosa avenencia entre mi madre y Luisa Fernanda. Por último, el 15 de enero de 1872, recién ingresado yo en el Theresianum y recalando los Montpensier en Cannes con su hija mayor, mi prima Cristina, enferma, pactaron el tío Antoine y su suegra un compromiso.

Reconocíame Montpensier como heredero de la Corona y comprometíase a gobernar mi regreso. Hasta los dieciocho o los veintiún años, plazo de mi minoría, iba a asumir mi regencia. En Navidades, mi madre andaba ya arrepentida del acuerdo y

quería denunciarlo. Mediado mayo, me había visitado en Viena mi tío Antoine, invitándome a cenar una noche. No perdió la ocasión entonces de retratarse conmigo, para luego sembrar centenares de copias de aquella fotografía por todo Madrid, como si fuesen el trigo de la hostia, según me contaría Pepe Tamames desatinándose de risa.

Pero el propio Montpensier se retractaría del acuerdo de Cannes, en una carta a mi abuela del 18 de enero siguiente. Las perennes intromisiones en política de su cuñada, la reina en el destierro, su separación de don Francisco de Asís, con el consiguiente escándalo para la causa, sus contactos con otros partidos, incluido el carlista, y el avieso avance del general Serrano al frente del alfonsismo le impedían terminantemente sostener lo pactado un año antes. Así, casi en párrafo único de su propia letra y estro, retirábase por el foro Antoine de Montpensier.

Todo ello, sin descuento de la aún no ocurrida dimisión de mi tío, me caía ajeno y lejano en Radan aquellas Navidades. Por primera vez, yo a los quince años y ella a los doce cumplidos el día de San Juan del verano anterior, acababa de enamorarme de mi prima Mercedes de Montpensier. Plácida y calladamente, como si me habitara un anciano muy docto, parándose a medirme por dentro los sentimientos con una vara y un lente de aumento, me embebecía contemplándola. O ella me embelesaba cantándome los cursis villancicos, que una ama le enseñaría en Sevilla.

A caballo por los naranjales
de mi Andalucía por la Navidad,
los campanilleros llegan al cortijo
trayéndole al Niño flores al portal.

La tarde de Nadal paseamos por los bosques de Radan. Gris y lunar, todo el cielo del Puy-de-Dôme semejaba un desierto sin confines, inmóvil y del revés encima de nosotros. En tanto el viejo en mí encogíase de hombros, pesaroso y escéptico, yo habría jurado que el mundo se vació de otros seres humanos y éramos nosotros la última pareja, perdida y encontrada entre dos tormentas. A nuestra espalda corría el Allier, con tranquilo susurro, hacia la noche. De vez en cuando quebrábase una rama y caía en la nieve, o saltaba una ardilla de un abeto a otro. Por lo demás, diríase al tiempo detenido en el regazo de la tarde. Fue entonces cuando en un arrebato, que por lo imprevisto y repentino heredaría de mi madre, les grité a Mercedes o al horizonte mudo:

—Un día he de volver a Madrid a caballo blanco. ¡Te lo prometo!

—¡Tú estás loco! ¡A caballo blanco! ¡A quién se le ocurre! ¡Vaya disparate!

Me arrojó un puñado de nieve y huyó a todo correr vereda abajo. Riendo la perseguía por unos roquedales, que parecían libretas y hogazas puestas en pie. Paró de pronto Mercedes, volvióse y me detuvo con las manos abiertas y enguantadas en mitad del pecho. Graznaban grajos en la fronda y en el aire se nos fundían los

alientos.

—¡Qué barbaridad! ¡Te va el corazón como un batán! A veces me late así, cuando despierto en mitad de la noche. Me asusto entonces porque creo que voy a morirme. Cierro los ojos y veo una luz roja en una ventana.

—¡No es roja sino asalmonada!

En su sobresalto, me miraba acaso más curiosa que espavorecida, fruncidas las delgadas cejas sobre los ojillos oscuros. Instintivamente, retiróse unos pasos en tanto sacudía la cabeza.

—Anaranjada, sí. ¿Cómo lo descubriste? ¿Es cierto lo que dicen de ti? Que adivinas a tientas y a ciegas. Que encuentras cuanto otros ni sabían haber perdido.

No repuse. Con un ademán le pedí que me siguiera. El bosque olía a resina. Yo ignoraba mi propio propósito. Pero lo conocería el viejo en mí, imponiéndome unos pasos ya preceptuados. Extendí los brazos en el aire como un sonámbulo. Asustada, seguíame Mercedes. Creo volvió a repetirme que andaría enloquecido. Pero sería el anciano preso en mí quien súbitamente debió de dementarse. Al niño alucinado que yo era, aun después de amar a Elena Sanz, balbuceábale que si un pájaro latíame en el pecho, aquella ave perdió una alianza de oro al final del mundo.

—¡Háblame! ¿Por qué callas ahora? ¿De verdad estás ido y fuera de juicio?

Paré en un cerco de madroños y zarzales, al pie de un nogal salvaje. Convulsas, se me estremecían las manos en el aire. De rodillas, empecé a escarbar furiosamente en la nieve. Arrancaba y esparcía a mi alrededor ramizas, cantos, hojarasca húmeda y podrida. Brotado de ninguna parte, surgió un lebrato. Fijó en mis ojos sus pupilas rosadas y perdióse en la blancura. De pronto proferí un grito de júbilo. Fue el mío el alarido de quien descubre un islote encantado y no recogido en las cartas marinas. O el de quien saluda el alba después de una noche polar, cuando las muchachas laponas se encienden y castran los renos a mordiscos, según relata el caballero Morphy. En el cuenco de un guante, le mostré a Mercedes una pieza de ámbar, redonda como un escudo de oro. En medio, presa y fosilizada, sabe Dios por cuántos millares o millones de años, había una abeja.

—¡Qué prodigio! ¡Virgen santa! ¿Cómo fuiste a encontrarlo?

Foscamente y en obediencia a mudos mandatos, yo nos sabía presos a los dos en un ritual, donde oficiábamos con precisa puntualidad. También callaba el viejo recogido en un hueco de mi alma, mientras arrodillábase Mercedes frente a mí. Tomó mis manos en las suyas y besó la abeja en el ámbar. En la zozobra de un instante de fallida esperanza, creí que el fósil, salido de la resina, subiría zumbando hasta los cielos. Hundió mi prima el rostro en mis guantes y bebió, riéndose, la nieve en mis palmas.

Anegado en una oleada de gozo, comprendí lo que de verdad viera en la sangre de Patrocinio. Aquel mínimo bosque, en su roja cárcel transparente, no era el parque de Riofrío sino el de Radan. Por lo demás, si yo fui el hombre aparecido en la llaga de la monja y en un Radan aún extrañamente limpio de nieve, la corza sería mi prima

Mercedes y no el demonio, como por error lo supuso Elena Sanz. En el castillo de Bonneuil y en una gota de sangre estigmatizada, habíase anticipado un oblicuo anuncio de nuestro amor.

—De hoy en adelante, todo será para bien.

Sin cesar de reírse, asentía ella con la cabeza. Nos abrazamos estrechamente. Al igual que el bosque, a resina le olía el pelo de Mercedes. Acaso también a violetas. Comprendí que nunca dejaría de amarla, aunque habría otras muchas mujeres en aquella vida amorosa mía, *ma drôle de vie amoureuse*, que entonces empezaba. Le di a Mercedes el ámbar con la abeja. En enero me escribió a Viena llevarlo prendido en una pulsera, con un medallón donde iban nuestros retratos miniados.

4 de abril, 1875

Repaso cuanto escribí hace tres días y lo guardo definitivamente, aunque no atine a decir por qué lo conservo. Desde mi vuelta a Madrid, no sueño con la desconocida, miope y enjuta, que comparte mi cama —*sopla un viento de la sierra*…—, ni con la terrible pesadilla del asesinato de Cánovas. Pensando en don Antonio a punto de morir, como lo veo en mi sueño, visito a escondidas a Romero Robledo, nuevo ministro de Gobernación.

Francisco Romero Robledo, el pollo de Antequera fue ministro de Fomento con Amadeo. Dicen que en 1868, huidos nosotros de España, escribió en la fachada de la Casa Aduana, de la calle de Alcalá: *Cayó para siempre la raza espuria de los Borbones*. Hoy se proclama el más devoto vasallo de la Monarquía. Le invento una historia de habladillas, oídas en Sandhurst, sobre un fanático y solitario asesino anarquista, llamado Michele Angiolillo. Aclamado yo rey, habría jurado venirse a Madrid a matarme a mí o a algún prohombre, vengando en un magnicidio escandaloso la eterna opresión del poder político y la injusta existencia de los privilegiados. Me descree Romero Robledo; pero nada pregunta. Toma notas en una cuartilla mientras me mira con sus ojos burlones de feriante trapacero. Asegura que investigará en las cédulas de la policía y en los archivos del ministerio.

Fuera de mi sueño, no existe Angiolillo, ni hay nadie fichado por tal nombre aquí o en Italia. Nadie en absoluto.

25 de marzo, 1876

E disse: «Gerion, moviti ormai.
Le rote largue, e lo scender sia poco.
Pensa la nova soma che tu hai.»
Come la navicella esce di loco
In dietro in dietro, sì quindi si tolse;
E poi ch'al tutto si sentì a gioco,
La «v» era il petto la coda rivolse,
E quella tesa, come anguilla, mosse,
E con le branche l'aere a sè raccolse.

[Y dijo: «Gerión, vuela en seguida.
Largas las vueltas y el descenso breve.
Como zarpa del puerto el barquichuelo.»
Y siempre retrocede, así elevó [Gerión] el vuelo;
tan pronto sintióse libre del todo,
allí donde tuvo el pecho brotó la cola
y, tersa aquélla, la agitó como anguila,
y con las zarpas el aire hacia sí recogía.]

Dante, *La Divina Commedia,* Inferno XVII, 96-105

Desde el antiguo frente del Norte, vine a Madrid hace cinco días, ya definitivamente ganada la guerra carlista y huido a Francia mi primo Carlos por el puente de Arnegui. Dicen que en el camino de Orthez, irguió la gigantesca estampa en la nieve para gritarle a su ejército en derrota: «¡Volveré!» Pero no regresará nunca más. Va a morir dentro de muchos años —una generación cumplida y en otro siglo—

en la alcoba de un hotel. Allí su ventana dará a un lago, que yo desconozco.

Desde el pasado primero de abril, llevaba casi un año sin abrir este cuaderno. Si ahora vuelvo a mi desordenado diario, no es por el gozo de que haya terminado la guerra y empiecen a llamarme «el Pacificador», sino por puro miedo vil de haberme vuelto loco.

De igual modo, si hoy encabezo la entrada citando unos versos de Dante, que en mi audacia traduje yo mismo, es porque no paro de leerle «El infierno», únicamente «El infierno», en las treguas de los deberes oficiales y los secretos devaneos. Al igual que la *Odisea*, también con *La Divina Comedia* quiso obsequiarme Guillermo Morphy en Viena. No me la dio a leer en versión del conde de Cheste sino traducida al francés, *La Divine Comédie de Dante Alighieri*, y publicada en París por Amyot hace cerca de veinte años. Una de las pocas veces en que se le fue el santo al cielo y me tuteó, distraído, dijo acerca de aquellos libros:

—Ahora reparo en haberte dado sólo crónicas viajeras últimamente. De Troya ardiente a Ítaca expoliada, en la *Odisea*, o de la Toscana a las plantas de Dios clemente y todopoderoso, por vía del infierno y el purgatorio, en *La Commedia*. No sé si pretendo hacer de ti un peregrino, camino de tu reino con bordón y esclavina, o el propio judío errante.

Sin veneras ni cayado, he vuelto a mi reino. Pero vivo suspendido en el vuelo del monstruo Gerión, antepasado mío por mítico monarca de Hispania, descendiendo del séptimo al octavo círculo de los abismos, con Dante y la sombra de Virgilio a lomos. Siempre me fascinó aquel canto —el XVII del *Infierno*—, cuando pasan los dos poetas del calvario de los violentos condenados al suplicio de los mendaces y falsarios. O, como diría el mismo Guillermo, de la guerra a la política.

La guerra al menos ha terminado. Acordó el alto mando liquidarla en el Centro y en Cataluña, donde más extendidas estaban las guerrillas, antes de emprender la definitiva campaña del Norte. En aquellos teatros, resolvieron Jovellar y Martínez Campos un ataque conjunto a Miravet y a Cantavieja, «la Estella del Maestrazgo». El 24 de junio del año pasado, tomaban Miravet y el 6 de julio caía Cantavieja. Al frente de las fuerzas carlistas de la región, abandonó la lucha Dorregaray para incorporarse al ejército insurrecto de Navarra. Sospechoso de infidencia, allá iban a expedientarlo.

En Cataluña se propuso Arsenio Martínez Campos cortarles la muga francesa a los carlistas y arrebatarles las dos plazas fuertes de más alto valor estratégico: La Seo de Urgel y Olot. Cayó Olot el día de san José y a poco, en un hostal vecino, reunióse Martínez Campos con Francesc Savalls y Antonio Lizárraga. Quiso humanizar con ellos el trato de heridos y prisioneros, como lo hizo antes con Rafael Tristany, el antecesor de Lizárraga en el mando rebelde.

—Mintiendo de buen grado y a boca llena, les dije a aquellos brutos compartir tres cuartos de su boina. Mas no hubo acuerdo. Luego culparon a Savalls de haberse vendido y pactado de ocultis. A punto estuvo de ceder Antonio Lizárraga. Pero

Savalls, quien había fusilado ciento y la madre, se cerró en banda como una fiera y yo me estrellé con su intransigencia —me contaba luego Martínez Campos—. De poco le valió la obstinación. Casi al mes de asedio, capitulaba La Seo de Urgel el 26 de agosto. Como siempre gusté de humanizar la guerra con el teatro, Joaquín Jovellar y yo le rendimos honores a Lizárraga. A fines y efectos prácticos, liquidamos allí la lucha en Cataluña. Punto final, punto redondo.

Yo mismo acudía al Norte a los seis meses. El 15 de febrero me despidieron en la estación mi hermana Isabel, como princesa de Asturias, Cánovas y el Gobierno en pleno. Al mediodía del 18 de marzo, Isabel me aguardaba en un andén de Ávila. Se ganó la paz y volvimos a abrazarnos estrechamente. Por dentro, como deben llorar los hombres, plañía y me anegaba en lágrimas. El municipio y las comisiones provincianas me brindaron una corona de laurel y chapa de plata martilleada. Al par de días, hice mi entrada en Madrid. Desfilando con el ejército, tardé dos horas y media en llegar a palacio desde la plaza de San Marcial. Fuerzas del general Luis Dabán, con escuadrones de escolta del jefe del ejército, abrían la vanguardia. Yo los seguía de cerca, encabezando el Cuartel Real y los generales, jefes y oficiales con antiguo mando en el Norte. No quise entonces cabalgar a solas ni lejos de nadie. Tuve la certeza de que ningún atentado, escrito con piedra blanca o negra, me acechaba en la paz triunfante de aquella mañana.

Visto el fervoroso júbilo de las calles el día de mi regreso a la Corte en enero del año anterior, no sería sino un distante ensayo de tanto gozo y tantos vítores. Llenábanse los balcones de blancos pañuelos. Llovían sobre mis tropas palomas, rosas, ramas de olivo, cigarros y monedas. Cuando alcancé la plaza de Oriente, después de oído el tedeum de Atocha, aún entraban por San Marcial los últimos soldados. Frente a palacio cruzaron todos hasta las cuatro y media de la tarde. Fueron aquéllas horas altas, azules y empenachadas de frío sol de invierno, vuelto una fogarada de oro cobrizo sobre los tejados.

Yo pensaba en las nieves del Norte.

En cuanto dejamos San Sebastián, donde la acogida del pueblo resultó áspera o desapegada, fuimos al encuentro de la nieve. Nos aguardaba en Tolosa, en Beasain, en aquel cauce del Orio, que seguimos por largo trecho persiguiendo a los carlistas. En los campos helados de Villafranca, topamos con una carreta de bueyes cargada con dos cañones de quince centímetros. Abandonados por el enemigo, los recogería una de nuestras columnas. Los boyeros evitaban mirarme y fingían desconocerme. Reducidas sus réplicas a monosílabos, contraían los hombros desdeñosamente. Uno llevaba medio rostro cubierto con un pañuelo, sujeto por el borde encintado de la boina y picoteado de agujillas de hielo. Le adiviné la sien y un pómulo comidos por el cáncer.

Bajo el firmamento agrisado, de cobre bruñido los confines, extendíase Beasain en la blancura. Golpeándose los brazos a palmadas en la nevasca, aguardaban en la plaza un pelotón de ingenieros carlistas y algunos jinetes en sus potros ateridos.

Venían a solicitar indulto y pasaporte de vuelta a sus pueblos. Alarcón, el secretario del Cuartel Militar, me tendió un despacho del general Loma. En Lecumberri, con el marqués de Santa Eulalia y un par de miembros de la guardia de mi primo, rindióse todo el batallón de Arratía con sus setecientas plazas. A mi lado, destocado en la montura, limpióse los copos de los párpados de un manotazo Femando Primo de Rivera. Sacudió la larga cabeza sembrada de plumas blancas.

—Presenciamos una desbandada —murmuraba—. También Pamplona se llena de desertores rebeldes. Por allí vagan aún uniformados. A miles los mandan cada tarde a Tafalla. Son tantos que acaparan los trenes y nuestras tropas tienen que desplazarse a pie. Tres batallones suyos desfilaron ante Martínez Campos rindiéndole banderas. Aquella gente tan brava parece ahora aturdida y como cegada por la nieve. Todos hablan de traición, sin saber quién perdió a quién. Dóciles y humillados, se quejan como niños cuando los desarman y les quitan los caballos.

Pensé en mi visita a aquel frente el año pasado. Si el recuerdo fundía unas nieves en otras, así las de Viena en las de Radan, también reflejábanse en el presente las tierras ayer heladas. A través del tiempo, de un año al otro, la naturaleza se convertía en su propio espejo. Aquel invierno no era sino la imagen del anterior: un escenario, puntualmente reiterado, donde sólo mudaban los seres y su historia frente a idénticos bastidores escarchados.

El 28 de febrero llegó a Pamplona un telegrama del cónsul español en Bayona, celebrando la huida de mi primo. *Vencido por la adversa fortuna* —le escribía el general Lizárraga al prefecto—, *acogíase Carlos VII a la generosidad de las autoridades francesas*. Al día siguiente, mientras repicaban todas las campanas, acudí a la estación con los ministros de Guerra y Marina para recibir a Cánovas. A cuerpo gentil, de levita corta y tocado con un estrafalario sombrero hongo, vínose con su secretario y un puñado de oficiales de la Presidencia. En el andén recién barrido, volvía a caer una perezosa y espaciada nevisca.

Camino de palacio, nos detuvimos junto a la puerta de la Taconera, para cederle paso a un batallón carlista, que se entregaba al son de su banda. El hongo hundido hasta las hirsutas cejas, entelados los quevedos, sacudía la cabeza Cánovas. Sostuvimos una larga y agitada sesión, donde no pude por menos de exponerle mi temor y desagrado, ante el giro apostólico del Gobierno, el destierro de políticos republicanos y el confinamiento de catedráticos, *a título particular y por muy rey constitucional que sea*. A propuesta de Cánovas y aún destemplados los dos, salimos a dar un corto paseo por las calles dormidas. La noche aclaró los cielos, abiertos a la luna llena. Toda Pamplona resplandecía, como si fuera el espejismo de una ciudad inexistente, o anduviéramos por un sueño.

—Las nieves cubren el mundo —reflexionaba Cánovas en voz alta—. Vuestro primo, señor, pisa en la fuga su propia mortaja.

—¡Qué va! ¡Ése va a sobrevivirnos por muchos años!

En el fulgor de un presentimiento, vi entonces el ventanal del hotel sobre el lago

desconocido. Irracionalmente deduje que Carlos perecería allí, en tiempos distantes del próximo siglo. Entre la nieve y la luna, me abrumaba un extraño desapego. Tuve que esforzarme por escuchar a Cánovas. Sacrílegas sonaban las palabras en aquel silencio.

De regreso a Madrid, me asaltó una súbita afonía. Como debajo de una mordaza, se me adelgazaba la voz, trabajosa y ahogada. Don Laureano García Camisón me impuso compresas de agua hirviente, prohibió el tabaco hasta nueva orden y recetó gárgaras de miel alcarreña y agua de zarzamora escaldada. No quiso encamarme porque no tenía fiebre, ni otros síntomas de catarro o trancazo. Pero me ordenó dos días de reposo, silencio y aislamiento.

Con la paz nos trajimos un coletazo de las tormentas del Norte. Después del desfile, rebotó en Madrid una tardía nevada. Vínose luego el frío soleado, de un marzo esclarecido y traicionero. Helóse la poca nieve aún no fundida. Desde mi alcoba —todavía en las habitaciones de don Francisco de Asís—, contemplaba los almendros del jardín. Cubriéronse de cristales las ramas florecidas. Despedazóse el espejo del invierno anterior y destellaban sus añicos en la arboleda.

Fue en aquel instante, al volverme en distraída búsqueda de la petaca que me quitó Ceferino, cuando vi al aparecido de mi desvarío. Hundíase en una poltrona, las piernas extendidas y las palmas abiertas en las rodillas, casi jorobeta en su desgaire. Sé que escribo ahora como si hubiera brotado un extraño en la alcoba cerrada, por tenebrosas artes de birlibirloque.

Pero, aparte de sus aires desenfadados, era él mi réplica exacta en nuestra acabada semejanza física.

Idénticos resultábamos en todo, desde los ojos oscuros y rehundidos en las fosas hasta la palidez de la frente y las manos. Por añadidura, llevaba mi uniforme y mis botas con espuelas de las dos campañas del Norte. Quizá en un punto se excedió al copiarme aquel a quien creí un espectro de mi vértigo. Prendida al pecho, exhibía la laureada de Espartero. *La gané hace cuarenta años, en el asalto al baluarte de Peñacerrada. Pero justo será que os la entregue, señor, puesto que me voy del mundo al que vuestra majestad acaba de llegar*. Sólo mostré aquella cruz a mi vuelta del frente. Luego la escondía y atesoraba en un joyero con las cartas de Mercedes, los gemelos y el alfiler de corbata que me dio mi madre el día de su renuncia al trono.

—¿Quién eres? ¿Cómo llegaste hasta aquí? —súbitamente limpio de afonía, traicionaba mi sobresalto: el asombro y el terror de haberme vuelto loco—. ¿Qué pretendes de mí? ¿Por qué me remedas y nos parecemos tanto?

—¡Cuántas preguntas de una sola tirada! —carcajeábase de buena gana y hasta en su risa creía oírme, aunque asegure Guillermo Morphy que nadie reconoce su voz ni su conciencia—. ¿Son tus esperanzas tan desordenadas como tu curiosidad? Párate a pensar si tú no serás yo, o no seré yo el verdadero Alfonso de Borbón, cuando tan cumplidamente llego a calcarte.

—Terminemos esta burla. Por última vez, ¿quién eres? ¿Perdí el juicio y serás una

sombra de mi demencia?

—Yo soy aquel que vuelve la historia desesperanza y la vana mentira verdad desnuda. Soy viejo como la muerte y sabio como el desengaño. Amando los uniformes, los tambores y los cañones, tú eres un adolescente que juega a ser rey y cree haber ganado la guerra civil.

—La guerra empezó hace mucho tiempo, cuando mi madre era niña. Fue criminal y heroica; pero acabó en una farsa. Entre marchas militares, capitulaban los regimientos, mientras mi primo chillaba en vano y a solas. —Me sobresaltó la vehemencia, después del pánico de creerme enajenado—. Y no vencí a nadie, porque no soy un jefe de mesnada. Otros triunfaron en mi nombre. Ahora vivimos en paz y yo reino.

—No reinas de verdad ni tampoco triunfasteis. Fracasó el carlismo, porque aquí todo libra mal y se viene a tierra. Así dos Monarquías, una República, el Ejército, la Iglesia, el Parlamento, la reacción, el progresismo y no digamos el pueblo en todas sus clases. También tu restauración empezó a perderse y a emborronarse. Ya lo temías tú calladamente, antes de tu campaña en el Norte. ¿Tan pronto te olvidaste de Ruiz Zorrilla y del antiguo ministro de Fomento e Instrucción, el marqués de Orovio y Echagüe?

Convertido en virtual e inevitable dictador de España, como en la intimidad lo reconocía no sin halago, anuló Cánovas la ley del matrimonio civil de 1870 —permitiéndolo excepcionalmente a los no católicos declarados—, mientras obligaba a los demás a inscribir sus bodas canónicas en el registro. En seguida, con la premura que estalla el trueno seco y cae el relámpago en la tarde de verano, prohibió el gobierno cuatro periódicos de la oposición, *El Imparcial, La Iberia, La Igualdad* y *El Pueblo*, en tanto se establecía procedimientos y tribunales especiales para penar los delitos de imprenta.

En menos de nada, escobarían otras libertades. Se reconocía las de reunión y asociación, herencia de Amadeo y de la República. Pero suspendíase el jurado y el juicio público. El 5 de febrero, por los días en que casi me prenden en Lácar, expulsaban de España a Manuel Ruiz Zorrilla por indeseable político. Como presidente del Congreso, tomó juramento Ruiz Zorrilla a Amadeo I y también le tocó presidir el último de sus congresos. En mi bulliciosa inocencia, o en mi atolondrada ignorancia, habría yo querido que alguien como él presidiera la leal oposición al Gobierno de su majestad, en mi reinado.

A poco, colmaría mi mudo enojo el destierro de varios generales republicanos, entre ellos gente del renombre de Blas Pierrad, José Lagunero, Carlos Palanca y Mariano Socías, junto a Ripoll, Eguía y los brigadieres Díaz Berrio, Padial y Guardia. Desde Viena, Rudolf von Hapsburg, heredero del Imperio, me mandó una esquela bordeada de negro de la cual reíase Guillermo Morphy, triste y cínicamente, cuando se la mostré. *Demi-deuil, mon beau. La liberté est morte tout de suite en Espagne. Je présente mes condoléances et j'attends sa résurrection ou ton coup d'État justicier*.

(A medio luto, mi apuesto muchacho. La libertad ha muerto de pronto en España. Presento mis respetos y aguardo su resurrección o tu golpe de Estado justiciero.)

A los veinte días de proscrito Ruiz Zorrilla, un decreto de Fomento e Instrucción derogaba dos artículos: *procedentes de una inmoderada libertad, antesala del desconcierto y la anarquía*. Restablecíanse los textos y programas de 1857 y el reglamento general de 1859. El marqués de Orovio redactó de su puño y letra aquellas aberraciones, que yo firmé maldiciéndome y ardiendo de ira. No cabía educación fuera del dogma católico, de la sana virtud y de la Monarquía constitucional.

En Madrid y Santiago, parte del claustro encabezó las protestas de todas las universidades. Un profesor de historia natural en Santiago y otro de química orgánica en Madrid fueron los primeros separados de sus cátedras. A Francisco Giner lo arrancaron de su alcoba, donde lo encamara el dengue, para confinarlo en Cádiz. Asimismo suspendían y extrañaban a don Gumersindo Azcárate y a Nicolás Salmerón: quien abdicó la jefatura del Estado, en tiempo de la República, para no firmar una pena de muerte. Otro presidente de la República, Emilio Castelar, dimitía su cátedra y denunciaba como vulneradas la libertad religiosa y la científica. Nombres tan prestigiosos como los de Eugenio Montero Ríos, Laureano de Figueroa y Segismundo Moret Prendergast, ministro de Ultramar en el Gabinete de Prim que siguió a la caída de mi madre, y de Hacienda con Amadeo, abandonaron el ejercicio académico mientras Giner, Salmerón y Azcárate no fueran libertados y devueltos a sus casas.

Por contrario al sufragio universal, que le parecía demencia demagógica, abdicó Cánovas la Presidencia del Consejo antes de las primeras elecciones. Del 12 de setiembre al 2 de diciembre, cuando don Antonio volvióse al poder cómodamente, gobernó de mala gana y a sabiendas de ser utilizado el general Joaquín Jovellar. Prescindió Jovellar del marqués de Orovio Echagüe, a quien despreciaba. Pero el mal ya estaba hecho y el decreto del 28 de febrero sigue vigente.

—¿Tan pronto te desmemoriaste? ¡Con lo mucho que te enojaron los destierros y las disposiciones de Orovio! —suspiraba el intruso.

—Aunque sea en vano, lo recuerdo todo. Ni siquiera esta mañana, cuando viniste a enloquecerme, pude olvidarlo.

—Nunca estarás más cuerdo. En prueba de tu juicio, te reconoció la Santa Sede, cuando aún ardía el escándalo de las universidades. ¿No dijo el nuevo nuncio apostólico, monseñor Simeoni, al presentar aquellas credenciales que cartas llaman en Roma, tendida la mano de Pío nono a esta dehesa de la grey católica, para levantarla del abatimiento de tantos años de funestos trastornos?

—De nuestro reconocimiento se llevó el papa la parte del león —asentía, hablando como resignado a la imprevista presencia del extraño. Al igual que si me dirigiera a mi propio reflejo, en aquel espejo roto que no era sino el invierno, hecho añicos en los jardines.

—Trataba la Santa Sede al país como tierra de conquista —atajó el aparecido—. Monseñor Simeoni difundía una circular por las iglesias, afirmando que ni el Gobierno, ni las Cortes, ni ningún otro poder civil alteraría artículo alguno del concordato de 1851 con la Santa Sede, sin el consentimiento de Roma.

—Desprendíase de aquello que toda enseñanza, pública o privada, permanecía bajo la tutela y la aprobación de los obispos —peroraba Julio Benalúa, como si predicara la cruzada. Aunque no supiese de cierto si su antepasado, Ambrosio Spínola, habría estado de acuerdo.

—Y tú deberías apartarte de tan peligrosas amistades como Benalúa, Tamames, Vicente Bertrán de Lis o tu alabardero mayor, Paquito Córdoba, cuando te llevan de copas, mujerío y colmados flamencos, en tantas noches de perdición. Mientras Cánovas le aseguraba al embajador inglés que se mantendría la situación religiosa, creada por la revolución del sesenta y ocho, vuestro legado en Roma confiábale al papa que volveríais a la unidad católica y a la vigilancia episcopal de los educandos. Piensa en los primeros toisones de oro que te obligaron a conceder.

—Uno era para el secretario de Estado del Vaticano, el cardenal Jacopo Antonelli, aunque sólo fuera porque su santidad le otorgó la rosa de oro a mi madre y a mí me apadrinó y me dio la comunión —puntualizaba Cánovas. El otro toisón lo confirieron a Bismarck.

—Acaso porque Otto von Bismarck mucho admira a Cánovas. *Yo, que a nadie respeto en este mundo* —declama aquel hombre cuyo orgullo supera el mío—, *me inclino ante un estadista como Cánovas del Castillo*.

¿Sabías tú lo que también dijo el canciller al aceptar vuestro toisón?

—De algún mentidero diplomático, le llegó la especie a Pepe Alcañices y vino a repetírmela. Contaban que entonces expresó Bismarck su atónito asombro ante la grandeza de España, porque llevaba tres siglos empeñada en destruirse sin haberlo conseguido.

En realidad, a Bismarck no le debíamos nada. En bandeja de oro, como un día me mostraron al mundo, le brindamos su victoriosa guerra con Francia y la proclamación del Reich imperial. La última vez que me visitó en Viena, creyéndome capaz de discernir la irracionalidad de la historia, resumía Alcañices los disparatados horrores en torno de aquella contienda, estallada mientras yo veraneaba con Julio en Deauville, cuando tanto envidié al delfín imperial, camino del frente a caballo blanco.

En mayo de 1869, conocía Alcañices la presencia en Madrid de un historiador alemán, Theodore von Bernhardi, quien era a la vez confidente furtivo de Bismarck. *Me consta que el canciller le entregó diez mil libras esterlinas para allanar la candidatura a la Corona del príncipe Leopold von Hohenzollern-Sigmaringen, el ole, ole si me eligen del ingenio madrileño. No sé si Prim se lucró de aquel fondo de reptiles. Pero antes permitíase dispendios superiores a sus medios y contrajo grandes deudas*, rememoraba Pepe paseando por el parque de Schönbrunn.

En junio de 1870 Leopold aceptó la propuesta al trono de España. En Ems, donde

el anciano Guillermo I hacía una cura de aguas, los visitó el conde Vincent Benedetti, embajador francés en Prusia. Le expuso el temor de Napoleón III a una posible alianza de Prusia y España, con Francia amenazada por el Rhin y los Pirineos, y le pidió que rechazara Leopold la Corona ofrecida. No quiso acceder oficialmente el rey. Pero en privado suplicó al padre de Leopold, Karl Anton von Hohenzollern-Sigmaringen, que su hijo se desdijera y renunciase a reinar en Madrid. En nombre del príncipe, declinó Karl Anton.

Si los franceses se detienen en aquel punto, ganan la crisis y evitan una guerra, que no quería Guillermo I. Pero fue disparatado designio de los dioses que se convirtieron en inadvertidas marionetas de Bismarck, como antes lo fueron Prim y Leopold o iba a serlo el propio monarca. A través de Benedetti, el duque de Gramond, ministro francés de Exterior, le exigió a Guillermo I su repudio personal de la candidatura del príncipe Hohenzollern-Sigmaringen y una carta de descargo y disculpas. Negóse el soberano y desde Ems le mandó un cable a Bismarck, exponiéndole las últimas exigencias de París. Falseándolo con leves retoques, para incendiar el ultraje de las masas, difundió aquel telegrama el canciller. Cuando seguidamente Francia declaró la guerra a Prusia, no cabría en sí de soberbia y deleite Bismarck.

En París, el gentío hizo avispero de las calles, gritando: *¡A Berlín! ¡A Berlín!* Pero en seis semanas se hundían el segundo Imperio y aquel a quien Victor Hugo llamaba Napoleón el pequeño. Con todo un ejército cercado en Metz, enfermo el emperador de aguda retención de orina, según puntualizaba malévolamente Pepe Alcañices, Francia rindióse en Sedan. Caído París, se proclamó la República en tanto la Asamblea Nacional, reunida en Burdeos, aceptaba la paz impuesta por Prusia. Perdieron los franceses Alsacia y Lorena. Humilláronse a pagar millares de millones de francos y a sostener el ejército invasor, hasta haber abonado las reparaciones exigidas. *Aunque nunca conoceremos todas las atrocidades de los prusianos, en su campaña relámpago, te aseguro que convierten en peleas de robaperas nuestras guerras carlistas. Enfurecióse Bismarck, cuando le dieron el parte de haber capturado quinientos franceses* —me contaba Alcañices—. *Le parecía más limpio y eficiente haberlos fusilado a todos, recién rendidos*.

Aun después de proclamado el nuevo Imperio, en la galería de los espejos de Versalles, el 18 de enero de 1871, sucedíanse otras atrocidades. En París, negóse a capitular la Guardia Nacional y la Asamblea de Burdeos, con Alphonse Thiers por jefe del Poder Ejecutivo, *mandó tropas sobre la ciudad. El 28 de mayo capitulaba la plaza ante su propio ejército. Fusilaron entonces a centenares y a millares los apresaron o deportaron.* Entre los obreros y los conservadores de la Asamblea, aquellas ejecuciones abrieron una zanja de sangre, que humeará aún en el próximo siglo —*presagiaba el duque de Sesto*—. Vete a saber cuáles serán sus últimas consecuencias. A tantos crímenes y a semejante caos, súmales el vejamen de una República nacida en la derrota y el cambio de centro político europeo de París a

Berlín. Todo ello porque Prim escogió a un Hohenzollern-Sigmaringen para un trono que en justicia sólo a ti te pertenece. Tanto si llegas como si no llegas a reinar, no caigas en la tentación de atribuirle sensatez a la historia.

—De lo poco o lo mucho que te enseñaron, esto al menos no lo echaste en saco roto —suspiró mi doble en el fondo del sillón y al igual que si leyera mis pensamientos—. Me pregunto si de veras lo crees.

—Acaso refleje la historia la irracionalidad de la vida humana, como tú pareces copiarme a mí. Aunque yo era muy niño entonces, me imagino que así empecé a intuirlo mientras huíamos de la invasión prusiana. De Madrid, vínose precipitadamente Pepe Alcañices para socorrernos y pastorearnos. Desde Houlgate, junto a Deauville, partimos para Ginebra, por Burdeos, Toulouse y Grenoble. A sus seis años, salió mi hermana Eulalia febril y enferma del sarampión. No la apartaba mi madre de sus brazos, aunque en aquella fuga terminó por juntársenos un séquito de sesenta personas, entre devotos y parásitos.

Casi sin advertirlo, hablando como sonámbulo, exponíale nuestra odisea. A cada *gare de marchandises*, nos detenían los soldados del andén y Pepe les daba toda suerte de laboriosas explicaciones. Cerrada la noche, llegamos a Tarascón y nos dijeron que el tren no seguía hasta por la mañana. La tropa abarrotaba hoteles, casas y posadas. Pero nos abrieron el café, por piedad o afán de fisgoneo. Allí paramos hasta el alba, sentados a los veladores y escudriñados como las monas del zoológico vienés, donde me revelaría Alcañices los despropósitos de la historia. *Tal vez tenga sentido para ese orangután* —señalábame, suspirando, al que nos miraba desde su invernáculo de cristal—. *Pero para mí es el desbarro de un idiota*. En el café de Tarascón, reíase mi madre con Eulalia en el regazo. Le cedió la fiebre a mi hermana y dormía, inmóvil, roja como la almandina bajo el velo ahumado que la cubría.

Mi madre, siempre con Eulalia prendida al cuello, engordó tanto que casi no trepaba al estribo de los trenes. Teníamos que auparla a empellones, mientras ella se quejaba a gritos o desternillábase de risa. En la Banca Rothschild de Ginebra, donde llegamos a los dos días, abrió Pepe una cuenta y la puso a nuestra disposición. Debimos costarle un sentido y un ojo de la cara, hasta que regresamos a París el primero de agosto, pues invadimos el hotel entero de la Paix con nuestro cortejo. En Ginebra, yo asistía al liceo y mis hermanas tomaban clases particulares con una institutriz inglesa.

—Tal vez mi ceguera por lo que llamaste mil noches de perdición venga de la historia descabellada y de mi impotencia, cuando la presencio en este país —proseguí en voz alta, hablándole a mi doble como a un confesor. O, por mejor decirlo, como jamás me sinceré con los confesores—. Paso los días esclavo de los demás, concediendo toisones a Antonelli y a Bismarck, cumpliendo con los rituales y las visitas que me ordenan. Las noches, al menos, son mías. De día soy quien debo ser, y de noche quien soy.

—No eres nadie. Apenas duermes y te quemas como una candela. A los excesos

de la carne te lleva la lascivia, heredada de tu madre. También la enfermedad venida de tu padre te levanta los cascos y pone espuelas a tu lujuria. Aquel capitán, que te pedía absolverlo por haberte concebido, te legó el vómito de Tudela y la propensión a ronqueces, toses y trancazos. —Se detuvo, mirándome de hito en hito con aquellos ojos que tan idénticos serían a los míos—. Huelga añadir que vivirías más si prescindieras de los excesos y reposases como es debido.

—De aquel a quien llamas mi padre, no sólo recibí su enfermedad sino también la inclinación a avizorar retazos del porvenir. Me anticipó que dos veces tratarían de matarme sin conseguirlo.

—No ha de acabar contigo una bala ajena sino tu propia dolencia. En esto salisteis distintos, puesto que él curó de la suya. Por tu parte, sólo llegará tu hora cuando la sangre escupida te obligue a ir por el mundo con un pañuelo rojo para ocultarla.

De improviso me asaltó el recuerdo de Rudolf Franz Karl, el archiduque heredero de Austria, en la tarde de otoño de 1872 cuando Guillermo me trajo su invitación a almorzar. Como éramos dos rapaces y yo le llevaba menos de un año, simpatizamos y nos vimos con frecuencia en Viena. Llegó a hablarme de la revolución europea, que presentía y aguardaba. *No lograré verla; pero acaso tú sí. Un día voy a pegarme un tiro, si bien todavía ignoro por qué. Nos corroe la precocidad, mon petit gars, somos un par de párvulos y ya hablamos como unos viejos*. Es un gran cazador; pero más ama a los animales que a los hombres. Sobre todo a las águilas. *Demi-deuil, mon beau. La liberté est morte*.

—La muerte es nuestra única certeza —repliqué con un gesto de indiferencia—. Y acaso sea mejor conocer los recuerdos que las razones para vivir. Compartirá conmigo el capitán Puigmoltó los catarros y el don del vaticinio. Pero cuéntame tú el sentido de un sueño que me persigue y no entiendo.

Le expuse aquella pesadilla, tan reiterada, con la joven escurrida y sonriente, de ojos saltones y miope mirar, encamada conmigo. *Der Wind den Bergen bläst so kolt dass er mir durch die Eier scheidet!* (Verdaderamente, sopla un viento de la sierra…) Parecía escucharme asombrado, no de mis palabras sino de mis sueños. Al final, rompió a reír ruidosamente.

—¡Aunque un poeta futuro escriba pasado mañana que al mundo cayeron mis plumas incendiadas, cuando aún no erais los hombres, aunque me digan omnisciente por haberlo visto todo, hasta a mí me maravillas! También yo dudo de mi juicio al escucharte.

—¿A qué vienen los gritos y las risas? —corté desconcertado—. Te hablo de un sueño y nadie los soñó nunca razonables.

—¡Qué enrevesadamente increíbles y a la vez evidentes sois los Borbones! Únicos e idénticos salisteis todos, como esas moneditas de media peseta plateada, que acuñan ahora con tu perfil de niño. Te hablo de la muerte que te aguarda, de las señales que van a precederla cuando se te acerque y tú preguntas por una mujer, con

la que soñaste compartir las sábanas. —No cesaba de reírse, sacudiendo la cabeza—. Sea quien sea aquella joven, hoy por hoy sólo te importa saber que nunca podrás amarla.

Acalladas las carcajadas, se fue apagando en el aire. Poco a poco se le transparentaron en el silencio botas, uniforme y rasgos: todos calcados de los míos. Hasta la laureada de Espartero borró la luz. Me quedé solo e inmóvil, junto a la ventana que daba al jardín. También el hielo empezaba a fundirse en el almendral. Despaciosamente, en una llovizna menuda e irisada, goteaban las ramas al sol.

Me agobiaba un lúcido y hondo cansancio. Parecíase a la fatiga después de una noche en vela, roto el cuerpo y el alma ardiente como una llama. No dudé entonces acerca de lo ocurrido ni me creí extraviado en un espejismo. Por el contrario, me embargó un frío sentido de la realidad, al igual que si de pronto contemplara el mundo con unos ojos nuevos. O como si lo pensase y describiese en otro idioma más certero y conciso, mejor ajustado a la irrebatible certeza.

Era el intruso parte de aquella verdad, recién advertida. De nuevo evoqué el vuelo de Gerión en *La Divina Comedia*, entre el calvario de los violentos y el suplicio de los mendaces. Definitivamente, en su paso de la guerra a la paz, tal sería el sentido de mi reinado. Recordaba a Guillermo, leyendo con su bella voz de cantollanista, inclinada la ancha calva sobre los versos de Dante. Al mandato de Virgilio, diligente descendía la quimera con los dos poetas a lomos. Donde antes tuvo el pecho, brotó una cola tan tersa como una anguila, en tanto el monstruo peinaba el aire a zarpazos.

Cerré los ojos para mejor contemplar lo ocurrido aquella mañana. Aunque desapareciera el aparecido, tuve la certeza de que iba a volver a su debido tiempo. En cierto modo, jamás me libraría de él mientras me adentraba en mi historia, como quien se hunde en los infiernos. Pero también quise imaginarme el fondo de aquel descenso, hasta el centro de mi ser y de mi paso por el trono. Digamos, me dije, por mi romería de monarca obediente y liberal.

Recogido en mí mismo, debajo de los párpados, trataba de percibir un punto de mi identidad y de mi destino, con el que nunca me enfrentara antes. Afuera cantaban las calandrias al sol. Pero adiviné una llanura, cubierta de nieves acaso eternas, en las tinieblas de mi interior. En mitad de aquella blancura brillaba un punto carmesí, que aun sin existir me atería el alma. Era de una rara rojez, entre el cinabrio y el rojo veneciano de los calcetines cardenalicios. Me recordó las medias que le había espiado a monseñor Antonelli, en tanto oraba ante *La Pietà* de Miguel Ángel, aunque le dijeran un secreto descreído. Calcetines eran aquellos que asustaban y atraían mi curiosidad infantil, cuando mi madre me llevó a Roma para que el papa me diera la primera comunión. Pero en los que no volví a pensar, hasta aparecérseme en palacio mi sombra viviente.

Antes de perderse todo en las tinieblas, a punto de abrir yo los ojos en la alcoba que fue de don Francisco de Asís, como quien borra la luz y aventa con un soplillo una hoguera de llamas ya consumidas, vi un pañuelo rojo como una ascua ardiente,

descogido por sus cuatro puntas y pringado de sangre, en la soledad de aquellas nieves mías y despobladas.

RELACIÓN DE ELENA SANZ

Escrita en un cuaderno con tapas de cartulina empastada, de un color entre el siena quemado y el sobermejo, sujetas con cintas doradas muy desvaídas. Faltan las seis primeras páginas. La última aparece firmada al pie: Elena Sanz Martínez de Arrizola. Enero, 1898. Aquel mismo año fallecería la cantante en París.

La firma bernesa Gutekunst und Klipstein subastó el cuaderno el 13 de marzo de 1958. Por setenta y dos dólares y treinta y dos centavos, vendióse en la misma subasta un diario ológrafo del adolescente Salvador Dalí, fechado en Figueras en 1920. La relación de Elena Sanz la adquirió el librero de viejo milanés Stefano Calboni. Sus presentes propietarios, en Barcelona, prefieren permanecer anónimos.

Desde que bíblicamente lo conocí en Viena, como luego lo puntualizaría su madre, doña Isabel, riéndose muy complacida en cuanto le di pleno informe de lo ocurrido en aquel piso del Volksgarten, pensé que estaba loco.

Me asustó de veras, contándome cómo vio a un hombre con una corza en una gota de sangre de la monja. El mero nombre de Patrocinio aún me escalofría. Me pone piel de gallina en el alma y la madre.

Vuelto él a Madrid con la Restauración y hasta la muerte de su primera mujer, aquella pobre niña acabada a los dieciocho años, no lo vi sino de lejos, en su palco del Real, cuando iba a oírme cantar.

Al igual que todo el mundo, supe de su vida de trueno perdido, en muchas noches de escándalo antes de sus bodas. Pero aquellas nuevas me dejaron indiferente. Él era rey entonces y casi me había olvidado yo del niño que eduqué en las primeras letras del pecado. Me desmemoriaba adrede, huelga añadirlo. De pensar en nuestra novela, terminaría por contarla y tentar a Dios. ¡Que no se pone puertas al campo ni se acuesta una de balde con el príncipe de Asturias! Preferí dejar entre renglones la aventura, para mejor callármela.

Pero mucho le recordé cuando murió Mercedes, a los cinco meses de casados y en el lóbrego verano de 1878. A todo el país le dolió su dolor, que decían terrible, mientras el rey se encerraba en Riofrío o llevábase su cruz al panteón del Escorial. Estaba yo en París, cuando entregó el alma la infortunada y fui al palacio de Castilla a presentarle mis respetos a doña Isabel. Desvivíase la señora por la suerte de su hijo, a quien los periódicos franceses describían devorado por la desolación. Ya me despedía, diciendo que al día siguiente regresaba a Madrid, cuando me suplicó su majestad:

—Vete a Riofrío, Elena mía, y cuéntale cómo peno sabiéndolo tan afligido. Yo no puedo ayudarlo en este trance. Pero tal vez tú encuentres palabras a la medida de su

consuelo. ¡Ya sabes que te quiero mucho!

A espaldas del Gobierno, ella me allanaría el camino desde Francia, pues Cánovas mantenía una estrecha vigilancia en torno al rey, temiendo inclusive que en su desesperación llegara a suicidarse, según rumoreaban. En Riofrío me recibió en seguida con un abrazo, para luego besarme las manos más al modo de un hermano que a manera de un antiguo amante. Sujetándome las palmas, se hizo atrás y me contempló largamente de hito en hito.

—Esta madrugada adiviné tu venida. Como en Viena predijiste que yo me aparecería, anticipado desde la niñez, en aquella burbuja de la sangre de Patrocinio. A poco, en Radan, creí a Mercedes la corza de mi visión. Ignoraba, claro, que lo sería después de muerta. También di en ello esta mañana. A la amanecida de una noche en vela, paseaba a solas por el coto, cuando vino una cierva o una gacela a lamer la sal que le ofrecía. Clavé la vista en la suya, como a ti te miro ahora, y vi los ojos de Mercedes. Acababa de cumplirse la muda profecía de la monja. Pero, asustada, huyóse la corcina por el encinar. En una rara cerebración, de una sola vez, supe entonces que no volvería a toparme con los ojos de Mercedes y que tú llegabas esta tarde. Nadie me había adelantado tu visita.

—De anunciarla, su majestad se habría negado a recibirme.

—Es muy posible. Pero ahora la celebro. ¿Viniste por tu voluntad o te manda mi madre?

—Digamos las dos cosas. A la señora no le cabe el corazón en el pecho. Está preocupadísima por vuestro estado de ánimo. Gracias a ella, pude entrar en Riofrío. A mí sola, pobre de mí, no me lo habrían permitido.

Rompió a reír desapaciblemente. Su risa, la de quien omitió sonrisas y carcajadas por mucho tiempo, sonaba de dientes afuera con cínico cascabeleo. No conseguía reconocer en aquel hombre al muchacho de Viena. *Se ríe como habla: como un enajenado* —me dije—. *Y tú querrías perderte cuando estás en Riofrío*. Debía huir en seguida del palacio y de la dehesa, para no enredarme en una tupida red invisible, que prendería mi suerte a la suya destruyéndome. Escapar como se evadió la gacela, con las pupilas y las niñas de Mercedes. Pero también advertí que era demasiado tarde. Que mi ventura y la suya andaban tan juntas como el alma y el cuerpo, o la uña y la carne.

Cenamos temprano, como fue hábito suyo desde el Theresianum. Al igual que si cumpliésemos un destino del que no éramos dueños, sino resignadas víctimas, nos acostamos con los pájaros y juntos, sin mediar una sola palabra en todo ello. Al día siguiente, el jefe del Gobierno tendría noticia secreta de tamaño escándalo y Cánovas frunciría el cejo sobre los ojos bizcos y cegatos. Por sumisión a aquella suerte nuestra, escrita en tablas muy ocultas, que no por desafío al mundo, ni a él ni a mí nos importaba mayormente cuanto Cánovas pudiera pensar o decir de nosotros.

El primero de sus dos ayudas de cámara, Ceferino Rodríguez, evitaba mirarme. Celoso de cualquier mujer, a quien su rey dispensara favores o atenciones, malsufría

el torvo resentimiento. Tanto o más que a mí, debió de haber odiado a Mercedes. El otro —Prudencio Menéndez—, un campesino esculpido en un roble del coto y atezado como un grano de café, aunque de beatos y desconcertantes ojos azules, me observaba devotamente con encandilada humildad. A ambos les profesaba él trato llano y sincero afecto, aunque a espaldas suyas llamara a Prudencio: *el ayuda de mi ayuda*. *Que esto es el cuento de nunca acabar*.

Me desnudé ante el rey, mientras me contemplaba en silencio. Antes dijo que tanto allí como en Madrid, escogió la alcoba que fue de su padre. En aquella estancia, donde pasé una sola noche, había un oscuro san Francisco de Asís, de Ribera, y tres cómodas gemelas de palo de rosa con aplicaciones de Sèvres. Él se desvistió detrás de un biombo y comparecióse descalzo, con un largo camisón cuyo pico paseaba por la taracea encerada. Yo resolví acostarme en carnes vivas, pues me espeluznaba la idea de servirme de una prenda de Mercedes. No me rozó ni dijo una sola palabra. De bruces a mi lado, durmióse en seguida.

Por la ventana abierta, cruzaba el camino de Santiago. A lavándula y a espliego, aromábase la noche estrellada. Rumoreaba la fuente, ladraban los perros y sonaban grillos. Grandes mariposas, de la plateada blancura de la luna, deteníanse aleteando en los cristales sin atreverse a entrar. Un pájaro carpintero picoteaba una encina.

Muy tarde ya, enmudecida la noche en las copas de los árboles, me deshice en ahogado llanto. En vano quise creer que todo aquello —Riofrío, el espliego, la lavándula, las mariposas de la ventana y las estrellas en el firmamento— era falaz e irreal. Inútilmente pensé vivir el ensayo de una ópera aún no escrita, donde interpretábamos papeles ajenos en otra era y en distinto lugar, antes de que fuesen aquel palacio y el cazadero. Antes, acaso del propio camino de Santiago. Llorando, me traspuse.

Dormida, en los ojos las escamas del sueño y las lágrimas, lo sentí abrazárseme. Cacareaban los gallos y esclarecíase el alba, a través de mis párpados. Me tomó con el ansia atropellada que me poseía en Viena. Por unos instantes recobré la enfurecida conciencia a rebencazos. *¿Qué derecho tiene a disfrutarme así, aturdida y sucia de llanto, como un violador, como un ladrón? ¿Por qué no quiso ni palparme anoche?* En seguida, pensé sobresaltada: *Me prende como a una muerta*. *Me goza como si yo fuese Mercedes*. Sus besos sabían agrios y fríos, al igual que la hoja de una navaja.

Dos veces me cubrió aquella madrugada, sin que me encendiera y menos exaltara. Me abandonaba a sus frenéticas embestidas, como me sometía a mi aciaga suerte. Mi pasividad, entre el letargo y la desesperanza, sólo servía para enardecerlo, botando como un sátiro. Entre aquellos fornicios y galleos, recobrábase balbuceando palabras extrañas, que yo no comprendía: talmente como si me hablase en una lengua jadeante y desconocida.

—Anoche, y también en Viena, contigo tuve el mismo sueño —me diría luego, ya enjalbegada de sol la amanecida—. Pero no sé de cierto si seré o no el hombre, que sube a solas por la calle del Arenal, como si fuera a palacio. Lleva él, o llevo yo, un

sobretodo más largo que mi camisón y el ribete del gabán le roza la acera. Será otoño entonces, aunque sea julio en Riofrío. Pero mañanea la misma hora. Todavía no barrieron la hojarasca del arroyo y ya vocean los vendedores ambulantes sus requesones, mantecadas leonesas y quesos de La Granja.

Aquel verano, Prudencio Menéndez me alquiló un piso en la bajada de Santo Domingo, a un tiro de piedra del rey y de palacio, entre el antiguo caserón del Santo Oficio y la plazuela donde estuvo el viejo convento de los dominicos, derribado después de la Gloriosa en tiempos de Prim y su Gobierno. Desde mi balcón, veía el revuelo de los vencejos, chillando extraviados en la luz, sobre el jardincillo que fue de los frailes. Era un verano tórrido y deslumbrante. A la anochecida, subía a la terraza y me acodaba en el barandal. Mirando las mismas constelaciones que en Riofrío, no pude por menos de preguntarles qué iba a ser de mí.

Vino el rey casi todas las noches. Con su delgada y picuda letra, también me escribía cartas, que siempre me trajo Prudencio. Fundíase al sol el encintando de las calles y el agobio de la sequía era demasiado grande para hacer el amor. Hasta el alba, permanecíamos en un par de mecedoras, junto al balcón abierto, en tanto él me hablaba por los codos. En otras ocasiones, un break discreto y conducido por Julio Benalúa, o por el alabardero Paco Córdoba, nos llevaba a los altos de la Castellana. Traspasando las tinieblas, perfumaban y florecían los jazmines en las verjas de unos hotelitos enrejados, que no eran sino casas de citas.

A veces nos hablaba Julio de cómo me oyó cantar en Leganés, cuando era muy niño. También de lo mucho que admiraban mi voz su tía y la augusta señora. Su tía, Sofía Trowestkoy, era una princesa rusa —espuria de Nicolás I la decían—, casada en primeras nupcias con el duque de Morny, hermanastro bastardo del emperador Napoleón III, hijo de la reina Hortensia de Holanda y del general De Flahaut. *Me contó mi tío Pepe que Morny fue embajador en la Corte del zar y conoció a Sofía, por los años en que nosotros nacimos. Entonces llevaba el duque una hortensia pintada en la puerta de su carruaje*. Reía el rey de buen grado. Pero callaba súbitamente, acaso pensando en su oculta bastardía, que fue secreto a voces desde que nació.

Una tarde compareció Prudencio con una esquela garabateada a toda prisa. Padecía su majestad la pena negra, entre golpes de tos de un súbito catarro de verano. El médico lo encamó por un par de días y no le permitía levantarse ni dejar la alcoba, bajo ningún pretexto. Por la noche vino Julio solo. Volvimos a los jazmines de la Castellana y pasamos dos horas, en un merendero casi desierto.

—Julio, me pregunto por qué nací y qué será de mi vida —le dije como hablaba a las estrellas en el balcón de mi casa—. El rey perdió el juicio. ¡No puedes figurarte cómo disparata!

—Sí, me lo imagino, Elena. Pero ni por asomo sabría qué decirte. También él es muy desdichado. Y no me refiero únicamente a la muerte de Mercedes.

No se lo conté a Julio Benalúa aquella noche. Pero a solas prodigaba desatinos,

que sólo al borde de la demencia pudieron ocurrírsele. Me hablaba de una isla desierta y una sima que daba al centro del mundo. Allí descubrió el infierno Homero, en mitad de su ceguera. Su suerte personal era volverse sumiso ramiro, si la de Mercedes fue convertirse en corza, después de fallecida. Sería así la víctima propiciatoria de un sacrificio, decretado de antiguo, pues lo degollarían junto a aquel abismo, donde sus antepasados le exigían la sangre. Alguien, idéntico a él, se le aparecía en palacio y le aconsejaba dar reposo a las pasiones. Nunca supe si por burla o de veras llegó a proponerme que dejara definitivamente el canto y la ópera, en tanto él renunciaría a la Corona, para ocultamos juntos en la isla del infierno. *O dondequiera que Gerión nos lleve en volandas*.

Al regreso, nos encontramos al rey en mi piso. Entróse con su propia llave, acompañado de Prudencio Menéndez. Aunque Madrid era un horno con reverbero, su ayuda de cámara cerró los balcones. Cubierto con una frazada y hundido en su sillón, temblaba de fiebre. Lo vi muy pálido y desencajado, con los ojos ardientes y rehogados en las órbitas. Tosía hasta el acezo y el ahogo, o desvariaba hablando con alguien inexistente. Contó Prudencio que se había obstinado en venir a escondidas, aunque padecía calentura desde la mañana. Al no hallarme en casa, se resignó a aguardar. Pero, disparada la fiebre, comenzó a estremecerse y a alucinarse. Retrocedía hasta las vísperas de sus bodas con la reina muerta, hablando a gritos que despertarían al vecindario en la calina, o en murmullos incomprensibles. Desentendido de nosotros, siempre se dirigía al mismo testigo oculto. Acaso al sosia suyo, que dijo aparecérsele en palacio.

—Pepe Alcañices se fue a San Telmo, a pedirles en mi nombre a los Montpensier la mano de Mercedes. También paraba entonces mi madre en Sevilla; pero no les dirigiría la palabra a mis tíos. Me escribió diciéndome no tener nada contra Mercedes, aunque habría preferido que casara con la hija de un barrendero, puestos a suponerle un oficio honrado al consuegro. *No diré de un sicario, porque esto ya lo es el chino francés. Por si lo olvidaste, asesinó a mi cuñado Enrique y luego a Prim, a su secuaz, cuando no lo quiso por rey. Antes pagó para que nos echasen de España, el muy cabrón*. El último querido de mi madre, Ramiro de la Puente, fundó y dirigió *El Mundo Político* para oponerse a nuestra boda. No me asusté de veras hasta que mamá se fue al Escorial y citó al cuerpo diplomático en La Granja. Ya se arrepentía Cánovas de haberle permitido regresar del destierro, aunque fuese en visita de médico. Me rogó que compareciera en el Real Sitio y me encerrase a solas con ella. Le hablaría firmemente, para impedir un escándalo de resonancia europea. *Llueve sobre mojado, señor. Ya indicó Bismarck su preocupación ante la posibilidad de que dos hijas de Montpensier, doña Mercedes y su hermana Isabel, la esposa del conde de París, reinen pasado mañana en Francia y en España*. Fui a San Lorenzo y hablé con mi madre. Jamás la vi tan exaltada como aquella tarde. Chilló que les arrancaría los ojos a Antoine y a Luisa Fernanda. Que él era un caín y ella una víbora. Luego se ablandó, llorando conmovida cuando yo dirigía unas maniobras en la explanada del

monasterio. A la llegada de los Montpensier, no pude dar crédito a mis ojos. Deshecha en lágrimas, se les abrazaba besuqueándolos. *¡Ay Virgen santísima de la Misericordia y del Olvido! ¡Si todo parece ayer y ahora se nos casan los hijos!* No obstante, muy ella ella, me espetó fríamente en un aparte: *Ojalá seas feliz con Mercedes, aunque lo dudo. Pero no esperes que vaya a la boda. Yo no piso una iglesia con el par de canallas que escogiste por suegros*.

Por consejo de Prudencio, el único con la cabeza clara por contraste con el terror de Julio y mío, acostamos al rey en mi cama. Allí lo desvestimos hasta la cintura, aunque nos faltaban manos para sujetarlo.

Tosiendo y renegando, se nos evadía como anguila. Con toallas empapadas en agua fría del botijo, le pusimos compresas en la frente y en el pecho. En cuanto lo apaciguamos, Prudencio mandó a Julio a comprar esencia de eucaliptos, manzanilla y hielo molido.

—Vaya por Dios, señor, a la botica de la calle del Reloj que cae a la vuelta de la esquina y tienen abierto casi toda la noche. Yo hago falta aquí. A mí me obedece más que a usted y a doña Elena. Tráigase también hierba mora. Le herviremos un té, que le ayude a descansar por la mañana.

Al filo del alba serenóse el rey y le cedió la fiebre. Exhausto, apenas podía hablar, aunque insistió en vestirse a solas. No recordaba nada; pero con un hilo de voz nos agradecía haberlo atendido. Aún impaciente y agitadísimo, le replicó Julio que abreviara la gratitud y regresase a palacio con él y con su ayuda de cámara antes del amanecer. En el rellano de la escalera, me besó la mejilla y susurró en mi oído:

—Todo irá bien, hasta que empieces a soñar mis sueños.

Esforzándose por erguirse y afirmar las rodillas, se fue sostenido por los dos hombres. Aquella misma semana supe que estaba embarazada. Pero tardé unos días en confesárselo. Se había recobrado del catarro y pasó varias noches sin verme. Yo sabía que se acostaba con otras mujeres; entre ellas una rifadora, una gitana y una vicetiple de la compañía de Adelina Patti, de mi propia compañía, ¡Señor!, para mayor escarnio. Reñíamos a gritos como una cigarrera y un soldado de Lavapiés, en mitad de la calle de los Tres Peces o detrás de la Fábrica de Tabacos. Luego, siempre hicimos las paces en la cama. A veces nos hablábamos como en el Volksgarten. *¡Cómo te afilaron y galleas, mi prenda! ¡Rojo y enhiesto, igualito que una llama!* Cuando se adormecía en mis brazos, igual que un niño en el pecho del aya, pensaba en sus extrañas palabras, mientras se iba por la escalera entre Julio y Prudencio… *Hasta que empieces a soñar mis sueños*.

Otra noche me dormí llorando en la mecedora. De nuevo incumplió su promesa y no vino. Lo adiviné de alboroto y jaraneo con amigos y furcias. De improviso, tropezaba con él en la calle del Arenal, entre el postigo de San Martín y la costanilla de los Ángeles. Asombrosamente, mudóse el verano en entrado el otoño. Un crujido de hojas secas, pardas o aún encarnadas, nos seguía los pasos. Apenas alboreara y ya voceaban la buhonería. *¡Palillos de enebro para la dentadura! ¡A dos cuartos el par*

de manojos! ¡Pastelillos de hojaldre y ginebrada! ¡Albondiguillas de Alcobendas! ¡Noticiero Guía de la Villa y Corte! ¡Novelas picantes! ¡Naterón y quesitos de hierba de Canillas! Como aún no sabía que soñaba, me sorprendió verme despierta a una hora tan temprana.

Recortado de talla, también me pareció el rey envejecido. Jamás fue alto, claro, pero se me antojaba más flaco y más bajo, envuelto en un abrigo demasiado largo. Parados uno frente al otro, me decía:

—No me mires así, yo no soy quien tú crees, si bien antes pasé por sus sueños. Soy el mayor de vuestros bastardos, tu hijo Femando.

—No me mientas ni me confundas, seas quien seas. Hijos no los tengo, aunque llevo uno en la sangre. A veces, su padre escucha arrebolado cómo me golpea el vientre. Aunque no lo crea, me promete entonces abdicar y huir conmigo, en cuanto nazca. Luego odiará a nuestro niño al recordarlo, porque le escuecen y le espinan los remordimientos.

—Todo eso es agua pasada, que nunca movió molino. No nos reconocieron ni a mí ni a mi hermano Alfonso, tus únicos hijos. Pero nos pagaron para acallarnos y correr un velo sobre lo ocurrido. Yo vivía en México; pero vine a Madrid a vagar por esas calles, donde antes paseaste con él de incógnito y a escondidas. También anduve por los sueños de mi padre, como te dije. Pero este encuentro nuestro es insólito e incomprensible.

—¿Cómo iba a serlo? Se entra y sale de un sueño como de la propia casa. Sólo el destino nos encierra y cautiva. ¿Por qué mientes y te llamas hijo mío? ¿Por qué te pareces tanto al rey? ¿Dónde está él ahora?

—Murió en El Pardo, en un otoño como ése. Es fama que sus últimas palabras fueron: *¡Qué conflicto!* Nadie supo si se refería a la Restauración, a su mandato como jefe de Estado, o sencillamente a la muerte. Lo último, lo pongo en duda. La muerte, no debió temerla. Después del infierno de la tisis, sería para él una liberación. Te cuento hechos sabidos. Pero no me explico cómo estás tú aquí, precisamente en la calle del Arenal de Madrid, esta mañana.

—Éste es mi sueño.

—No puedes ni debes soñarlo, porque también has muerto. Pero no en El Pardo sino en París. En el mismo París, donde doña Isabel, la reina destronada, tantas veces nos visitó de improviso para besuquearnos a mi hermano y a mí, mientras te decía: *¡Tú eres mi nuera a los ojos de Dios, Elena, como ésos son mis verdaderos nietos! ¡Prendas de mi alma!*

Llegada a aquel punto, comprendí que dormía y soñaba. Pero también me sobresaltó la certeza de que otro día, muerta, volvería a vivir aquel sueño. Acaso, pensé, el único destello de mi conciencia no será entonces sino esto: la absurda ilusión de toparme, junto a la costanilla de los Ángeles, con el hijo que todavía llevo en las entrañas. Sentí una paz cálida y quieta, como si me sumergiera en una tina de leche tibia. Se equivocó el rey, cuando quiso prevenirme contra el contagio de sus

pesadillas. En mitad de una serena bienandanza, disfrutaba y compartía las descabelladas especies de su letargo.

—¿Son acaso los sueños un exclusivo privilegio de los vivos?

—Yo no sabía que soñaseis los muertos, madre. —Sacudía la cabeza desconcertado—. Pero despierta o desentiéndete de cuanto dijimos. Hoy día nadie guarda tu memoria. De ti sólo quedamos mi hermano y yo, aunque también dejaste un cuaderno de rojas y oscuras cubiertas, sujetas con cintilla. Allí consta lo que hablamos ahora, porque tú lo escribiste. No te atormentes volviendo a recordarlo.

Todo fue a cumplirse, al igual que yo lo anticipaba en la mecedora. Nacieron nuestros hijos Fernando y Alfonso. Con ellos vivo en París desde 1880. El rey falleció en El Pardo, hace casi trece años. Ayer mismo estuvo en casa doña Isabel y dio en la gracia de repetirme que mis hijos eran sus nietos preferidos, como yo sería su nuera ante los cielos. Después me preguntó cómo seguían mis vértigos y jaquecas. Repuse que el martes me habría caído en la calle, de no sostenerme la sirvienta hasta que superé el vahído. Esforzábase la soberana señora por ocultarme su desasosiego. Dijo que mandaría a su médico de cabecera, para que me visitara detenidamente. Me aconsejó baños de sales por la noche, antes de acostarme, y toques de agua florida en los pulsos y en las sienes.

Antes de irse me dio este cuaderno, de tapas rojas y foscas con cintajos dorados, donde ahora escribo. Según se rumorea, de ella heredó su pobre hijo, el rey, la pasión por dictar y componer cartas interminables y comprometedoras. Te traje esta libreta, Elena, para que recojas aquellos recuerdos que te parten el alma. Sin pausa ni prisa, los pones aquí con buena letra y verás cómo escribiéndolos los restañas y los matas, de tal forma que ni tuyos van a parecerte cuando los leas. Que la Virgen del Olvido te bendiga y se compadezca de ti y de mí, desdichadas pecadoras. Ya sabes que te quiero mucho, hija mía.

RIOFRÍO

6 de abril, 1878

—Como Polícrates, déspota de Samos, me asusta mi suerte —le dije a Mercedes.

Le conté cómo aquel tirano había arrojado al Egeo su anillo preferido, temeroso de que su ventura encelase a los dioses envidiosos. Pero más se aterró todavía cuando un pescador le devolvió su sortija, que hallara en el vientre de un dentón o una dorada. En breve, también receloso del buen naipe de Polícrates y del posible resentimiento divino, el rey de Egipto denunciaba la alianza con Samos. Sobrevivió Polícrates un motín de su propia escuadra. Pero luego lo atrajeron los persas hacia Asia Menor y allí lo decapitaron. Al siglo sexto antes de Cristo remontábase el relato y a mí me lo había descubierto Guillermo Morphy.

—¿Qué ocurriría si tirase al mar o a la laguna de Peñalara, que cae más cerca, esta pulsera mía con nuestros retratos en el guardapelo y la abeja en el ámbar? —preguntaba Mercedes, sonriendo.

—Cuando venga esta tarde el general Serrano a Aranjuez, traería el brazalete. Su mujer, la señora duquesa de la Torre, lo habría rescatado en mitad de la noche y en el fondo de las aguas, como yo lo encontré debajo de la nieve. Al igual que los gatos y los linces, aquellos esposos ven en las tinieblas. Así amasaron su fortuna y capeó Serrano todos los vaivenes políticos.

Mientras reíase Mercedes, le desarrebocé lo sabido sobre Serrano por Cánovas y Alcañices, a título de exposición política. Que la verdad histórica no ocupa lugar, aunque pringue la sangre más cercana. Fue el futuro duque de la Torre amante de mi madre, cuando ella frisaría los dieciséis o diecisiete años. Tan pronto formó Ramón María Narváez su tercer Gobierno a punta de espada, en otoño de 1847, le ofrecieron a Serrano la capitanía general de Granada para alejarlo de Madrid. Serrano —*el general bonito,* según apodo de mi madre— tasó muy alto su confinamiento. Exigió nada menos que tres millones de reales, contantes y sonantes, abonados por la reina de su fortuna personal.

—Poco después casaba con su prima Antonia, hoy duquesa de la Torre e hija de los condes de San Antonio, para mayor redundancia. En las capitulaciones tuvo el cuajo de señalar el origen de aquellos millones, en nombre de una gratitud a la Corona, tan supuesta como a posta indiscreta. Fueron sus amores reales, vive el cielo, y así quiso que el mundo lo supiese.

Veinte años después, a la muerte de Leopoldo O’Donnell, lo sucedió Serrano al frente de la Unión Liberal. Mudó entonces de criterio su partido. Si O’Donnell quería desposeer a mi madre y entronizarme a mí, bajo su regencia, aspiraba Serrano a derribar la dinastía, dejando a libre elección de las Cortes la jefatura del nuevo Estado. Después de la revolución del sesenta y ocho, presidió el primer Gobierno y luego el llamado poder ejecutivo, con el título de alteza. Volvería a encabezar el

Consejo inaugural de Amadeo I. Venida la República, conspiró con Cristino Martos, para reunir los batallones de la milicia en la plaza de toros y sublevarlos contra Pi Margall. Fracasada la intentona, evadióse, disfrazado, a Francia.

—Al año de la Gloriosa, empeñada en embarcarlo en las intrigas de la Restauración, ya le mandaba mi madre gestores a Madrid. Serrano dejábase lisonjear o vacilaba de veras. Quien siempre se opuso a su consorcio con nuestra causa fue su mujer. La duquesa se tomaba muy en serio el título de alteza y metiósele en los cascos, o le dio en la tetilla, que un día señalado su marido sería rey.

Después de mi regreso, partidos y agrupaciones del liberalismo dieron en cultivar la vanidad de Serrano y la arrogancia de su esposa. Querían al duque de la Torre como mascarón de proa en sus tramas y sueños. En raptos de lucidez, sabría Serrano que el verdadero dirigente de aquellos políticos no era él sino Práxedes Mateo Sagasta. Si los liberales alcanzaban el poder, reservábanle una plácida proscripción en tierras de nadie, de espaldas a un porvenir que ya le caía excesivo, a sus casi setenta años.

Apenas vuelto yo de mi primera campaña del Norte, del vómito de sangre y del arriscado lance de Lácar, solicitó Serrano una audiencia desde La Granja. Se la concedí en seguida, con la dudosa venia de Cánovas. La víspera del golpe de Sagunto, todavía soñaría Serrano con presidir una República, a hechura de la del mariscal Marie Edme Patrice Maurice de MacMahon en Francia. Léase con una mayoría realista en las Cortes, en eterna espera de una Monarquía que nunca iba a volver. Ahora parece resignado a prescindir de tan altos anhelos y a pasar los años invernales *près de la chandelle et au-dessus de la mêlée.* Junto a la lumbre y por encima del mundanal barullo —gemía Cánovas.

En cualquier caso, me aconsejaba don Antonio tiento y recelo con Serrano. Era infinita la ambición de la duquesa y gobernaba al esposo como a un natillas. Pero Serrano mató casi una hora, parloteando de naderías. Poco restaba del *general bonito*, mientras la vejez lo convertía en su propia sombra. Más ancha la frente, le raleaban las canas en la punta del cráneo.

Fumaba tanto como yo y el tabaco le tiznaba y enmarillecía los blancos mostachos.

Lo recibí en el salón de la yeguada, de la Casita del Labrador, entre los apaisados paisajes de Zacarías González Velázquez. En tres años, desde que nos vimos en La Granja, avejentóse otros diez. Pero volvía a charlar de insignificancias y chismes de vecindad. Si un propósito determinado lo llevó a pedir la audiencia, debió barrerlo al olvido. Ya se iba, cuando recordó con agrado las pinturas de una maja y un pisaverde, en un balcón fingido sobre un recodo de la escalera. Lo llevé inmediatamente a ver aquel engaño a los ojos, con falsos pilares y barandillas, de burlas tan convincentes como las supuestas estancias, abiertas detrás de la pareja.

Decían iluminado aquello antes de la guerra de la independencia. Atribuyeron el brillante trampantojo a González Velázquez, aunque no parecían las figuras muy

propias de su estilo. La maja en el muro, recordaba a mi bisabuela, la reina María Luisa, y a la duquesa de Alba, como Goya las caricaturizó en sus *Caprichos*, en nombre de los celos y del sarcasmo. Mostróse Serrano de acuerdo conmigo, aunque ignoro si sabría de qué le hablaba.

—General, vuelva cuando quiera para admirar a ese par de pichones. Aquí le aguardarán siempre, encima del rellano.

Vencedor en la batalla de Alcolea, Serrano nos echó de España en 1868, a tambor batiente. No obstante, en la cámara oscura del alma, donde la imaginación y la memoria fijan súbitos daguerrotipos, transformábanse *Los caprichos* en otro libro de estampas. Barajábanse mi bisabuela, la duquesa de Alba, mi madre, Serrano y el capitán Puigmoltó pidiéndome que lo perdonara por haberme concebido. En un impulso, tan súbito como inesperado, Serrano y yo nos abrazamos al despedirnos. Me estremecí y supe que no sería de frío, aunque mi conciencia fuera un carámbano. Para mi asombro y desconcierto, Serrano estaba llorando.

En una corazonada, anticipé el destello de un porvenir, que sentí tan cierto como nuestro abrazo. En mi terrible presentimiento, Serrano moríase desvariando. Se ahogaba al tenderse y paseaba, tambaleándose, por la alcoba. A gritos nos llamaba a Cánovas, a Sagasta y a mí. Nos pedía que defendiésemos el trono, en nombre del orden, de la libertad y de la justicia. Luego, quebrada la voz, creíase en Italia dirigiendo una campaña contra enemigos invisibles. A punto de derrumbarse por los abismos de la eternidad, me hablaba del abrazo en la Casita del Labrador. *Recuerde su majestad la pareja de Aranjuez, mirándonos desde el muro de la escalera de servicio*.

—Llegué a pensar que en aquellos presagios míos, tan inexplicables, no sería yo muy distinto de nuestra historia. Concretamente, de la historia de nuestra Constitución, en mi reinado, cuando se las veían y deseaban para darla a entender y ponerla en claro —decíale a Mercedes.

—Aquí me pierdes. Cuéntame, pues no comprendo.

El 31 de diciembre de 1875 firmaba un Real Decreto convocando las elecciones generales para el 20 de enero. Asimismo llamábase a los representantes del reino a exponer su criterio en materia constitucional. El 8 de abril acreditaba el Congreso tres de los ocho títulos de la Constitución. El 24 de mayo aprobaban el resto en la Cámara. El 26 de junio daba el Senado por buena la nueva forma de gobierno del Estado.

La memoria, mi espejo invisible donde los recuerdos son tan diáfanos como si yo fuese un viejo muy viejo y no un chiquilicuatro coronado, archiva todo lo ocurrido en aquellos días. Riéndose cínicamente, entre las rizosas patillas de perro de aguas, vino a contarme Alcañices la última salida de Cánovas. Redactaban el primer borrador de proyecto constituyente y no se ponían de acuerdo Rodríguez Villa, Moreno Nieto y Mier para definir la ciudadanía española. Recurrieron al *monstruo*, como llaman a don Antonio por temor o por respeto. Bizcando y sonriendo, los zahería Cánovas:

Pero, hombres de Dios, se ahogan ustedes en un vaso de agua. Pongan allí que se es español, si no se puede ser ninguna otra cosa. Sanseacabó. Terminó por escribir Cánovas aquel documento de la cruz a la fecha.

Por añadidura, el día de Reyes, coincidieron en casa de no sé quién, Sofía y Pepe Alcañices, Cánovas y Emilio Castelar. Último presidente de la República, es Castelar íntimo de Cánovas desde sus tiempos de estudiantes, sin perjuicio de que se lancen al degüello en el Congreso, por fas o por nefas. Huelga decir que con Castelar, igual que con Ruiz Zorrilla antes de cocearlo al destierro, jamás permitió *el monstruo* que me viese a solas. De Castelar guardo el recuerdo de una calva traslúcida de tan pálida, al igual que si fuera de pan ázimo; precedidos el hombre y la ancha frente desnuda, cualquiera sea el orden de preferencia, por su fama de gran orador.

Concluida la cena, proseguía Alcañices, se fueron los caballeros al fumadero y allí se entregaron al juego gratuito de confesar la nacionalidad preferida, si no hubiesen nacido en este bendito país. Muy en serio, declamaba Castelar que sólo quisiera ser español, de no serlo por propia ciudadanía. Distraído por los jocosos recuerdos, volvió a tutearme Alcañices como cuando era niño. *Imagínate nuestro arrobo. Al igual que si honrásemos a un muerto, se hizo el silencio ante tanto patriotismo, por añadidura a cargo y cuenta de un republicano. A* Pepe aún le parecía ver a don Antonio repantigado en una butaca con las piernas cruzadas, deslumbrante la ancha leontina de oro chapado y pésimo gusto, que le cruzaba la incipiente barriga. *¡Caramba, Emilio, pues no sabía que fueses tan humilde! —exclamó Cánovas—. El coro rompió a reír y hasta Castelar sumóse a las risas. Es curioso que quien habla tan bien como él no sepa carcajearse. La risa le suena tímida y falsa. O le estalla en petardos, como las castañas en el fuego. Parece que llore a solas*.

Declaró Cánovas que las elecciones serían por sufragio universal de los varones hábiles, si bien sólo por aquella vez. En la exposición del Real Decreto, frente a la Cámara, voceó lo que de veras pensaba. El sufragio universal era una peligrosa invitación a la dictadura, en hervidero, de las muchedumbres. En otras palabras, el prólogo de la temida revolución. Sin lugar a dudas, dio a entender su ciega certeza en el resultado de los comicios. Cuando le pregunté, de buena fe, a Romero Robledo cuántos diputados republicanos darían las urnas, me miró *el pollo de Antequera* como si me hubiese vuelto loco.

—¡Ninguno, naturalmente, señor!

—¿Ni uno solo?

—Aquí os empeño la palabra.

Si la pignoró, debió de desentramparla, pues salieron cuatro: Castelar con Anglada, el marqués de Sardoal y Olavarrieta, a modo de portacolas. Según dijo Guillermo Morphy, la mayoría de los republicanos se abstuvieron de participar en unos comicios que eran las cartas del fullero. Con un tramposo código de identificaciones, se marcaron miles de papeletas. Así anticiparon jaques y caciques de

Romero Robledo los pucherazos, en sus localidades. Si el previo recuento resultaba desfavorable, añadíase las suficientes falsas papeletas para compensar la desventaja. De aquel modo, hubo pueblo donde votaron los cadáveres del cementerio. *Lo extraordinario del caso* —precisaba Alcañices— *es que muchos difuntos serían analfabetos en vida. Luego aprendieron a leer y a escribir en los infiernos*.

Extendidas sus cortas patas zambas, botines y polainas en un taburete marroquí, conjuraba tamañas vergüenzas carcajeándose. Reíase de aquella historia insensata que antes me denunció y ahora cobraba sus visos más grotescos. Por el contrario, Guillermo parecía deprimido y absorto. Tanto se le empalideció la calva, al modo de don Emilio Castelar, que se le enfoscaban las barbas como las de un corsario. Terminó por sentarse al piano, a interpretar de memoria alguna fuga de Bach. Talmente como si fuera a perderse a posta, entre la exposición y el arranque de la segunda voz.

Ganadas las elecciones, se las cobró *el pollo de Antequera* con un generoso presupuesto para el riego de su predio. Aprobóse luego la Constitución, que me declaraba sagrado e inviolable. Volví a sentirme como una sombra de aquellos antepasados que reinaron por derecho divino: los que al asomarse a la plaza de toros ponían al pueblo de rodillas, como si fuesen la sagrada Eucaristía. Sombra suya, repito, que no persona sería yo. La cumplida identidad me aguardaba en un lejano amanecer, más allá del presente cercado de ensueños y simulacros.

Sólo los cuatro representantes republicanos opusiéronse en su totalidad a los tres títulos, votados en abril por el Congreso: *Del rey, sus ministros. De la sucesión a la Corona. De la regencia*. Pero el artículo once del primer título iba a prender un trueno muy gordo. Decíase allí religión oficial al catolicismo apostólico, obligándose al Estado a mantener su culto y sus ministros. No se permitirían más ceremonias ni manifestaciones públicas que las del credo romano. Pero jamás serían molestados otros cultos y creencias. En otras palabras, retrocedimos de la libertad religiosa de Amadeo y la República a la mera tolerancia.

No le bastaba al Vaticano y expedió Pío IX un breve tempestuoso. La tolerancia de las herejías violaba los derechos de la única religión revelada: el dogma de la Roca. La Santa Sede atribuía al Estado la entera responsabilidad de tamaño crimen, presagiando males sin cuento contra el país. En las Cortes, un hombre tan cultivado como Alejandro Pidal llamó llanamente al artículo once el asesinado de la nación.

A solas sostuve reñidos debates con Cánovas, después de celebradas las elecciones y aprobada la Constitución. Sin venirnos a las manos, nos cantamos la cartilla sin reparo. Pero únicamente concluí de todo ello cuán separados andábamos y cuánta era mi ignorancia del Gobierno y del país, a su juicio. Al margen, pero por encima de todo, volví a comprobar la vasta discrepancia entre su escepticismo ante el presente, donde cualquier logro se le antojaba mínimo, y su desmedida fe en el porvenir. También advertía de nuevo, pese al diagnóstico optimista del doctor García Camisón, su miedo secreto de que la Restauración marrara con mi muerte temprana.

Otras veces, olvidando mi vomitona de sangre en Tudela, quería figurárseme Cánovas casi centenario, excediendo de sobra esta época nuestra.

—Yo voy para viejo —repetía entonces—. No alcanzaré el feliz reinado de su majestad en el próximo siglo. Todo lo que me afeáis ahora, esta política de fantoches, caciques, pantallas, sombras chinescas y tutilimundi, va a transformarse en una veraz y muy noble realidad.

—Pero ¿cómo haremos viables tanta trampa y corruptela? A todos nos mancha y condena. ¿No se compran o fuerzan los votos? ¿No nombran a sus jueces los alcaldes y gobernadores escogidos por Romero Robledo? ¿No son aquellos jueces los esbirros y mandaderos de la venalidad?

—Nuestra obra no es de hoy ni de mañana. Os lo dije en mil ocasiones. La siembra la cosecharán en el siglo veinte. En cuanto amanezca seremos un país próspero y políticamente civilizado, como Gran Bretaña.

—¿Cómo vamos a serlo, cuando nuestro presente es tan distinto del suyo? Mucho me temo, don Antonio, que dentro de cien años dos hombres parecidos a nosotros repitan nuestras mismas palabras, en este lugar. Por lo poco que sé de Inglaterra, colonos y aparcelados respetan a los grandes propietarios porque viven en sus heredades y las cultivan. Aquí tenemos terratenientes que nunca pisaron las suyas. También nos falta una ley que proteja a los pobres y vele por ellos. Me refiero, como usted sabe, a un equivalente de la *poor law* inglesa. A mí me encierran ustedes en este palacio, de donde únicamente salgo en viajes oficiales. Pero no pudieron impedir que hasta mí lleguen las nuevas de las hambres de Andalucía y de Extremadura. Nuestros braceros, me dice Morphy, son los más miserables de toda Europa.

Terminábamos por reiterarnos, como si ninguno de los dos creyera en sus principios. Exasperábase y se iba casi sin despedirse. El sistema político británico se ha convertido en su idea fija y avala a su juicio todos los procedimientos. Robándole horas de sueño, aprende inglés con un dómine particular: un escocés tuerto y borrachín, afincado de antiguo en estos lares, a quien quiso presentarme. Cánovas estudia en su lengua los discursos señeros de Gladstone y de Disraeli, con la apasionada entrega que antes analizó la decadencia de los Austrias o la gestión del conde-duque de Olivares, a quien tomaría como un modelo al revés, para no imitarlo nunca en su fracaso político. A mí mismo me consulta giros y extremos para que lo ayude a traducirlos.

Extrañamente, cuando hace dos meses firmó Martínez Campos la paz de Zanjón, sentí un convencimiento opuesto a aquellas antelaciones del porvenir: las de Cánovas y las mías. Todo lo ajustado en Cuba, el 10 de febrero de este año —la promesa a los criollos de unas normas «políticas orgánicas y administrativas» parecidas a las de Puerto Rico, la amnistía de los rebeldes encausados en los últimos diez años, la libertad condicional a los esclavos que hubiesen servido a la insurrección, la

moratoria en el servicio militar y los salvoconductos de quienes quieran abandonar la isla—, todo, repito, me parecía ya compuesto entre Martínez Campos y el general Máximo Gómez, en un pasado impreciso pero definitivamente ocurrido.

Inclusive a Antonio Maceo, el mulato que prosigue la lucha, lo supe rendido en el ámbito de otra era, como acabará por ceder en ésta para refugiarse en Jamaica, con pasaporte de nuestra capitanía. En verdad, me dicen ahora que ya empezaron los tratos secretos. Que hay fundadas esperanzas de que acepte el destierro. Se irá el mulato, pienso para mi secreto gobierno, como ya se fue otra vez. Su destino es tan insoslayable como el de cualquiera de nosotros. Como el de este general Manuel Salamanca, pongo por caso, quien truena en el Congreso contra la paz de Cuba. *¡Comprada que no ganada!*, chilla en su fervor patriótico. Grita al igual que se desgaznatara antes, aunque yo ignore cuándo: en un ayer tan remoto como el oasis reverdecido, que arroja un espejismo en mitad del arenal.

Aun con Mercedes me sucede lo mismo. Y ella, por su parte, también siente la desconcertante certeza de que nuestros besos y palabras reiteran abrazos y voces de tiempos ya vividos y olvidados. En la soledad de la alcoba y desde el día de las bodas, se me entregó aquella niña como una sirena insaciable y sapientísima. Compartimos delicias y arrebatos, que jamás conocí antes. Ni con Elena Sanz en Viena, ni con ninguna de las actrices, *cantaoras*, camareras o cortesanas de alto postín, que me ofrecían Paquito Córdoba o Pepe Tamares como si fuesen la codiciada fruta del cercado ajeno.

—¿Cómo aprendiste a amar así? —le pregunto jadeante y consumido de delicia, al igual que un fantoche hecho un pulpo a palos, en el revuelto enredo de las sábanas, la colcha y las camisas—. ¿Cómo, en nombre de Dios, si yo te he desflorado y hasta besé la salpicadura de sangre, que dejaste en la holanda por puro compromiso?

—Acaso dormida —replica, riéndose—. En sueños, que nos preceden y a medias traemos a mientes. ¿No creíste tú nunca hacer memoria de un placer como éste? ¿De un goce tan grande, disfrutado conmigo en un letargo?

—Tal vez.

Asiento a medias y *très à contre-cœur*, como diría mi suegro. Ni siquiera a Mercedes debo revelarle mis secretos más velados. Puedo exponerle presagios míos, que ella acepta sin réplica ni parpadeo; pero no la existencia, que yo o quizá otro viviría por mí en el pasado. Como tampoco le doy a conocer las páginas ocultas e interrumpidas de este diario, ni la aparición de aquel doble mío —¡tan idénticos los dos, Cristo!— que desde hace tres años no sale a la luz ni regresa a esta alcoba.

—Me pregunto si nuestros sueños se nos anticiparon en este o en otro mundo —murmura.

—Tenemos la vida entera para averiguarlo. Estoy cierto de que vamos a vivir muchos, muchísimos años. Al final seremos unos reyes viejísimos y los únicos soberanos supervivientes, en un mapa tachonado de Repúblicas. Nos visitarán en un museo, como contemplamos a nuestros bisabuelos, don Carlos y doña María Luisa,

pintados por Goya con su familia ante un espejo invisible que no existe.

—Mejor aún, seremos inmortales y siempre jóvenes —ríese Mercedes—. Puesta a desear, lo quiero todo o nada. Además, si no podemos amarnos y hacer el amor, no me apetece envejecer. ¿Para qué vivir si nos falta la vida?

Se me da desnuda. Pero nunca se quita la pulsera, donde prendió el guardapelo con nuestros retratos miniados y el ámbar de la abeja, que encontré en Radan escarbando la nieve fragante a resina, mientras runruneaba el *Allier* a nuestra espalda. O cruzaba, mirándonos con sus despavoridas pupilas rosadas aquel lebrato, que fue a perderse entre madroños y nogales.

—Sí, siempre jóvenes e inmortales.

El domingo pasado, en La Granja, dormimos abrazados y en cueros, como nos parieron y dicen que un día resucitaremos. Rendidos entre el amor y el sueño, nos faltaron fuerzas para deslizarnos en los camisones. Mientras me aletargaba, creí complacerme en una dicha irónica y tan nueva como cierto me sentía de haberla probado, antes de que despuntara el mundo. No me importaba resolver aquel enigma, ni averiguar por qué amando, como tanto amaba, las armas, los desfiles y las maniobras militares, me satisfacía tan hondamente la paz con Cuba, la paz de España. Con la felicidad, deslizábase mi vida en los vedados dominios de la cordura. No volvería a temer por mi sensatez, como no había de aparecérseme mi doble para ponerla en duda. Tampoco quemaría más noches con otras mujeres, puesto que a Mercedes y a mí nos destinaron a revejecer juntos, en aún distantes otoñadas.

Me llamo Alfonso de Borbón y de Borbón, aunque diga mi madre, cuando se enoja conmigo, que a ella sola le debo cuanto tengo de Borbón. De no haber nacido para rey, sería escritor o militar. Por ventura, ambas cosas a la vez. Pero decidí concluir los fragmentos de mis diarios en este punto. Cerrarlos con aquella noche en La Granja, como los empecé con mi entrada en Madrid. Renuncio a recoger mis recuerdos en palabras, porque también quisiera librarme de la memoria que nada orilla ni omite. O de los augurios, que a fogonazos recortan el porvenir sobre la nada. Habiendo aceptado mi vida como es, resuelvo no reiterarla por escrito. Quizá a solas y a escondidas de Mercedes, otra tarde queme estos papeles y avente las cenizas.

5 de julio, 1878. Palacio de Riofrío

¿Cómo fui tan ciego y tan sordo —¡tan sordo y tan ciego!—, ignorando la tragedia y el calvario que nos acechaban? ¿De qué me sirve presumir que finaré en El Pardo, que Serrano desvariará, dirigiendo maniobras imaginarias, cuando yo ya no cuente ni aliente y que Cabrera iba a apagarse el año pasado, como en verdad fallecería, sin regresar a España? ¿Para qué prever el ámbar con su abeja, enterrado sabe Dios desde cuándo en el bosque de Radan, si Mercedes ha muerto a los cinco meses de nuestra boda? ¿Para qué sentir ahora, en el centro de mi ser y en los abismos detrás de la razón, que ella se extinguió dos veces, en éste y en otro mundo, como creía recordar sus besos repetidos y calcados?

Huyendo de Madrid, a solas con Ceferino Rodríguez y Prudencio Menéndez, me encerré en Riofrío. Aquí el dolor me devora al sueño y paso las noches leyendo. O bien cabeceo por unos instantes y despierto perseguido por los gritos de atroces pesadillas, de las que luego no recuerdo nada. Como ebrio, temblando de fatiga, salgo al coto antes del alba en camisa, batín y zapatillas. En el parque me sorprenden los lentos y rojos amaneceres de julio. A hombros del Guadarrama, sobre La Granja y el camino de Balsain, aparécese un sol como la yema de un huevo o la boca ardiente de una tahona.

Mansos y apocados, viénense a mí ciervos y cervatos en el parque. Surgidos entre las últimas sombras, se les diría recién emborronados en el aire. Me habitué a llevarles la sal, que me lamen en las manos cada mañana. Ayer, entre el terco picoteo de los pájaros carpinteros y el revuelo de los esquiroles en la enramada, les confié a los venados:

—Como Polícrates, tirano de Samos, me asustaba de mi suerte.

A finales de mayo mostraba Mercedes presuntos síntomas de embarazo. Inapetente en el almuerzo, padecía náuseas y vahídos al levantarse. Quejábase también de creciente flaqueza y dolores en el útero. Fueron en forma de terciana los primeros accesos de la fiebre. Luego persistió la incesante calentura. La detuvo por unos días con valerianato de quinina el doctor Francisco Alonso Rubio, primer cirujano médico de la facultad de la Real Cámara y presidente de la Sociedad Ginecológica. Pero la desgana de mi pobre mujer acrecentaba su debilidad. En menos de nada volvióse una espina.

El 26 de mayo, por la mañana, recibimos juntos a una comisión del Consejo Superior de los Caballeros Hospitalarios. Por tarde, renovadas las punzadas de matriz y de ijada, no pudo asistir a la corrida de beneficencia, que presidí con mi hermana Isabel. Al par de días, aunque los dolores la tenían en un grito, acudió al hipódromo. Batiéndose con la jaqueca y el desfallecimiento, respondía sonriente y en pie a los aplausos del gentío.

Temprano se acostó por la noche, para no volverse a levantar. Como si agorara lo inevitable, minuciosamente anotó los asientos de sus gastos particulares, antes de encamarse. Su última entrada era de mil doscientos reales, por una aguja de corbata en forma de víbora ondulante, que ella me regalara. Cuando le mostré aquella presea al supersticioso Pepe Alcañices —*¡Lagarto, lagarto! ¡Toca madera y líbrenos el cielo de la bicha*!—, junto con un anillo que pensaba ofrecerle a Mercedes para su aniversario el día de San Juan, palideció entre las patillas. Pesaroso y ceñudo, sacudía la cabeza.

—¿Qué te ocurre ahora, hombre de Dios? ¿Temes que mi mujer no vaya a reponerse? ¿No quieres que tengamos a un niño más bello que los serafines?

—A su majestad le corresponde prefigurar el futuro, como siempre lo hizo —replicó desabrido—. Todo será para bien, si el señor lo dice.

Despuntado junio, volvió la fiebre con más de treinta y ocho grados y cien pulsaciones por minuto. Si antes bastaba un grano de quinina para reducir accesos más benignos, no servía entonces sino para cortarle la temperatura por unas breves horas. Al segundo día de recargo, amaneció Mercedes sedienta y presa de bascas. Vomitó algún líquido y comenzó a sangrar por la nariz. Aquella tarde mostraba los primeros indicios de torpeza en el habla y el oído. Francisco Alonso Rubio diagnosticó la fiebre tifoidea.

De fiebre tifoidea falleció en Sevilla una hermana de mi mujer, María Amalia, hace siete años. Aciaga fue la suerte de mis suegros con tres de sus hijos. A los dos años de partida María Amalia, moría Fernando, el mayor. En primavera de 1874, meses antes de la Restauración, perdían a Luis. En palacio, velada a todas horas por mi hermana Isabel, por la marquesa de Santa Cruz —la camarera mayor— y por mí, nublábasele a Mercedes la conciencia con el habla y el oído. Sólo de buena mañana, al despertar, recobraba el sentido. En uno de aquellos raptos de lucidez, tan terribles como el sopor de la agonía, me heló la sangre de la frente a los zancajos al mirarme y decirme:

—Me voy con mi hermana, perdóname.

En un par de días, sufrió dos hemorragias intestinales. Su letargo se hizo más intenso. En vano quisieron recobrarla con vino de quina, pepsina y diastasa, así como dosis de hierro, mezclado con azúcar de leche. La fiebre tifoidea la trataban con dieta vegetal, limonadas y enemas de agua zaragatera salpicada de vinagre. Los vómitos se los cortaban con terroncitos de hielo, sorbetes de arroz y flor de limón, caldo frío con nieve y helado.

—*… como María Amalia*.

El 21 de julio telegrafié a los Montpensier. Viniéronse de Radan a los dos días. Antes, afilada de ira la escueta delgadez, se trajo Guillermo Morphy una demanda llegada a mayordomía. Mi tío Antoine preguntaba si le permitirían comparecer en pantuflas, o con chanclos de goma sobre las medias. A cada paso que daba, volvían a supliciarlo los pies planos. Repuse que calzara como quisiera y lo hizo en zapatillas

de raso negro, con sus armas bordadas en el empeine.

No reconoció Mercedes a sus padres. Llorando se le abrazaba mi tía Luisa Fernanda, hasta que el doctor Alonso Rubio la apartó con callada cautela. Clamaba ella que sería su castigo sepultar a todos los hijos. Darlos a la luz para sobrevivirlos. En una pausa del llanto, un carboncillo que a Mercedes le esbozó Federico de Madrazo —apunte de un cuadro, que no llegó a pintar— cayóse del muro impensadamente. Estrellando en el suelo, se hizo mil pedazos el cristal de aquel esbozo. Mi tío Antoine, aún más dado a agorerías que Pepe Alcañices, susurrábame:

—*On ne peut pas passer sous silence les signes d'un destin ténébreux! Même dans la désolation!* (¡No cabe ignorar los avisos de un destino tenebroso! ¡Ni siquiera en la desolación!) Tuve una mala corazonada la antevíspera de vuestra boda. Sentí un *coup d'épigle*, un alfilerazo en el alma, al verte de negro riguroso. Me dijiste que aquélla era jornada de luto oficial, por no sé qué piojoso príncipe de los Balcanes. Hace tres años perdí un bastón de ébano, con mi nombre y la corona de la casa en el puño de marfil. Me lo había regalado el municipio de Mont Doré, cuando me hizo hijo adoptivo y dio mi nombre a una plaza. Me alegré de haberlo extraviado, pues era signo de mal agüero. Para mi espanto, me lo devolvió el jefe de estación de Aranjuez muy orondo y riente. *Le grand imbécile!* Veinte veces se pasaron la vara, de mano en mano, desde que di en olvidarla en Mont Doré. Por último, fue a rebotar en el consulado de España en Clermont-Ferrand y el canciller la mandó a Aranjuez, sabiendo que parábamos allí camino de Madrid y de vuestras nupcias. ¿Y qué me dices de aquel cirio que se desplomó con su candelero en la basílica de Atocha, cuando os casaban? Nadie lo había empujado y nadie tocó el dibujo que acaba de caerse.

El día de San Juan cumplió Mercedes dieciocho años. Con despiadado sarcasmo, los celebraban los cañonazos de rigor. Cesadas las salvas, los doctores Corral y Oña, García Camisón y Alonso Rubio sostuvieron consulta médica con sus colegas José Calvo Martín, Cesáreo Fernández Losada, José Arce Luque, José Díaz Benito y Tomás Santero. Cerca de una hora conferenciaron a puerta cerrada. Apenas salieron, don Tomás Corral y Oña, marqués de San Gregorio por haberme traído al mundo, vínose a mí delegado por sus compañeros. Con un ademán le ahorré las palabras, antes de abrazarlo. Si bien lo supongo curado de flaquezas a sus años —frisará los setenta—, temblaba aquel hombre prendido a mis hombros. Por primera vez, acaté la realidad inevitable de que Mercedes moriría muy pronto. Sin remedio.

Mantuvo la lucidez hasta cerca del mediodía. Aunque sus grandes ojos negros parecían devorarle las delgadas facciones, le iluminaban la conciencia y los rasgos. También ella sabría cercana su hora suprema. Pero aceptaba su destino con extraña indiferencia: no sólo resignada sino casi desentendida de su suerte, cuando el dolor físico no la atormentaba en demasía. Habríase olvidado de que juntos creíamos repetida la existencia y no imaginamos aquella agonía suya, en una previa vida. Tal vez por ello, en su implacable serenidad, casi se habría desmemoriado de mí.

Llegó el cardenal Moreno, arzobispo de Toledo, para conferirle los últimos sacramentos. No soportó el príncipe de la Iglesia la ardiente negrura de aquella mirada. En el muro se les doblaban las sombras al purpurado y al secretario, que se trajo de monago. Desde el fondo de mi mujer, diríase que un fulgor de eternidad los encogía y humillaba. A media voz, como si susurrara una impudicia, le preguntó el cardenal si se disponía a dedicarle la vida al Altísimo.

—Se la ofrezco. Pero siento morirme por Alfonso.

Repuso en tono muy claro, aunque tan frío como la hoja de una cuchilla. Fueron aquéllas sus últimas palabras en la tierra. Gemía y a veces chillaba de dolor, llevándose las palmas a las sienes. O tentábase temblando muslos y rodillas, si no tiraba de la colcha a puñadas. Combatían sus violentas jaquecas con compresas de agua helada y el suplicio de las piernas con sinapismos de papel Rigollot, fricciones de sulfato de quinina en alcohol e inyecciones de sales antisépticas y febrífugas. Al exacerbársele la temperatura, la trataron con lavativas de una disolución de analgésicos. La sostenían con cucharadas de fría limonada, primero sulfhídrica y después hidroclórica, así como boles medianos de caldo de gallina. Quisieron añadirle al caldo unas cucharadas de jerez. Pero las cortaron en seguida, pues, aun inconsciente y al borde de la muerte, repugnábale el alcohol a Mercedes.

El 25 de junio volvieron a reunirse los doctores. No pude entonces acallar con un gesto al marqués de San Gregorio. Me dijo que el final llegaría en cualquier momento. Tal fue el triste consenso en la consulta. Derrumbada en una butaca, mi hermana Isabel sostenía un rosario de grandes cuentas negras en el halda. Mi suegra vivía sentada al lado de la cama, prendida a Mercedes como si creyese que la muerte no la arrancaría de sus brazos. Al borde de un diván, siempre en chanclos y con el báculo del paraguas entre las palmas, busbisaba el tío Antoine en francés, al igual que si orara a solas y desentendido de nuestra presencia.

—*Il y a trois jours, j'étais encore à Radan.* Hace tres días aún estaba en Radan. Allí se prolongó el invierno este año y todavía cubren las nieves el Puy de Dôme. Parece que el tiempo se detuvo en los bosques. *D'ailleurs, ça va très vite*. ¡En cambio, qué de prisa va todo esto! Definitivamente, el destino escogió nuestra suerte. *Évidemment, le destin a choisi pour nous*. Fueron demasiados presagios para no tenerlos en cuenta. Ya lo decía yo, sin que nadie me hiciera caso. El retrato roto, el cirio caído, mi bastón de ébano, mi yerno de luto riguroso por no sé quién, por nadie, en vísperas de las bodas.

Al alba del 26 de junio se agravó Mercedes. Le pedí a Isabel que despertara a nuestras hermanas menores: a Pilar, Paz y Eulalia. En la pálida amanecida de verano se eternizaba el silencio. Ceniciento y entornados los ojos rasgados, aun mi tío Antoine callaba en su diván. Tan honda era la siniestra quietud, que a través de las puertas cerradas oíamos el pisar de los alabarderos. En cuanto regresó el cardenal Moreno, abrí la alcoba de par en par. A los pies de la cama rezaba el arzobispo de Toledo la oración de los agonizantes, mientras damas, oficiales y ayudantes de la real

cámara le respondían de rodillas en el suelo. Aún vivía mi mujer, cuando llegaron las niñas con el gesto mediado de sueño y de espanto.

Falleció a las doce y cuarto del mediodía. Le cerré los ojos y crucé las manos en el embozo. Creo haberles confiado a mis hermanas: *Esperaba que vuestras preces pudieran salvarla*. Pero no recuerdo muy bien cuanto dije aquella mañana. Memoria adentro, oía el repique y el campanilleo de unas risas en Radan, en tanto brincaban las ardillas por los abetos. *¡Tú estás loco! ¡A caballo blanco! ¡A quién se le ocurre! ¡Vaya disparate!* Entornados los ojos, en algún tablado de la conciencia se me apareció el caballo de mi pesadilla en Tudela. A sabiendas de que mentía, volví a decirme: *No puede ser verdad. Esto es un sueño ajeno. Tal vez el de Mercedes, todavía viva*. Pero todo era cierto y no cabía despertar posible. Sólo el martirio de una vigilia interminable. En un aparte, le susurré a Cánovas:

—Para vivir y ver un día como éste, más me valdría haber muerto en Navarra, cuando el golpe de sangre.

—Pensad, señor, que al menos ella ya no sufre —me replicó en voz muy baja.

Después de una conocida vida de libertino vergonzante —*de crápula de derechas*, decía Pepe Alcañices—, casó Cánovas ya muy mayor con una mujer más joven: Concepción Espinosa de los Monteros. Se le murió ella, tuberculosa según creo, a los veinticuatro o a los veinticinco años.

—Si padece o no, nosotros no lo sabemos.

Sorprendido y asustado, me miró a través de los quevedos. Algo iría a decirme; pero limitóse a humillar la cabeza. Sonaban horas y doblaban las campanas. Toda la mañana de junio olía a la jara de la sierra.

Asombrosamente, se abrió a solas un ventanal y vínose el mediodía traspasando los visillos. Nadie, salvo mi suegro y yo, llegó a percatarlo. Seguía acechándome Cánovas hasta el fondo de los ojos. Se preguntaría conmigo si los mismos inocentes no estarían condenados al dolor eterno: al infierno universal. Se me estampó en el alma su encaro estrábico, mientras leía el arzobispo un versículo de san Mateo. *Porque después de la resurrección ni los hombres tomarán mujeres, ni las mujeres tomarán maridos; sino que serán como ángeles en el cielo*. Luego afirmó que Dios no era el Señor de los muertos sino del regreso de la vida. Mi suegro cerró la ventana y enmudecieron los pájaros. No pude por menos de demandarme quién sería mi verdadero Dios, cuando no sabía de fijo si aún alentaba o fallecí con Mercedes y mi única certeza era la locura, que ella me descubrió riéndose en Radan.

Tan pronto la sepultaron en la capilla de San Juan, me vine del Escorial a Riofrío con mis ayudas de cámara. Aquí velo como un espectro, en este palacio de idénticas fachadas y balcones volados o vago a través de encinares, fresnedas y sotos de álamos. Aunque duerma muy poco, no me abruma la fatiga. Cuando me topo conmigo mismo en el espejo de la consola, casi no me reconozco. También el mozo, en el retrato que me hizo Casado del Alisal, se me antoja un extraño. Como un alma en pena, cruzo por las estancias desiertas entre cazadores de Snyders, monjes de

Zurbarán, caballeros de Claudio Coello y apuntes para alegorías de Palomino. Antes que la alondra, amanezco con los venados o me levanto después de una noche en blanco. Luego, sentado en una piedra o al pie de una encina, aguardo a que Prudencio, despeinado y sin afeitar la rastrojera de las mejillas, me busque inquieto bajo el alba lívida.

—¡Señor, señor, su majestad no debiera irse así, sin avisar a nadie!

Anoche me enfrenté con una antigua pesadilla. Traspuesto, regresaba al sueño vivido en Viena, cuando Elena me hizo varón, en el piso oculto por la arboleda de palo de rosa. Calle Arenal arriba, envuelto en un gabán demasiado largo, vi a aquel hombre tan parecido a mí y tan semejante al ser mágico y diminuto, en la gota de sangre de la monja. Taciturno, vagaría, entre el crujiente revuelo de la hojarasca y la chillería de baratilleros y feriantes. *¿Quién eres?* —creo haberle preguntado dormido —. *¿Eres el capitán Puigmoltó o el quinto helado en el arroyo de San Cristóbal?* Disminuido por el sobretodo, no me oiría o aparentaba no escucharme. *¡Tú no serás nadie!* —grité airado—. *Ni aun ahora tienes voz ni nombre*. En aquel punto, se volvió a mirarme con ojos desvaídos. *Sólo sueños y demonios se empeñan en hacernos creer que no existen* —replicó lentamente—. *¿Acaso te olvidaste de tu cometa?*

Despierto y desvelado, me sorprendió el alba entre el bosque y la dehesa. Un rastro de humedad en la aurora me estremecía de pies a cabeza. Como no llevaba sino un camisón, batín y zapatillas, me ceñí el cinto en un vano intento de arroparme. Recordé cómo temblaba prendido a mi madre, si bien de miedo entonces, cuando la monja me mostró la palma llagada. Di en pensar en la suelta cabellera de Mercedes, fragante a resina y definitivamente también a violetas, mientras nos abrazábamos en la nieve. Por primera vez, desde su muerte, veníase a mí su recuerdo sin desgarrarme el alma. Respiré hasta el fondo de mi ser y, al entreabrir los párpados, vi a la corza o a la cervata.

Parada ante mis rodillas, me lamía las manos. Reconocí en seguida su mirada limpia, reluciente y oscura. Los suyos eran los ojos de Mercedes, aunque puntos de oro pálido, parecidos al tono del ámbar, le espolvoreasen el fondo de las pupilas. No me sobresaltó ni llegó a dolerme el encuentro con su encaro. Vuelto sobre mí, me embargaba una sensación de sereno y beato desasimiento. No obstante, aun mirándonos en hito, el delgado filo de la eternidad me separaba de mi mujer. Antes de que yo echase de ver que la bestezuela se desvanecería en el alba, si intentaba abrazarla, la cervata o la corza huyóse por ensalmo y se perdió en la espesura.

Inmediatamente, con la súbita premura que se encienden los cometas en los cielos, advertí con ilógica certeza que Elena Sanz llegaría a Riofrío aquella misma mañana. Estaba escrito y determinado. Sólo me cabía aguardarla y decirle que ya se cumplió la muda profecía de sor Patrocinio.

12 de agosto, 1879. La Granja.

Superé el puerto de Navacerrada e íbamos por una de las últimas revueltas antes de La Granja de San Ildefonso, cuando al charabán que conducía se le partió una rueda, volcó y dimos todos en tierra con los caballos: mis hermanas Isabel, Paz y Eulalia, el general Rafael Echagüe, el doctor Francisco Alonso Rubio y yo mismo.

Entre relinchos, chillidos y corridas de nuestra comitiva, dejando atrás los vientos por ayudarnos, levantáronse indemnes y blancos de polvo mis hermanas y el doctor Alonso Rubio. Peor suerte corrimos Echagüe y yo. Al general se le dislocó una muñeca y a mí se me desencajó el brazo derecho. De antuvión, nos sorprendimos riendo como benditos por haber salvado la vida en el aparatoso tumbo. Fugazmente, no pude por menos de anotar el contraste entre nuestras carcajadas y el entierro de mi hermana Pilar al que asistimos en El Escorial. Acaso deba precisarse que ya la habían sepultado cuando llegamos nosotros, temerosos de su pronta pudrición en la canícula de agosto. ¡Tan inesperado fue el dolor de su muerte y tan imprevisible luego la instintiva alegría de la supervivencia!

En rectos y torcidos renglones dispuso la Providencia que no saliésemos peor librados. Repechábamos por la sierra, cuando se le quebró una ballesta al coche. Fue preciso repararla en una herrería de pueblo, roja y chispeante como la fragua de Hefesto. Recién soldado el resorte bajo la caja del carruaje, moderaba la marcha contra mi costumbre a la hora del percance. Asimismo, arcángeles compasivos nos tumbaron del lado derecho y no del opuesto, donde nos habríamos descalabrado por un precipicio.

Previsora, llevaba Isabel un saquillo con unos impertinentes para escudriñar el paisaje, un pañuelo perfumado a pachulí y unas tijeras de bordadora. Con aquellas tijeras, en forma de cigüeña, el doctor Alonso Rubio nos cortó la manga de la camisa y del uniforme a Echagüe y a mí. También me quitó el anillo con el topacio del Brasil que llevaba en el dedo anular de la diestra. Al devolvérmelo, lo guardé en un portamonedas. Entretanto incorporaron las monturas, milagrosamente ilesas en la caída.

—Doctor, diría mi suegro que esta sortija anda embrujada y sujeta a una suerte fatídica. La adquirí para dársela a Mercedes cuando cumpliese los dieciocho años. A su muerte la entregué a mi cuñada Cristina, quien se parecía a la reina, como si fuesen mellizas. También Cristina falleció de tifus en abril y entonces le regalé el topacio a mi hermana Pilar. A ella acaban de enterrarla en El Escorial y yo resolví no separarme de la alhaja maldita. No desafío al destino sino reverencio a mis muertas.

Apenas escuchaba Francisco Alonso Rubio. Impacientábase por llegar a La Granja y ajustamos a mí el brazo y a Echagüe la muñeca, vendándonos y entablillándonos. Me dije para mi gobierno que la fatalidad era el culto ciego a un

azar funesto y yo llevaría aquel anillo en El Pardo, cuando me tocara rendir el alma. Luego, meditando otro hado insondable e insensato, pensé que en aquel camino, entre San Ildefonso y Segovia, mudaron de suerte la historia de mi familia y de mi tierra, cuando más de noventa años atrás mi tatarabuela María Luisa conoció a Manuel Godoy Álvarez de Faria y lo hizo su amante.

Mi madre, siempre indulgente con los pecados de la carne, me contó en diversas ocasiones cómo cayóse del caballo Godoy, cerca de La Granja, y lo acogieron en su carroza los príncipes de Asturias. Casi de rebote, iríase a amanecer al día siguiente en la cama de la princesa María Luisa. Mi abuela, que en paz descanse, pues falleció el año pasado, les confesó a mi madre y a mi tía Luisa Fernanda, cuando frisaban la edad de la razón, que su propia madre, Isabel de Nápoles, era hija de Godoy. También fue hijo suyo mi presunto abuelo, Francisco de Paula. Yo enrojecía como un pimiento y mi madre abanicábase con un pericón pintado, mientras recitaba los secretos familiares, que antes me adelantaron Guillermo Morphy y Pepe Alcañices, discretos y adustos, por imperativas razones de Estado. Corría otro agosto, el del setenta y tres, y asumió Cánovas la jefatura de mi causa: del alfonsismo.

—Vete a saber si lo mejor y lo peor de la sangre no lo heredamos de aquel hombre, de Godoy —decía mi madre con suelto desparpajo—. En este sentido, me siento doblemente responsable frente a ti, hijo mío, puesto que cuanto tienes de Borbón te viene únicamente de mí. Soy yo biznieta suya aunque lo sea por detrás de la Iglesia, como también de ocultis es su nieto don Francisco de Asís, quien pasará a la historia como tu padre sin serlo. Parece mentira que mi marido sea hermano de su hermano. Me refiero a aquel loco guapísimo, Enrique María Femando de Borbón, a quien ya olvidaste con los años que llevamos de destierro. A Enrique María Fernando lo asesinó el caín de tu tío Montpensier: el chino francés. Fue un duelo, sí, pero me consta que mi cuñado disparó dos veces al aire, como un caballero, en tanto Montpensier tiraba a matar. Al primer disparo, le saltó la pistola sobre el pecho. Al segundo le voló la cabeza, el muy canalla. Para inri, lo despacharía a los infiernos, ¡el cielo y la santa Virgen del Olvido nos valgan!, pues falleció inconfeso, francmasón y sin la gracia de los sacramentos.

En La Granja, el doctor Alonso Rubio le ajustó la muñeca al general y a mí el brazo. Dijo que acoplarme los huesos iba a dolerme, punzarme y entrepunzarme cruelmente. Le repliqué haber apurado ya el cáliz de todas las desgracias y andar muy curtido y correoso por dentro. Pero, desatendido de mis protestas, me dio una inyección de morfina. Quise pedirle al buen amigo Guillermo Morphy —a quien dicto estas páginas, aunque él desapruebe su papel de testigo y encima amanuense de tantas intimidades— que pasase un parte prudente del percance a Elena Sanz. Por aquellos días, ella iba a dar a luz un hijo mío, mi primogénito. Debía hacerle saber que iría a Madrid para acompañarla cuando estuviera de parto. ¡Así se hundiesen el reino, Sansón y los filisteos! Pero un plácido letargo, parecido al de quien se adentra en un túnel de luz blanquísima, a través de una fresca cascada, me enturbió los

sentidos y perdí la conciencia.

Puesto que no me valgo con el brazo entablillado y en cabestrillo, escribe de tu propia mano cuanto te digo, Guillermo. Acaso después de leer atentamente mi dictado, lo dé por cierto como verificamos la memoria de los sueños y de las alucinaciones. Rasguea y emborrona, antes de que me sienta tentado a descreer, a sabiendas de mentirme, lo que vi aquel día en lo más hondo de mi interior. Aquí, en La Granja de San Ildefonso.

Bajo los efectos de la morfina, me supuse despierto y vuelto a Viena. Debo precisarte que no sólo estaba en Viena, sino también en el edificio de la Ópera, que tan nuevo era todavía en 1873 cuando me llevaste a ver *Die Meistersinger von Nürnberg*, *Los maestros cantores* de Wagner. Tú me contabas que erigieron la Ópera Van der Nüll y Von Siccardsburg, a poco de derribadas las murallas por orden imperial. Grande era tu afán por explicarme cómo concibió el maestro una síntesis, novísima y titánica, de música, épica, escenografía, mito y metafísica; o por hablarme del doble valor, vocal e instrumental, de sus obras donde la orquesta revolucionaba la función de los instrumentos de viento y dividía en diversos grupos melódicos los de cuerda. Con la quisquillosa audacia de un chiquillo, en atolondrada búsqueda de su hombría, repliqué que Richard Wagner era un impostor y en menos de nada darían al olvido sus extravagancias.

En el delirio de la morfina, tampoco tardé en contradecirme. *No estás en Viena* —concluí—. *Ni es eso su Ópera*. Si no soñaba, acaso parase en el limbo: con Mercedes y todos los muertos del mundo. Entretanto levantábase frente a mí el rojo resplandor de una amanecida polar, semejante a aquellas que el archiduque imperial, Rudolf de Austria, vio en los bosques de Suecia mientras alboreaba a medianoche. En la aurora, distinguí una alta escalera truncada, que no conducía a ninguna parte. Al pie y ante el arranque de un par de peldaños opuestos e iguales, divisé a mi abuela María Cristina. Sentábase en tierra y llevaba al cuello una de sus anchas lazadas, con que gustaba de emperifollarse en los últimos tiempos, como si fuese la histriona de un circo húngaro. No me sorprendió encontrarla en aquellos ámbitos, puesto que había fallecido en su finca de Mondésir, del Havre de Grace, en agosto del año anterior. Cuando vino a mis bodas con Mercedes, sentíase ya muy achacosa y tuvo que quedarse en Aranjuez.

—No es la vida sueño ni teatro. No hay más drama que la muerte, en este escenario sin límites, donde tú nos contemplas todavía vivo. Ya sea por gracia de Dios o del demonio.

Detrás de mi abuela, sobre aquellos peldaños tan idénticos y confrontados como los de la escalinata de Riofrío, distinguí a mi cuñada muerta, Cristina, y a un hombre a quien tardé en reconocer, asentados los dos a los extremos de la gradería. Tendría él cualquier edad, entre los treinta y la cuarentena. Llevaba botas ajustadas y un terno de gruesa alpaca, aunque habría podido vestir el blusón y las alpargatas de los obreros.

La barba cuidadosamente recortada y el pelo cepillado y partido con raya en medio daban medida de su esmero en la apariencia. Turbado, lo identifiqué entonces. Era Juan Oliva Moncosí.

Recordarás tan bien como yo, Guillermo, que Oliva quiso matarme el 25 de octubre del otoño pasado. Acababa de regresar de Ávila, Valladolid, Logroño y Zaragoza e iba a caballo a palacio, después del inevitable tedeum de Atocha. Espontáneo u oficioso, el gentío que me aclamaba en el Prado, la Puerta del Sol y la calle Mayor me devolvía las fervientes multitudes a la vuelta del destierro. Me las trajo en las mientes con la indiferente negligencia que escuchamos el relato de un desvarío, medio censurado por la desmemoria. Seguido por Quesada y Jovellar, ellos al frente de un escuadrón de húsares y otro de lanceros, tuve que concluir: *Definitivamente, todo se vive dos veces. La primera de veras y la segunda, como a rastras nos sigue la sombra en la tarde*.

Pasábamos ante el 93 de la calle Mayor, donde me contaste que moraba Calderón de la Barca en su siglo, cuando, por azar o milagro, vino a frustrarse el atentado de Juan Oliva. Por un solo instante se cruzaron entonces nuestras miradas, antes de que volviese a encontrármelo, en aquel teatro de La Granja entre la muerte y la morfina. Sus ojos en los míos, contemplábame sin ningún odio: con infinita y desolada tristeza. De súbito, le destelló en la mano una pistola, que luego me describieron como una Lefaucheux, recién importada. En el momento en que disparaba, o una fracción de segundo antes de que sonase el tiro, advertí a su lado a una viejecita, chepa e inclinada sobre una caña. Le bastoneó vivamente la muñeca aquella anciana y la bala fue a clavarse en una fachada.

—En la cárcel del Saladero, me contaba mi abogado que la señora del varazo huyóse de estampía. En vano la persiguió el fiscal por todo Madrid, pues la buscaba como testigo de cargo —decíame Juan Oliva, entre respetuoso y fatigado—. Antes de que los soldados me tumbaran a culatazos y acaso me matasen, si el general Quesada no descabalgaba, se interpone y ordena sin más que me lleven entero, sano y salvo en lo que quepa, a capitanía general, antes, añado, de que sacase de aquel alboroto dos costillas rotas, un codo salido de madre y un chirlo en la frente que ni muerto cicatriza, vi a su majestad, muy dueño de sí, señalándome con el dedo y prosiguiendo al paso calle Mayor arriba. Soy un tonelero y cubero de Cabra, en la provincia de Tarragona. Pertenezco a la Internacional y creo en la solidaridad de todos los oprimidos, así como en la abolición de la propiedad privada y del Ejército, hasta que los hombres sean de verdad libres e iguales ante la ley. Procedí a solas, como lo afirmó en el juicio mi defensor, porque únicamente quería pagar con mi vida por la de vuestra majestad. Ya otra vez quise matarle, cuando el señor fue a Tarragona, hace casi tres años. Iba a tirotearle en el atrio de la catedral, mientras respondía a las aclamaciones y el obispo trazaba cruces en el aire. Pero no andaré muy bien de la cabeza, como luego lo alegaba mi letrado, porque advertí de pronto haberme olvidado la pistola en casa. Ya veis lo que son las cosas. Se me fue el santo al cielo, con tantas

prisas y nervios como los de aquella mañana.

Confesó que al verme señalarlo, después de dispararme, me llegó a odiar por un fugacísimo instante. Antes no aborrecía a vuestra majestad. Me propuse asesinarlo para destruir el símbolo que representaba, aunque a veces me apiadara de su suerte, sin compadecerme de la mía. *En aquellos trances, le acongojaba ser sicario de un muchacho tan joven, sólo porque una suerte absurda lo hizo nacer rey. Pero alguien debía acatar los designios de la libertad en la historia, convirtiéndose en mi verdugo pese a lo mucho que le movía la compasión, antes de inmolarme.* Únicamente abominé al señor cuando, sin inmutarse por el tiro fallido, me apuntó con el dedo. No tenía derecho a denunciarme con aquel ademán, como si le hubiese robado una gallina, si bien habría sido justo que me matase cara a cara, como yo quise sacrificarlo.

Con agria impaciencia y destemplada indignación, repuse que yo nunca pretendí destruirlo. En voz alta, me proclamé irrevocable enemigo de la última pena. Vivo convencido de que la humanidad supuestamente civilizada la abolirá en el siglo XX, como bárbara reliquia de una sociedad que recurría al crimen para librarse de su propio terror ante un ser indefenso, fueran cuales fuesen sus pasados delitos. Así se lo confié a su abogado, a Jiménez del Cerro, y al mismo hermano de Oliva. Confirmada la pena capital por el Supremo, solicitaron audiencia y mandé concedérsela en seguida. No obstante, les dije que yo era un rey constitucional y no un monarca por derecho divino o despótico. Como todos los ciudadanos, estaba sometido a las leyes del Estado y debía aceptar lo dispuesto por los tribunales y el Gobierno, mal que me pesara y por mucho que me doliese. El día en que agarrotaron a Juan Oliva, tanta era mi cólera que huí de Madrid al Pardo, ciego de enojo y con toda la sangre en la cabeza.

—¡Yo desconocía la fuga del señor, mientras me ajusticiaban! —reíase de buena gana, tendido en la piedra y apoyado en un codo—. Pero supe que prometió pasarles de su propio bolsillo una pensión a mi mujer y a mi hijita, al contarle mi hermano que dejaba una viuda de veinte años y una criatura de pecho. Ni muerto puedo agradecerle su largueza por suponerla nacida del miedo. Vendría de un temor tan grande como el que le atribuye a un país, que sanciona la última pena. Me refiero al pánico, que a su majestad le inspira su conciencia por no haber impedido mi calvario. O, mejor aún, por ser incapaz de suspender el suplicio de aquel a quien denunció con un perezoso ademán en la calle Mayor.

Me contó que apenas subido al patíbulo, con buen pie y ánimo claro —el temple de quien se resignó a irse a la nada, para luego amanecer, sorprendido en este teatro —*, se arrodilló a sus plantas el verdugo y le dijo, en cumplimiento del ritual prescrito:* Juan Oliva, ¿me perdona usted en nombre de Dios? *Le repuso Oliva Moncosí:* Te perdono de buena gana, en mi nombre y en el de los míos. Si te perdona o no el rey, quien no pudo impedir que me agarrotes, no alcanzo a saberlo.

Y más no recuerdo, Guillermo, porque en la luz acardenalada empezó a

enturbiarse Oliva Moncosí, como antes se había desvanecido mi abuela: la de los anchos lazos al cuello, la antigua reina gobernadora. Mientras, permanecía muda e inmóvil mi cuñada en la grada contigua. Allí la veía toda vestida de negro, como me recibió en el palacio de San Telmo, cuando la visité en Sevilla a poco de fallecida Mercedes. Tan semejantes eran las dos hermanas, que no atiné a decidir si Cristina llevaba luto por mi mujer o lo anticipaba por sí misma. Pero no me preguntes cómo la reconocí, en su quietud de escultura ataviada de seda. Fue por instinto o corazonada, aunque yo no dilucidaba entonces si Cristina era ella misma o su propia estatua.

—Celebro que vuestra majestad comparezca en este teatro sin telón de foro, aunque no comprendo cómo se vino a nuestras tablas si todavía vive. A mí me quedó el reconcomio de no prevenirle contra el intento de regicidio por parte de aquel catalán.

Súbitamente esclarecido, un peldaño por encima de Cristina y Oliva Moncosí, me hablaba Baldomero Espartero. Más canosas y descuidadas que nunca, se le revolvían las barbas y la rala melena. Erguíase en zapatillas, encorvado y un tanto tembloroso. Se envolvía en un camisón y una bata, sujeta al talle con un cinto trenzado. Al regreso de mi último viaje al Norte, en vísperas del atentado, paré en Logroño para visitarlo. Mediada la mañana, me recibió en aquellas prendas caseras, como si acabara de dejar la cama. Pedíame confusas disculpas porque él, héroe de Luchana y príncipe de Vergara, no acertaba a vestirse ni a hacerse vestir. Vivo, parecía más envejecido que luego muerto. Al igual que la primera vez que nos vimos, entre mi fuga de Lácar y mi golpe de sangre, volvió a dormirse mientras conversábamos. Me fui de puntillas y lo dejé caído de bruces sobre una mesa camilla. Derribado por los años, entristecía de un modo terrible y extraño: como afligen los perros agonizantes o los bosques recién abrasados. En enero, apenas alboreado este año de gracia de 1879, trajo el telégrafo el aviso de su fallecimiento.

—Mucho le agradecí al señor que llevara al pecho mi laureada, el pasado octubre. Tuve entonces la última oportunidad de ver la cruz que fue mía —suspiraba el príncipe de Vergara—. Asimismo, beso la tierra que pisáis por haber entregado al Museo de Artillería la espada de Luchana y por tributarme honores de capitán general, caído en plaza con mando de jefe, aunque a mí me acabase la maldita vejez apolillada. En los espacios de la nada, o como se diga este tablado sin fin ni principio, me conmovió saber que el señor iba al teatro con la princesa de Asturias, por primera vez desde el tránsito de doña Mercedes; pero quedóse en palacio al enterarse de mi defunción.

Si bien mejorado de aspecto, perdíase en laboriosas digresiones Espartero. Dio en balbucear que la mañana de mi visita le atormentaba la certeza de tener en la uña o en la punta de la lengua importantísimas nuevas, que debía participarme, sin que consiguiese ponerlas en claro. Luego, adormecido en el mantel de la mesa, me soñó cabalgando por la calle Mayor y anticipó el instante en que Oliva avanzaba unos pasos, con la Lefaucheux en la mano, entre la multitud apiñada en la acera. No

alcanzaba a ver a la anciana que desvió el disparo de un bastonazo. Para martirio suyo, sólo percibía el principio del atentado y no reparaba en su desenlace.

—Únicamente ahora, fallecido yo, conjuré aquel sueño mientras su majestad hablaba con Oliva. Antes, a mis ochenta y seis años, no se dignaron a contarme los míos que había sobrevivido al intento de asesinato. Pero en esta perennidad de la muerte, una memoria del todo inútil siempre llega demasiado tarde al pasado. Por otra parte, puesto que nosotros, los finados, permanecemos en perpetua vigilia en espera del juicio o de la consumación de los tiempos, también dejé de soñar con los amotinados que fusilamos en Navarra, el año treinta y siete. Como no duermo, me ahorro aquellos ladridos suyos, parecidos a los de una rabiosa jauría. Acaso esto signifique que perdonaron mis ejecuciones: verdaderos asesinatos sin formación de causa militar, consejo de guerra ni demás zarandajas. Pero si me absolvieron, no atino a adivinar quién los mandó redimirme. ¿Lo sabe acaso su majestad?

Yo lo escuchaba atónito, cuando desvanecióse en las sombras de bermellón, como antes prescribieron mi abuela y Oliva. En aquel punto oí una voz que me llamaba por mi nombre y temblé azogado, creyéndola de Mercedes. Pero no era ella quien me atrajo el ánimo, sino mi cuñada. Siempre en su vestido negro y echada de bruces en la piedra, los pies descalzados y apoyados en la contramarcha de la amplia grada, algo tenía Cristina de pantera, acostada bajo el resplandor de pedernal.

—Mírame y contémplame. Resuelve si soy yo o seré mi hermana, tu mujer muerta. A tus ojos, nunca fui nadie. Me limitaba a pasar por una réplica suya, como si, en vez de una persona de carne y hueso, fuese el retrato de Mercedes: un óleo o una de esas fotografías que en menos de nada se empalidecen en una cómoda.

Me recordó que en el palacio de San Telmo, donde nos vimos por última vez, ya llevaba aquel liso vestido oscuro y un velo de humo. Una tarde entera permanecí con Cristina, casi sin decirle nada, en un saloncito que azulaba y amarillecía el crepúsculo a través de las celosías. *Y muda permanecía yo, porque nadie le habla al rey si no te dirige la primera palabra. Es cuestión de crianza y protocolo; sobre todo, cuando una es el reflejo de su hermana con distinto nombre*. Luego, partido que hube yo de Sevilla sin cambiar con ella poco más que monosílabos, la llamaron a capítulo sus padres. Insistieron en que debía mostrarse afectuosa conmigo y escribirme de prisa y corriendo. Desde aquel día, desviviéronse mis tíos por casarnos. Además de parecerse a Mercedes, querían que Cristina le siguiese los pasos y compartiera mi reinado de España.

—A falta de señales nefandas, que siempre disponen las desdichas, nuestro matrimonio llevaba camino de realizarse feliz y puntualmente, según mi padre. Mientras estuviste en San Telmo, no se quebraron cristales, ni cayeron cuadros o cirios. Complacíanse las estrellas en asignarme el regio sino, que Mercedes no disfrutó sino unos meses. Acaso estuviera escrito que serían precisas dos hijas Montpensier, para dar cumplimiento al dictado de los cielos.

Pero erraban sus padres de medio a medio. Si le tocó plagiar a Mercedes, no fue

en el trono sino en la muerte. También ella iba a perecer de fiebre tifoidea, diez meses después que la reina. No hubo anuncios en Sevilla, antes de su defunción. Sencillamente, feneció del mismo mal que sus dos hermanas: no sólo como Mercedes sino también como antes María Amalia. Ni siquiera yo, que tanto anticipé y predije en el pasado, preví entonces aquella desdicha.

—Piensa en cuántas veces te equivocaste, Alfonso. Perdiste a tu mujer y a su sombra. Tu doblez es mayor que la de mi padre. Él esperaba que una de nosotras reinase en su lugar, puesto que no consiguió una Corona como la obtuvo y luego perdió mi abuelo en Francia. Tú habrías querido que rigiese a tu lado, «sagrada e inviolable» al igual que antes Mercedes, sólo por mi parecido con ella y aunque no nos hemos amado nunca. Con respetuosa humildad de *jeune fille obéissante*, me prestaba a convertirme en la copia en limpio de mi padre y de mi hermana. En otras palabras, me disponía a desaparecer como persona. No obstante, muerta, comprendo ahora que no soy yo sino tú quien no eres nadie. En este otro reino sin rey, nosotros, los extintos, eternamente interpretamos nuestro papel y por siempre jamás perseveramos en quien fuimos. Vete porque vives y por lo tanto no existes. Vuelve a la otra comedia: aquella donde riges en la tierra. Vete y casa de nuevo, porque no hay monarca sin reina. Pero búscala lejos de los míos. Los Montpensier ya no tienen otra hija que ofrecerte.

Sentía aún la voz de Cristina, cuando volvió a esclarecerse la luz sobre los últimos peldaños de la escalera. Apenas se esfumara mi cuñada, compareciose un hombre todavía joven, desmelenado y barbudo. Piernitenido y en cueros como un salvaje, erguíase en el rellano más alto. Debió de distinguirme, antes de que alcanzara a reconocerlo o acaso antes de que él surgiera en aquel resplandor de espejismo, que todo lo teñía.

—*Je suis mort, mais je ne suis pas fou! Tu m'as bien vu? Oui, j'ai changé, mais tu ne reconnais pas ma voix?* (Muerto estaré, mas no loco. ¿Me viste ya? Sí, he cambiado. Pero ¿acaso no me reconoces la voz?) Cuentan que nunca nos muda el timbre y yo guardaré el mío limpio e intacto, pues no hace ni tres meses aún vivía. Si comparezco desnudo, no es porque desnudos nacemos y concebimos, sino porque hecho jirones el uniforme, a culo pajarero y cosido a flechazos como un acerico, me dejaron los zulúes en una celada, el primero de junio de este año. *Au nom du bon goût, mon gars*, te ahorro las saetas y las heridas.

—Sé quién eres. Hacía veinte días que entregaste el alma, cuando me dieron las nuevas de tu desgracia. Caíste en África, combatiendo junto a los ingleses, por razones que no acabo de comprender. En esa desnudez tuya, acaso el mejor de los disfraces, no adiviné tu voz sino tus ojos. Son idénticos a los que tenías cuando nos conocimos en París. Yo era niño entonces y tú ibas para mozo. Nosotros estábamos recién llegados al destierro y corrían las vísperas de la guerra con Prusia.

Vivo o muerto, tenía la mirada una pizca más oscura que el rojizo resplandor: casi del tono de las viejas violetas, que fueron el símbolo de su casa. Era Loulou o

Napoleón, el príncipe imperial francés que jamás llegó a reinar. Sus padres fueron el último emperador —*Napoléon le petit,* lo apodaba Victor Hugo— y Eugenia de Montijo. Desde París me escribió mi madre que la emperatriz depuesta y viuda poco menos que enloquecióse con la muerte de su hijo. Compadecida, le permitió la República el regreso a Francia y vivió unos días en el palacio de Castilla. Allí pasaba las noches en vela, porque oía a Loulou llamándola desde muy lejos. Ansiosamente aguardaba que se apareciera, pringado de sangre de pies a cabeza como la sombra de Banquo en Shakespeare, para decirle cuánto la quería y echaba de menos.

—*Ma mère dit des bêtises.* (Mi madre desbarra.) No le hablo ni la llamaría si fuese posible —afirmó el príncipe imperial como si leyese detrás de mi frente—. ¿Cómo iba a tener trato con ella después de muerto? ¿No me agobió, cuando vivía, con su despectiva soberbia española? Por el contrario, me place conversar contigo, pues recuerdo cómo me envidiabas porque me llevaron al frente a caballo blanco. En nuestra cándida ignorancia, teníamos entonces un concepto muy dramático de la guerra. Pero cualquier teatro, no sólo éste sino también el de los repertorios de la tierra, contiene mayor sentido que realidad histórica. Mi padre perdió la batalla de Sedan y también allí el Imperio, porque en aquellos días de setiembre del setenta padecía una aguda retención de orina. Al igual que a medio ejército inglés de lord Chelmsford, a mí me traía la diarrea por la calle de la amargura en Zululandia. Entre carreras y retortijones, siempre andábamos con las calzas y los calzoncillos a medio muslo. Evacuaba en un campo de algodón, cuando nos tendieron aquella celada. Los demás huyeron a todo correr, sujetándose las bragas caídas. Después de asaetearme los zulúes, acabaron de desvestirme a tirones para mayor afrenta.

En la posteridad, me aconsejaba Loulou escoger mi puesto de rey en un punto equidistante entre imágenes muy diversas. *Apártate por igual de mis vanas trazas, camino de Berlín en potro cuatralbo y del pobre príncipe flechado por la espalda como una parodia de san Sebastián. Por no decir nada del retablo de duelos de mi padre, el emperador, estrujándose las ardientes vergüenzas, incapaz de orinar en tanto todo el mundo, su mundo, se le despeñaba encima*.

Disipóse el príncipe con la presteza que antes surgió. Para congoja y sobresalto mío, salió a la luz mi pobre hermana Pilar en la cúspide de la escalera. Aunque la habíamos sepultado en El Escorial, parte de mi ser negaba su desaparición o para el caso la de Mercedes, como si aquellos infortunios perteneciesen a un delirio, contagioso y universal, del que algún día despertaríamos todos. Fallecida a los dieciocho años, también como mi mujer, acaso fue Pilar mi hermana preferida. Con los párpados entornados o paseando la mirada por paisajes del espíritu, la veo al igual que si nunca nos hubiésemos separado. ¡Era tan alta y esbelta, con sus grandes ojos azules —la mirada de nuestra madre—, un punto de palidez en la frente y las manos, la oscura cabellera siempre en un alto peinado, recogido con trenzas sobre la cabeza! Vestida de blanco, con una gargantilla cobalto al cuello, arrastraba la cola de las faldas por el último escalón, como si fuese de revuelta espuma y no de telas y tules.

Postrada por continuos catarros, había pasado Pilar el invierno. A principios de julio, el marqués de San Gregorio le prescribió una cura de aguas sulfatadas en Escoriaza. Allí acompañaron a Pilar mis hermanas mayores, Paz y Eulalia. Desde el balneario me escribía Paz el 11 de julio. El viaje resultó fatigoso e insípido. Fueron en tren de Madrid a Vitoria y en coche de Vitoria a Escoriaza. Trafagaban de noche y apenas durmieron. Cuando pararon en Burgos, a las cuatro de la mañana, las aguardaban una escolta de honor y las autoridades locales enlevitadas y con chistera. Lo mismo iba a ocurrirles en Vitoria. Pilar, la de mejor disposición de las tres, lo aceptaba todo con semblante complacido y buen sentido de la ironía.

Aunque san Gregorio —primer consultor de la real cámara— y aun el médico del balneario aseveraron que Pilar se restablecía, Paz la veía más blanca cada mañana. Despertó fatigadísima el 3 de agosto y guardó cama el día entero. A las ocho de la noche, presa de súbitos espasmos y alta fiebre, quedóse sin habla ni conocimiento. En seguida partieron para el balneario mi hermana Isabel y el doctor Alonso Rubio. Yo salí hacia Vitoria, después de telegrafiar a mi madre, quien no llegaría ni a abandonar París antes de consumarse aquella tragedia. En los andenes de Vitoria, me dijeron que mi hermana acababa de fallecer de meningitis tuberculosa, nunca hecha pública por expreso deseo de Cánovas. Abrumado e incapaz de contenerme, me llevé las manos al rostro sollozando: *¡Qué desdichado soy!*

—¿Qué derecho te asiste a lamentar tu desgracia? —preguntaba Pilar a gritos, alzando los brazos como una furiosa Niobe, ella, en vida tan plácida y complaciente —. ¿Cómo te atreves a apiadarte de ti mismo, si eres el único que alienta entre nosotros? ¿Por qué fue a perecer Loulou en tierras distantes y extrañas, sin haber reinado nunca, mientras tú soberaneas, después de envidiarlo tanto? ¿Es justo que subsistas y te alcen por rey, si Mercedes y yo morimos tan jóvenes, insensata y cruelmente? ¿Fue lícito o razonable que te desternillases de risa, después de tumbarse el charabán y sólo por el gozo instintivo y animal de saber que aún bullías y pestañeabas?

—¡Por piedad, Pilar, cállate y escúchame! —Más me dolían y abrasaban el alma sus airados reproches que las censuras de los otros muertos—. En mi caso, reinar no es un privilegio ni soy culpable de tu muerte, cruel y absurda.

—Admite al menos la sinrazón de todo ello. Tan injusto es que me sobrevivas, como pueda serlo el gobierno que detentas. ¿Qué capricho de la suerte te aclamó por monarca, cuando eres el borde del muy consentido don Francisco de Asís: de aquel primo hermano de mamá, que pasa por padre de todos nosotros? Si sonada es la hora de barajar y repartir Coronas entre infantes espurios, como naipes de gitana adivina, ¿por qué no cambió el azar nuestros papeles? ¿Cómo no di yo en nacer reina, al igual que nuestra madre, y no acabaste tú en Escoriaza? Si somos bastardos, hermanastro y hermanastra que no hermanos, ¿es tu padre, el teniente o capitán Puigmoltó, mejor que aquel antiguo secretario de mamá, el señor Tenorio de Castilla, quien a Paz, a Eulalia y a mí vino a concebirnos?

No omitas ni una coma en el dictado, Guillermo, que mi desvarío puntualizaba bajo la morfina la reciente historia de mi familia, con la implacable precisión que sólo cobran las palabras de los aparecidos. Por lo demás, en mi descenso a aquel espejismo, no me descubrió Pilar ni te revelo yo nada que tú ignoras. Fatigada de su propia diatriba, voz y figura se le iban deshilando a mi hermana, antes de que la luz de cinabrio se cambiara en tinieblas y me hundiese en la sombra de un sueño, tan calladamente como cae una piedra en el fondo ciego de un pozo muy profundo.

20 de agosto, 1879. La Granja

Hace una semana, con retraso de varios días sobre las fechas vaticinadas, nació en Madrid mi hijo Femando. Si bien Guillermo, mi escriba y cirineo, puso al dictado que yo acompañaría a Elena en el parto, la realidad me forzó a desmentirme. Quizá por girondino recalcitrante *—con el mayor respeto convertiré a su majestad a la causa de Castelar: la del republicanismo prudente, pudiente y conservador*—, tiene el doctor Francisco Alonso Rubio una idea deplorable de mi fortaleza. ¡Y no digamos lo que pensará de mi inestabilidad anímica, de botones adentro! De tal modo asustó a Alcañices y a los ayudas de cámara a espaldas mías, que todos temieron me baldara y torciera el brazo desencajado por siempre jamás, en los dislates de mi locura. Como luego lo supe, una carta de Prudencio Menéndez, implorando su intercesión, sumó a Elena a la conjura de mis samaritanos, vedándome cualquier viaje a Madrid.

Preso de todos vosotros —escríbelo así, Guillermo, te lo ruego—; pero nunca resignado, permanecí en La Granja, cuando nació Fernando. También es cierto que, yendo y viniendo de aquí a la Corte como un par de lanzaderas, tú y Pepe Alcañices me traíais constantes noticias de Elena y del niño.

Anteayer, en el coche ya reparado, me fui por fin a Madrid con Ceferino Rodríguez. Para protegerlas del sol de agosto, llevaba un ramo de rosas en un balde de agua chapoteando a mis pies. Como el alma de un hombre no será una veleta; pero sí un homo, donde arden todas las contradicciones al mismo tiempo, me enajenaban y suspendían los sentidos el gozo, los remordimientos, el ciego arrojo y un espanto sin causa.

Apenas alcanzamos la bajada de Santo Domingo, se transformó el bochorno en una súbita tormenta de verano. Abofeteados por aquella tempestad, le di las riendas a Ceferino para que cobijara el charabán en una cochera. Calado hasta los huesos, las rosas sujetas al pecho con el brazo válido, crucé a todo correr el jardincillo de los dominicos y subí a brincos la escalera. Medio cegado por el aguacero, apenas distinguía a Sofía Trowestkoy, cuando abrió la puerta que aporreaba con el pie.

—¡Sofía! ¿Qué haces tú aquí? ¡No me dijo Pepe que nos fuésemos a encontrar!

—También yo quise conocer a vuestro hijo, señor.

Pespuntados a través del turbión, que batía reciamente en las ventanas, regresan los recuerdos de aquella tarde. Veo a Sofía, circunspecta y lejana, recogiendo el ramo chorreante y disponiéndolo en un jarrón de vidrio verde, jaspeado de vetas rojas y azules: un *daguey,* que le regalé a Elena. Veo a un ama falstaffiana, de media edad, semejante a una peonza sonrosada y pelirroja, que debe reconocerme en seguida. Se arredra y retira, al igual que ante un vampiro. Pero, recobrada, se me echa encima para besarme la mano, como si ella fuese una parvulilla de escuela dominical y yo el cura de la aldea. O uno de aquellos mayores míos, reyes por derecho de Dios, que, en

carroza por el Prado, bendecían al gentío hincado a su paso.

Luego, fundidas en la tormenta y tal por cual los espectros en mi letargo de la morfina, se borran y se van el ama y Sofía Trowestkoy: una rodando como un huevo en la nada, la otra apagada su belleza deslumbrante. De súbito, frente a mí, aparécese Elena Sanz. Perdió peso y se la diría empalidecida y más alta; también más oscura su mirada de mora levantina. Como una verónica, sostiene una toalla o un lienzo. Mientras, relampaguea y truena en la calle por la parte del palacio.

—¿Cómo se te ocurrió venir? —me preguntaba fríamente—. Hace un tiempo de perros.

—Quise abrazaros a ti y a Femando —en vano traté de defenderme—. Te consta que los médicos no me dejaban salir de La Granja.

Tomándome de la mano y sin replicar, me condujo como el lazarillo al ciego. Fría y fuerte, su palma de mármol me vencía y avasallaba. Dos ímpetus contrarios dirimían en mi almario. Queriendo zafarme, me sometía a su voluntad como un cordero. Pero terminé por seguirla de mi libre albedrío, dueño de mis pasos y pensamientos.

Refiriéndonos una de las grandes cogidas, que le despedazaron el cuerpo para devolverlo al ruedo cada vez más suicida, nos contaba *Frascuelo: Atrapado contra el estribo, más que las cornás me dolía mi espanto. No hablo de miedo a la muerte, porque esto sólo lo he sentido fuera de la plaza, como to el mundo. Temía ponerme en ridículo, si me reventaba el alma en el pecho, como estalla la piñata llena de petardos, el primer domingo de cuaresma*. Reímos neciamente Pepe Alcañices y yo. Pero en casa de Elena, medio ahogado por los latidos de mi propio corazón, creí comprender a *Frascuelo* y sufrir todo lo que había padecido al pie de la barrera.

—Aquí tienes a tu hijo.

Junto a la cuna de Fernando, otros sentimientos se estrellaron en mi interior. Primero pensé que aquella criatura no parecía de Elena ni mía. Dormido, con el pelo lacio y pegado a una frente rugosa como la de un anciano, convertíase en la doble y dudosa caricatura de sus padres. Pero en seguida di en admirarlo como al ser más hermoso que viera en mi vida. Luego me dije quererlo, como no había amado a nadie. Ni a Mercedes. Ni a su madre, por supuesto. Ni a mi hermana Pilar. *Tan indebido es que me sobrevivas, como pueda serlo el gobierno que detentas*.

—¿De qué color tiene los ojos?

—De un color claro, entre el castaño de los tuyos y los míos, que son dos carbones.

—Cuando nació serían azules.

—Sí, sí lo eran.

De rodillas, quise besar a Femando. No lo consintió Elena, sin enjugarme antes con una toalla. Dijo no caberle en la cabeza cómo sucio y chorreante, me acercaba a aquel ángel del cielo. Añadió que le puse el entarimado perdido, pringándole los suelos con un rastro de agua. Aunque inadvertido de lo que iba a ocurrir, me percaté

en seguida de que se refería al niño como si fuese inajenable y enteramente suyo, al igual que la casa. Apenas rozara la frente del recién nacido, me obligó a incorporarme tirando de mi brazo izquierdo. Asombrado y vacilante, me alcé con un pie en el aire.

—Ahora vete. Márchate y no vuelvas.

—¿Perdiste el juicio? ¿Qué demonios pretendes?

—Devuélveme la llave, porque hoy pisas esta casa por última vez. Mi abogado, don Nicolás Salmerón, se entenderá con palacio o con Cánovas acerca de las condiciones en que debe mantenerse y educarse a Fernando. ¡Pero a ninguno de los dos volverás a vernos, vivos o muertos!

La ira le doblaba las fuerzas, que siempre fueron muchas. Traté de sujetarla con el brazo bueno, mientras le suplicaba, por Dios y todos los santos, que sosegara y hablásemos como personas. A gritos, que debían escandalizar o complacer al vecindario, rugía que yo me casaba de nuevo. La Villa y Corte no era sino un lavadero, donde todo sabíase antes que en palacio y mis próximas bodas eran comidilla de cafés y mentideros. Maridaba con una archiduquesa austríaca o princesa alemana. A ella, a Elena, la engañé como a una vil buscona. Iba a abandonarla con el niño, obrando como no procedían ni las fieras. *Portándote, en otras palabras, como un maldito Borbón.* Renegaba del día en que vino al mundo y aborrecía a Dios por haberle concedido la voz, que trajo todas sus desdichas. También odiaba a mi madre, por mandarla a Viena. *¡La gran ramera de tu madre!*, puesto que yo le robé la honra, la cordura y la carrera, volviéndoles luego la espalda a ella y a Fernando, el pobre inocente acabado de nacer.

—Elena, baja la voz y tratémonos como seres humanos.

Desatinada, golpeábame en el rostro y en el pecho mientras yo trataba de contenerla con el brazo útil. En un punto del forcejeo, me apuñeó el hombro y el codo dañado. Un relámpago de dolor vino a traspasarme del pecho a la cabeza y debí de enloquecer por un agrio instante. Recuerdo haberla golpeado entonces, de un solo revés con la mano izquierda. Enmudeció en seguida, mirándome con los ojos muy abiertos como si no me reconociera. En un tono muy sereno, al igual que si a través suyo hablase una mujer distinta, susurró:

—Y, sobre todo, te odio porque me contagiaste la demencia. Tú cambiaste el seso y perdiste el juicio hace mucho tiempo.

Dos gotas de sangre —tan roja y brillante como la que cruzaba en un hilo el gesto del soldado, muerto en el molino de Villatuerta— le corrían por el mentón. Llorando calladamente, se me abrazó y besó en la boca. Juntos regresamos a Viena; cuando yo era niño y ella me hizo hombre, en tanto doblaban las campanas por las ánimas y neviscaba en la arboleda.

—¡Elena! ¡Elena!

—¡Mi reyezuelo ido! ¡Mi nene extraviado!

Me había empujado hasta el umbral y oprimía de espaldas a la hoja de la puerta. La mirilla de latón me helaba la nuca. Pero el brazo desajustado ardíame por dentro,

como si supurara. Al secarse, deshojábanse en el jarrón las rosas que le traje. Caídos en el suelo, los pétalos eran del mismo tono que su sangre: la que me sabía a sal entre nuestras lenguas.

—Perdidos los tres: tú, yo y mi hijo en este infierno.

Por la calle del Reloj voceaban *La Época* y *El Mundo Político*. Maliciaría el vecindario de nuestro silencio, como antes se hizo cruces de nuestras voces. Despacio, siempre abrazada a mí, fue resbalando Elena, hasta arrodillarse en el piso de madera. Estremeciéndose de tarde en tarde, al igual que si un frío venido de otro firmamento le cruzara el alma, gemía con un llanto muy quedo. Suavemente apoyó la mejilla contra mi entrepierna. Murmuraba que aun allí me oía el corazón.

—El mismo corazón que un día te traspasaré con una aguja ardiente. Como aquellas con que ciegan a los pájaros.

Sin cesar los lamentos entrecortados, me abrió los pantalones y empezó a libarme, como se posa la abeja en el romero. Mientras me crecía, a mi pesar y sin lascivia, me asaltó el recuerdo del capitán Puigmoltó. Me había dicho que dos locos pretenderían matarme y le prometí absolverlos. Ya intentó asesinarme el primero de aquellos dementes y en vano quise salvarlo. Yo mismo lo denuncié a los jueces y conduje al verdugo con un ademán. Presentí que tampoco al otro cabría redimirlo, pues así andaba verazmente escrito en lápidas ocultas. Luego deduje que la misma justicia inexplicable, la de los cielos o la del azar, duplicaba nuestros destinos. No conseguía relevar al capitán del delito de haberme concebido, ni Fernando podría indultarme a mí por traerle al mundo.

Tal vez es justa retribución, puesto que según ella le pegué la demencia —una locura no muy distinta de la de Oliva Moncosí, cuando me quiso inmolar—, contagiábame Elena su lujuria. Prendida a mis piernas, jadeaba y dolíase al devorarme. Con la mano izquierda la tomé por los cabellos y le oprimí la cabeza contra mis ingles. Al mismo tiempo supe que ella, no yo, estaba en lo cierto y pronto nos separaríamos definitivamente. Despacio, como las horas en la nada, caían los pétalos de las rosas. Fuera, callaron quienes voceaban los periódicos y creí su sigilo agorero y salaz, como si aguardase mi grito de deleite. Por último, antes de deshacerme de aquel alarido, me percaté de que el silencio se entenebrecía y en la oscuridad sonreían los espectros de mi delirio: la reina gobernadora, Juan Oliva, Loulou, Espartero, Pilar y Cristina. A coro gritábanme una verdad oculta, que no alcanzaba a oírlos.

3 de enero, 1880. Aranjuez

No pienso todavía confiárselo a nadie. Pero confirmó el doctor Alonso Rubio el embarazo de mi mujer y el logro de sus más secretas esperanzas.

—Don Francisco ¿reinará mi hijo, o se habrá proclamado la República, cuando alcance la edad que alumbra la discreción?

—Tendréis un niño más bello que el caballero Lohengrin, primogénito de Parsifal: el que custodia el cáliz de la cena en Montsalvat, aunque a su majestad no le guste Wagner. Él impondrá la República, que los ángeles bajarán del cielo, como antes trajeron el mismo santo grial. He dicho.

Reímos los dos. Pero descarté por el momento la preñez de la reina. O, para el caso, al otro hijo que también me aguarda Elena y aun a mi Fernando. Mi existencia es un laberinto de caminos imbricados a la medida de mi insensatez. Siendo rey constitucional —cristiano como mis mayores y liberal por añadidura, según lo afirmé en Sandhurst y traigo escrito en estos papeles—, mi vida íntima es la de un déspota de mesnada, mando y palo medievales. O bien diremos que procedí como un señorito insensato y fandanguero. Lo cual resulta a todas luces todavía más reprobable. En cualquier caso, como también me supongo un cobarde, no pensaré en mis hijos habidos o por venir, sino en dos de mis sueños. Uno, vivido a la vuelta del destierro y en la primera noche en palacio, vino a cumplirse. Del otro quisiera huir o que nunca acaeciese.

Conmigo —yo, de protagonista en una pesadilla y en la otra de lejano espectador— enmaraña el recuerdo a mi mujer y a Rudolf von Hapsburg, archiduque y príncipe del Imperio y del trono de Hungría y Bohemia. Embrollados al igual que otros tres pares de cerezas, me pregunto si un oculto destino no juntaría nuestra suerte con hilos tan sutiles, que nunca llegaré a percibirlos ni a destrenzarlos.

Sugerí la venida de Rudolf para que me hablase de su prima, la archiduquesa María Cristina, con llana sinceridad. No había vuelto a ver al príncipe imperial desde mis días en el Theresianum, aunque cambiásemos ocasionalmente correspondencia: *Demi-deuil, mon beau. La liberté est morte…* Pero siempre simpaticé con él por creerlo aún más fuera de juicio que yo mismo. Ya en otoño de 1878, cuando Mercedes no llevaría ni tres meses muerta, los archiduques Rainer tiraron a ventana señalada y sugirieron en Viena mis posibles nupcias con la sobrina carnal del emperador.

Cánovas mandó relevar a Augusto Conte, nuestro ministro plenipotenciario en Estambul, y delegarlo a la Corte de Franz Joseph para que se informase debidamente sobre la archiduquesa. A la vuelta de Turquía, de paso Conte por Madrid, hablé con él y le pedí que tratase de convenir el viaje a España de Rudolf. Acerca de María Cristina, puse las cartas boca arriba y le dije las verdades del barquero, sin

importarme que luego las cuente, como las contará en un libro.

—De forma privada, escríbame cuanto piense de la sobrina de su majestad imperial y real, después de tratarla un poco. Como usted supone, si me caso, será por razón de Estado. Conozco mis límites emotivos y nunca amaré a otra mujer como quise a la reina Mercedes, que repose en paz. Ni que decir tiene, me consta que doña Cristina no es una belleza. Tampoco me importa mayormente, ni acaso permitiría que lo fuese, si su hermosura estuviese en mi mágico poder.

Valga lo absurdo de la hipótesis y discúlpeme si divago y me aparto del hilo central. Por desdicha, nos sobra tiempo. No entablaremos tratos formales con Viena hasta que termine el luto de la Corte.

Por las vueltas de Navidad presentaba Conte sus credenciales al emperador. A poco, en una de sus primeras cartas, hacía un extraño elogio de María Cristina. Me honró doña María Rainer con el almuerzo en su villa, en compañía de las también archiduquesas doña María Cristina y su señora madre doña Elisabeth. Perplejo y maravillado, tuve entonces la oportunidad de observar que la archiduquesa tiene unas manecillas y unos pies tan diminutos como las de una niña de doce años. En mi vida viera yo palmas tan pequeñas y delicadas. De no ser, señor, en alguna muñeca japonesa de porcelana.

Gracias a los buenos oficios de nuestro ministro plenipotenciario, el 2 de mayo pasado desembarcaba Rudolf en Barcelona. Con él se vinieron su cuñado, el príncipe Leopoldo de Baviera, y el célebre zoólogo Alfred Edmund Brehem, a quien venera como al mejor maestro. Extremoso y contradictorio, es Rudolf a un tiempo tan apasionado cazador como devoto naturalista. *Destruyo cuanto amo y acaso lo amo para destruirlo*. Se le quemaba la sangre por irse a la sierra de Grazalema, en tierras de Cádiz, y estudiar allí el buitre leonado y el águila real blanca. No obstante, desviáronse antes los tres hacia Montserrat y Valencia. Yo los recibí en Madrid junto con el general Martínez Campos, a quien Cánovas cedió las funciones de jefe de Gobierno, desde el 3 de marzo del año pasado, hasta que dimitió en diciembre, harto de ejercer de fantoche y hombre de paja.

Alojé a los huéspedes en palacio, si bien Rudolf y Brehem sólo pararon unos días de paso para Andalucía. Aunque sea un año más joven que yo, encontré al príncipe imperial avejentado. Muy alto y flaco, se le hunden las entradas y espiritan los ojos oscuros. Paseando una tarde por la Casa de Campo, atamos las monturas y nos adentramos a solas por los jarales. *Como si fuésemos libres*, le dije yo. *Como si no fuésemos nadie*, replicó en seguida. Luego me contó la historia de su detención, que ya me adelantara en una de sus cartas Augusto Conte.

—Apenas despuntó el invierno y ya nieves y heladas se sucedían en Viena. El primer motivo de aquella marcha de obreros, parados y estudiantes fue la carestía del pan. Pero el conjunto de sus causas fuera largo de nombrar. Persistía el odio de los desposeídos contra todo lo que significaba el poder y el Imperio: la figura de mi padre, la Iglesia, el Ejército, la Policía y la burocracia estatal. En otras palabras, el

rencor encetado por los símbolos y resguardos de un insensato sistema establecido. Además, hay mucha hambre y miseria en la ciudad. Familias enteras se hacinan en una habitación y pagan por su alquiler la cuarta parte del sueldo. ¿Sabes tú cuáles son los países con las jornadas laborales más largas de Europa?

—Lo sé. En Barcelona, cocheros y cobradores de tranvías trabajan once horas y media. También en Cataluña, el día es de once horas en los talleres textiles. Hace cien años la jornada era de siete.

—A eso lo dicen progreso. En Viena, los obreros se desuñan de doce a catorce horas diarias. Además, tú nunca te tropezaste con una criatura muerta de inanición. Te has perdido uno de los cuadros más didácticos que cabe imaginar. Yo sí las vi y fueron dos, mellizas por añadidura. El padre era un parado y un borracho. A la madre la apresaron por cantonera. Muy juntas y demacradas, al igual que dos muñecas siniestras, yacían las niñas en un camastro. Había una torva y patética belleza en aquellas figuras de cera, donde lo único humano era la muerte. *Su alteza no puede marcharse de mi casa, sin verlas desnudas,* me dijo el padre. A tirones, les alzó las mugrientas camisas y la manta agujereada que las cubría. Eran aún impúberes; pero tenían los vientres violáceos y monstruosamente hinchados por el hambre.

—¿Aquel día creíste en la revolución?

—*Nein, da verstand ich, daß jeder Aufstand fruchtlos wäre angesichts des Unrechts und des meslichen Leidens*. (No, entonces comprendí que toda revuelta sería inútil frente a la injusticia y el dolor humano.) Pero orillemos mis creencias y volvamos a la tarde en que me prendieron los esbirros de su majestad apostólica, nuestro agraciado imperante y señor, mi padre. Tan pronto vio la Policía que los manifestantes se le iban de las manos, cercó el Ringstrasse y cargó a caballo, entre disparos, palos y sablazos. Hubo fugas, gritería, pedradas, carreras de baqueta, muertos y heridos. A manadas nos llevaron a los cuartelillos y a culatazos nos arredilaron a unos albañiles y a mí en fila india. Comparecimos ante un exasperado comisario, que nos pedía a gritos el nombre y las señas. Yo iba destocado y llevaba blusón, zamarra y pantalones ajenos, préstamo todo ello de uno de nuestros jardineros. Llegado mi turno, me interrogó el gendarme, sin levantar los ojos. Nombre y domicilio, rugía con ya fatigada desidia. *Rudolf, Erzherzog und Kronprinz. Rudolf, archiduque y príncipe heredero*, repliqué. *Palacio de Schönbrunn. Allí reside todavía el emperador, por causa de los brotes de viruela y los incordiantes disturbios políticos en Viena. Por lo común, ya nos mudamos en esta época. En Viena la dirección es el palacio imperial de Hofburg. In Wien ist die Anschrift die Hofburg*.

Ante el sarcasmo imprevisto, levantó la cabeza de una embestida. Rudolf lo describía rechoncho y pecoso, anacarada la calva. Lo reconoció en seguida para su asombro. *¡Señor archiduque, alteza imperial!*, repetía atónito. Volcando tinteros y relojes, precipitóse a besarle las manos por encima de la escribanía. El heredero del Imperio huyó de aquel hombre como de una culebra, si bien secretamente desperecíase de risa. A la vez, carcajeábanse todos los presos.

—En el fondo no espero nada —proseguía—. Ni la justicia ni la libertad. No fui elegido de los dioses; pero presiento que moriré sin presenciar la revolución. Tal vez tú llegues a verla. Ya te lo dije, cuando éramos niños.

—¿La revolución o la destrucción de este mundo, donde nos tocó nacer?

Se detuvo y quebró un tallo de romero, para frotarse las palmas con las tiernas púas. Luego llevóse las manos al rostro y aspiró ávidamente, como si se ahogara. Perdida en el llano y plateada por la luz, brotaba una delgada fuente de un peñasco.

—*Wasser macht Kalt, nicht wahr? In meinen Augen haben Revolution und Zerstörung denselben Wert. In nächten Jahrhundert wird eine einzige Flamme die bürgerlichen Staaten auslöschen.* (¡Qué frío da el agua! ¿Verdad? Para mí, revolución y destrucción son términos y valores idénticos. ¡Qué más da! En el próximo siglo, una sola llamarada arrasará los estados burgueses.) Ha de carbonizarlo todo: tierras, tronos y ciudades. Si sobrevivimos, nos consumirá también a nosotros, a ti y a mí. Tu Calderón, tan admirado en aquella Alemania de Bismarck que mi Imperio reverencia, pues de tal modo supo humillamos, hablaba del delito de nacer. El verdadero pecado es que te hayan parido rey o heredero de una Corona corrompida.

—*On ne peut point régner innocentment: la folie en est trop évidente. Tout roi est un rebelle et un usurpateur* —recité, pensando en Pepe Alcañices en la playa de Deauville.

—No está mal —sonreía Rudolf—. ¿De quién es eso? ¿De Robespierre?

—Casi. Es de Saint-Just, en el juicio de Luis XVI.

—Naturalmente, ante el emperador no hablo así. No me comprendería y acaso me recluyese pensando que la embriaguez y la morfina me sorbieron el juicio. *Tant mieux!* —proseguía desentendido de mí—. Frente a él, me limito a escribir artículos anónimos en el *Neues Wiener Tageblatt*, donde me expreso como federalista a ultranza para irritarlo. De viva voz, le digo que un Estado de austríacos, bohemios, judíos, alemanes de Tirol, italianos, transilvanos, eslovenos y gitanos no es un Imperio austríaco, aunque lo gobierne por decreto la mayor parte de las veces, con la bendición de la Iglesia y por desidia del ridículo Congreso —bruscamente mudó de conversación como solía—. ¿Sabes que van a casarme con la hija del rey de Bélgica? No me opongo, claro. ¡Qué puede importarme! Mañana, todos ceniza.

Era yo quien casi no le escuchaba entonces. *¿No oíste dos pistoletazos?*, pregunté sobresaltado. De inmediato comprendí no haberle dicho nada porque los disparos no sonaron en la Casa de Campo sino en los penetrales de mi conciencia. A la vez, di en percatarme de que el interior de un hombre, o al menos mi ser más íntimo, no era sino una ciudad cruzada de costanas, costanillas, ramblas, recodos, correderas, arrabales, plazas, plazuelas, glorietas, parques, atrios, esquinas y beateríos, todo desierto e invisible, por donde yo mismo vagaba extraviado. Únicamente en insólitos momentos detenía mi ciego vagabundeo. Hablo de instantes terribles, como aquel en que sentí los tiros que nadie disparó, porque estaba escrito y archivado por mano de la fatalidad que estallarían en un tiempo muy distante de aquella tarde.

Con mucha alarma, el martes 14 de octubre pasado, dieron por cortado el telégrafo con Sevilla, Cádiz, Badajoz, Alicante, Orihuela y Albacete, mientras retrasábase con Cartagena, Murcia y Málaga. En Madrid, el sol de otoño doraba la plaza de Oriente. La volvía de un tono parecido al de la corteza de un pan de munición muy horneado. Pero desde el mediodía de Castilla a las tierras de Levante, venían presagios y rumores de trágicas tormentas, después de cinco años de aridez y estiaje.

El miércoles, apenas me levantara y bañase en agua fría, según costumbre que traje de Sandhurst, me sorprendió la presencia en palacio del general Martínez Campos. A las siete de la mañana, anticipaba en dos horas su despacho. Despeinadas las barbas cuadradas y súbitamente cargado de hombros, tenía el aire ceniciento y ceñudo de quien pasó la noche en vela o durmió sin desvestirse.

—Tampoco podemos comunicamos ni con Murcia ni con Cartagena. Las últimas noticias describen un diluvio en la provincia de Almería, concretamente sobre los dos Vélez, el Blanco y el Rubio. Como otros militares que vivieron en campaña, tengo un sexto sentido para las catástrofes. Jamás para las bonanzas ni las victorias. No quisiera alarmar a su majestad; pero me temo que ocurran grandes desgracias.

Señalados con piedra negra, llegaron los desastres. Crecidos se desbordaron el Mundo y el Segura inundando las tierras bajas. *Desde la torre de la catedral, no se ve más que agua. Todo el campo parece mar*, decía un parte desesperado. La venida llegó a Murcia de madrugada, convirtiendo en barrizales los barrios de San Benito y de San Lorenzo después de arrasarlos. Arrastrados por aquel torrente, amanecieron quinientos setenta cadáveres y creíase que otras dos mil almas perecieron en la vega. Asimismo, en Málaga y en Alicante, la riada destruyó dos mil casas y prendió torvos rumores acerca de otro medio millar de muertos.

—Acababan de cumplirse doscientos veintiocho años de la gran catástrofe de la noche de san Calixto —dijo Guillermo Morphy—. Entre viejos y jóvenes, la recuerdan y relatan los murcianos desde el siglo diecisiete. Fueron aquéllas sus mayores inundaciones. Al menos, hasta la fecha. El último telegrama del Gobierno Civil afirma que en pueblos como Nonduermas y Era Alta perecieron casi todos los habitantes.

—En el Consejo, contó Martínez Campos que sólo sobreviven las casas de dos pisos por toda la vega —repliqué—. Las aguas se llevaron chozos y chozas. En uno de los rincones más feraces de Europa, los campesinos se hacinan en barracas y sus hijos mueren ahogados, sin haber podido ir a la escuela. A veces me pregunto cuál será esa Providencia que vela por nosotros, y qué sentido tiene mi vida, sagrada e inviolable.

Por dos días fue imposible socorrer a los huertanos. Las aguas les arrebataban caballos y botes a la Guardia Civil y a la Policía. El jueves por la mañana telegrafió el gobernador que cinco mil fugitivos se refugiaron en las iglesias de Murcia y la noche

anterior se recogieron otros ciento cuarenta cuerpos. De los pueblos de Beniaján, Nonduermas, Era Alta y Torreaguera, llevóse la avenida un centenar y medio de muertos. Caídos los postes de telégrafo y falto de comunicación el Gobierno con aquellos parajes, los daños de Era Alta, Hellín, Caravaca y varias aldehuelas alrededor no fueron conocidos hasta el jueves por la tarde. Luego supimos que las víctimas pasaban de doscientas en Lorca. En Orihuela, inundada, resultaron ser menos que las temidas. Desde las balsas improvisadas, la gente echaba panes a las cestas pendidas de los balcones. En la catedral, la riada cubría el altar mayor.

El jueves se despejó el cielo y detuvo el Segura. En el Consejo de Ministros, Martínez Campos leía personalmente los partes recién llegados. En pie y hundido en el lodo, disponía y decretaba el gobernador civil de Murcia. Con el batallón de ingenieros, veinte marineros y seis barcazas del arsenal, partió de Cartagena hacia Beniaján en tren el gobernador militar. Junto a centenares de cadáveres humanos, flotaban en la crecida mulas, perros, caballos, gatos, bueyes, pavos, cerdos, conejos, gallinas y ratas. En el primer recuento, pasaban de diez mil los labradores que perdieron morada, bestias y enseres en la aciaga noche del martes. Otros millares de casas y chozas astillábanse y pudríanse, derribadas en la vega. De entrada, tasaron en cien millones de reales los daños del diluvio.

—Repetidas veces pedí licencia al Gobierno para ir a Murcia. Siempre me la negaron —protestaba en privado ante Alcañices y Guillermo Morphy—. Mientras, telegrafiaban otros horrores. Por toda la noche del miércoles resonaba el estrépito de las casas derrumbándose en San Benito y en San Lorenzo. También venían nuevas aún más terribles e inimaginables, por el tono y los detalles individuales. Ahogado su marido en Sangonera, la viuda ató un zarzo a una morera y allí sobrevivió con sus dos hijos, tetando a uno de ellos y comiendo el panizo de las mazorcas que sobreaguaban a su lado. Después de huir con su familia en un bote, quiso volver por la ropa del arca una joven lavandera. Arramblada por la furia de la venida, salvóse flotando en el arcón como en una barca. Cerca de Lorca, subsistió un matrimonio encaramado a una acacia, casi sin saber cómo treparon. Entretanto, su hijillo navegaba en la cuna como Moisés y embarrancóse, sano y salvo, riada abajo. Ignoró por qué las crónicas de los sobrevivientes eran tan dramáticas como las de los muertos y desaparecidos, siendo en ocasiones absurdas y risibles.

El emperador de Alemania envió quinientas libras para los damnificados. Para no ser menos, o por pura coincidencia, donó Franz Joseph otras quinientas. Yo inicié la suscripción nacional con cincuenta mil pesetas. Como princesa de Asturias, me seguía mi hermana Isabel con veinticinco mil. Ciento veinticinco mil entregó el Banco de España. Un anónimo vecino de Alicante contribuyó con cinco millones de reales. La prensa valenciana suscribía cincuenta mil pesetas, el Ayuntamiento de Barcelona veinticinco mil y *El Imparcial* doce mil quinientas. Nuestro embajador en París, el marqués de Molins, mandó doscientos mil francos en obligaciones individuales y cuatrocientos cincuenta mil más, recogidos por una lotería benéfica.

Remataba tanta generosidad con diecisiete mil francos, que obtuvo de una cuestación en el hipódromo.

—Las damas más adineradas de Francia, las que apuestan las pestañas en las carreras sin parpadear, arrojaban a las cestas collares, agujas de diamantes, pulseras de pedrería y alianzas. Si les hubiese pedido la ropa, fucaresas y *cocottes* se habrían desvestido dándolo todo, desde los sombreros emplumados hasta las medias de seda y los zapatitos de raso —me contaba luego Molins en Madrid.

Callé pensando que Rudolf Franz Karl de Austria no ofreció ni un céntimo. Tampoco telegrafió una esquela de condolencia. Le parecería vana hipocresía, propia de su padre, el emperador, o de las horizontales de Longchamps. Pero, de deparárselo del destino, corriera la suerte de quienes perecieron o salváronse increíblemente en aquel desastre del Mundo y el Segura. Daría los ojos o el alma, por el privilegio de ir a la muerte riada abajo, en el arcón donde escapó de milagro la lavandera.

A la semana de las inundaciones —el lunes, 20 de octubre, si no yerro—, permitieron mi viaje a Murcia. En la capital, me horrorizaron los arrabales devastados, aunque lo peor aún estaba por ver. Entretanto, de nuevo nublábanse los cielos y la gente los miraba en silencio, con esquinada desesperanza. Apenas bajé del coche en Nonduermas, se me enfangaron las botas del calcañar a la rodilla. Una multitud conmovida y demacrada acudía a estrecharme las manos y a vitorearme. Pero me aconsejaron las autoridades huir cuanto antes, porque ya relampagueaba y volvía a tronar en el horizonte entenebrecido. Me negué en redondo. Y, mientras debatíamos, abrióse el firmamento. En seguida, al igual que en un milagro al revés —*el prodigio del infierno*, diría luego Alcañices—, un creciente de aguas surgidas de todas partes nos subió hasta medio muslo y trajo consigo borregos, lechones, cabrillas y gazapos muertos: todos hinchados a reventar, con los ojos abiertos y vidriosos.

—Deberíamos recoger esta basura. O esta siniestra naturaleza muerta, si su majestad lo prefiere —suspiró el gobernador—. De lo contrario, invitamos una peste peor que las medievales. Acaso la incubemos ya, sin habernos enterado. Me atrevería a insistir que el señor regrese a Madrid, pues no podemos atenderlo debidamente.

Para justificar sus presagios, que no su ironía, contó haber estudiado medicina en la juventud. Más bajo y fornido que un leñador, hedía por no haberse cambiado en varios días y se le enrojecían los ojos de sueño. Las palmas, oscuras como las de un carbonero y encostradas de sangre seca, se le llagaron y encallecieron. Con todo, un soberbio monóculo de oficial de ulanos le destellaba sobre el ojo izquierdo.

—Gobernador, yo no me voy mientras pueda prestar ayuda. No porfíe usted.

Hasta casi caída la tarde, faenamos recogiendo desperdicios y destrozos, que arrojábamos a unos vertederos previamente dispuestos. Gris y persistente, la tormenta hendía el alma y calaba los huesos. Pero poco a poco nos habituamos a batir el cobre bajo el aguacero. Para mi asombro, reparé de súbito que mi primer ayudante de cámara, Ceferino, me guardaba de la lluvia con un paraguas abierto. Horas llevaría protegiéndome, sin que yo lo percatara.

—¿Qué demonios haces aquí? —le grité—. ¿Te burlas del mundo, en mitad de estos quebrantos? Dale el quitaguas a alguien y vente a la brega como los demás, que buena fuerza tienes. ¿Quién te creíste ser?

Me miró atónito y vejado, como si le imprecase en una lengua desconocida. Luego se humilló y se puso a trabajar a mi lado. En seguida sorprendí su muda sonrisa a través de la lluvia. Me pregunté si me habría odiado hasta entonces sin saberlo y empezó a conciliarse conmigo en Nonduermas. Al cerrar la noche, habíamos llenado todos los vaciadores del vertedero. Por misericordia, cesó el diluvio y apareciose un tímido arco iris, rebanado por la niebla y la negrura. En vano quise enjugarme los ojos con un pañuelo, tan empapado como yo mismo. Los codos me pesaban al igual que si fuesen de piedra.

—Señor, permitidme presentaros a este infeliz, que el martes perdió la mujer, los hijos, los padres y la casa. Todo fue a quitárselo aquella calamidad.

Muy fijo el monóculo y a la luz de un farol, que sostenía en la mano, me contemplaba el gobernador. El hombre a quien introdujo no era mucho más alto que nosotros y cubríase con ropas prestadas. Mirábame en silencio, como si yo fuese medio trasparente y apenas me reconociera. El fanal le endurecía los ojos azules y erguíase para no dejarse doblar por la desgracia. Chorreantes los dos, le tendí los brazos en un instintivo arrebato. Después de vacilar por un instante, sentí que también él se me prendía al cuello.

—¿Qué haría yo para merecer tanto dolor?

De antuvión, derrumbóse por dentro, rendida la altivez. Lloraba quedamente y yo también me sorprendí sollozando. Impasible, el gobernador mantenía la luz a la altura de nuestras cabezas. Diríasele empecinado en mostrar al gentío una extraña escultura, descubierta por azar en medio de aquella desolación. O quizá resuelto a probarse que los dos éramos seres vivos y ciertos.

Aquel discurso sin palabras fue el mejor que pronuncié en mi vida. Le confesaría luego a Julio Benalúa. Pero mientras el campesino cuyo nombre no alcanzo a recordar y yo nos sosteníamos el uno al otro, en un momento terrible e interminable, no pensaba en calladas arengas sino en Rudolf von Hapsburg. A través de la carne insaciada, los dos quisimos trascender nuestros destinos sucesorios. Él, la herencia de un Imperio en el cual únicamente creía para odiarlo. Yo, acaso el legado de una Corona, que en justicia no correspondía a mi sangre bastarda. Pero no nos bastaba el hedonismo para superar nuestra suerte. Rudolf estuvo a punto de aprehenderlo, cuando me hablaba del pecado de que nos pariesen reyes o legatarios de un trono condenado. Pero sólo yo en Nonduermas, un pueblo sepultado debajo de las aguas, comprendí la imposibilidad de nuestro drama.

En el fondo, Rudolf esperaba la revolución para destruirse. *Un día voy a pegarme un tiro, si bien todavía ignoro por qué*, concluía en Viena y añadió que nos devoraba la precocidad. De un modo que no consigo esclarecer, aquel tiro era uno de los disparos que presentí cuando vagábamos por la Casa de Campo. Dicen que no paran

nuestras vidas de hacer caracoles. Acaso por esto, siempre que pienso en Rudolf, vuelvo a la tarde en que me descubrió el frío del agua en su rumoreo, junto al manantial de los romerales. *Wasser macht Kalt, nicht wahr?*

Quizá acertó la corazonada y mataríase joven. O lo haría ya entrado en años y llegado a viejo. En cualquier caso, su suerte estaba dictada y no podíamos impedirla. Se habría reído de buena gana, si le pidiera no confundir la justicia revolucionaria con su secreto afán de destruirse. Mayor sería su desprecio irónico, de suplicarle que no se descerrajara un pistoletazo si resuelto seguía a suicidarse. Soy impotente ante su aciago sino y jamás sabré qué significaba el segundo disparo, que yo anticipaba y oía en mis torvos presentimientos.

Pero en aquel pueblo desaparecido, comprendí cuán distintos éramos los dos. Al revés de Rudolf, yo no quería borrarme una vez trascendidos los límites de toda lujuria. Por el contrario, reparé entonces que el descargo de mi existencia pasaba por el prójimo. Entregándome a los demás, a seres como el infortunado que me abrazaba, trascendería mi identidad de borde y justificaría mi vida y mi reinado. Era así de simple y de sobrecogedor.

No obstante, a nadie cabía confiarle semejante resolución. Ni a Alcañices, ni a Guillermo Morphy, ni a Julio Benalúa. Naturalmente, jamás a mi madre ni tampoco a Elena. Tal vez a Mercedes, si hubiese vivido; pero ella estaba tan lejos de mí como irredimibles eran los hijos y la mujer, que la riada le ahogó al labriego. Menos aún podía revelarle todo aquello al propio Rudolf. Si lo intentaba, volvería a carcajearse de lo que llamaba mis desvaríos de gitano mediterráneo. No obstante, Nonduermas inundado y el espejismo de aquella ciudad, que yo llevaba dentro, fundíanse y confundíanse en mi interior. Juntos parecían conceder sentido al caos de calles donde anduve perdido.

Pero, aunque no extraviado, retraído permanecía en la tierra. Bastardo o no, aislábame mi condición de rey. Así lo percibo ahora y es mi deber consignarlo de mi puño en estos papeles. En situaciones catastróficas, como la de Murcia, conseguí identificarme con los demás. Sentía entonces plena y justificada mi vida. Pero semejantes circunstancias, escasas o insólitas, meramente vienen a ratificar mi soledad en la corte. Mi suerte está echada y por añadidura la acepté al albedrío —¡yo no era sino un rapaz!—, sin imaginarme cómo me marginaba y deshumanizaba. Mi reinado es mi condena y palacio es mi limbo. Aquí, previsto por otros el buen orden de mis pasos y lejos de la fraternidad de la vega inundada, mantienen mi sacra e infalible persona a trasmano del mundo. Encerrado con mi corona constitucional, dispuso el dedo de Dios que queme los días escuchando las voces, distantes y débiles, que me llaman y hablan en los abismos del pasado desde que volví del destierro. Como diría Elena Sanz, tan prolongado calvario debió de enloquecerme sin que lo echase de ver. O por fuerza me va a enajenar, antes de que cierre el crepúsculo y me toque hacer pie e irme a morir a El Pardo.

10 de enero, 1880. Aranjuez

La semana pasada interrumpí mis notas. Las empecé con el embarazo de la reina, que prosigue felizmente. Su gravidez simplificó estas difíciles relaciones nuestras. Acaso nos haya salvado el matrimonio, que en una ocasión estuvo a un tris de quebrarse, cuando aún andábamos recién casados. Asimismo, observo haber dejado mis últimos papeles inconclusos. No hice sino enhilar los dos sueños, que quería poner por escrito. También echo de ver que mi vida con Cristina —Crista, le decían los suyos en Viena, y Cristinita, la llamo a tiempos— surge siempre en estampas cortadas y deletreadas en presente. Igual que, dormidos, nos asaltan las imágenes, vaya.

Vuelvo así al 21 de agosto pasado, cuando de incógnito y con el título de *marqués de Covadonga*, estrenado en el Theresianum, parto para Francia desde La Granja. Van en mi séquito Pepe Alcañices y el doctor Francisco Alonso Rubio. Paramos todos en El Escorial, donde se nos une el duque de Tetuán: ministro de Estado en el Gobierno de Martínez Campos.

Andaban muy adelantadas las gestiones oficiosas para el desposorio, e inclusive le había escrito mi madre a Paz que honraría mi boda con su presencia, si casaba con la archiduquesa. De improviso, exigió María Cristina que nos hablásemos de viva voz, antes de la petición de mano. La demanda me pareció muy normal; pero me asombró no habérseme ocurrido semejante encuentro. Cabizbajo, al comprobar cómo me desmemoriaba y desatendía desde la muerte de Mercedes, sacudí la cabeza y se me cayó el alma a los pies.

Propuso la archiduquesa que coincidiésemos en Biarritz. Iba a aceptarlo, cuando me recordó Guillermo Morphy la tropa de veraneantes españoles que paran en aquella playa. Sería difícil ocultarles la verdadera identidad de la condesa de Seelowitz y del marqués de Covadonga. Optamos por Arcachon, para encontrarnos de rebozo y a escondidas. Allí me alojé desde el 22 de agosto, en una casa alquilada o cedida: Ville Monico. María Cristina y su madre, la archiduquesa viuda Elisabeth, se acogen en Ville Bellegarde. También pidió Alcañices a unos amigos, los Peréire, que nos presten su quinta de recreo, la del celebrado laberinto que desciende hasta el mar, para nuestras citas sigilosas y paseos a hurtadillas.

Al fin poso los ojos en las dos archiduquesas. Guardo clara memoria de Elisabeth, con su dorada belleza al borde del medio siglo. No obstante, me turba y desconcierta Crista o Cristina, mi futura esposa. Sus manos son tan menudas como las describía Augusto Conte y le hacen justicia daguerrotipos y miniaturas. Pero alguien debe habitarla, que aquellos retratos no acaban de reflejar. Puesto en otros términos, juraría ya haberla visto, muy cerca de mí y casi en carnes vivas, aunque el de hoy sea nuestro primer encuentro. No compartiré con nadie mi desconcierto para que no me tomen

por ido. Pero lo fío a mis memorias, como quien firma en el agua o rubrica su nombre en un espejo.

Desaparécese discretamente la archiduquesa Elisabeth. *Puisse notre chère Christine vous rendre heureux, que je vous le désire bien du fond de mon coeur!* (¡Ojalá nuestra querida Christine os haga dichoso, como yo lo deseo desde el fondo del corazón!) A solas con Crista, comentamos nuestro lueñe parentesco. Los archiduques Karl Ludwig y Joseph, sus abuelos paterno y materno, fueron hijos del emperador Leopoldo II y de la emperatriz María Luisa. A su vez, como hija de Carlos III y hermana de Carlos IV, ella también era mi tía bisabuela.

—*Brauchen wir Roms Erlaubnis für die Hochzeit?* (¿Debemos pedirle a Roma dispensa para las bodas?)

—*Nein, ich hoffe nicht*. (No. Espero que no) —sonríe.

En Ville Bellegarde, se sienta al piano e interpreta a Brahms y a Strauss. Toca de memoria y de corrido, con sus manitas aniñadas. Luego paseamos hasta Ville Peréire y nos perdemos en el laberinto, mientras el cielo se ennegrece y amaga tormenta sobre el Atlántico. Corriendo desalado y venido de la nada, surge un jardinero providencial. Él nos guía y rescata de aquellos rodeos artificiales, antes de que descargue el nublado. Me pregunto si en el centro de mi ser, bajo la ciudad espectral a mi semejanza, no ocultaré otro laberinto sombrío y socavado, donde en un tiempo fuera del tiempo conocí a *notre chère Christine*. En otras palabras, si no guardo confusa memoria de una vida, suya y mía, anterior a ésta.

Entretanto Cánovas se fue a Suiza y espera la caída del Gobierno, ya puesto a parir, para darse el placer de rescatarlo. Tan recóndito es su paradero, detrás de los Alpes, que Guillermo Morphy necesita Dios y ayuda antes de encontrarlo. A propuesta mía, votada por todo el Consejo, le ofrecen una embajada extraordinaria para que pida al emperador la mano de su sobrina. Receloso, la rechaza de plano. Alega que aceptarla lo obligaría a renunciar a su acta de diputado. Pero, en el fondo, teme que lo apeen y alejen de Madrid. Me avengo a razones y el duque de Bailén, Eduardo Carondelet y Donato, encabeza la misión acerca de Francisco José.

Cuando regresa Cánovas, lo recibo en palacio. Vuelve atezadísimo, si bien bizquee más que nunca y parpadee nerviosamente. Aunque sólo sea por su acerba crítica de la casa de Austria, como historiador de la decadencia española, poco debe placerle mi próxima boda. Sin ningún júbilo, me reverencia y congratula.

—Don Antonio, la madre es toda una señora madre. Lástima que gustándome más, tenga que casarme con la hija.

—Con el debido respeto, su majestad no debería expresarse como un personaje de don Ramón de la Cruz.

—Con el debido respeto, don Antonio, empiezo a sentirme rey de sainete. Pero hablo así con muy pocas personas. Usted es una de ellas.

Me observa y no replica. Por dentro se encogerá de hombros con un fatigado respingo. Tan quedo que no lo capto, murmura algo a modo de cortés y abreviada

despedida. Luego se marcha sin aguardar *le congé royal*.

Por segunda vez caso en Atocha. En el último 29 de noviembre cae el día señalado y Madrid se dora y orea, como tierra de trigales. Vestido de medio pontifical, me desposa el patriarca de las Indias con la archiduquesa Maria Cristina. La novia salió de El Pardo muy de mañana, pues es piadosa tradición que de allí vengan a matrimoniar las reinas. Con Julio Benalúa, Pepe Tamames y el duque de Sesto la escolto hasta la puerta de San Vicente. Se nos unió de mala gana Pepe Alcañices; le desplace montar por dolerle en la silla las piernas estevadas. Nada tiene que ver mi caprichoso halago —*cum grano salis, cela va sans dire*—, que ni yo mismo atino a esclarecer cómo fue a ocurrírseme, con el ceremonial prescrito. Antes, en El Pardo, Adelardo López de Ayala, quien iría a morir al cerrarse diciembre, saludó a la archiduquesa en nombre del Congreso. Me contaron que ella le repuso de memoria, en un castellano hollado y vejado por el dejo vienés: *Señor presidente, me siento profundamente agradecida por su felicitación. Suplico a la Cámara que desde hoy me considere española. Es mi deber serlo y hacer la felicidad del rey, en la modesta esfera de la familia. Sería muy feliz si los españoles me quisieran tanto como yo quiero a España*.

En Atocha, me siento tan lejos de Mercedes como de este segundo casamiento. También pienso en mi Fernando y en Elena. A ella, anteayer volví a perjurarle que nada cambiaría entre nosotros. *Perdidos los tres: tú, yo y nuestro hijo en este infierno*. De pronto me tropiezo con el pálido encaro de mi madre. Lleva la sonrisa como pintada en el rostro empolvado y blanquísimo; pero dos lagrimones le surcan las mejillas. Vuelve a echar carnes escandalosamente. Anda tan gruesa como en nuestro atribulado viaje a Ginebra por Francia en guerra, cuando la subíamos a los trenes a empellones por el trasero; ella siempre con mi hermana enferma en brazos.

También me entretengo espiando de reojo los vestidos y peinados de las mujeres. Bajo una corona de turquesas y diamantes, viene de blanco y cubierta de encajes Ángela de Medinaceli. Dos plumas de pavo real le salen del hombro izquierdo. La condesa de Guaqui va de un azul tan tierno como la amanecida, envuelta en sedas de pies a cabeza. *Notre chère Christine* despierta un murmurio de admiración, cuando recoge la larga cola de raso níveo con velos de punta de Alençon. Luce un tocado de brillantes y perlas que le regalé contra el parecer de Sofía Trowestkoy. *Lamento confesarle a su majestad que aquel pino de oro le sale carísimo y muy recargado. Junto a los Hapsburgs decadentes, la familia del señor, los Borbones, es una estirpe de improvisados advenedizos. Espero que su augusta generosidad pueda perdonarme tan espontánea franqueza*.

Perdoné y reí de buena gana. Pero no río en Atocha, cuando Crista o Cristina empieza a llorar histéricamente. Aunque proceda con ritual dignidad, mientras hace la entrada en la basílica entre sus madrinas de boda, su madre y la duquesa Rainer,

rompe en un callado llanto tan pronto tiene que besarle la mano a la archiduquesa Elisabeth antes de darme el sí. Después solloza los kiries por toda la ceremonia. *¡Santo Dios!* —exclamo para mis adentros—. *¿Cómo voy a casarme con esa mujer? ¿Cómo voy a hacerle el amor?* Estarán todas las miradas fijas en mí: en mi lividez y en los ojos, que la ansiedad me ahonda en las órbitas. En seguida, no puedo por menos de parar mientes en cuán distinta resulta esta boda de la otra, aunque le calquemos el ceremonial. A sabiendas de su absurdo, me vence una doble oleada de rencor contra Mercedes y contra mi madre. ¿Qué derecho tenía Mercedes a dejarme tan pronto e infligirme todo el mal, que me hizo y me hace su muerte? ¿Cómo osó mi madre esquivar nuestro matrimonio y preferir por nuera la hija de un barrendero a una Montpensier?

También de improviso, me serena una certeza, no por menos descabellada, que me invade de pies a cabeza y rinde a su evidencia. Pensando en la archiduquesa, que ya es mi esposa, concluyo fríamente: *No gime por ella, ni sabe las razones de su mar de lágrimas. Llora porque inadvertidamente presiente que otro día, acaso muy próximo, falleceré tísico y voy a dejarla a solas en este calvario*.

Sueño con un paisaje que jamás he visto, aunque recuerde algún recodo austríaco. Detrás de una pineda gigantesca, lomas de abetos verdes y azules coronan un revoltillo de edificios apiñados en una hondanada. Frente a unos pabellones, que deben ser cuadras, se alza una larga nave de dos pisos muy bajos. Cerradas a cal y canto, distingo otras dependencias a ambos lados de aquel edificio. Serán antiguas viviendas de leñadores y jardineros, o viejos almacenes ya desatendidos.

Cada rama de abeto y cada aguja de pino permanece inmóvil. Se detuvo la brisa como se hiela el tiempo en una fotografía. No obstante un viento airado y silbante agita el mundo de la vigilia, de donde vine al dormirme. Desde el ancho ámbito de los vivos y los despiertos, el firmamento que llamamos realidad por falta de otro nombre, abofetea mi aletargada conciencia.

Inútilmente se estrella el vendaval en el paisaje, como batiría sobre un muro o un espejo. No obstante, a su choque, oigo una sola palabra, parecida a una queja escalofriante, **Mayerling.** En seguida suenan dos disparos, que al punto reconozco en mi pesadilla. Son el eco de los tiros que oí en mi interior aquella tarde de mayo, junto a la fuente de la Casa de Campo. Sé lo bastante de armas para identificar la pistola, que dispara en lo soñado. Con arreglo a su estampido, será una Smith-Wesson o una Borchard.

Como si un espectro me sobresaltara, prendiéndome del brazo en mitad de la Puerta del Sol, mientras suenan las campanas del mediodía, me incorporo chillando. Despertada por mis gritos, Crista se alza a su vez en la cama. En camisón y bajo la cofia que la cubre, me mira asustada y soñolienta. Contemplándola a mi vez, advierto que sólo a sí misma me recordaba mi mujer, cuando creía reconocerla en Arcachon.

La realidad, ¡siempre la mendaz realidad!, acaba de devolverme esta madrugada la visión de la joven, enjuta y miope, anticipada en otros sueños míos de 1875, a mi regreso del destierro. Era Crista quien se encamaba conmigo en esta alcoba y en aquellas pesadillas, si bien aún desconocía su nombre y el ineludible destino, que haría de nosotros marido y mujer.

—¡Mayerling! —le pregunto a voces—. *Was zum Teufel ist Mayerling? Du solltes das wissen!* (¿Qué demonios es Mayerling? ¡Tú deberías saberlo!)

—¿Mayerling? —repite atónita, una sombra de pánico en el gesto agrisado por la fatiga y el desconcierto—. *Es ist ein Jagdschloß des Kaisers und Meines Vetters Rudolf, des Erzherzogs und Kronprinzen*. (Es un pabellón de caza del emperador y de mi primo Rudolf, el archiduque y príncipe imperial.) Yo jamás estuve allí. Ya sabes que odio la caza. Cae por el sur de Viena.

Sin replicarle, sacudiendo la cabeza, me levanto y arropo con la gruesa bata de lana roja. Detrás de la ventana entornada, que abierta o entreabierta exigimos en pleno diciembre, amanece el alba lechosa y el aire colado del Guadarrama baja chiflando por los parterres. Sin aguardar a Prudencio ni a Alcañices, encenderé la chimenea, porque mil cuchillos helados cortan el alma. Antes, no obstante, debo infundirle vida presente a lo que prefijaron los sueños de 1875; tal por cual cumple el actor lo ensayado en tantas ocasiones. Leyes o dioses, vaya usted a saber, me obligan a ello. Me someten a sus dictados como a un chiquillo.

Alma adentro, me dijo o recito: *Der Wind den Bergen bläst so kolt dass er mir durch die Eier scheidet!* Y luego, obrando como procedería aquel rey sainetesco o zarzuelero, que a Cánovas le confesé temía ser yo ahora, traduzco en voz alta y a sabiendas de que ella lo repetirá en palacio y todos se desperecerán de risa y harán lenguas de su ignorancia a espaldas suyas: —Verdaderamente, sopla un viento de la sierra que corta los cojones.

19 de noviembre, 1882

Maggior paura non credo che fosse
Quando Fetòn abbandono li freni,
Per che 'I ciel, come pare ancor, si cosse,
Nè quando Icaro misero le reni
Sentì spennar per la scaldata cera,
Gridando il padre a lui: «Mala via tieni»,
Che fu la mia, quando vidi ch'i'era
Ne l'aere d'ogni parte, e vidi spenta
Ogni veduta fuor che de la fiera.

[Mayor no creo el miedo
Cuando Faetón soltó las riendas,
Por donde aún abrasado parece el cielo,
Ni cuanto sintió el cuitado Ícaro
Desplumársele la ijada en cera ardiente,
Gritándole su padre: «¡Malaventurado!»
Que fue mi pánico al verme volando
En pleno aire, y ver extinguirse
Toda visión salvo la de la bestia.]

Dante, *La Divina Commedia,*
Inferno XVII, 106-114

Hace siete días nació María Teresa, mi segunda hija. Por unas semanas, me vine a dormir a solas en la vieja alcoba, que fue de aquel a quien llamaremos mi padre: don Francisco de Asís. *Alcañices, dile a Isabel que un domingo de esos iré al palacio a almorzar con ella. Tampoco es bueno que no nos veamos casi nunca*. Ésta es la misma estancia donde me acogí en enero del setenta y cinco y me detuve a escuchar

las voces del pasado. También aquí soñé el sueño que preveía a la reina, mi mujer, así como la pesadilla donde un hombre, a sobre faz inexistente, asesinaba a Cánovas. *In questo stato di spirito che esclude la menzogna*.

Lejos pues de la mentira y encarándome conmigo mismo, pensaba en la ironía en que iba convirtiéndose mi vida. Si María Teresa es la segunda de mis hijas, la mayor, Isabel Teresa María de las Mercedes —Mercedes a secas, por deseo de mi mujer—, vino al mundo en setiembre del ochenta. Es una bella criatura que enorgullecería a cualquier padre. Pero a mí me defraudó, porque aguardaba a un niño. Hablo de un príncipe de Asturias, que asegurara la sucesión e impidiera, con su sola existencia, el retoñar de las guerras civiles. Pero era ahora *notre chère Christine* la desairada y afligida, por haberme concebido a otra infanta. Deshacíase en lágrimas y no quería tocar a la recién nacida. Huyendo de la reina y de su llanto, me oculté en esta estancia vacía.

—Con Elena Sanz, sí, tuviste hijos varones. Dos, por añadidura, si echo las cuentas claras. Tres años cumplirá tu Fernando este verano y otros dos tiene tu Alfonso. Como no debes echarlo en saco roto, si bien no le viste el blanco del ojo a la criatura, Elena te lo parió en París en febrero del ochenta.

A la vuelta de seis años aparecíase aquel doble, tan idéntico a mí como surgió en esta estancia de don Francisco el 25 de marzo de 1876. Para mejor copiarme, hasta envolvíase en una bata idéntica a la mía preferida: la misma que me arropaba aquella noche. Me refiero al viejo batín de roja lana escocesa, con las mangas y faldones agujereados a quemaduras de tabaco y apestoso hasta por el forro y el cinto a humo de habano.

—Inclusive a mí me escandaliza la rapidez con que olvidáis los Borbones. Tú tendrás excelente memoria para fechas, nombres y poemas, hasta para repetir páginas enteras de cualquier periódico, apenas leídas, como un histrión de circo. Pero en seguida te desacuerdas de hijos y amantes. Los echas a espaldas con una premura que asusta y da grima. Alfonso tuvo que nacer en París y allí te aguarda con su madre.

—Desde el veintiocho de febrero de aquel año: el día en que vio la luz.

—Desde el veintiocho de febrero. Sea. A demanda de la reina, tuvo que expatriarse Elena. Asimismo proscribieron a otra cantante, querida tuya, entre las muchas mujeres a quienes te das sin freno y sin tino. Entonces te limitaste a decirle a Guillermo Morphy: *Si no quieres caldo, taza y media*. Para mayor afrenta, abandonas a las amantes y a los amigos. No toleraste que dimitiera Alcañices como mayordomo mayor, cuando lo exigía doña María Cristina, ultrajada y escarnecida por tu conducta. Pero consiguió que no le condonaran las deudas en que había incurrido, para devolverte al trono desde el destierro.

Todo ello era cierto. Pese a su llanto en nuestras bodas, mostró mi mujer un celoso tesón y un vengativo resentimiento, que desdecían de su frágil miopía y de sus manos de *petite poupée poupine*. Ya encinta de Mercedes, hacía chillonas escenas y amenazaba con dejarme e irse a Viena. Entre bastidores y a instancias de Cánovas, el

embajador de Italia, aquel viejo conde de Greppi que la conocía desde niña, logró disuadirla. No obstante, a cambio de su renuncia a la separación, impuso terminantes condiciones. A muy alto precio, porque Elena atesoraba una larga y comprometedora correspondencia mía, le pagó Cánovas el destierro a París. Irónicamente, al hilo de los años, se queja a veces de que le escribo poco o pretendo cumplir con esquelas indiferentes.

Para que nadie vaya a husmearlas en palacio, desde París manda mi madre las cartas de Elena con su propio correo. Siempre le encantó el celestineo de casamenteras y correveidiles. Le bastará confesar aquellos oficios, si los confiesa, para quedarse en ancha paz con la conciencia. También ella, desde el palacio de Castilla, le buscó piso a Elena y fue a encontrarlo en el 99 de les Champs Élysées.

Antes y después de marcharse Elena, hubo otras mujeres en mi vida. O bien, no en mi vida, sino en las noches alocadas en que me devoro a mí mismo. Regresé a Adela Borghi, una cantante a quien aquí y en Italia apodan *la Biondina*. Alzó mi mujer las manos al cielo, y también puso precio Cánovas al exilio de aquella soprano. No quiso aceptarlo Adela, o se quedó en la Villa y Corte con el importe de su destierro. Que a tales particulares, yo ya no alcanzo. Como no se iba, el marqués de Pazo de la Merced, gobernador de Madrid, la llevó en su coche al expreso de Irún y aseguróse de que seguía viaje a París. Cuando me ofreció Cánovas la nómina del nuevo Gabinete, a la salida de la crisis de diciembre de 1879, taché al marqués como titular de Hacienda. No quiero creer que fuese aquello baja venganza, sino anhelo de medirme con Cánovas por una vez. Cedí en cuanto dijo que él renunciaría a la jefatura del Gobierno si se le negaba la cartera a de la Merced.

Al paso de un par de años, gobernando Práxedes Mateo Sagasta con sus fusionistas, en vez de Cánovas, volvió a Madrid *la Biondina* y nadie protestó por su regreso. *El señor me manda. A los pies del señor*, me decía Sagasta con untuoso respeto al borde de la lisonja. Para mi propio estupor, me dejaba sin cuidado el tornaviaje de Adela. Desamoroso y apático, mucho tardé en verla pese a su porfía por reanudar nuestros lances. Por último, le hablé como si fuera distinta y distante: más que una antigua querida, la hipotética esposa de un íntimo amigo. Digamos, verbigracia, de Guillermo Morphy o de Julio Benalúa.

Mi mujer le hizo la cruz a Alcañices. Quería cesarlo como mayordomo mayor, culpándolo de alcahuete de mi lasciva perdición y de espolique en mis orgías. No pude consentirlo; pero ella reveló inmediatamente su tenaz habilidad para la intriga. No dominaba aún el castellano, aunque mostrara un talento natural para repetir los disparates que me oía. Hasta que alguien se atrevió a corregirla, prodigaba expresiones como *estoy al pelo o es usted un barbián, señor Cánovas*, para que don Antonio le replicase *el barbián, señora, es quien enseña a su majestad a decir esas cosas* y naturalmente, *sopla un viento de la sierra que...* No le impidieron aquellas restricciones y deslindes sacar el cristo y persuadir a quien le convino, para que el Estado no le reconociera a Pepe las deudas contraídas al financiarme la causa desde

el destierro. Tuvo que venderse la casa del Prado al Banco de España e irse a un palacete, mucho más reducido, en Recoletos. También perdió otras heredades, sin que jamás profirieran una queja en mi presencia ni él ni Sofía.

Pensando en Pepe y en el oblicuo remordimiento, que me sugería su recuerdo, casi fui a olvidarme del aparecido. De súbito, me lo topé frente a mí, a horcajadas en una silla y abrazado al alto respaldo. Con una pierna echada a cada lado, era también aquélla una desenvuelta postura, que él me imitaba y yo aprendí en Sandhurst. Solía exhibirla en la intimidad, para enfurecer a la reina, quien creía semejantes modales propios de una taberna. Poco menos que orgulloso de aquel hábito, mandé fotografiarnos varias veces a Crista y a mí; yo cabalgando en una butaca y ella trasvinando acíbar. Luego, ofrecí los retratos firmados a varios amigos, contra la callada ira de mi mujer. También montado en su asiento, como quien se regala en una potranca mal domada, sonreía mi visitante.

—A los seis años de nuestro primer encuentro, ¿todavía crees haber enloquecido o vivir un sueño, cuando hablas conmigo?

Me supo extraña la voz en los labios parados, como si me hubiese convertido en un ventrílocuo de feria. Después de pronunciarlas despaciosamente, no antes, les comprendí el sentido a cada una de mis palabras:

—No duermo ni desvarío. Eres tan cierto y tangible como yo. Me refiero a mí mismo como persona, no como rey. Quede bien entendido. Desde que los monarcas no lo somos por la gracia de Dios, sino por dictado constitucional, reinar o no reinar depende del acaso, en último término.

—Mucho maduraste, o te supones envejecido desde que nos vimos por última vez —su tono era irónico; pero desvanecióse la presuntuosa sonrisa con que me contemplaba. El mentón en las manos cruzadas, las palmas sobre el borde del respaldo, fruncía el entrecejo en su desconcierto.

—Antes de la historia, en el tiempo del mito, hombres y dioses aún andarían a medio crear, transformándose unos en otros como fantasmas en la niebla o esfumados en el papel. Pero tú ya eras Gerión y regías en esta tierra. Fuiste un rey pastor y la más preciada de tus posesiones era un hato de bueyes rojos como llamas, que apacentabas con un mayoral y un perro.

—¿De verdad estás loco o te burlas de mí? ¿Cómo disparatas de ese modo?

—Todo es cierto y poco importa cómo llegué a saberlo. Supón que por mí hablan voces ajenas, al igual que les ocurre a los santos y a los poseídos. Imagínate que esto me lo contó Guillermo Morphy en Viena, al descubrirme tu paso, o mejor tu vuelo, por la *Commedia*. Digo la verdad y a ti te consta mejor que a mí mismo.

—Si yo fuese aquel rey monstruo, ¿qué más te aprendiste acerca de mí?

—Figuras en *La Eneida* como un engendro de tres cabezas. Por toda la Edad Media, la sombra de tu triple cuerpo, como lo llama Virgilio, equivalía al engaño y al fraude. Cuenta la leyenda que Heracles te degolló al perro y estranguló al boyero, antes de ajusticiarte. Fue tu sacrificio uno de los doce trabajos que le impuso el

oráculo para su castigo y redención por haber matado a su mujer y a sus hijos, en un rapto de demencia. En Tracia, un tábano mandado por Era enloqueció a los bueyes, dispersándolos. Los recogió Heracles y se los entregó a Euristeo, rey de Grecia. A Era, para aplacarla, le inmoló Euristeo el rebaño rojo.

—Si degollaron a los bueyes y a Gerión, ¿cómo iría a reencarnarse en mí aquel déspota deforme? ¿También te desovilló ese enredo Guillermo Morphy?

—Él me enseñó cómo sobrevives en *La Divina Commedia*. No exhibes allí tres cuerpos ni tres cabezas. Pero, siempre falaz e impostor, tienes la cara *d'un uomo giusto*: de un justo venerable. No obstante, garganta abajo, muestras la estampa de una serpiente, más abigarrada que tela turca o tártara, con dos garras al pecho. Agitando cola y zarpas, cruzas de un vuelo el abismo de las sombras, hacia la sima de los felones y los traidores. ¿Prosigo con lo que también supe por mí, aunque ni Dante ni Guillermo llegasen a contármelo?

—Procede y sigue el hilo. —La voz era mordaz; pero mirábame sombrío. Por primera vez, creí distinguir una desemejanza entre nosotros. Era yo quien le hablaba en voz firme y él me escuchaba atento, quizá desconcertado.

—Te matarían al perro, al hato y al rabadán. Pero tú, viejo como la muerte y sabio como el desengaño, según me dijiste hace seis años, eres inmortal aunque mudes de estampa a nuestros ojos. Nunca renunciaste a poseer este desventurado país y perennemente tratas de rehollarlo y hundirlo, hasta el fondo del infierno adonde en verdad perteneces. Por eso adoptas mi apariencia y te enfrentas conmigo. No estás dispuesto a permitir que entremos en el próximo siglo, a través de un espejismo de paz y esperanza…

—¡Perfecto, muchacho! ¡Sueltas el mirlo y hablas a chorros! —me atajó con falsa y forzada risa—. ¿Hay más por acaso?

—Lo hubo. Recuerdo un breve sueño mío, epílogo de otro, por así decirlo, en invierno del setenta y cinco. Corría febrero y me detuve en Tudela, al regreso de la fallida campaña en el frente del Norte, donde en vano perseguimos la victoria en la guerra civil. Dormido, vi a mi primo Carlos, el que estuvo a punto de prenderme en Lácar, oprimiéndome contra su pecho y sus barbazas. Mientras me alzaba del suelo y ceñía en su abrazo, admitió el gigante no ser mi primo en la realidad y predijo que, dentro de nada, despertaría en la sangre de mi vómito. Añadió que también España arrojaba sangraza sobre sí misma, porque su tisis era eterna e incurable. Abrazándome y asfixiándome, preguntaba cómo pude ignorar que mis quimeras serían la raya en el agua o las palabras en el viento. No comprendía por qué no fui a quedarme en Wentworth, escopeteando patos y faisanes con Cabrera. O por qué no mataba las mañanas, paseando por el *bois* de Boulogne con don Francisco de Asís y aquella gritona camada suya de perros de agua. En otras palabras, dedicado a las tareas propias de un monarca en el destierro.

—Lamento atravesarme. Pero ¿qué parte me corresponde *dans ton cauchemar si vraisemblable*, en esta pesadilla tuya tan verosímil?

—No quiso descubrirme el coloso su verdadera identidad. Pero afirmó que me citaría despierto en el porvenir. Ahora tengo el cabo trenzado y caigo en cuenta de que tú eras aquel fariseo y querías arrebatarnos esta tierra desdichada, aun en mi sueño y al borde de la sangría.

Deliberadamente, demoraba la respuesta. Se levantó, encogiéndose de hombros y fue a la ventana que daba a los jardines. Cerrada la noche, la luna blanqueaba el firmamento y lo volvía de deslustrado alabastro. Pensé en Pamplona nevada bajo otro plenilunio, al final de la guerra, en invierno de 1876. *Las nieves cubren el mundo,* me dijo Cánovas en aquel silencio sobrecogedor.

—Mucho creíste aprender dormido. No en vano, en otro letargo, reparaste haber anticipado a tu mujer y tu nuevo matrimonio. Acaso termines por cegarte, leyendo en los sueños como si fuesen libros de caballerías —reflexionaba en voz alta, con meditada ambigüedad.

—De mis pesadillas, sé poco tirando a nada. Una vez soñé con un par de pistoletazos y un palacete de caza, *ein Jagdschloß*, al mediodía de Viena. Pero todavía desconozco lo ocurrido allí. Sólo lo presiento.

Volvía a callarse. De espaldas a mí y al igual que si no quisiese escucharme, apuntó algo acerca del resplandor de la noche. *Se hielan los cielos, que no la tierra. ¿No te parece?* Con la frente apoyada en las cortinas, sin dignarse a mirarme, murmuraba:

—Lo que presagiaste sucederá dentro de casi siete años. Pongamos siete, a secas, para echar cuentas redondas. La fecha exacta será el diez de enero del ochenta y nueve. Tú no puedes impedirlo o desviarlo. Si le dices a Rudolf que va a suicidarse en Mayerling, se reirá a tus barbas. Replicará, muy complacido, que Mayerling es un lugar tan adecuado como cualquier otro para salirse de este mundo, absurdo y cruel. Desde su adolescencia, como bien sabes, él prefiguró el día en que iba a descerrajar las puertas de la muerte con su propia mano.

—Dos fueron los tiros, que soñé y antes oí despierto. ¿Hay alguien con Rudolf en el pabellón?

—Habrá una mujer —enmendó y esclareció. No hablaba en el presente de los sueños sino en un tiempo irrevocable, aunque todavía no acontecido—. Es ahora una niña de once años y sólo frisará los dieciocho en Mayerling. No digo su nombre, porque no significa nada para ti ni para el archiduque, quien aún tardará en conocerla. Ha de ser su amor más grande y también el más trágico. Tanto enloquecerá por ella, que pedirá al papa por carta la anulación de su matrimonio con la princesa Stéphanie. Como te consta, la desprecia y detesta desde antes de desposarla.

—¿Y qué hará León XIII con aquella carta? ¿También alcanzas a vaticinarlo?

—La remitirá al emperador, a través del arzobispo Ganglebaur. En Viena y a puerta cerrada, ha de seguirse una tormentosa escena de la que nada sabremos aunque todo quepa adivinarse. Francisco José obligará a Rudolf a jurarle y prometerle la rotura inmediata con aquella muchacha. Rudolf se prestará a cumplir, aunque se

disponga a obedecer en sus propios términos. Sin duda, habrá un previo pacto de los amantes para adoptar el suicidio como única forma de separación. El archiduque citará a su querida en Mayerling y la hará recoger por su cochero. A poco más o menos, imagínate el resto.

—No, no lo consigo.

—Olvídalo entonces. Como te dije antes, tampoco puedes prevenirlo. ¿Acaso vas a escribirle una carta al papa? *Beso en los pies del Sumo Pontífice las sandalias del pescador y suplico que benignamente tenga en cuenta la demanda, que recibirá de Rudolf, Erzherzog und Kronprinz del Imperio, dentro de siete años. En vuestra infinita benevolencia, atended el ruego y anulad la unión de los archiduques Rudolf y Stéphanie, pues hay matrimonios atados en el infierno y no en el cielo, pese a sus apariencias sacramentales en la tierra. Piense el Santo Padre, vicario de Cristo y obispo de Roma, que Rudolf, Erzherzog und Kronprinz, se suicidará con otra mujer, si la Santa Sede no escucha su súplica y rescinde su casamiento*.

—¿Qué sucederá de fijo en Mayerling? ¿Por qué me permites percibirlo, si soy incapaz de evitarlo?

—La historia es sórdida y terrible, si bien a la vez grotesca. La trama de algunas acciones es más disparatadamente abigarrada que las telas turcas o tártaras, que me atribuyes a propósito de aquel Gerión, con quien crees confundirme.

—No importa. Cuéntamela, en cualquier caso. De un modo irracional, me siento responsable de aquella desgracia por haberla previsto.

—La entera verdad no la conozco ni yo mismo. Consumado el drama, atarán algunos cabos retrospectivos. Camino de Mayerling, la amada de Rudolf se apeará ante una cuchillería, para adquirir una larga navaja barbera con cachas de concha. En el pabellón, cerrará la cena una gritona velada de canciones procaces, copas trizadas en la chimenea, manteles arrastrados por un cabo y vajilla estrellada, entre el tintineo y el trasbarrás de los cubiertos. Salvo la niña del archiduque, siempre abstemia, todo el hervidero, desde el príncipe imperial a sus criados y amigos, se retirará hecho una cuba y tropezándose con las erres. De madrugada…

—De madrugada, estallará una súbita tormenta —corté de improviso—. Un aguacero caerá en los bosques. No obstante, ha de alborear una limpia mañana de invierno. No quedará más huella de la lluvia que los charcos en los senderos.

—Un nublado descargará y escampará en seguida. ¿Quién vino a decírtelo? —Volvía a contemplarme al igual que si no me reconociera, aun siendo él tan parecido a mí en su disfraz.

—Nadie. Lo adiviné impensadamente. Prosigue.

—Johann Loschek y Joseph Bratfisch, el ayuda de cámara y el cochero, despertarán por un instante, creyendo oír el estampido de dos truenos seguidos. Acaso, pensará Loschek, sean aquéllos los disparos de un furtivo. En el entresueño, ha de disuadirse en seguida, diciéndose que no se va de caza entre el aguaviento de una noche de enero. Por la mañana, cuando nadie conteste a las llamadas del servicio,

descerrajarán la puerta del archiduque. Aunque muy hechos a retorcidos vicios y a los peores escándalos, el cuadro del aposento sobrecogerá a todos aquellos hombres…

—Muertos y desnudos, como nacieron y dice la Iglesia que resucitaremos en el Juicio, se tropezarán con Rudolf y la muchacha —muy agitado, puesto yo en pie en mitad de esta otra alcoba, volvía a atajarlo—. Yacerá ella de bruces en la colcha, empuñando con una mano, ya engarabatada y aterida, la navaja que compró en Viena. Postrado en el suelo, se ovillará Rudolf sobre la alfombra. A tiros, la habrá descalabrado antes de partirse la propia frente. Como una gusanera, le asoman los sesos por la herida. A la amada, le vació un ojo de un balazo y el otro permanece todavía muy abierto, en un gesto de terror. Secóse la sangre, que ya pardea en el filo de la cuchilla. Pero por el canto de la cama resbalan los rojos testículos y el sexo de Rudolf. De improviso y por sorpresa, se los cortaría antes de que la inmolara y se suicidase de un par de pistoletazos. Los mismos que oí en la Casa de Campo.

Sorprendido y acaso asustado, retrocedía el intruso entre los cortinajes de la ventana. Di en pensar que acaso fuera a envolverse en colgaduras y recamados transparentes, desapareciendo con la presteza que había brotado.

—¡En verdad, así sucederá! ¿Cómo llegaste a penetrarlo?

—No lo penetré, lo vi. En el fondo de la conciencia, llevo una ciudad desierta y en cuesta. Allí, en el tablado de un teatro vacío, entreabrieron las puertas de Mayerling. De esta forma, lo presencié todo y casi cegué de horror al contemplarlo. Pero, inclusive en mi espanto, disto de asombrarme. Ya te dije, hace seis años, haber heredado la aptitud de distinguir el porvenir a retazos.

—Tu padre te auguró los atentados de dos locos. Ya los sobreviviste. Si el archiduque nació para quitarse de enmedio y saltarse la tapa de los sesos, no morirás tú de un tiro ajeno.

Recobrábase de su asombro y su aparente temor. Concluido el presagio de cuanto estaba de Dios que ocurriera en Mayerling, adueñábase de su temple y porte. Si fuese posible, acentuaba su azarante semejanza conmigo. De improviso y como por acaso, volvimos a acomodarnos uno frente al otro; él, a horcajadas en la silla y abrazado al respaldo.

—Quise asistir al entierro de Adelardo López de Ayala, cuando se lo llevó un síncope —seguí a propósito del último intento de regicidio—. Falleció de un insulto cardiaco, como diría mi difunto abuelo y aún dice mi madre. Pero cuestiones de protocolo me hicieron representar por Alcañices. Aquella tarde, la del treinta de diciembre del setenta y nueve, regresaba del Retiro con la reina y conducía un nuevo faetón. Junto a la puerta del Príncipe vi a aquel extraño entre un puñado de ociosos y forasteros que nos aplaudían. Aunque fuera muy distinto de Oliva Moncosí, adiviné en seguida que juntos representaríamos la fatídica escena, dispuesta por la suerte y prevista por el capitán Puigmoltó.

Rubio y de mirada azul, quien moriría por intentar matarme fue de mi talla y tiraba a quebradizo. Recuerdo sus manos, tan blancas y chicas como las de mi mujer.

Andaría por la cuarentena y era un tahonero de Santiago de Nantín, en la provincia de Lugo. Cesante en Madrid, aunque antes trabajó de pastelero, holgaba y vivía del sable y la compasión de los amigos. Llamábase Francisco Otero González.

En el faetón iba con nosotros un caballerizo y dos lacayos. Empuñó la pistola del panadero y un instinto, más fuerte que la entereza, me cerró los ojos y agachó la frente. Sonaron dos pistoletazos —siempre dos pistoletazos—, mientras mi mujer se me abrazaba temblando. Silbaron las balas entre mi cabeza y la mejilla de uno de mis sirvientes. En seguida aceleré hacia el portón de palacio. De uno de los asientos laterales saltó el cochero, persiguiendo al gallego, que ya tomaba las viñas. Lo prendieron a los cien pasos, entre un guardia y un centinela. *No me peguen, que no me resisto* —jadeaba. Y añadió extrañamente—: *Confesaré, aunque no haya nada que contar y, al cabo, se arreglará todo*.

Y, al cabo, se arreglará todo, dijo en abril del año siguiente, cuando iban a agarrotarlo en la pradera de los Guardias —me atajaba el doble, sonriendo—. Era su expresión preferida, puesto que la repitió de continuo. Y no serían aquellas palabras vanas para él, si las escogió como las últimas en la tierra.

—Tampoco fue cierto que no tuviera nada que contar. Seguí el juicio donde lo condenaron a la última pena. Como en el caso de Oliva, hice lo imposible por lograrle el indulto. No cedió Cánovas del Castillo. Al igual que yo, tendría la certeza de que reiterábamos papeles muy ensayados y repetidos; tal por cual dos cómicos yendo de bolos. Acaso el gallego sintiese lo mismo, cuando iban a agarrotarlo. Que le tocaba representar el final de aquel paso y luego enfrentarse con un público puesto en pie, que le aplaudiría en la platea del purgatorio.

Deshilvané recuerdos del proceso y la vista de Otero González. Preso, denunció a dos compañeros, que en seguida probaron la inocencia. Admitió entonces haberlos vendido en un rapto de pánico mendaz. A sus jueces, les dijo abiertas las zanjas del atentado en una taberna de la calle del Lobo. Quejábase allí de su aciaga suerte, sin trabajo ni tener donde caerse muerto. Alguien a quien nunca había visto ni volvería encontrar —un obrero apoyado de perfil en el mostrador de madera, enjabonada y estropajeada—, le preguntó en tono indiferente: *Si todo lo perdiste y no quieres vivir, ¿por qué no asesinas al rey?*

—El catorce de abril de aquel año, Julio Benalúa presenció la ejecución del tahonero. Luego vino a resumirla, deleitándose con mi horror y mi ira. Cincuenta mil almas, como quien dice media Villa y Corte, se apiñaban silenciosas en la pradera. Todo el santo día permaneció el cadáver en el cadalso, expuesto a la curiosidad de los niños y los cuervos.

—Si fuese Gerión, ¿pude haber sido el hombre sin nombre, acodado al tablero de la bodega? —me preguntaba el intruso—. Hablo del desconocido, que apareció y desapareció como un dominguillo, para pedirle a Otero que cumpliese su parte en la historia tiroteándote. Su relato acerca del extraño en la cantina lo repitió en la cárcel y apareció en *La Época*. Condenado a garrote vil, no mentiría entonces, aunque otras

veces lo hizo a boca llena y por la barba.

No alcancé a replicarle, pues seguía su acoso con capciosas cuestiones. De ser Gerión, en sus mudas y mudanzas, ¿fue acaso él, en otro de sus disfraces, el campesino de Nonduermas: aquel a quien arrebataron las aguas la familia, la casa, los enseres y las bestias? Me aturdió, detallándome la estampa del desdichado y nuestro quedo llanto, a la luz del fanal del gobernador.

—No era más alto que tú el labriego. Digamos que nosotros. Y tenía los ojos tan claros como tu torpe regicida. No vayan a escapársete las coincidencias. Si ignoras el nombre de aquel con quien te abrazabas después de la riada, tampoco sabía Francisco Otero el del peón o destajista, que le aconsejó asesinarte. ¿Por qué no llamarlos a los dos Gerión, *Gerïon, movite ormai,* que todo camino es cuesta abajo hacia el abismo?

—¡Acaso nos lleves al fondo de los infiernos; pero te obstinas inútilmente en confundirme! —sin advertirlo, volvía a hablarle casi a gritos—. Serías o no serías quien puso la idea del atentado en el ánimo de Otero. Pero ciertamente no fuiste el infortunado, en cuyos brazos lloraba en Nonduermas. En él estreché contra el pecho a nuestro entero pueblo, siempre vendido, desposeído y malaventurado. De abrazarte a ti, daría con el viento entre las manos. ¡Podrás arrebatarnos a este país! Pero no conseguirás que te tome por aquel hombre. Aunque solo y despojado, él ha de sobrevivirnos a los dos. A mí, cuando muera en El Pardo y también a ti, aunque eterno te supongas.

—Soy tan real como tú y puedo adoptar cualquier apariencia, menos la del viento. Por el contrario, tus anhelos y ambiciones se vuelven cenizas, que escoba el cierzo del tiempo. Piensa, por ejemplo, en la esclavitud y en tu obstinación por abolirla en Cuba.

El 12 de marzo de 1873, al mes de proclamada la República, la Cámara abrogaba y prohibía por unanimidad la esclavitud en Puerto Rico. No osaron entonces rescindirla en Cuba. Desde 1868 ardía allí la guerra de los diez años y la opinión pública oponíase a todas las concesiones, en tanto siguiera la contienda. Por añadidura, la actitud conservadora en apoyo de los negreros había determinado en buena medida la caída de Amadeo I, *colui che fece per viltà il gran rifiuto,* como siempre lo apodaba Alcañices.

Notable fue la obra de la República, vedando la trata y el plagio en Puerto Rico, puesto que los intereses esclavistas eran demasiado fuertes en Cuba. En defensa de los terratenientes azucareros, se gestó y compuso un amplio partido. Mi abuela María Cristina, la reina gobernadora, era dueña de dos haciendas cubanas, «San Martín» y «Santa Susana», con ochocientos siervos bozales cada una, luego constituidas en una poderosa compañía, La Gran Azucarera. Todavía mayor era la fortuna de los Zulueta: la casa fundada por Julián Zulueta —*el príncipe de los negreros,* le decían—, dueño de tres inmensas fincas, «La Habana», «Vizcaya» y «Álava». Valga la última, a título de botón de muestra de la próspera infamia, con su cosecha de cien mil toneladas de azúcar y sus seiscientos negros.

Hasta el término de la guerra civil americana, la derrota del Sur y la abolición de la esclavitud en Estados Unidos, los Zulueta, los Calvo y los de la Torriente —señores de la gleba y el cañaveral— no confiaban tanto en el colonialismo español, o en la independencia cubana, sino en una hipotética alianza con los estados negreros de Norteamérica. Vencidos éstos, encastilláronse en los ingenios y persiguieron ancho respaldo en Madrid. Su máximo valedor era y todavía es Juan Manuel de Manzanedo, marqués de Manzanedo por título de mi madre y por añadidura duque de Santoña. El marqués, poderosísimo banquero de cráneo afeitado y vivos ojillos rasgados en un rostro, que los años enmarillecieron como una ciruela, vertió el oro a manos llenas en apoyo de los terratenientes. Acaso para equilibrar la conciencia —le dicen pío espíritu de comunión diaria—, fundó varios hospitales para niños y desvelóse para que tuvieran asistencia médica gratuita los huérfanos de sus asilos.

—A escondidas y de incógnito, me llevó Cánovas a Sandhurst aquel supuesto manifiesto mío, en vísperas del golpe de Sagunto que ninguno de los dos aguardaba. De improviso, me preguntó qué querría rescindir definitivamente, cuando yo fuera rey, en un día a todas luces ya cercano. Repuse en el acto: *La esclavitud y la pena de muerte. Recuerdo haber añadido: No deseo erradicar al negrero y al verdugo por probo ni por liberal sino por ser yo un ser humano nacido en el siglo diecinueve*.

—Asombrarías a Cánovas con tu actitud —comentó el visitante a mi semejanza, sacudiendo la cabeza regocijado—. Quisieron los reformistas la liberación de todos los siervos antillanos, por obra de Amadeo I o de la República. Pero, por los tiempos de Sagunto, los negreros contaban con los más difundidos periódicos alfonsinos, *El Eco de España* y *El Diario Español*. Siempre al servicio de la causa azucarera, reiteraban que sólo la revolución de setiembre y el destierro de tu madre hicieron posible la guerra de Cuba.

Como historiador, condenaba Cánovas la esclavitud. Como estadista, no quiso prescindir de los intereses creados, que la sostenían en España. Sus bastiones eran los círculos hispanoamericanos, presididos en Madrid por Manzanedo y el general José Laureano Sanz. Los círculos declarábanse centinelas y salvaguardas de la marina, agricultura e industria españolas en el Caribe y en las Filipinas. Disponíase a impedir que Cuba, donde trescientos mil esclavos sumaban la cuarta parte de la población, degenerara en una anarquía como la de Haití. En Cataluña, muy popular y extendida la logrería proteccionista, velaban banqueros y fabricantes por las altas tarifas. Desde Barcelona, el Instituto Industrial identificábase con el Círculo Hispano-Americano de Madrid y despachaba adhesiones esclavistas desde todos los centros de producción.

De los círculos y del Casino Español de La Habana, habituados a hacer y deshacer capitanes generales en la isla con los voluntarios de Cuba por mesnada de matones, nació la Liga Nacional. En su junta directiva madrileña figuraban el inevitable Manzanedo, López de Ayala, Romero Robledo y el mismo Cánovas.

A todos les sabrían a rejalgar las propuestas de Martínez Campos, a raíz de la paz de Zanjón, de rebajar las barreras aduaneras, traer azúcar, café y tabaco cubanos, en

vez de importarlos de Estados Unidos y del Brasil y, sobre todo, abolir la esclavitud. Al cese de Cánovas como primer ministro, seguido entonces en el poder por Martínez Campos, la Liga Nacional, presidida en Cataluña por el naviero Antonio López, le ofreció en Barcelona una fervorosa manifestación de solidaridad y desagravio.

—Regresó Martínez Campos a Madrid el 27 de febrero de 1879. Oficiosamente, lo llamaba Cánovas para ofrecerle la cartera de la Guerra. En realidad, pretendía desembarazarse del Gobierno y confiárselo por algún tiempo, como el año setenta y cinco lo hizo con Jovellar. La cuestión cubana sólo vino a agravar el deterioro de la Restauración, como ya llamaban a mi reinado entre el desprecio y el desapego. Nos consumían las corruptelas, el caciquismo, una deuda pública que excedía con mucho la capacidad tributaria, el creciente desempleo y aun mi desprestigio, pues, ciñéndome a la Constitución, me creían el títere de Cánovas. El agosto anterior hubo en Navalmoral de la Mata una intentona de golpe republicano, fallido y cerrado con arrestos y huidas a Portugal. Escogí a Martínez Campos como jefe de Gobierno y juró la presidencia el 8 de mayo de aquel año. Replicando a Cristino Martos, declaró en la Cámara que libertaría incondicionalmente a todos los esclavos aquel mismo día si estuviera en su poder.

—A los siete meses, dimitía. Cayó Martínez Campos, arrastrado por la oposición al nuevo presupuesto cubano, que propuso al Congreso —dijo aquel en quien veía mi cumplido reflejo—. Desde el principio, Cánovas le había maleado todo logro, llevándole al Gabinete a adictos suyos como el marqués de Orovio y el conde de Toreno, los dos opuestos a la abolición, mientras Romero Robledo entonaba grandes loas a la esclavitud desde su escaño. Al final, hasta Francisco Silvela, su devoto ministro del Interior y uno de los pocos políticos inmunes a las corruptelas, le pidió a Martínez Campos que renunciase porque el presupuesto cubano jamás sería aceptado por el Congreso.

—Volvió a gobernar Cánovas, como era de rigor. Él pasó el decreto disolviendo la esclavitud.

—No pasó nada, pues no era aquello sino una farsa, una añagaza con liga para pájaros bobos. En los ingenios, los siervos permanecían bajo el patronato de sus dueños, por un plazo que llegaba a los ocho años. Si el amo obligábase a vestirlos y alimentarlos, retribuyendo con uno o dos pesos el trabajo de los mayores de dieciocho años, también les imponía a su capricho penas de encierro, corma y grilletes. ¿Qué libertad cabe cuando gimes entre los dientes del cepo como una zorra? Aun después de redimidos, deben acreditar los esclavos su contrato de trabajo, o un oficio conocido, por otros cuatro años.

—Desperdiciamos la oportunidad, que la paz nos ofrecía, de dejar Cuba con decoro y a tiempo —asentí, presa de la fatiga de quien da voces al vacío—. Cedimos a la opinión pública, los intereses de los negreros y la privanza de los industriales catalanes. No ensayamos las reformas de Martínez Campos ni nos fuimos de Cuba. Me temo que ahora nos la arrebaten en otra guerra.

—Vendrá la guerra, aunque Cánovas no llegue a verla. Ya habrá muerto cuando perdáis la Cuba que titula el florón más preciado de la Corona y otros donaires parecidos. Pero yo te brindo la libertad como salvación. Aún puedes ganarlo todo, si también te atreves a abandonarlo. Deja esta triste y siniestra burlería, en que el protocolo, la Constitución y la impostura convirtieron tu vida. Vuélveles la espalda al reino, a la reina, a las infantas y a *questa gabbia di pazzi,* como Amadeo decía a esta tierra. Renuncia y vete a París con Elena y tus hijos, aquellos a quienes llama tu madre sus nietos a los ojos de Dios.

—¿Y qué haría yo en París? ¿Me darías tiempo de arrepentirme de mi abdicación? ¿O en seguida esputaría sangre, como voy a escupirla en la antesala de la muerte?

—Regresa al destierro, que es tu auténtica patria y concluye el libro de tu vida: el que escribes a fragmentos, cruzados por intervalos. Rinde cuenta del fracaso de tu reinado, en vez de aguardar a vivirlo.

—Me aseguras que no verá Cánovas la pérdida de Cuba. ¿Acaso lo matará antes un italiano?

—Lo asesinará alguien llamado Michele Angiolillo, como lo soñaste. Pero estaría de más que trataras de prevenirle. Con él, como con Rudolf de Austria, echarías lanzas al mar y azotarías los vientos. No podría creerte.

—¿También yo habré desaparecido entonces? Si no hay deuda que no se pague, ¿cuándo se cumple mi plazo?

Mirábame calladamente, como si fuese mi reflejo en una luna. Después desvió el encaro, encogiéndose de hombros. Lo supuse tan fatigado como yo, bordeando el desvío y el desapego. Se le apagaba la voz y volvía a desvanecerse.

—Tal vez cinco o, por ventura, seis años. Digamos siete. Tú no naciste para reinar. Ni siquiera eres hijo de don Francisco de Asís. Vete con Elena y tus dos bastardos.

—De irme, te entregaría el país que aguardas para devastarlo, desde la era del mito. Si prescribieron que le eches la zarpa, hazlo después de mi reinado y álzate con el santo y la peana. Al cabo, debo permanecer aquí y ser fiel a mí mismo, aunque tantas veces me traicioné quemando la poca vida que me legaron. De este modo, voy a morir al menos mi propia muerte, no la que quisieron darme Oliva y Otero González.

Callaba y parecía convertirse en su propia imagen de cera blanda, que luego fundiríase a paso de buey. Seis años atrás, se traslució antes de desaparecer. Pero esta vez borrábase a trechos y a huecos. Idos el cuerpo y los brazos, se sostuvo en el aire su cabeza por un momento. ¿Debo acaso decir *la mía*, siendo tan semejantes los dos? Quién sería quién, preguntaríase cualquier cristiano de vemos entonces en la alcoba de don Francisco de Asís.

Recordé a aquel mago trapisondista del Grand Cirque Colvi, que salía a escena con el cráneo cortado debajo del brazo, en la Foire aux Pines d’Épices. No paró mi

madre hasta que el histrión comparecióse en el palacio de Castilla. Era aún mejor payaso que prestímano. *Madame, votre tragédie frappe l'imagination! Je ne jure que par vous!* (¡Señora, vuestra tragedia desborda lo imaginable! ¡Yo no juro que por vos y daría a gusto mi verdadera cabeza, para devolveros la Corona que os arrebataron!)

Partido mi doble, me acodé instintivamente en la ventana entreabierta. Aunque mediado el otoño, diríase de verano la madrugada. Pero, de pronto, me sentí ajeno al vasto silencio de la noche, a las tinieblas sobre las constelaciones y a las empalidecidas estrellas. Tan indiferente se me antojaba aquel vacío como la visita del aparecido y el testimonio de mi muerte, de allí a cinco o seis años.

En seguida, frente a la lobreguez, me pregunté con qué derecho me resistía a la tentación de la libertad. ¿Cómo pude abandonar a mis hijos por mis hijas, mi redención por mi reinado? ¿Era la mía la mayor y la más imperdonable de las culpas: venderme a mí, a mis bordes y a Elena, por el precio del trono, de las infantas, de la reina y acaso de la paz de mi tierra?

¿Fueron aquellos remordimientos los que me llevaron a creerme un extraño en mitad del firmamento?

De improviso, conjuré las lecciones de catecismo de mi niñez, antes del destierro. Explicándome los ejercicios espirituales de san Ignacio, decía el padre Cayetano Fernández que Loyola mandaba llevarse la mano al corazón, sede del alma, a la primera advertencia de haber pecado. Por faltar contra mi conciencia, desechado el consejo del intruso, me di en los pechos con el puño, a través de la bata abierta a medias. En seguida retiré la mano, herido por un agudo picotazo. Una gota de sangre resbalaba hacia el centro de la palma.

Levantóse el día por el horizonte agrisado, como se deshilaría una telaraña. Absorto, contemplábame la diestra abierta. Me había pinchado con la aguja de corbata, en forma de culebra, que me dio Mercedes antes de encamarse a morir. Era la misma alhaja, que tanto sobresaltó y asustaba a Pepe Alcañices. *¡Lagarto, lagarto! ¡Toca madera y líbrenos el cielo de la bicha!* Pero en aquel instante incierto entre el alba y la noche, mientras se deslizaba mi sangre por la palma rayada, no pensé en Alcañices sino en el hombre con quien había soñado en Viena y en Riofrío. Lo evoqué envuelto en su sobretodo demasiado largo, subiendo por la calle del Arenal a través de mis pesadillas, en la amanecida de otro otoño como el de este noviembre de 1882. De hallarse junto a mí, abocados ambos a la ventana como creía contemplarlo en el fondo de la memoria y bajo los ojos cerrados, reiríase de buena gana, sin que yo atinara a pensar de cuál de los dos se burlaba, también tan semejantes éramos él y yo. Luego me repetiría: *Acuérdate de cuanto te dije en Riofrío y antes leíste en la cola de la cometa. Sólo sueños y demonios se empeñan en hacemos creer que no existen. Sucumbas o no a la tentación de la libertad, pon el alma a recaudo, porque tus años, si no tus días, están contados*.

RELACIÓN DE ELENA SANZ

Ya transcurrieron doce años y más, desde la muerte del rey. Hoy resolví ordenar aquellas cartas, que guardo en una caja de zapatos de La Belle Jardinière, sujetas con un bramante violeta. No sólo dispondré los escritos de su puño y letra, sino también las copias de los que obran en poder de mi letrado, don Nicolás Salmerón. Llegó el día de aviarlos y ajustarlos, porque al fin los leo sin que me arranquen las lágrimas ni el rencor me queme el alma.

Su última esquela procedía de El Pardo. Como toda la correspondencia anterior, la alijaron en la valija diplomática y vino a través del palacio de Castilla. La acompañaba un apunte de Morphy, aconsejándome sosiego y valor. Ni el rey ni Morphy fecharon sus billetes. Pero, naturalmente, eran posteriores al treinta o al treinta y uno de octubre de un año terrible, 1885, cuando él se retiró a El Pardo, donde iba a morir como siempre lo había presentido.

No obstante, dijo que esperaba desempeorarse y también curar muy pronto. Me escribía para tranquilizarme y desmentir por anticipado falsos rumores. *Mucho habla la gente y siempre le resulta más placentero desearle el mal que el bien el prójimo*. De hecho, añadía, empezó a recobrarse y aletear en el campo. *Si no vendo salud, al menos me repongo*. No creí ni una sola palabra de todo aquello. Tuve la certeza de que muy pronto, en breves días, habría fallecido. No lloré entonces, porque el desconsuelo por su muerte y el resentimiento por el escarnio, que fueron nuestras vidas, no me abrumaron hasta que partióse de este mundo.

Tampoco él prestaría fe a su mejora. Quizá y sin quizá, sabía sus horas contadas. Terminaba ambiguamente: *En cualquier caso, todo será para bien. Recuerda lo que te escribí una vez acerca de Bécquer y Casta, su mujer*. Pero antes de proseguir con Bécquer, o de regresar a aquel poeta como volveré algún día, siempre a propósito del rey y sus cartas, precisaré a grandes rasgos lo que refiere o relata su correo. O, puesta a abreviarlo, de que no tratan jamás los papeles de aquel hombre, del padre de mis hijos.

Por ejemplo, nunca me habla de su familia. Ni de su mujer, la reina María Cristina, ni del nacimiento de las infantas. Al hijo que hubo de aquel matrimonio —Alfonso como él— no llegaría a verlo vivo. Por supuesto, habida cuenta de mis celos y de las airadas querellas que sostuvimos por su vida de crápula, tampoco menciona a Adelina Borghi ni a ninguna de aquellas coimas y cortesanas, de alto o bajo estrado, con quien compartía las noches, casi hasta la vigilia del día en que se lo llevaron, por última vez, a El Pardo.

Aunque de pasada o al margen, comentaba su mala salud. Quería quitarles hierro a sus catarros y resfríos, casi bromeando a propósito de percances y recaídas. Así me escribió el 10 de noviembre de 1883: Tardé en contestarte, porque otro

trancazo volvió a encamarme una semana entera. Pasaba el tiempo pensando en ti y en aquel final de verano de 1878, cuando la fiebre me extravió el juicio en tu casa de la cuesta de Santo Domingo y empecé a desbarrar. Me cubrí de gloria y más vale olvidarse de mis despropósitos. A las vueltas del tiempo, quisiera que tú, Julio y hasta Prudencio me hubieseis perdonado la escena de que fuisteis testigos. *Concluía asegurando sentirse entonces la mar de bien y completamente repuesto.* Al fin libre de la maldita fiebre, que tanto me abruma si no me derrumba.

Al mes, el 15 de diciembre, decíase recobrado de otros males, sufridos a fines de noviembre y a poco del resfriado. El doctor Tomás Santero y Moreno, catedrático de la asignatura especial de enfermedades del pecho, en la Facultad de Medicina de la Universidad, le diagnosticó una pleuresía reumática del lado derecho, con catarro bronquial de mediana intensidad, y una artritis de la misma naturaleza, también en la pierna derecha. Todo desapareciόse en pocos días, sin otra consecuencia que el cansancio propio de tantos achaques y destemples, de los cuales le dieron de alta en un par de semanas.

El 12 de abril del año siguiente, sábado de Gloria, me escribía Guillermo Morphy que *el augusto señor* guardaba cama, aunque su estado no ofrecía mayores cuidados. Lo indispuso el relente de la Casa de Campo, cuando presenciaba unas maniobras militares. Al principio, optó por callarse la calentura y los sudores, que lo asaltaban de madrugada. Pero el Viernes Santo lo acostaron los escalofríos y los altos accesos de fiebre. Al filo de otras dos semanas, vinieron nuevas del propio Alfonso.

Al fin parece que me rehíce. Aunque ande caduco, como si acarrease un siglo a espaldas, voy a abrir las Cortes. Espero que no me mate el discurso, que es largo, enrevesado y pedante, al estilo de todos los de Cánovas. No es para contarte lo ocurrido últimamente. Después de Pascua, parecía libre de causones. Pero reaparecieron y también tuve un pequeño vómito de sangre. No te alarmes, porque Santero no le atribuye más importancia que la de una simple hemorragia bronquial. La cortaron en seguida con sales químicas y otros auxilios ordinarios, como dicen los médicos en su sabia jerga. Me administran tartrato ferricopotásico y sulfato quínico. De todo ello, añadía, obtuvo el conocimiento de un término técnico: *epistaxis*. Era un leve flujo por la nariz, que lo incordió a ratos por unos días, hasta que se las ingeniaron por cohibirlo.

Menguaba julio y no recobró el ánimo, aunque dejase de toser y emblanquecerse, como un espíritu enjalbegado; valga su propia expresión. Los médicos le mandaron al balneario de Betelu. Allí, cabe la carretera de Pamplona a San Sebastián, supusieron que las aguas sulfurosas y cloruradas, ricas en sodio, le ayudarían a reforzarse. Desde las termas, me escribió en seguida. *Tenemos dos fuentes, que serán milagrosas a juzgar por sus nombres legendarios. A una la llaman Iturri-Santu o Fuente Santa y a la otra Dama-Iturri. Por mi cuenta, la volví a bautizar manantial de Elena Sanz. De aquí me vuelvo inmortal de alma, si no de cuerpo, y acaso cure la desabrida melancolía, que me pisotea de un tiempo a esta parte.*

Callóse la hilada de festejos, que el director médico de Betelu y las autoridades navarras daban de continuo durante su estancia. En vez del reposo prescrito, pechó con una ristra de bailes y giras. No sólo trepó a la cumbre de San Miguel, en una larga y fatigosa escalada, que me indignó al leerla en la prensa de París, sino, a recato de los periodistas pero no de los rumores, mantuvo en aquellas caldas un breve amorío con una tuberculosa. A tales extremos alcanzaba la insensatez de su lascivia.

No obstante, a mediados de agosto, pudo partir de Betelu y bordear, con la reina, la costa y las plazas de Galicia y Asturias, en unos ejercicios de la Escuadra. Al año siguiente me escribió que aquellas maniobras no le sentaron demasiado bien. De nuevo las interrumpieron galas y fiestas, de las que regresaba tarde a bordo para amanecer en cubierta al rayar el alba. El Cantábrico, confesaba, se hiela y agrisa en un santiamén a primeros de setiembre. A escondidas del país, tomó a acatarrarse y a encaramarse destemplado. Aquel octubre, levantó cabeza en La Granja y en El Pardo. No volvería a hablarme de su salud hasta el otro otoño, el último de su vida, cuando encerróse en El Pardo con el alma en los dientes.

Sobre todos sus males, siempre tratados con desenfadada ironía, prevalece en las cartas la preocupación por la política y sus tenebrosos altibajos. Le sobresaltó profundamente el asesinato de Alejandro II, *el zar libertador* El 13 de marzo de 1881, clausurada o al ocaso una revolución como la suya, fallida por hecha a medias al parecer del rey, lo acabaron las bombas de los nihilistas al paso de su carroza, cuando venía de firmar presurosas reformas. Hicieron carne de Prim y de Alejandro II en parecidas emboscadas, añadía una posdata. Talmente como si el destino se plagiase con leves variantes, entre San Petersburgo y Madrid. Por su parte, tenía él la certeza de no ser víctima de otro atentado, después de los fracasados regicidios de Oliva y Otero González. Cómo alcanzó tan incuestionable certidumbre, nunca lo supe ni se dignó a contármelo.

Si bien sorprendido y azarado por la tragedia de San Petersburgo, aquel hombre incoherente e incomprensible —¡el padre de mis hijos, Señor!— recapitulaba con perversa complacencia los varios intentos de magnicidio, que sufrió el zar hasta que lo despedazaron las gentes de *Narodnaia volia*, la voluntad del pueblo. Ya en 1866 trataron de matarlo y en 1879 estuvieron a un tris de volarlo, en el tren imperial. Al año siguiente, un par de explosiones derribó un ala entera del palacio de Invierno. Cuando finalmente lo acabaron, había sobrevivido un primer atentado; pero cayó en seguida, hecho trizas por la última bomba.

Alejandro II empezó su reinado en 1855, dos años antes de que naciera Alfonso en el palacio de Oriente. A la vuelta de otros seis, firmaba el edicto que abolió la servidumbre. Mejor sería anularla desde arriba que verla derogarse desde abajo, dijo como si se esforzara redimirse y justificarse a sí mismo. Aunque parezca imposible, nueve décimas partes de la tierra rusa pertenecían al Estado y a los nobles, como

cuarenta y siete millones de almas eran siervos sujetos a la gleba o al hogar de sus señores.

La abolición de la servidumbre fue un engaño mayor que el nuestro, cuando rescindimos la esclavitud en Cuba —*proseguía el rey*—. De forma teórica, todos los siervos lograban su libertad y los de la gleba recibían tierra propia para cultivarla. Asumió el Gobierno las indemnizaciones debidas a la nobleza. Pero los libertos obligábanse a compensar al Estado, desagraviándole, durante cuarenta y nueve años. En otras palabras, mudaron de dueño y siguieron sujetos a su deuda por casi medio siglo.

Desdoblaba la hoja la larga carta sin fecha, del 20 o del 25 de marzo de 1881. En los últimos años, dispersáronse por los campos de la madre Rusia centenares de agitadores, predicando la condena de la autocracia y el triunfo de la libertad. Me escribió el rey que los *muzhiks* les prestaban poco caso, en su ciega fe al cielo y al zar. Si les pedían hervir el agua antes de bebería, al rebrote del cólera en los pueblos, replicaban los campesinos: *Si Dios hubiese querido que bebiésemos agua hervida, bajarían bullendo los ríos*.

Frente al movimiento de Tierra y Libertad, cuyos extremistas de *Narodnaia volia* predicaban el magnicidio, recurrió el emperador a una dura represión policiaca. Orillando la justicia, más confiaba en los esbirros que en los tribunales. Irónicamente, si rebeldes e incendiarios soliviantaban en vano al campesinado, tampoco su caza y acecho encontraba apoyo en las ciudades. Allí la burguesía y las profesiones liberales creían insuficientes y engañosas las reformas zaristas. En aquellas circunstancias y aunque la Voluntad del pueblo hizo público un plazo de dos años, para ejecutar a Alejandro II, optó él —*comme d'habitude, tu sais, ma chérie*— por la revolución a medias. Quiso pergeñar un proyecto que diese a luz a un cuerpo deliberante y consejo consultivo del Gobierno libremente elegido. Acababa de autorizar su creación, cuando le sacaron los tuétanos.

Por encima del destino de Alejandro II, quien yacía en el seno de sus mayores con la eternidad por almohada, pensaba el rey en los tronos de Europa. No pudo por menos de preguntarse si no iba a anticiparse de hoy a mañana el incendio revolucionario, que auguraba para el próximo siglo el archiduque de Austria: una hoguera expiadora, donde arderían las Cortes y Coronas, desde el Polo al Pirineo y desde Siberia al mar Tenebroso, aunque a la postre vana sería la fogata expiadora, puesto que la revolución devoraríase a sí misma y prevalecerían la iniquidad y el dolor humano, bajo otras formas y especies. Acaso el asesinato de San Petersburgo apresurara de un solo tirón la gran catástrofe, como a veces se extiende y contagia el suicidio a través de los pueblos.

No obstante, me temo que esta Restauración nuestra termine de un modo distinto y más consonante con las viejas tradiciones nacionales. Me refiero, claro está, a una revuelta armada en toda regla o a una intentona triunfante. Aunque los tiempos sean mudadizos, ciertos imperativos de la simetría parecen exigirlo. Piensa, por ejemplo,

que la primera reina de la nación fue una Isabel. Y otra Isabel, mi madre, es la última soberana desposeída hasta la fecha. Si Sagunto trajo mi reinado, una similar justicia histórica exige que otro golpe me destrone.

En las cartas que siguieron a la muerte del zar, me contaba que Cánovas nunca le perdonó a Martínez Campos su pronunciamiento. Hombre de tan escasos escrúpulos como don Antonio, siempre se opuso a situaciones y oportunidades impuestas por las armas o las barricadas. *Sagunto* —le dijo Cánovas del Castillo al rey en varias ocasiones— *est la mauvaise consciente de la Monarchie; el remordimiento de vuestra Restauración. Si su majestad me perdona el galicismo*.

Aun en marzo de 1879, mientras pasaba Martínez Campos a presidir el Consejo, fue Cánovas a felicitarlo y reiterarle la disconformidad con su rebelión. *General, tarde o temprano el Derecho termina por imponerse siempre en la historia. No hay razón alguna para que ustedes, los militares, se atribuyan el privilegio de anticiparlo*. En su fuero íntimo, me confesaba el rey su desacuerdo con semejante principio, que Cánovas y Martínez Campos le citaron por separado. Acaso pensando en el duque de Sesto, cuando le dijo en la adolescencia que la historia carecía de sentido, preguntábase qué providencia amparaba al Derecho con prerrogativas, que no fuesen concedidas a la revolución o a la asonada militar.

Sin embargo, al transcurso de los años, se le hacía más y más arduo pensar en la Restauración como en un Estado de Derecho, *todo en mayúsculas, sabes*, y no, lisa y llanamente, como en un sistema sostenido con alfileres y suavizado por la venalidad y las corruptelas. Acaso por ello, cada tentativa republicana, a cual más disparatada, lo sorprendía poco menos que anheloso de su triunfo. *En el fondo, parte de mi ser, o del adolescente extravagante y lleno de contrastes que todavía era, identificábase con los rebeldes. No por su republicanismo, supongo, sino por mi instintiva afinidad con la épica uniformada, entre el piafar de los caballos, el flameo de las banderas y el toque de los clarines al alba*.

Llevóse el diablo la primera asonada: la del comandante Isidro Vallarino del Vilar, el 8 de agosto de 1878, en Navalmoral de la Mata, provincia de Cáceres. Al grito de *¡Abajo los consumos municipales y viva la República!* se echó al campo aquel quijote con treinta o cuarenta soldados. En menos que canta un gallo, lo cercaron y lo prendieron veinticuatro quintos. El resto de los rebeldes, con Vallarino a la cabeza, fugóse a Portugal. Creyó el rey que tamaña barrabasada no era sino el estrambote de una conjura más vasta y más seria, cuyos hilos manejaba y sostenía Manuel Ruiz Zorrilla desde Ginebra, proscrito de Francia por la tercera República. Fue la conspiración un batiburrillo de distintas gentes, desde espadones como Miguel Gándara y José Lagunero, hasta un antiguo presidente de la República: *tu abogado Nicolás Salmerón*.

También supuso al general Serrano y duque de la Torre, involucrado en la intriga. De ayer acá, vigilaba discretamente la Policía sus tratos con Cristino Martos. Hombre de Ruiz Zorrilla en Madrid, decía sostenerse Martos *a honesta distancia de la*

Restauración. Según me recordaba el rey, ya maquinaron y fueron del brazo al molino Serrano y don Cristino contra Figueras, durante la República. Quisieron juntar los batallones más monárquicos de la milicia en la plaza de toros, sin que de todo ello sacasen otro partido que el destierro. En los tratos que precedieron la extravagancia de Vallarino, Martos ejerció funciones de consejero y correveidile entre el duque y Ruiz Zorrilla.

A instancias suyas, acudió Ruiz Zorrilla a Biarritz desde Suiza y sostuvo largas conversaciones con Serrano. A Cánovas le delataron sus confidentes que Ruiz Zorrilla propuso al general Gándara como uno de los mandamases de la trama y Serrano ofreció a Lagunero. Aunque tres años antes decíale don Antonio al rey que el duque de la Torre sólo ambicionaba un buen fuego en la lar, para sus años invernales, retoñaría en el general con título de alteza el sueño dorado de presidir la segunda República. No obstante, siempre según versión de los fisgones, desencantóse de las propuestas de Ruiz Zorrilla, ante la falta de fondos de la conjura. Limitó su convenio a la promesa de cabalgar, blandiendo la espada, tan pronto estuviera todo listo para el golpe. Mientras, en atención a sus muchos años, volvíase mansamente a las posesiones de Andalucía y aguardaría allí los acontecimientos.

Con más ironía que ira o desengaño, recordaba los trapicheos de Serrano contra el trono a sus espaldas. Cuatro meses antes de la fantochada de Navalmoral de la Mata, lo visitó el duque de la Torre en Aranjuez. Dio en hablarle de trivialidades, sin que ninguno de los dos presintiera cuán pronto iba a entrometerse el general en conspiraciones contra la Monarquía. Aquella misma mañana, a ruegos de Serrano, lo llevó a admirar una pareja pintada en un balcón fingido, sobre el muro de la escalera de servicio de la Casita del Labrador.

Como aquí lo copió puntualmente, en aquel cuaderno de doña Isabel para recoger mis recuerdos y leerlos al igual que si fuesen ajenos, según me dice ella, escribía el rey en su carta sin fecha: *Al despedirnos, miré a los ojos a aquel anciano amable y falaz, que fue el primer amante de mi madre y pudo haber sido mi padre. General, vuelva cuando quiera para admirar a ese par de pichones. Aquí le aguardarán siempre encima del rellano*. De súbito, en un entramado de encontrados sentimientos, se sorprendió abrazando al duque de la Torre. Inclusive creía haberle dicho: *Don Francisco, usted y yo todavía haremos otra campaña juntos*. Lo cual, como lo advirtió en seguida, era una gratuita impropiedad o una tontería. Jamás combatieron a la par y por añadidura fue Serrano, en Alcolea, quien precipitó su suerte y la de su madre, cuando los echaron de España en el sesenta y ocho.

De improviso, advirtió que Serrano estaba llorando. En un repentino presentimiento, entretejido con su asombro por el llanto de alguien tan probado y bragado en la guerra, previó inesperadamente que el duque de la Torre moriría desvariando y chillándoles a Cánovas y a Sagasta, para que juntos los tres defendiesen la Corona en una batalla inexistente. En su delirio, también creía Serrano recordarle a Alfonso la pareja pintada en la escalera de la Casita del Labrador. *Por*

todo ello —me dijo en su carta—, *al hilo de cuatro meses, se me hizo casi increíble pensar que aquel hombre, de tanta bravura y medias tintas, se hallaba en tratos con otros para traicionarme. Pero supuse entonces que aún volvería a las andadas y me limité a desearle suerte a solas, encogiéndome de hombros*.

Fue a cumplirse el destino como lo anticipó en su corazonada, si bien no adivinase que Serrano sólo lo sobreviviría por unas horas. Al fallecimiento del rey, hallábase doña Isabel de visita en la Corte, aunque prolongaba las estadías en el palacio de Castilla, detrás de l'Étoile, y reducía los viajes a España. También aquel invierno de 1886, regresó a París a poco de la muerte de su hijo. Yo aguardé hasta finales de enero para darle mis condolencias; pero le puse un billete, que ella misma contestó, presta y cordialmente. Imaginé que un duelo tardío, demasiado largo, la abrumaría con sus pesares y obligaría a volver a vivir, una y otra vez, la tragedia de El Pardo.

A solas me recibió en el saloncillo donde me había acogido trece años antes, cuando me pidió que visitara al príncipe de Asturias en Viena y lo hiciese hombre. Si obró adrede o nos juntó el azar en la misma estancia, no se lo pregunté yo ni jamás pude saberlo. Del techo artesonado colgaba una araña no muy grande, con cinco tulipas. Quebraríase la sexta, sin que nadie atinara a cambiarla. Sobre el diván, donde doña Isabel me sentó a su lado, un *corot* pendía del muro. Arropada en un chaleco escarlata, una mujer muy parecida a mí leía un libro en aquel cuadro. Si bien regresé al palacio de Castilla en otras ocasiones, nunca volví a entrar en aquella pieza. A veces me siento tentada a creer que la tapiaron o acaso jamás haya existido.

Su majestad me abrazó estrechamente. Pero ninguna de las dos vertió una lágrima. Habíamos vencido y borrado el llanto, mucho antes de aquella tarde. Las varias muertes que vio en la familia curtirían a la señora. En mi desconsuelo, yo me deshice en un planto de perra apaleada, al saber su tránsito. Luego, recordando mi suerte vergonzosa y la humillación que fue mi vida desde nuestro encuentro en Riofrío, me recobré y propuse pensar en él como si hubiese fenecido en otro mundo y en distinta era. Jamás volví a llorarlo.

Preguntó la señora por mis chicos. Prometió verlos pronto, aunque llevaba tiempo sin ir a mi casa. Fue desentendiéndose de aquellos nietos, en tanto crecían. Se hallaba ella en El Pardo cuando sucumbió el rey; pero sólo de pasada refirióse a aquella noche aciaga. Contábame lo ya sabido por otras fuentes. El último parte de palacio, diciendo al enfermo en estado relativamente satisfactorio, llegó al público cuando ya había fallecido. En cambio, de forma poco menos que obsesiva, me detallaba la siniestra agonía del duque de la Torre.

—Murió al día siguiente que mi hijo. Yo lo vi por última vez hace dos años, cuando Posada Herrera y Moret, su ministro de Estado, tuvieron el arrojo de mandarlo de embajador aquí, a París, a sabiendas de cómo el felón había conspirado

contra la Corona. Querrían alejarlo de Madrid. Pero su horrendo francés y las maneras de su mujer, la harpía de la duquesa, los convirtieron en los hazmerreíres de las embajadas. Recién llegados, los rehuían como la peste. Vino una vez Serrano al palacio de Castilla, *a ofrecerle sus respetos a la reina madre*, según se hizo anunciar. Me sorprendió por lo achacoso y apergaminado. Tendría setenta años y aparentaba cien. ¿Tú a Serrano lo conociste?

—No, señora. Pero una vez me habló mucho de él su majestad el rey.

—Tampoco te perdiste nada —sacudió la cabeza y fue a embeberse en mudos recuerdos, sonriendo—. ¡La Virgen del Olvido y la Misericordia me valga! Parecen mentira las locuras que una llegó a cometer antes de que tú nacieras. Soy demasiado buena y me apiadé de aquella cacatúa uniformada. *¡Cielo santo, qué viejo estás!* —le dije—. *¡Ven acá, hombre, y siéntate a mi lado, para que pueda contemplarte!* Hablando, hablando, apoyé la mano en una de sus rodillas por un puro instante volandero. Parecía hecho de encendajas. De leña reseca y quebradiza se le volvió el esqueleto. En fin, a lo que íbamos. ¿Sabes tú cómo murió Serrano?

—Lo ignoro, señora —mentí, anticipando cuanto iba a contarme. En otras palabras, el cumplimiento de la impensada premonición del rey, mientras el duque de la Torre lo abrazaba en Aranjuez.

—Tuvo un final espantoso. Una enfermedad de la circulación le impedía tenderse, ahogándolo cuando se acostaba a descansar. Desde su finca de Escañuela, en Jaén, se lo llevó su mujer a Madrid. Allí le hacían el vacío, pues era una reliquia de otra época. En los pocos días que vivió en la Corte, paseaba por la alcoba como una hiena enjaulada. No tocaba el lecho, para no asfixiarse dormido. Si lo rendía la fatiga, desplomábase en un sillón y cabeceaba unos instantes, jadeando. Yo creo que murió condenado, aunque, gracias a Dios, le dieron todos los auxilios de la Iglesia. ¿Qué piensas tú?

—¡Quién sabe, señora!

—¡En verdad, quién sabe! Perdió la razón en sus últimas horas. Desvariando, iba a tumbos y a ciegas por el cuarto y se daba de bruces con los muros sin que pudieran sujetarlo. Chillando, llamaba a los políticos para que acudieran en socorro del trono desvalido. Luego se creía en Italia, por razones inalcanzables. En nombre de la Corona y de España, conducía ejércitos invisibles por los arrozales y libraba combates imaginarios con fuerzas fantasmas. Me pregunto de quién defendería Serrano al rey, si él mismo traicionó a media humanidad. Primero a mí y después a Prim. Como Dios está en los cielos, juraría que lo hizo matar en connivencia con el chino francés. Luego a la República y finalmente a la Restauración. Cuentan que la duquesa de la Torre estaba furiosa y desolada, porque la muerte de mi hijo arrinconó la de su marido dejándola poco menos que inadvertida.

Cuando salí del palacio de Castilla, se acardenalaban los cielos y amagaba una tormenta. En la calle, detuve un coche de punto. Se entenebrecía la tarde, al filo de una noche muy lóbrega. Apenas cerré la portezuela sobre el alero, fui a toparme con

el rey. Permanecía casi oculto y de perfil en el ventanillo, que agrisaban las primeras rociadas. Recuerdo llevaba zapatos de puntera cuadrada, botines de un *beige* desteñido y un ramillete de violetas en el ojal. Me impidió aturdirme o asustarme una súbita fatiga, que a duras penas sostenía la voluntad con dos agujas en el centro de mi ser.

—Creí que habías muerto en noviembre —por lo tranquilo y pausado, me asustó el tono de mi voz—. No esperaba encontrarte en París esta tarde.

—Morí. Pero esto no tiene importancia ni merece la pena recordarlo —sacudía la cabeza—. *Mourir, ça ne vaut pas la peine. Tu sais, ma chérie?*

—No, lo ignoraba. Pero tampoco sabrás que el general Serrano falleció disparatando y en la creencia de que batallaba por tu causa, como lo anticipaste en una de tus cartas. Pereció al día siguiente de tu muerte.

—Pues sí. Sí lo sabía.

—Esta tarde fui al palacio de Castilla, para darle el pésame a tu madre. Se preguntaba doña Isabel de quién querría defenderte Serrano, cuando él vendió o trató de traicionar a medio mundo, incluyéndote a ti.

—¿De quién sería? —sonrió—. De sí mismo, evidentemente. Contra sus mañas, ambiciones y alevosías echó los pechos e hizo lo imposible por ampararme. En el fondo, fue un desventurado.

Pensé que la mayor desdicha no era de Serrano, sino sólo mía. Con nadie podía compartirla, en éste o en otro mundo. De tejas arriba o de tejas abajo. Ciertamente, no con el rey ni con mis pobres hijos, sus bastardos. Me rendía el agobio y caí a pedazos en el asiento, entornando los ojos. El tapizado del respaldo olía a habano y a algalia. La mollizna convirtióse en aguacero y descargó el cielo sobre el *fiacre*. El caballo cruzaba los charcos al trote y sonaba el pavimento como si una jauría abrevara en el arroyo, chasqueando la lengua. A mi lado, murmuró algo que no alcancé a comprender.

Había escampado la noche de invierno, cuando nos detuvimos frente a mi casa. En el coche de punto, eclipsóse el rey como si yo lo soñara o él no hubiese muerto. Le dije a la doncella que me acostaba temprano y omitía la cena. *Madame, il y a des rognons de veau aux nouilles et gâteau aux noisettes!* Sintiéndome exhausta, tampoco quise ver a los niños. Desnuda de pies a cabeza, como en Riofrío, me deslicé entre las sábanas y adormecí en seguida.

Al borde de unas pesadillas ensolapadas, comparecióse la mujer de Corot: la del chaleco carmesí bajo la araña de tulipas incompletas. A su libro, entreabierto por la portada, le distinguía claramente el título. Lo disminuía o borraba el sueño, aunque no supe entonces si dormía o alucinaba. Si fue ilusión o desvarío mi encuentro con el monarca, en el *fiacre* de la Rue Dumont d’Urville. Recuerdo haberle preguntado a la nada: *¿Era en verdad mi amante y el padre de mis hijos quien vino a mí? ¿O fue aquel calco suyo, que él me decía compareció en Madrid, por amaño del infierno o prodigio de los cielos, pidiéndole que moderara sus desmanes?*

Buscándole en balde, vivo o muerto, volví a interrogar el vacío. Le pedía que precisara cuándo Gerión —quienquiera que fuese, pues sólo por sus locos relatos conocía el nombre— iba a llevarnos en volandas a la isla desierta, con la sima abocada al infierno y al centro del mundo. Siempre balbuciendo a solas, creo haberle dicho a la ausencia del rey que llegado era el tiempo del viaje. Él abdicó la Corona al morirse y yo había dejado para siempre el canto y la ópera.

Dormida, sentí que alguien reptaba bajo las sábanas y entre mis muslos abiertos, cortándome al igual que un cuchillo. A besos como picotazos, pretendía devorarme los ojos. Me penetró en silencio, de una sola embestida, como él solía clavarme en las ansias atropelladas del deseo. *Ni ahora ni en Riofrío* —pensaba—, *aunque nos amemos o finjamos amarnos en mi sueño, tan juntos y unidos como puedan sentirse un hombre y una mujer, no me enardece ni me arrebata*.

Siempre igual que en la otra alcoba, la del *San Francisco* de Ribera y las tres cómodas de palo de rosa, lo encendía y desalaba mi indiferencia. Hendiendo, quiso traspasarme alma y cuerpo. Fijarme para siempre en mi lecho, como una mariposa aliabierta y cruzada por un alfiler sobre un acerico. En Riofrío no pude yo arder porque estaba convencida de que él creía amar a Mercedes muerta, mientras me gozaba. Pero aquella noche en París, estremecida de pánico y no de delicia, comprendí que definitivamente yacía en los brazos aquel doble del rey que entonces, por primera vez, supe se le apareció de veras en palacio y no era falsa ilusión de su locura.

Doliéndose y rugiendo, vínose en mí, pero se borró después de poseerme. Siento haber despertado a medias, por un instante, tentándome las partes. Ardía como si un joven desbocado acabara de vaciarse en mis entrañas. Luego me recogí y traspuse de nuevo. Poco a poco resbalaba por un abismo de tinieblas. Sin desazón ni incertidumbre, se me antojaron aquellas sombras las de la muerte. En tanto perdía la conciencia o la vida, con fatigado desapego, escuchaba su voz: su verdadera voz, que no la de su doble. Desde una lejanía no muy remota, aunque invisible a mi ceguera, llamábame dulce y quedamente por mi nombre casi con tímida tristeza. *Elena, Elena mía*.

EL PARDO

22 de enero, 1884

—*Wie würden wir es auf Deutsch sagen, Herr Botschafter? Mein Königreich ist nur das Déjà-vu meines Königreichs in einem Spiegel.* (¿Cómo lo diríamos en alemán, señor embajador? Mi reinado no es sino un *déjà vu* de mi reinado en un espejo.) Bajo el despotismo de mi abuelo Femando VII, o en mi supuesta democracia, vivir es presenciar la petrificación del poder y la vuelta al pasado político.

En la tarde de invierno, paseaba con el embajador de Alemania, Klaus Eberhard Solms-Sonnenwalde por la Casa de Campo. Calladamente, buscaba la fuente donde me habló Rudolf del frío del agua y oí los disparos que estallarán en Mayerling. *Was zum Teufel ist Mayerling?* (¿Qué demonios es Mayerling?) No di con el paraje y callé un instante, tratando de volver a presentir los tiros fatídicos. Pero sólo un diáfano silencio extendíase de cabo a cabo del domingo. En la recogida quietud, me habló el embajador:

—*Ihre Majestät, Sie sind zu hart mit dem Land.* (Su majestad es demasiado severo con su país.) Tal vez debería pararse a escuchar los pasos de la historia. Mirándola de frente, la verá siempre tan inmóvil como *un tableau vivant* en una feria de pueblo.

—Mi querido Solms, Cánovas vuelve a regir la nación. En las Navidades del setenta y ocho, recién llegado usted a Madrid, llevaba cuatro años gobernando, salvo por el breve paréntesis del doce de setiembre al dos de diciembre del setenta y cinco, cuando le dejó la presidencia al general Jovellar para que dispusiera en las elecciones aquel sufragio universal, que él tanto detestaba. Después, entre marzo y diciembre del setenta y nueve, encabezó el Gobierno Martínez Campos. Fue a estrellarse con nuestros intereses en Cuba y regresó Cánovas, como estaba previsto y dispuesto.

—En el poder se mantuvo hasta el siete de febrero del ochenta y uno —puntualizó Solms. Reíase de buena gana, pues también se preciaba de excelente memoria—. Entonces, señor, le retirasteis la confianza, ejerciendo por primera vez aquella prerrogativa real. Muchos creyeron que estabais de acuerdo con Cánovas y sólo quería él justificar la crisis. Su majestad me aseguró haber obrado por su propia iniciativa.

Le repliqué que acaso todos dijésemos la verdad. Consumíase el Gobierno, como se enmohece el pan mojado en la alacena. Terminó en Cuba la guerra chiquita en junio del año anterior. Pero el desencanto por la política de ultramar, junto con el fracaso o el abandono de las reformas propuestas por Martínez Campos, agrupaba en torno suyo a una tropa de generales, rebeldes y soñadores. De aquella aguerrida nómina —el marqués de La Habana, el conde de Valmaseda, Dabán, Jovellar, Laureano Sanz, Riquelme y el sobrino de Serrano, José López Domínguez—, temía seriamente Cánovas un golpe de Estado.

Me contagió el desasosiego y recuerdo haberle dicho a Solms que trataría de alejar a Martínez Campos de las Cortes. No podíamos consentir que el Ejército interviniera en política, como en tiempos de mi madre, y se arrogara la salvación de España. Valiéndose de su propio legado, me aconsejó el Káiser el ten con ten con los militares, mientras parecidas presiones me llegaban desde Gran Bretaña. Pese a mi fervor por las armas y las grandes maniobras en campo abierto, opté por hacerles caso omiso.

También en las Cortes crecía la disconformidad con Cánovas. Al silbo y pastoreo del jurisconsulto Manuel Alonso Martínez, ministro que fue de mi madre y del Poder Ejecutivo, creábase un vasto frente de oposición fusionista, desde Martínez Campos a los constitucionalistas de Sagasta, con algunos moderados de extrema derecha, como los condes de Valmaseda y Chiclana. Designado por Cánovas en 1875 como jefe de la oposición al Gobierno de Su Majestad y cabeza visible del partido más liberal, dentro de la Monarquía, era Sagasta el adalid de la alianza. El 23 de mayo de 1880 nació el partido fusionista en el salón de Presupuestos del Congreso, con un directorio compuesto por Sagasta, Martínez Campos y el marqués de Vega de Armijo. Enfurecido porque no le daban cabida en el mando, fundó Serrano su Izquierda Dinástica el 24 de noviembre del ochenta y dos.

El 30 de diciembre de 1880, en la apertura de la nueva legislatura, leí el mensaje de la Corona, redactado por Cánovas como era habitual. El constitucionalista Fernando León y Castillo defendió una severa enmienda con acerados ataques al presidente del Consejo. *Morir tranquilamente le parece al señor Cánovas una vulgaridad insigne. Él aspira a desaparecer como Rómulo, en medio de una tempestad*. No pude por menos de pensar que a Cánovas lo asesinaría alguien llamado Angiolillo. Acaso después de mi muerte, puesto que sólo me restaban cinco o seis años de paso por el mundo. En seguida, me encogí de espaldas en el fondo del alma.

Cerró la enmienda León y Castillo, augurando que el despotismo nos llevaría a la revolución. Por remate, consumió su tumo Sagasta. Pronunció entonces el mejor parlamento de su vida. Cualesquiera que fuesen las vicisitudes apercibidas por el destino, acaso llamado a fracasar todo sacrificio ante la obstinación del Consejo, él, Práxedes Mateo Sagasta, caería siempre del lado de la libertad. Aprobaron el dictamen ministerial por 210 votos contra 65; pero malherido salió el Gobierno de aquel debate.

A los pocos días, en una recepción de palacio, felicité a Sagasta por su discurso. Mientras, el Senado acogía el mensaje de la Corona con la misma dureza que el Congreso. En tonos poco menos que apocalípticos, Jovellar y Martínez Campos le recordaron a Cánovas las caídas de mi madre y de Luis Felipe de Orleans. Tronaba el hombre de Sagunto y de la paz de Zanjón: *No hablo de peligros a la Corona en son de amenaza. Pero estoy en el deber de advertir al Gobierno y al país en estas gravísimas circunstancias*.

—El ocho de febrero llamé a consulta a Sagasta. Aquella misma tarde se constituía otro Consejo bajo su presidencia. Repartió las carteras entre Martínez Campos en Guerra, el marqués de Vega de Armijo en Estado, Venancio González en Gobernación, Juan Francisco Camacho en Hacienda, José Luis Albareda en Fomento, León y Castillo en Ultramar y Francisco Pavía y Pavía en Marina. El trece de octubre pasado, a la vuelta de dos años y un par de crisis parciales, dimitía Sagasta. Compuso José Posada Herrera otro Gabinete liberal, que iba a sobrevivir hasta el dieciocho de enero. *Dann kam Cánovas wieder an die Macht und es ging im alten Trott weiter*. Regresó entonces Cánovas al poder y aquí no ha pasado nada.

Le conté a Solms aspectos ocultos de la crisis. Asturiano mudable si los hubo, legó Posada Herrera un mandato tan breve como fértil en proyectos incumplidos. Desde el Ministerio de la Guerra, con mi mudo beneplácito, quería reformar el Ejército el general López Domínguez con el servicio militar obligatorio, porque todos los ricos eran soldados rebajados o de cuota. El ministro del Interior, Moret, pretendía convertir en quince regiones las cuarenta y nueve provincias tradicionales. El titular de Justicia, Aureliano Linares Rivas, bosquejaba la reforma del Código. En Ultramar, Estanislao Suárez Inclán propuso la abolición de la picota y las cadenas en Cuba, para que no fuese el patronazgo una disimulada esclavitud.

—Se hundió Posada Herrera en su intento de legalizar el sufragio universal. Aunque tanto la había defendido antes, atacó Sagasta aquella propuesta, pues consumíase de envidia viendo a don José a la cabecera del banco azul. Me ofrecí a disolver las Cortes, como era facultad mía, para que Posada o Moret dirigiera las elecciones desde el Ministerio del Interior. Uno negóse por fatiga y el otro por escrúpulos. *Señor* —sonreía Moret—. *Nací muy alto para ser otro Romero Robledo*. Posada me desaconsejaba a Sagasta. Nunca le perdonó su impensada oposición al sufragio. Tuve que recurrir a Cánovas. Aceptó de mal grado. O, al menos, así lo dio a entender. Lo dicho, mi buen amigo, aquí no ha ocurrido nada.

—Con el debido respeto, discreparía en este punto. Mucho, acaso demasiado, sucedió en el ochenta y tres. Pensemos en la Mano Negra y los procesos de Andalucía.

—Diversos aspectos de todo aquello nunca podrán esclarecerse. La cosecha fue tan mala en mil ochocientos ochenta y uno, que el hambre se extendía por todo el campo de Cádiz al invierno siguiente. En el partido de Grazalema, los presos preferían quedarse en la cárcel, donde al menos les daban de comer, a extinguirse de inanición en la calle.

—Lo sé, pues viajé por Andalucía hace unos meses. En Córdoba y en Málaga, el trigo era dos veces más caro que en Salamanca y en Ávila. Cinco mil familias emigraron a Orán y a Argentina, con préstamos del Estado. No obstante, el cónsul americano en Málaga me contaba que el hambre era invención de los braceros ociosos. Al cruzarse con los números de la Guardia Civil, él se destocaba de un sombrerazo en la calle, como se santiguan las beatas ante una iglesia. ¡Tanto

admiraba su persecución de la gitanería y los revoltosos!

—El comandante en jefe de la Guardia Civil de Jerez, José Oliver, anunciaba el cuatro de febrero la detención de dieciséis campesinos de San José del Valle y de la aldea de Alcornalejo. Los dijo a todos afiliados a la Federación de Trabajadores de la Región Española y la Unión de Trabajadores del Campo, dos organizaciones legales, así como a una siniestra secta secreta, la Mano Negra, juramentada al incendio de las viñas y al exterminio de sus dueños. Pero todas las víctimas de la Mano Negra eran braceros y parecían sacrificados a la venganza personal. Así Bartolomé Gayo, *el Blanco* de Benaocaz, cuyo cadáver descompuesto lo desenterró Oliver en el lugar de Algarrobillo.

Dieciséis hombres, entre jornaleros, gitanos, pequeños propietarios y un maestro rural fueron procesados por el crimen. Manuel Gago, de apodo *Monteagudo*, dijo haber acuchillado al *Blanco*, por orden de los hermanos Pedro y Francisco Corbacho, para quitarle el recibo de un préstamo de mil reales —mil cuatro, de ser exactos—, firmado y rubricado por Pedro Corbacho. Aunque todos se declararon martirizados en el caballete y las parrillas, afirmaron desconocer la Mano Negra y sólo admitieron su inscripción en el Frente de Trabajadores, cuyos dirigentes en San José del Valle eran los Corbacho y el maestro Juan Ruiz.

En un santiamén, el infatigable José Oliver descubrió los estatutos de la Mano Negra debajo de una roca en un descampado. Valga lo inverosímil de su versión. Centenares de hombres y mujeres fueron encarcelados. A varios los detuvieron por el delito de leer publicaciones anarquistas. Me temo que muchos sigan presos y en espera de juicio, dentro de largos años. *Il faut que la justice soit lente*, demoremos la justicia, como pontifican los magistrados franceses. También significados sectores de la izquierda se apartaron de los procesados. En el Congreso, Pi y Margall condenó la ciega persecución de las autoridades y los reglamentos de la Mano Negra. En Valencia, el Congreso de la Federación Regional Española de la Internacional denunciaba el terrorismo y sus procedimientos.

—Del juicio por la muerte del *Blanco* salieron siete penas de muerte para los Corbacho, José Ruiz, Manuel Gago y otros tres anarquistas. *Sie haben sie alle garrotiert*. Los agarrotaron a todos.

—Pese a su lisonjero servilismo, *disponga el señor de mí como del último criado. Siempre a los pies de su majestad*, mantuvo Sagasta las últimas penas que yo quería indultar y fue tan inquebrantable como Cánovas del Castillo. Reconoció los abusos de la Guardia Civil, así como la miseria del campo andaluz a cada mala cosecha. Pero mantuvo el criterio de que el progresismo debía mostrarse infranqueable ante el terror, o retrocederíamos a la noche de los tiempos. Me recordó haber legalizado la Federación de Trabajadores y la Unión de Trabajadores del Campo y reiteró lo de caer siempre del lado de la libertad. No obstante, combatiría el fuego con el fuego, viniera de donde viniese. Hiriéndome sin percatarlo, añadió que yo no era Salmerón. Con arreglo a Sagasta, al dimitir la presidencia para no firmar una pena de muerte,

hundió la República antes que Castelar y Pavía, pues era el único capaz de salvarla.

—Quizá estuviera en lo cierto. Ajusticiaron a los siete de Jerez y no cayó la Monarquía —dijo Solms-Sonnenwalde.

—Hasta la fecha sobrevive. Ignoramos lo que va a suceder pasado mañana. No olvide los pronunciamientos de agosto, en Badajoz, en La Rioja y La Seo de Urgel. Muchos bienquistos conservadores creen que si la revolución no termina con la Corona, lo harán los militares. ¿Por ventura comparte su criterio?

No repuso. Se limitó a sonreír, abotonándose el capote que llevaba echado a los hombros. Lo imité de mala gana y me ayudó a arroparme. Al caer, enfriábase la tarde y helábanse los charcos de vieja nieve, a la umbría de los jarales. Me habitué a las visitas protocolarias de Solms y oficiosamente lo hacía llamar para compartir su compañía y su conversación. Aunque él dominaba el español —pasó años en la legación de Buenos Aires—, era casi el único hombre con quien yo tenía la oportunidad de hablar en alemán. En cierto modo, también vino a proseguir mi amistad con Rudolf de Austria. Inclusive se parecían los dos en el aire y en el porte: tan alto y rubio Solms, con su estampa de oficial de dragones y no de diplomático. Casi sin advertirlo, lo trataba con la misma abierta sinceridad que a Alcañices y al caballero Morphy. De hecho, creo conocerlo mejor que él a mí, pues, aunque me estime, no ceso de desconcertarle. *Sie sind meine Klagemaur*. (Usted es mi muro de las lamentaciones) —le dije en una ocasión. Me miró impasible, escogiendo las palabras—. *Su majestad me honra; pero tenga en cuenta que un embajador es una especie de espía*.

Discretamente trataba de precaverme contra mi gárrulo señoritismo. Pero no suspendí las confidencias, fueran de hechos conocidos o de revelaciones asombrosas para Solms. Huyendo hacia adelante, guardaba una oblicua discreción, que confundiría a Berlín y a mí me dejaba en una ambigua penumbra, desconcertante para el propio Bismarck.

A posta le referí la historia, por fortuna ya superada, de mis catarros y recaídas, sin omitir la pleuresía reumática y la artritis, aunque suavizando dolencias y alifafes. Antes, en abril del año pasado, le confesé los desbarros y disparates que remataron una fiesta campera en el Coto de Algete, de Alcañices. Tomados todos de repente y con el beneplácito del ministro de Gracia y Justicia, Vicente Romero Girón, lo manteamos bajo el santo cielo como a Sancho Panza, en tanto gritaba Pepe: *¡Abajo el trono y la justicia! ¡Abrasad los archivos y las catedrales!* Enfurecióse el untoso Sagasta al saberlo. Me anunció sin ambages que renunciaría a la jefatura del Gobierno si volvía a cometerse tamaño despropósito contra un ministro de la Corona, con o sin su consentimiento.

En vísperas de la boda de Paz con el príncipe Ludwig Ferdinand, le mostré a Solms el uniforme de oficial bávaro, que llevaría en la ceremonia y le dije impensadamente: *Aunque sea hombre de paz, si hubiese otra guerra entre Francia y Alemania, el Káiser contaría con mi concurso. Al frente de trescientos mil hombres,*

demostraría entonces que los españoles somos mejores que los franceses. A través de su monóculo, me miraba Solms sin agradecerme la generosidad ni la devoción. *Embajador, ¿me toma usted por loco?* Impasible e inexpresivo, replicó: *Señor, no hay un solo ser en el mundo a quien de veras le conste su cordura*. Me mostré de acuerdo y añadí: *Casi nadie en la tierra es capaz de saber quién pueda ser. Esto es cierto de los reyes. No sé si lo será de los embajadores*.

Apenas dio comienzo el año, el propio primero de enero de 1883, se constituyó la Asociación Republicana Militar. Por confidencias posteriores, supimos que en febrero le mandó Ruiz Zorrilla ocho mil cien reales desde Biarritz. Con aquellos fondos se organizarían dos alzamientos conjuntos, en Badajoz y en Alicante. Dos mil quinientos reales correspondían a cada uno de los dos brigadieres comprometidos. Mil al ayudante de uno de ellos; quinientos al delegado de la asociación en Alicante y seiscientos a un redactor de *El Porvenir*, el diario progresista republicano. Lo restante se confunde y desaparece, entre los viajes de un juramentado y el importe de un traje nuevo para el periodista de *El Porvenir*. Antes de cobrar la bolsa de Ruiz Zorrilla, el secretario de la intriga se las veía y deseaba para hacerse con veintidós pesetas y media, en una suscripción secreta, con destino a la tirada de impresos y la compra de talonarios y sellos de timbrar.

—¿Cuál fue el alcance de la conjura, entre sus ensueños y sus auténticas posibilidades?

—No era una futesa. Contaba con doscientos afiliados y generales tan conocidos como José Lagunero. En invierno, la intriga se extendió a veintidós guarniciones; seis de las cuales correspondían a capitales de provincia. No obstante, por estrecheces y defectos de organización, retrasábase el doble alzamiento. Se decidieron por el cinco de agosto. Pero, a penúltima hora, rescindirían la fecha. No conoció Badajoz la imprevista demora, antes de sublevarse. Aquí todo se anticipa y difiere al mismo tiempo.

En Badajoz se alzó casi todo el mundo. Dos regimientos enteros, los infantes del tercer regimiento, los batallones del Depósito de Reserva y los carabineros. Los rebeldes disponían de treinta mil fusiles, almacenados en el parque con sus correspondientes municiones. Proclamada la abolición de las quintas y de los consumos, se creó una Junta Revolucionaria y eligieron capitán general al teniente coronel de caballería Serafín Vega. Luego nombraron poncio al director de un periódico local, *La Crónica*.

Hallándose Sagasta de vacaciones en Pau, quiso la suerte que el alzamiento diese con Martínez Campos —el sublevado de Sagunto—, como jefe del Gobierno provisional. Desde la presidencia, despachó a Badajoz al general Ramón Blanco, al frente de una división con dos regimientos de línea, dos batallones de cazadores y un par de baterías de montaña. Bastaron las nuevas de que Blanco marchaba sobre Extremadura y otros dos regimientos lo seguirían en pocas horas, para que los sediciosos huyeran a Portugal, sin disparar un solo tiro y después de haber volado el

puente de hierro de Aljucén.

Al par de días se rebelaba en Santo Domingo de la Calzada el regimiento de caballería de Numancia, al mando de un teniente de reemplazo, Juan Cebrián, con cinco sargentos. Salió Cebrián a galope con sus hombres hacia Villanueva de Cameros, perseguido por un coronel y un puñado de oficiales. En el cruce de Torrecilla, debía unírsele el regimiento de Numancia. Pero aquellas fuerzas nunca comparecieron y a Cebrián le desertaron la mayor parte de las tropas, enarbolando un pañuelo blanco en la punta de una pica antes de unirse a los perseguidores. Al teniente, lo asesinó de un tiro traicionero uno de sus soldados, cuando huía hacia la carretera de Soria.

—También fracasaron los rebeldes en La Seo de Urgel, el diez de agosto. Allí un teniente coronel y un capitán de infantería, Fontcuberta y Carlos Blanco, con el capitán de carabineros Higinio Mangado, ocuparon los cuarteles; pero no pudieron con la ciudadela. Llegadas las nuevas de La Rioja, Fontcuberta dejó a sus hombres en libertad y entregó las armas en Andorra. Mangado, el más duro de los tres, batióse valientemente. Retrocediendo palmo a palmo hasta la frontera, al final tuvo que adentrarse en Francia. De nuevo, fue inflexible Sagasta a la hora de la represión. Contra los mandos y jefes huidos a Portugal, llegaron a dictar ciento setenta y tres penas de muerte. Lo cual era absurdo a ojos vistas y políticamente descabellado. De los cinco sargentos de Santo Domingo de la Calzada, sólo conseguí que indultasen a uno. A los restantes, los fusilaron mal de mi grado y contra mis ruegos.

—De aquellos alzamientos, sólo queda su rápido fracaso —me decía Solms—. Ruiz Zorrilla parece obcecado en perder vidas y dinero, entre infortunios y descalabros. No sé si debo; pero me atrevería a preguntarle al señor su juicio íntimo acerca del militarismo republicano. ¿Cuál es su *force de frappe*, su verdadera impronta en la vida y el destino de Estado?

—La Restauración no estableció una firme base en el Ejército. La tropa y los suboficiales son bastantes fíeles. O lo eran antes de que fusilaran a los sargentos de La Rioja. El monarquismo de los jefes resulta más dudoso. Tenga en cuenta que muchos ascendieron por su apoyo a la revolución del sesenta y ocho. Otros medraron después de mi vuelta. Los militares sin criterio político apoyarían cualquier revolución que les prometiera un adelanto en empleo y dignidades. Me apena recordar que todo pudo resolverse en términos políticos el verano pasado. No se lo conté antes y acaso tampoco me corresponda hacerlo ahora. Estuve a un tris de entablar tratos con Manuel Ruiz Zorrilla.

—¿Iba su majestad a dialogar con tan recalcitrante republicano? —preguntaba Solms, atónito y regocijado. Como quien pisa buena hierba de improviso, en algún rincón de la Barataria o del país de jauja.

Iba, en verdad. A escondidas de Cánovas; pero con la anuencia de Sagasta, en la jefatura del Gobierno, empezaron negociaciones ocultas con Ruiz Zorrilla en el destierro. Nos servía de portavoz nuestro embajador en París: el hermano mayor de

Francisco Silvela, Manuel. Después de la Gloriosa, fue aquel Silvela ministro de Estado con Prim. En 1877, obtuvo la cartera de Ultramar con Cánovas. La heredó de Adelardo López de Ayala, súbita e imprevisiblemente enfermo. Su secreto interlocutor, en el campo republicano, era Ernesto García Ladevese.

Con otros doscientos encausados, sospechosos de conspiración contra el trono, a Ladevese lo había encarcelado Cánovas en verano de 1876. Con Manuel Silvela le unía una amistad personal, casi tan larga como la de Cánovas con Castelar. De él recibió una larga carta, donde yo me ofrecía a encontrarme con Ruiz Zorrilla en cualquier paraje de *la douce France.* De rebozo y como *el marqués de Covadonga*, conversaría muy a gusto con aquel adalid del republicanismo. En principio, también esperaba concurrir con las soluciones que ofreciera y me obligaba a presentarlas al Gobierno. Asimismo, tenía la convicción de que Ruiz Zorrilla aceptaría la presidencia del Consejo, que cedíale Sagasta en nombre de la paz.

Tres días con sus noches aguardó Silvela la respuesta de Ruiz Zorrilla, en el hotel Continental de París. Pero García Ladevese nunca compareció. Más tarde supimos que una serie de infortunios acumulados en el campo del destierro, donde siempre llueve sobre mojado, hicieron que Ruiz Zorrilla se retractara y rescindiera todo contacto con nosotros. Por si no bastase con la traición de algún zaino; un amigo, rendido a la fatiga y a la desesperanza, abandonaba la causa por carta. Otro le escribía su regreso a Madrid, acatando la Restauración para dar de comer a sus hijos. Montó en cólera el gran agitador. A gritos, juraba que iba a morir republicano. Jamás se entrevistaría conmigo ni rebajaríase hasta el punto de mirarle el blanco del ojo a un Borbón. Sanseacabó.

—Ahora, en mil ochocientos ochenta y cuatro, se cree Cánovas muy seguro de la lealtad del Ejército y afirma por su fe que a él no le sorprendería otro conato de golpe de Estado veraneando. Si lo hubiese, claro. Que no lo habrá, reitera a ley de augur y caballero. Me temo que yerre de medio a medio. Y ojalá sea yo quien se equivoque. Pero sin duda acierta, cuando me recuerda que las intentonas de Badajoz, Santo Domingo y La Seo contribuyeron al escandaloso fracaso de mi viaje a Francia en setiembre.

Sin dar con la fuente de Rudolf, volvimos a las monturas. Fumando y sentados en unos peñascos, como un par de endomingados veteranos de Meissonier, nos aguardaban Ceferino y uno de los guardias de la legación alemana. En la baja tarde, antes tan clara, se enfoscaban las nubes encendidas. Más parecía el horizonte de verano en El Escorial que de enero en la Casa de Campo.

12 de agosto, 1884. La Granja

Consulto antiguas entradas en mis cuadernos. Pasaron cinco años redondos, día por día, desde aquel otro 12 de agosto de 1879, cuando también en La Granja —yo con el brazo entablillado; pero suelta la lengua—, le dicté a Guillermo lo del vuelco del charabán al regreso de los funerales de Pilar. Entretanto, casi iba de parto Elena en Madrid y aquel verano me dio a mi Fernando. Es de ver cómo el tiempo se desliza. Diga lo que quiera el poeta, no nos resbala de las manos. Huye río arriba del recuerdo y cae en curva, al igual que el agua, por una ventana abierta al pasado.

Por añadidura, siete meses transcurrieron desde los últimos apuntes en mis interrumpidas memorias. A veces se me antojan más alienables que mis pasos o mis hijos. Pero, si las releo en otras ocasiones, me parecen tan ajenas como si, fingiendo ser yo, las hubiese escrito alguien muy distinto. Digamos un hombre que ni siquiera existe todavía.

Mientras, a mordiscos de loba, me roba la tisis pedazos del ser para rehollarlos en la sombra. Desde la hemorragia catarral, que irónicamente padecí el domingo de Resurrección, no me recobré por completo. Entre tantos bailes y giras, la absurda vida que llevaba en el balneario con la venia de los médicos, por no decir nada del lance que tuve con quien estaba más enferma que yo, no podía rehacerme. Sólo en La Granja empiezo a sanar, aunque de manera lenta y titubeante, pues cada tarde me suben las décimas. Además, pasado mañana partimos para Gijón mi mujer y yo. Nos toca inaugurar el ferrocarril del Noroeste y emprender una travesía de cabotaje por puertos y banquetes. Quede lo que quede de mí, horadado y recortado, volveré a La Granja a primeros de setiembre.

Desde que él regresó al poder, quiere Cánovas sojuzgarme a la medida de su voluntad. Desdeñosamente cortés, hasta el estricto punto que lo exige el protocolo, a un tiempo me aborrece e identifícase conmigo, tal por cual detesta un padre irascible al hijo que más quiso. No para de recordarme que debo obedecerle sin réplica ni queja, en este tablado. Cuando los duques de Fernán Núñez dan su baile de máscaras en carnaval, ordena que yo sea el único que comparezca sin el disfraz requerido a los cuatrocientos invitados.

—Su majestad no puede escarnecer la jefatura del Estado, fingiéndose un arlequín o un burgrave castellano de cuello escarolado. Vista de capitán general, aunque tampoco lo sea.

—En venganza, don Antonio, daré otro baile en palacio el año que viene. Voy a pedir entonces que sólo usted y el Gobierno en pleno comparezcan disfrazados.

—Es una idea muy correcta, señor, pues aquí vamos todos encaratulados de quien creemos ser y no somos. Empezando por mí mismo, claro. Sueño con Gladstone y Disraeli; pero no soy sino Antonio Cánovas del Castillo, maestro de escuela. Como

este corral de la Pacheca, entre la revolución y el golpe militar, tampoco es la Gran Bretaña.

Con el tiempo y sobre todo desde enero de este año, cuando recobró la presidencia, se desvive pretendiendo afirmarse. Su deje malagueño, que en parte limara con tanto discurso, suena ahora como el de un bufo de bodeguilla. Le consume el desprecio por las mascaradas de la aristocracia y se le trasluce un resentimiento muy propio de sus verdaderos orígenes: los de una familia de clase media empobrecida y provinciana.

Pone como a un trapo a los Fernán Núñez, por su fiesta. Si yo fui al palacio del Cervellón de capitán general, él compareció de paisano, desatendiendo el obligado disfraz. Despotrica de lo que llama derroche de riquezas y vulgaridad, a sabiendas de que mi mujer acudió al sarao como una dama del siglo XVIII, mi hermana Paz como otra de la Corte de Luis XV e Isabel y Eulalia como la Coralina y la Colombina de *la commedia del arte*, en la comparsa que allí representaron con Pepe Tamames y el marqués de Mina. *Me preguntó a veces su majestad si no aceptaría un timbre y unas armas de nobleza. Le replico ahora lo que repuse entonces. A esa gente, soy yo quien les reparte títulos y blasones*. Por otra parte, no advierte que si viste a diario de sí mismo, lo hace de manera chillona y fachendosa. Súmense a su dejo de payaso, sus chalecos cada mañana más estridentes, sus corbatas amarillas, sus dijes, sortijas y leontinas de chalán enriquecido con la venta de mulas pintadas. Desde que lo rumorean enamorado de Joaquina de Osma —a la vejez, viruelas—, volvióse un caricato abigarrado con más orgullo que don Rodrigo en la horca.

A voces de mando, lleva los consejos de Gobierno. En consonancia con sus fines y a la medida de su arrogancia, resuelve y determina en el Gabinete lo que a todas luces desconoce. Así autoriza un presupuesto de veinticinco millones de pesetas, ciertamente exiguo, para fortificar los puertos. Le sugiero en privado que destine los fondos a una modernización del Ejército. Bizqueando y sin parpadear, me asegura que en la empresa de la construcción cabe mayor robo y venalidad que en la compra de cañones.

—Mientras esto no sea una robusta Monarquía, me valdré de la corrupción como de un recurso legal. Sin el aliciente de untarse las manos en el cohecho, aquí no conseguiríamos nada —iba a replicarle; pero me contuvo con un ademán—. Últimamente a Castelar y a mí nos dio por pasearnos juntos por el Retiro, cada domingo por la mañana. Se preguntan si conspiramos, aunque cada uno sea al antípoda del otro. En realidad, charlamos de naderías y de recuerdos de nuestra juventud. Pero ayer le dije: Si yo hubiese presidido la República, no habría abdicado la jefatura del Estado ni permitido que Pavía me derribara el régimen con cuatro tiros. Ahora estoy dispuesto a salvar la Corona, por la ley o por la doblez. En este caso, la finalidad justifica todos los medios.

Como a cualquier otro ciudadano, me sorprendieron los periódicos del 15 de marzo con las nuevas del arresto del brigadier Manuel Villacampa del Castillo y del

general Clemente Velarde, apresados la noche anterior. Acusados de conspiración republicana, en compadraje con Ruiz Zorrilla, ingresaron en prisiones militares del cuartel de San Francisco con quince sargentos y varios civiles. Al día siguiente prendían a los tenientes generales Ferrer e Hidalgo. De rebato, extendiéronse las detenciones por todos los cuerpos.

Despachando conmigo, aseguró Cánovas que la intriga era de poca monta. Conocía el Gobierno todos los hilos de la trama y no se suspenderían las garantías constitucionales, aunque así lo agoraran *El Progreso* y *El Porvenir*. Recordé mis charlas con Solms en la Casa de Campo, cuando le citaba a Cánovas aseverándome que no veríamos más sediciones revolucionarias ni militares. Como mis presentimientos eran muy distintos, di en preguntarme, de callada, si Villacampa no iba a darme la razón. Mal interpretaría Cánovas mi silencio y nos separamos desunidos y extrañados.

Entre el rebullicio y las persecuciones, transcurrió el invierno. El 11 de febrero, prohibieron los banquetes en homenaje y recuerdo de la República. Procesaron *El Progreso* nada menos que una docena de veces. Más de cien periódicos de todo el país elevaron su protesta contra la caza encarnizada, a que se veían sometidos. El primero de abril publicaba la *Gaceta* la disolución de las Cortes y la convocatoria de elecciones para ambas Cámaras: al Congreso el día 27 y al Senado el 8 de mayo.

A las pocas horas, puestos a darse prisa y dejar atrás los vientos, imprimía *El Siglo Futuro* una carta abierta del viejo Cándido Nocedal, antiguo ministro de Gobernación con mi madre y tradicionalista desde la Gloriosa. Exigía el retraimiento a los carlistas y amenazaba con la tajante excomunión de mi desterrado primo a quienes participaran en los comicios de Satán. Al final, obligados forcejeos y trapicheos dieron venia al concurso de ciertos candidatos, *en especiales circunstancias personales*. Saldrían once congresistas ultramontanos.

Asimismo acordaron abstenerse los progresistas republicanos por ocho votos contra siete. Ya irreparable la quiebra entre Salmerón y Ruiz Zorrilla, prevaleció el criterio del proscrito con quien nunca llegué a encontrarme. En tonos parecidos a los de *El Siglo Futuro*, pero desde el otro extremo del firmamento, denunciaba *El Porvenir* por crasa indisciplina a los republicanos que optaran a la elección. No obstante, los tres que resolvieron presentarse ganaron el acta.

Frente a treinta y nueve fusionistas, veintisiete izquierdistas dinásticos, seis candidatos sin partido y cuatro republicanos independientes, amén de aquellos ultramontanos y el trío progresista, vencieron Romero Robledo y el cacicazgo con doscientos noventa y cinco cuneros triunfantes. Como dijo un posibilista, impugnando las actas de Granada, se falseó todo, absolutamente todo: las juntas del censo, los interventores, la presidencia de las mesas y también el resultado de las elecciones, dondequiera que exigieran un pucherazo. Por otra parte, tan grande fue la apatía y menguada la participación, que cabría afirmar, sin mengua de verdad, ser las actas más limpias las más tristes.

Indicios y barruntos de una próxima espadada, o de un intento revolucionario, precedieron el escrutinio. En vano quiso el Gobierno restarles importancia en la prensa oficial. Pronto trascendieron las numerosas detenciones de sospechosos, en Barcelona, Cádiz y Córdoba. De madrugada, el día del escrutinio, una catástrofe pareció iniciar un ciclo aciago de desastres. El mixto de Badajoz a Ciudad Real, con ciento sesenta y ocho licenciados de la guarnición de Badajoz, doce viajeros en los coches de primera y segunda, así como ocho vagones de carga repletos de carneros, mulas, potros y pollinos, salióse de la vía en el puente de Alcudia y cayó al Guadiana, en mitad de una explosión que despertó los campos estremecidos. Ciento veinte mozos y todo el ganado se ahogaron o perecieron despedazados. Una comisión de ingenieros testimonió que alguien había destornillado los rieles en las traviesas de entrada al puente, talando por añadidura un par de postes de telégrafo, a veinte kilómetros de Alcudia.

A los dos días, apenas clareara el 29 de abril, se levantó una partida republicana. Porfiado e impenitente, la mandaba el capitán de carabineros Higinio Mangado, el antiguo rebelde de La Seo de Urgel. Otras fuerzas de aquel cuerpo se le enfrentaron en el pantano de Isabar. Muertos cayeron en el tiroteo Mangado y siete de los suyos. Por parte gubernamental hubo tres heridos y una baja mortal. Al mismo tiempo, prendían conatos de alzamiento en Cataluña. En Santa Coloma de Farnés abandonaron la plaza los oficiales del batallón de reserva con sus asistentes y ordenanzas. Marchaban sobre Castellfollit, cuando les salió al paso una columna procedente de Olot. Vencidos y aprisionados fueron catorce hombres: un comandante, un capitán, dos tenientes y tres alféreces, con un par de sargentos, un cabo y cuatro soldados de sus tropas. Mientras, una guerrilla de requetés —la del Estartús— fue dispersada a las puertas de Figueras.

Un consejo de guerra condenó por desertores a los sediciosos de Santa Coloma. Pero, elevada la causa al Supremo, fueron sentenciados a muerte el comandante Ramón Ferrándiz y el teniente, graduado de capitán, Manuel Bellés. Implorando clemencia para ellos, recibí a una comisión de diputados catalanes. Les dije que yo me opuse siempre a la última pena. Mas, como rey constitucional, sometía mi conducta a la voluntad del Gobierno y de los consejeros responsables. A los tres días, tan pronto se supo que Bellés y Ferrándiz habían entrado en capilla, aparecieron los crespones en las ventanas y cerraron las tiendas en Barcelona y en Gerona. También en Barcelona, a pie por las calles y seguido por una fervorosa multitud, fue el obispo a suplicarle el perdón de los reos al gobernador civil.

Convirtióse palacio en un muro de lamentos, súplicas y tácitas censuras a la Monarquía, como dijo ajustadamente Guillermo Morphy. Creció el pliego de ruegos por las vidas de Ferrándiz y Bellés, hasta que los ejecutaron en Gerona. Pedían el indulto el Ateneo Obrero de Barcelona y el Ateneo de Madrid; los trabajadores de la clase del vapor y los caballeros grandes cruces de Isabel la Católica; la Junta de poetisas catalanas y las Asociaciones Benéficas y Religiosas; el duque de la Torre y

el gran actor Ernesto Rossi con todos los periódicos de Cataluña, salvo el *Diario de Barcelona*, y el anciano Victor Hugo, desde París. Al coro de ruegos, donde incluyo los míos, repuso Cánovas con un público telegrama. Si se trataba a los jefes y oficiales por distinto rasero que a los sargentos de Santo Domingo de la Calzada, el Consejo no podría regir el país. A modo de estrambote, rogó a las autoridades que no alimentaran falsas esperanzas y ayudasen al Gobierno —léase al piquete— a cumplir con su penoso deber.

Bellés y Ferrándiz fueron fusilados por la espalda. Bellés murió en el acto. Pero Ferrándiz sobrevivió la descarga. De bruces en el suelo, atado de pies y manos, tuvo tiempo de gritarle al pelotón: *¡Cristo, que aún vivo! ¡Rematadme, cabritos!* Ignominiosamente —una de cal y otra de arena— dictóse aquel mismo día el sobreseimiento de los procesos de Villacampa, Velarde, sus sargentos y demás detenidos en marzo. No pude contenerme y le espeté a Cánovas:

—Como lo precisaría Talleyrand, a quien supongo se precia de parecerse, esto es peor que dos crímenes. Es un par de errores que ningún estadista debe permitirse. Ya levantaron cien mil pesetas en Barcelona para socorrer a las familias de aquellos desgraciados. Usted, don Antonio, nos hará perder Cataluña.

Me miró con un rencor, que creía imposible en alguien tan cínico. Mal contenida la ira, murmuró algo parecido a *con la venia de su majestad*. A la callada, dio él mismo por terminado el despacho y se fue pisando fuerte y estrellando en quiciales inexistentes puertas invisibles.

Había acertado yo y no él. Hubo otra intentona republicana durante su Gobierno, aunque Cánovas la descartara antes, puesto que no era Sagasta ni habría permitido que una sublevación lo sorprendiera holgando en Francia. Competir con Sagasta, a quien en el fondo desprecia, es obsesión suya tan intensa como su porfía por medirse consigo mismo, en mitad de sus azarantes inseguridades. Si Sagasta hubiese indultado a los sargentos de La Rioja, habría atendido Cánovas los ruegos de todos y perdonado a Ferrándiz y a Bellés.

Habla del siglo venidero como de la tierra prometida. Digamos la hora esperada, cuando seremos una auténtica democracia y dispensaremos de las corruptelas, que hoy nos sostienen y sustentan como la savia al árbol o la sangre al cuerpo. Entonces, en un régimen de sensatas libertades cívicas y firme orden público, se transformará la revolución en una especie de metáfora literaria y será el golpe de Estado una curiosidad arqueológica. En su ilimitada arrogancia, debe también creer que aquel pasado mañana rendirá tributo a su memoria por hacerlo posible, creando una obra política maciza y perdurable, a partir de sus afanes de historiador y de su moral escéptica.

Pero en los abismos del espíritu, en el centro de la ciudad que me habita, de pronto me parece oír a Gerión, aunque no comparezca en mi presencia desde hace

casi año y medio. Es la voz del gran charlatán, del embaucador cuyos mayores engaños son precisamente sus verdades. Como el viento, se desliza su murmureo por las calles que en mí yacen ocultas. Dobla esquinas, resbala por vacías avenidas y serpea por estrechos pasajes. Cruza todos los vidrios como la luz de las amanecidas de Riofrío, aquella que venía transparentándose y encendiéndose desde un horizonte de laca y amarillo Nápoles. Suena luego en mi oído y me dice que son sus palabras tan ciertas como yo mismo, como el propio Gerión para el caso. Inclusive puntualiza que no preveo ahora el futuro, en una vasta corazonada. A mí sólo me corresponde recordar lo que él me anuncia. En seguida ríe y asegura que todo ocurrirá al revés de como lo anticipaba Cánovas, jugando al iluminado.

Será en el próximo siglo —no en éste, como yo lo pensé a veces—, cuando vengan la gran revolución y el golpe de Estado, que va a precipitarla. Así caerán los dados, vaticina, sin que nadie pueda impedirlo. Mucho menos Cánovas, ni que decir tiene, pues él va a ser entonces parte de un pasado remoto y huido de la memoria. Del encuentro de la revuelta y el alzamiento manará una sangría que ha de cubrir los campos, las vegas y los eriales. Cobrará el odio dimensiones gigantescas, a la medida de la esperanza. Dos países en el nuestro —en la tierra de desdicha, que no quise cederle a Gerión abdicando— van a enfrentarse, con mayor saña que en las guerras carlistas.

Al cabo, todo parará en nada. O, como de costumbre, se abismará en el mayor fracaso. Se hundirá la revolución y, al paso de los años, muchos después de la contienda civil, irá a perderse en la irrealidad política la herencia de aquel alzamiento. Para entonces, prosigue la voz del eterno intruso, a la postre de dos carnicerías universales, se habrán realizado con creces los deseos de mi amigo Rudolf, *Erzherzog und Kronprinz*. Desaparecerá para siempre el imperio de su padre —el vasto tablero de austríacos, húngaros, alemanes, judíos, italianos, transilvanos, eslovenos y gitanos —, junto con el zarismo ruso. También rodará por los suelos la Corona de los Hohenzollern, en el Reich de nuevo cuño, que yo tanto admiro.

Únicamente aquí, en esta tierra parecida al pellejo de uno de sus bueyes rojos entre un par de mares, se remansará el tiempo en la historia, como las olas en una baja cala. De inmediato, precisa que lo estabilizado será nuestra eterna flaqueza por la venalidad y el cohecho. *Votre penchant pour la corruption*, añade recordándome a Cánovas, cuando con escrúpulos de académico y deje malagueño me hablaba del golpe de Martínez Campos, como de *la mauvaise conscience de la Monarchie*. Si el mismo Cánovas me dice a veces, a modo de aforismo en el arte de gobierno o remembranza de vanidades nacionales, que nuestro renacimiento es la picaresca, reitera Gerión que el soborno y la tajada son inalienables de nuestra sentina, ahora o en cualquier época del porvenir.

En todo caso, se abrevie o no mi vida y por más grande que sea mi desengaño, su voz me aconseja rehacer fuerzas y buscar consuelo en su augurio —la predicción del demonio— de que mi casa y mi nombre perdurarán a través de éste y del próximo

siglo. Quién sabe hasta cuándo. Por lo menos hasta la consumación del tiempo, o más allá aun, en una tiniebla del no ser de la cual ni Gerión guarda memoria. Gracias a las sangres de don Manuel Godoy y de tu padre, que por azar vinieron a perpetuaros la estirpe, sobreviviréis a todos los reinos e imperios de la tierra. Aun yo ignoro de dónde os viene esta fibra portentosa que desafía la razón, la historia y el tiempo. Pero no la envidio porque también estoy condenado a la inmortalidad. Tal vez por eso, muchacho, nos parecemos tanto tú y yo en nuestros encuentros y en ti suena ahora mi voz, con tan íntima convicción como si fuese la tuya. He dicho y no se hable más de ello.

14 de setiembre, 1884

—En este siglo, Bécquer es nuestro mayor poeta y el único, acaso con Zorrilla, llamado a sobrevivir a todos los demás —dijo Augusto Conte, el embajador en Viena.

—Dentro de cien años quizá comprenda el mundo que también fue uno de los mayores poetas europeos contemporáneos —asintió Guillermo Morphy.

—Creó un lenguaje lírico excepcional, como diría don Emilio Castelar en su sagrada retórica —añadí yo—. Desde Quevedo a Núñez de Arce, se desviven los poetas españoles por expresarlo todo al mismo tiempo, como si cada verso suyo fuera el telegrama de un gárrulo nuevo rico. Bécquer volvió a descubrir el valor del silencio. Es cuanto calla, en la misma medida que el viejo Zorrilla es cuanto declama.

—Estoy de acuerdo con su majestad —proseguía Guillermo—. Tal vez sea el silencio el ámbito más adecuado para la poesía, como dice el Satán de Byron que toda la sabiduría cabe en el vacío de la muerte…

—Si Satán tenía o no razón, lo sabrá ahora Bécquer, pues lleva casi trece años muerto —interrumpí midiendo y calibrando las palabras—. Le envidio, porque hizo del silencio un medio para expresar lo que sentía. En cambio, como rey constitucional, yo he de callar lo que verdaderamente pienso. Además, aun en mi envidia, lo compadezco, porque vivió siempre enfermo y murió tísico.

De aquel 14 de setiembre, se cumple hoy el año. Estábamos en la embajada de Viena, donde Augusto Conte nos llevó a almorzar a Pepe Alcañices, a Guillermo Morphy y a mí, en una pausa y tregua de las recepciones oficiales que acogieron mi viaje por Europa. Fue aquélla la luego malhadada gira, que emprendí diez días antes en San Sebastián, después de despedirme de mi mujer y de inaugurar con ella el ferrocarril del Noroeste en La Coruña. Aquella misma mañana, mis ayudantes militares, el teniente general Ramón Blanco, el brigadier Miguel Goicoechea y el teniente coronel Luis de Arístegui, así como el ministro de Estado, el marqués de Vega de Armijo y su secretario, Manuel de Uriarte, comían con Rudolf y el titular de Exterior austríaco en el *Außenministerium*.

No recuerdo cómo dimos en hablar de poesía, en torno a aquel almuerzo de *Rinds upper, Schnitzel mit Sardellenbutter* y *Sandkuchen*. Hasta entonces supuse a Augusto Conte un minucioso pero no muy perspicaz observador de la realidad: *la archiduquesa tiene unas manecillas y unos pies tan diminutos como los de una niña de doce años*. Me asombró que viese a Bécquer como Guillermo Morphy me había enseñado a leerlo, en los tiempos del Theresianum, cuando también me condujo a los muy distintos infiernos de Dante y de Homero.

—No sería la pasión por el silencio un simple recurso poético para él —meditaba Guillermo en voz alta—. A Bécquer sólo lo vi un par de veces en Madrid, antes de la revolución. Fue un ser extraño, con quien no cabría intimar fácilmente. Mejor

conozco a su amigo, Narciso Campillo. Con Augusto Ferrán y Ramón Rodríguez Correa publicó Campillo los dos volúmenes de las obras de Bécquer. Él me contó que en la niñez, bañándose juntos un domingo en el Guadalquivir, perdió pie y fuerzas Gustavo Adolfo. Se habría ahogado si Campillo no se echa al río y lo salva. Con grandes trabajos lo llevó a la orilla, más muerto que vivo. Le dio el aliento, boca a boca, y le hizo toser toda el agua que tragara. Recobrada la conciencia, junto a un espadañal, Bécquer se limitó a sentarse y decirle: *Gracias*.

»También me refería Campillo que unas semanas antes de su muerte, por Todos los Santos de mil ochocientos setenta, comparecióse de improviso en su casa. Apenas le abriera la puerta, le susurró el poeta: *Quise despedirme de ti, porque ando con un pie en el hoyo. Buenas tardes*. Aunque lo sabía gravemente enfermo y muy afectado por la pérdida de su hermano, Valeriano, no pudo ni responderle entonces. Mudo quedóse en el umbral, al irse Bécquer. Luego, pensando en la tarde del Guadalquivir, dedujo cuán poco cambiara. O lo pronto que maduró, en plena niñez, siempre con el silencio por trasfondo de su voz y de su obra.

—En una de las rimas, las cuarenta y uno o la cuarenta y dos, cuenta cómo le expuso y probó un buen amigo las varias traiciones de su esposa, de Casta Esteban —comentaba Augusto Conte—. Confiesa Bécquer haber comprendido entonces, por supuesto calladamente y mientras se desvivía por sostenerse en pie, por qué llora y mata un hombre. Después limitóse a dar las gracias como se las expresó a Campillo por salvarle la vida. Al amigo le debía la gentileza de haberlo puesto en antecedentes.

Como convidado de piedra, sonreía Alcañices. Sin arrancarle un gemido, acariciaba el borde de la copa de coñac. Mordaz, perseguía a veces la mirada del caballero Morphy y Guillermo, impaciente, esquivábale los ojos. Intramuros, me preguntaba qué pensarían los dos. Pero me distrajo mi propia voz cuando paré a escucharla.

—En otra rima, la setenta y seis, describe Bécquer el último entresueño, ya a punto de dormirse —le contaba presuntuosamente a Augusto Conte, exhibiendo la memoria como un viejo uniforme que aún cayera a medida—. Al igual que los personajes de una caja de música, cada vez más lentos y divorciados de la realidad, giran los recuerdos alrededor de la enturbiada conciencia. Luego reposa el poeta sin sueños, en unas tinieblas tan impenetrables como lo será el infinito detrás del firmamento. De pronto, despierta sobresaltado por la certeza de que alguien muy querido acaba de morir. Yo, señor embajador, mostraba desde niño misteriosas facultades para avizorar el porvenir, como se lo atestiguarán Pepe y Guillermo. Pero no anticipé la muerte de mi primera mujer y jamás pude perdonármelo.

Tampoco preví el enojoso desastre que cerraría mis jornadas en el extranjero. Todo pudo evitarse de haberme detenido en París, en visita oficial, al asomarme a Europa. Pero Jules Grévy, el anciano presidente de la República, reposaba sus achaques en Mons-Sous-Vaudry y me rogó demorarle las fatigas de mi recepción, hasta la vuelta de Alemania y Bélgica. Partí, pues, para Francia de incógnito y

disfrazado de *marqués de Covadonga*, talmente como si volviera a Arcachon para conocer a Crista de viva voz y con estos ojos que devorarán la tierra y el tiempo.

Llegué a París el 6 de setiembre, antes de la amanecida. En la noche aneblada y en el andén casi desierto, me recibieron don Francisco de Asís, nuestro embajador; el duque de Fernán Núñez, con su alto personal ridículamente enlevitado y enchisterado a aquella hora intempestiva; el general Pittié, subsecretario de la Presidencia y el introductor de embajadores. Desaparecióse don Francisco —llamémoslo mi diminuto padre putativo—, después de besarme en las mejillas como si fuésemos franceses. Aún más bajo que yo, parecía disminuirse mientras esclarecíase el alba a través de las vidrieras lechosas y amarillentas.

Ya con el sol en los tejados de pizarra, desayuné presurosamente en la embajada. Allí aguardaba mi tío Antoine de Montpensier. Agitado, susurró sus disculpas por no haber acudido a la estación de Austerlitz. En hecho de verdad y a ley de caballero, no quiso encontrarse con don Francisco de Asís. *Après tout, comme tu sais, le maté al hermano, que en paz descanse. Aunque fuese face à face y en un duelo de señores civilizados*. También a mi tío y antiguo suegro, afligido por la muerte de tantos hijos, se le encogía y enturbiaba el contorno. Volvían a martirizarlo los pies planos y tenía la cómica andadura de quien patea la nieve con abarcas. A veces se paraba frotándose la ijada con las palmas abiertas. Era el suyo un dolor parecido al de la ciática, *mon gars*. Le trepaba por las piernas desde las plantas a las caderas.

Aun en su pesadumbre, olvidadas las ansias de poder y riqueza, deleitaban a Antoine de Montpensier la tercería y el comadreo casi tanto como a mi madre. Desde la Rue Saint-Dominique hasta el piso de Elena, me acompañaron él y Pepe Alcañices. De Elena y su talento para la ópera se hacía lenguas mi tío con los ojos en blanco. *Quelle femme merveilleuse! Comme elle chantait à la voix de sirène!* (¡Qué mujer, cantando como una sirena!) Él mismo apalabró nuestro encuentro para media mañana, antes de que fuese a Épinay a almorzar con don Francisco. En les Champs-Élysées, me hizo comprar un par de abanicos, *todo muy barato, très, très bon marché, mon fils,* para la reina, mi mujer, y para mi hermana Paz, a la que vería en Nymphenburg, cuando recalara en Baviera camino de Viena.

Sonriente, pero retraída, me recibió Elena. Alcañices y el suegro me aguardaban en la calle, al igual que una pareja de alquiladores de literas, según precisaba Montpensier. De gozo o de pena, se me partió el alma frente a mis hijos. Se me parecen mucho los dos, aunque acaso apunten más altos. Es difícil anticiparlo, cuando apenas andan por sus pasos y suben un par de palmos. Con sus zapatitos de charol, sus medias blancas recién planchadas y sus lazos anudados en mitad de los cuellos almidonados, me hablaban en francés llamándome *sire* y *seigneur*. Perplejos, se asustaron cuando los estreché contra mi pecho. Al despedirnos, Elena me besó en los labios y dijo:

—No me busques a la vuelta de Alemania. Si es preciso, me iré con los niños para evitarte. Me gusta escribirte; pero es mejor que no nos veamos. No quiero

terminar por odiarte de veras. Ahora sólo pretendo detestarte a veces.

Le di a mi hermana el abanico de Montpensier; pero abrevié la estancia en Baviera. El 10 de setiembre, el emperador Franz Joseph quería llevarme a las maniobras de Wagram. Allí, recién anatemizado con la excomunión de Pío VII, destruyó Napoleón a los austríacos, en otoño de 1809. Tres días después, presenciaba otras maniobras militares: las del Décimo Cuerpo de Ejército del general Vlasits, en Blansko de Moravia. Aunque poco aficionado al teatro, también Franz Joseph —su majestad apostólica, agraciado imperante y señor, como le decía Rudolf— me llevó a la ópera la víspera del viaje a Blansko. A la vuelta de los ejercicios y a exigencias del protocolo, vi la opereta, de Millöcker, *Der Bettelstudent (El estudiante mendigo)* en compañía de mi suegra, la archiduquesa.

Entre fogueos y juguetes cómicos, quiso el azar imperial que mi estancia en Austria coincidiese con el segundo centenario de la victoria del conde von Starhemberg y el rey de Polonia, Johann Sobiesky, sobre los turcos que asediaban Viena. En presencia del emperador y su Gobierno en pleno, celebraron tan señaladas efemérides con la inauguración oficial de una nueva casa ayuntamiento. Escrutándome con sus ojillos azules, entre las rizosas patillas que ahora me dio por plagiarle, mostrábame Franz Joseph las armas, estandartes y banderas supervivientes de la batalla.

—En mil seiscientos ochenta y tres, nuestra acabada decadencia sólo era comparable a la de España. De no haber sido por Sobiesky, quien condujo la alianza con puño de hierro, cae la ciudad. Después de su guerra con Francia, tan a la última pregunta andaba Leopoldo I que no pudo impedir a los turcos subir por el Danubio y cercar Viena. Después de la victoria, nombraron a Sobiesky Salvador de la Civilización Europea Occidental. No ponemos puertas al campo ni cercas a la gratitud. Es de creer que el manso san Esteban apedreado y el fiero san Miguel, el arcángel guerrero, velan por nosotros. —Devotamente se persignó.

Al margen de las maniobras, los banquetes, el teatro y las cacerías de rebecos con el emperador y el rey Milano de Serbia, cuya visita se solapó con la mía, dos agridulces circunstancias fueron a recogerme en una intimidad inajenable. En verdad, diré tres, pues les sumo el almuerzo en la embajada. El martes, 11 de setiembre, cumplía tres años mi hija Mercedes. Para no afrentar a mi hermana Isabel y reducirle gastos al erario público, negóse Cánovas a nombrarla princesa de Asturias. La reconoció Sagasta y mi mujer fue a cobrarle un afecto —*Señor Sagasta, usted, sí es un caballero*— que corría parejas con su rencor por Cánovas.

En nombre del Consejo, telegrafió Sagasta sus parabienes. El marqués de Vega de Armijo mandó otro telegrama a la reina, de parte de todo mi cortejo. En Viena, me agobiaron los plácemes. Pero no cesaba de pensar en los hijos que dejé en París. *Sire, le coeur sur la main, nous vous remercions pour vos cadeaux. Monseigneur est trop gentil avec nous*. (Majestad, os agradecemos de corazón vuestros regalos. El señor es demasiado gentil con nosotros). Aquellos niños, tan parecidos a mí como las infantas

copiaban a Crista, a quienes no volvería a ver por expresa voluntad de su madre.

El viernes, después del almuerzo con Conte, volví al Theresianum. Con el profesorado en pleno, me aguardaba allí *herr* Schmerling, el curador ya jubilado. Abracé a mis maestros y recorrimos juntos todas las dependencias. Prisas y exigencias ceremoniales acortaron la visita. Una sensación de cálida paz —la de quien entra en una burbuja, donde el tiempo se recoge— confundíase con una rara zozobra. Traspasábame una punzada de extraña irrealidad. Al igual que si una parcela de la burbuja, ideada por un ilusionista, me envolviera a sabiendas en las redes del engaño.

Naturalmente, vi de nuevo a Rudolf. A mi llegada, me recibió con el emperador, mi madre política y todos los archiduques. Me felicité por haberle pedido a Franz Joseph, como luego lo haría en cada país donde me detuve, que las tropas no me cubrieran la carrera. Oblicuamente, debí anticipar el súbito aguacero que aquella tarde cayó sobre Viena. Bajé del tren con la banda de san Esteban cruzada al pecho y en uniforme de coronel honorario del Noventa y Cuatro Regimiento Austríaco de Infantería. Me abrazó el emperador. Pero Rudolf me tendió la mano, en tanto parecía distanciarse como si rozara a un presunto apestado.

Volvimos a encontrarnos en la Exposición de Electricidad. Con ajustada cortesía pero sin deferencia, me explicaba aquellas salas. Yo me limité a escucharle, pues poseía unos conocimientos técnicos que jamás le supuse. Recordé de súbito que en una vez, en la adolescencia, dijo haberle gustado nacer en la clase media para estudiar ingeniería. En Viena, no hizo esfuerzo ni tentativa por verme a solas. Tampoco acudió a despedirme. Me dolió su reticencia, sin confundirme ni desconcertarme.

Comadreaba toda Europa cómo él y su mujer, la archiduquesa Stéphanie, vivían alejados de alma y cuerpo, mientras Rudolf, siempre gran bebedor, drogábase con morfina. Pero nunca advertí que se le nublaran el habla o el entendimiento. Por otra parte, su tácito recato me recordó la reserva de Elena en París y de don Francisco en Épinay. También me trajo a las mientes a la emperatriz Elisabeth, cuando me invitó a almorzar en su finca de Mürzsteg. Tan distanciada ella del emperador como Rudolf de la archiduquesa, encerrábase en aquella quinta si no viajaba a solas, como solía, por Grecia, Egipto, Francia o Italia.

Mucho le había insistido don Francisco a Fernán Núñez, para que almorzara en Épinay, a mi paso por París. En mi honor, prometió y cumplió echar de casa por un día entero a su lechigada de cachorros de agua, a su viejo amante —Antonio Ramos Meneses, duque de Baños y antiguo mozo de barbería— y a la cantaora de colmaos, *la Choriza*: ama devota que velaba por ambos, como una santa Isabel de Hungría, al decir suspirón de don Francisco de Asís. Solos y servidos por un criado circunspecto e indiferente, comimos los dos. De forma asombrosa, apenas despegó los labios, en todo el almuerzo. A los postres, impacientábase por acortar la sobremesa y librarse de mí, devolviéndome a París.

Tampoco dijo en Mürzsteg sino monosílabos, entreverados en largas pausas, la

emperatriz Elisabeth. No paraba yo de pensar cómo alcanzó su fama de parlanchina y vocera de impropiedades, cuando no le cantaba verdades como puños al lucero del alba. En Austria, le atribuían media locura y pensaban que de ella heredó Rudolf las escandalosas excentricidades. Sólo al despedimos, cohibido yo por sus silencios y el frío encaro de sus ojos grises, me abrazó de improviso. Para mayor desconcierto mío, gemía casi al borde del llanto:

—*Oh, mon petit chou! Comme tu es malheureux, comme tu es malheureux!* (¡Oh, mi pobre pequeño! ¡Qué desgraciado; pero qué desgraciado eres!)

Luego creí comprender la desconcertante actitud de Elena, de Rudolf, de don Francisco de Asís y de la emperatriz. Al igual que yo, ocultarían ellos un laberinto de socavadas tinieblas detrás del alma. Me refiero al mismo reverso de la conciencia racional, donde Bécquer percibió a ciegas y en sueños que alguien, muy querido, acababa de extinguirse inesperadamente. También al margen de la razón, presentirían los cuatro la proximidad de mi propia muerte. En otras palabras, el desenlace inevitable del ambiguo plazo que me concedió el demonio.

Ahora bien, en cierto modo, ya ha fallecido quien tiene la certeza de ir a morir, como acaso lo diga en el próximo siglo un poeta al que todavía no trajeron al mundo. Sintiéndome pues muerto, aun sin saberlo ellos, alejábanse de mí, mitad por inadvertido respeto y mitad por temor de contagiarse mi eternidad. Sólo la emperatriz estuvo a punto de percatarse de lo sentido en el reverso del espíritu, aunque nunca se esclarecería a ciencia cierta por qué compadecióse tanto de mí, al despedirme de Mürzsteg.

Con el rey Milano y el duque de Edinburgh, llegué a Frankfurt del Main el jueves, 20 de setiembre. Me acogieron en la estación el príncipe heredero de Portugal, Carlos Fernando; el legado español, conde de Benomar, con el personal de la embajada y del consulado y el propio Klaus Eberhard Solms-Sonnenwalde, vuelto a Alemania con motivo de mi visita. Iban todos enlevitados, salvo el príncipe portugués, pues quiso el emperador que yo viajara de incógnito hasta Homburg. Allí me había invitado a presenciar las maniobras del Once Cuerpo de Ejército.

De Frankfurt a Homburg, donde llegó el tren a las siete de la noche, no tardamos ni media hora. En la diminuta estación del pueblo, hecha un ascua de oro y engalanada con las banderas de medio mundo, a mí, el más joven de los reyes, me aguardaba el más anciano de los emperadores. Formados en Homburg, también esperaban los representantes militares de todos los países europeos y asiáticos, desde el Celeste Imperio a Serbia. Pero casi no reparé en ellos; ni en el *Kronprinz*, Frederick, ni en la princesa imperial, Adelaida, uniformada de coronel honorario de los húsares de la muerte. El emperador y la emperatriz absorbían mi entera atención.

Increíblemente, aquel anciano calvo, mostacho, emblanquecido y más patilludo que el mismo Franz Joseph, había nacido en el siglo XVIII y luchado dos veces, de adolescente, contra Napoleón. Aunque disminuido y encorvado, conservaba un vozarrón de sargento artillero y un agudísimo oído, que sentiría crecer la hierba. Me

saludó en francés, estrechándome las manos. Repuse en alemán. Sonriendo y sacudiendo la cabeza, que el tiempo le enmarillecía como un limón, me felicitó por mi acento de buen estudiante vienés. Luego me presentó a su esposa.

Encogida en una silla de ruedas, era la emperatriz aún más inverosímil. Picuda, enjuta y con un hombro más alto que el otro, parecía un ave y no una mujer: un pájaro de alas rotas a pedradas e inquietos ojillos pardos. Me dio a besar una mano sarmentosa y pardusca; pero no entendí ni una palabra de cuanto me dijo. Ni siquiera sé en qué lengua hablaba. Acaso en una parla perdida, entre la chillería de las gaviotas y el balbuceo de los niños.

En el castillo de Homburg, dormí poco y mal aquella noche. Cuando casi clareaba, tuve una pesadilla inexplicable. Soñé que me adormecía y aparecíase Gustavo Adolfo Bécquer a los pies de la cama. Unos muertos a los que nunca vi —traslúcidas figuras fantasmales, a las que sólo reconocía por sus retratos pintados— giraban pausadamente alrededor de la alcoba. *Míralos y escúchales el rumor de la sangre, puesto que con ellos te toca compartirla* —decíame Bécquer—. *Si aguzas los sentidos, oirás como un zumbido de abejas en un hinojal*. Como salidos de sus cuadros en Madrid, vi a mi abuelo Fernando VII, el rey felón; a mis bisabuelos Carlos y María Luisa; a Manuel Godoy, príncipe de la Paz; a la infanta María Isabel, reina de las Dos Sicilias y abuela de mi madre. En seguida me despertaron las toses. Me levanté con fiebre sin confiárselo a nadie.

Con el emperador y los demás príncipes invitados, yo en uniforme de capitán general español, presencié la revista de cuarenta y tres batallones, treinta escuadrones y ciento ocho piezas. Cerró la ceremonia un doble desfile, según hábito prusiano. A la mitad de la marcha, tronadas y relampagueos abrieron los cielos encapotados y cayó un furioso aguacero al biés. Como el anciano permanecía inmóvil en su montura, saludando las banderas caladas, nadie regresó a los carruajes. Escampó la nubada sin que el emperador la comentara. Me sentía feliz, como lo fui en Nonduermas. Pero, transido hasta el centro del alma, apenas contenía los estremezos que me asaltaban.

A las seis de la tarde me ofrecieron los emperadores el primer banquete de uniforme y de gala, en el Kursaal de Homburg, seguido por una representación de *Carmen*. Acudí a la cena febril y postradísimo; pero en un estado de exaltación, que me sostenía de puntillas y con un solo pie en la realidad. Aunque el ritual prescribía que el emperador y la emperatriz se sentaran juntos, el Káiser me acomodó entre los dos. Siempre en su silla de inválida, apenas alcanzaba su mujer el borde de los manteles. Desatendida de mi presencia y tarareando cancioncillas francesas, sólo partió y probó un panecillo aquella noche.

El emperador había agradecido mis fervientes elogios al ejército germánico. Repuse a su brindis con la cabeza enturbiada y vencidas las fuerzas. La torpeza de los sentidos seguía a la euforia que antes me arrebataba. A duras penas me sostenía y medio a hurto apoyábame en el canto de la mesa. Tengo conciencia clara de haber señalado la ironía de representar la Corona más antigua, siendo allí el más joven de

los reyes. Por lo tanto, en nombre del pasado y del porvenir, saludaba al Imperio y a las Fuerzas Armadas del Reich. De improviso, según me lo contaron luego, incurrí en la atolondrada ligereza de añadir que España lucharía al lado de Alemania, si estallaba otra contienda en Europa central.

Al día siguiente supimos que Bismarck condenaba mi brindis como una necia provocación a Francia. Le pidió al emperador que no me levantara los cascos con otros honores públicos. Pero guardaría Wilhelm I un criterio menos riguroso de mis disparates diplomáticos. El 22 de setiembre, sábado y primer día de las grandes maniobras, me anunció que uno de sus ayudantes iba a ofrecerme los tres uniformes —de gala, de diario y de campaña— de coronel del Regimiento de Ulanos del Schleswig-Holstein, número 15, en sus protocolarias bandejas de plata labrada. Era aquél uno de los cuerpos más distinguidos en la guerra con Francia y lo había mandado el príncipe Karl von Hohenzollern, el hermano del Káiser, hasta su muerte. Con instancia y empeño, me rogaba Wilhelm I que aceptara tan alto honor y vistiese de lancero, mientras estuviera en Alemania.

En Berlín, Viena, París y Madrid, comentaron en distintos tonos mi brindis y mi nombramiento. Exageradamente, elogiábanme los periódicos alemanes. El *Fremdenblatt* vienés, órgano oficioso de la política imperial, dijo que pronto tendría España voz y voto en el teatro europeo. La prensa francesa satirizaba aquellos incidentes y puso de relieve nuestra flaqueza militar. Mi ofrecimiento en el Kursaal era el rugido del ratón al monte. O bien, mejor aún, la arrogancia de la castañera, que cree llevar a espaldas las finanzas nacionales porque pegó su brasero al muro del Banco de España. Desde Madrid, vertiendo el aceite de otros distales a aquella hoguera, recordaba *La Época* que la nuestra era tierra de caballeros y cuna de obras como *El médico de su honra* y *A secreto agravio, secreta venganza*.

Concluidas las maniobras el lunes, 24 de setiembre, salí para Bélgica tres días después. A orillas del Rhin, en los altos de Niederwald, alzábase el National Denkmal, la gigantesca estatua de Germania triunfante, que descubrirían en un par de días. También me invitó el emperador a honrar aquel acto. Pero renuncié por temor a herir la susceptibilidad francesa. Desde París, mandaba Fernán Núñez contradictorios telegramas cifrados. Tan pronto prometía una recepción favorable, como auguraba la enemiga del pueblo. Los cables de Sagasta eran insensatamente felices. El viaje a Francia nacía con estrella, bajo el cielo abierto. Lo dicho. Palabra.

En Homburg me reuní con Vega de Armijo y Alcañices. Acaso concertados a hurtadillas, me aconsejaron omitir el paso por Francia —*el rabo que nos queda por desollar en este calvario,* gemía Pepe sombrío—, y embarcarme en Amberes rumbo al Cantábrico, presentándole cualquier disculpa a la Presidencia de la República. Me negué en rondo. Tanta prudencia por lo que pudiera ocurrirme, así me fuera en ello la cabeza, sería una indignidad para el país. Cedió el ministro de Estado. Alcañices permanecía derribado y mudo en su butaca, al marcharse Vega de Armijo. De pronto, se levantó echando rayos y venablos. Siempre se opuso a mi gira por Europa y

aquella tarde perdió los estribos.

—¡Estarás satisfecho si te matan los franceses! —gritaba fuera de sí, brillándole los dientes blancos y chicos como los de un niño, en el rostro que de puro cobrizo le tira a agitanado, al igual que a su amigo *Frascuelo*—. Esto, por si algo faltaba para el duro, después de tu brindis y tu coronelía de ulano alemán.

Desde Bruselas, llegué a París el 29 de setiembre, a las cuatro menos cuarto de la tarde. Ciento y una salvas saludaron mi entrada en la Gare du Nord. Luego, en un abrir y cerrar de ojos, todo fue a torcerse como lo temía Pepe. A los acordes de la *Marcha real* y frente a un batallón de la Guardia Republicana, detúvose la locomotora. De improviso, para impaciente despecho del jefe de Gobierno, Jules Férry, el viejo presidente de la República, negóse a salir de la sala de espera. En aquel desconcierto, corrieron a recibirme Fernán Núñez y los agregados de la embajada, con el secretario de la Presidencia, general Pittié, y *monsieur* Mollard, el introductor de embajadores. Limé asperezas como pude y fui a saludar a Grévy y a Férry. Con trabajosa fatiga, el jefe de Estado expresó sus parabienes por mi bienvenida. Como después me lo advirtieron, no llevaba el toisón que le otorgamos. No dio brazo a torcer y rehusó exhibirlo.

Como estaba previsto, regresó Grévy al Élysée. Allí debía recibirme a la vuelta de dos horas. Detrás de la puerta vidriera de la place Dunkerque, encaramados los rapazuelos a las farolas y a los árboles, apiñábase un prieto gentío en aceras y ventanas. En mitad de un torvo silencio y con el alma en un hilo, montamos Férry, Pittié y yo en un landó verde, blasonado con el escudo de la República. Apenas nos pusimos en marcha, rompió la multitud en una silba estridente y una furiosa gritería: *A bas le roi uhlan! A bas le pantin allemand!* (¡Abajo el rey ulano! ¡Abajo el títere de Alemania! ¡Viva la República! ¡Muera España!)

Para mayor escarnio, batallones de Infantería de línea, con bandera y música, paraban ante la estación. En vano y sin grandes esfuerzos, la Policía trataba de restablecer el orden. Apenas arrancó el cortejo, echóse la muchedumbre sobre la escolta de coraceros, arrollándola y dividiéndola. Dio una col en el cristal de la ventanilla. Le pedí a Férry que me permitiera abrirla, para aparentar entereza y serenidad. Lívido y ceñudo, se encogió de hombros. Debía creerme tan loco como los alborotadores. *¡Sire, después de las coles, las piedras, y esperemos que luego no vengan los tiros!*

Menguado el acoso, se rehízo la guardia en la Concorde. Desde la Rue Saint-Dominique, Vega de Armijo telegrafió mi llegada al Gobierno, callándose el escándalo callejero. Todos me pedían partir para Madrid aquella misma tarde, rescindiendo la cacería de corzos y la cena de Jules Grévy al día siguiente. Me fui al Élysée de uniforme, pues demorábase el equipaje facturado en Bruselas con mis ropas de paisano. Afuera aguardaba la turba y rugiendo me persiguió hasta la Presidencia de la República: *a bas l'uhlan! A bas le roi bâtard! A bas l'Espagne!* (¡Muera el rey ulano! ¡Abajo el bastardo! ¡Muera España!) Sin aludir a las pitadas y

al vocerío, Jules Grévy se limitó a hablarme de batidas y ojeos, entre un revoltillo de trivialidades. A la vuelta, aconsejó Pepe Alcañices ir por la Rue de l'Élysée, l'Avenue Gabrielle y la Concorde, para esquivar el bullicio y la algarada. Pero no burlamos al pueblo, cada vez más airado y patriótico, armando la de Dios es Cristo ante la embajada. *A bas le pantin! A bas le bâtard royal! A bas l'Espagne!*

Aquella tarde me presentó Fernán Núñez al cuerpo diplomático, acreditado en París. En uniforme y con casco, vino andando el agregado militar alemán, sin que nadie le molestara ni reparase en él. *Sire, à peu près, je n'existais pas!* (¡Señor, casi no existía!), me dijo. No obstante corrían de mano en mano por la calle los libelos impresos. Todos se encarnizaban conmigo, llamándome enemigo jurado de Francia, agente provocador y fantoche de los intereses imperiales. Pepe me mostró un puñado de aquellos folletos, que los porteros cogieron al pie de la embajada, en la Rue Saint-Dominique.

—*Les libelles diffamatoires* nos devuelven a los claros días de Marat y de Robespierre, Dios los tenga en su gloria. Guardaos del espectro de Saint-Just, si esta noche os visita decapitado y con la cabeza en una de las bandejas, donde os ofrecieron los uniformes del regimiento de Schleswig-Holstein —amonestábame Alcañices—. Recordad que nadie reina en la tierra sin que clamen los cielos pidiendo su castigo.

Por la mañana, casi toda la prensa deploraba los disturbios. Según *La République*, mi título de coronel de ulanos era un ultraje de Bismarck a Francia, un agravio del cual no cabía exculparme, pues frívolamente me precipité a aceptarlo. Pero cayeron los parisienses en el lazo alemán y faltaron, por añadidura, a las reglas más elementales de hospitalidad. En el mismo sentido, abundaban *Le Soleil* y *Le Journal des Débats*; las afrentas e injurias, que me infligió el pueblo, fueron parte esencial del juego diplomático de Berlín. Preguntábase *La Patrie* cómo pudieron culparme las turbas de haber admitido una distinción militar del Reich, cuando algunos generales franceses lucían muy orondos las grandes cruces imperiales del Águila Roja y del Águila Negra.

Puesto en autos, me exhortaba Sagasta al regreso inmediato. Vino el barón des Michels, embajador francés en Madrid, para anunciarnos su irrevocable dimisión. *Tout court, au nom de la dignité nationale.* (En nombre de la dignidad nacional. Ni más ni menos.) Sin darle tiempo a Vega de Armijo y a Fernán Núñez de desechar la partida de caza, la anuló l'Élysée. Estaba resuelta mi marcha aquel domingo, declinando la cena del presidente; pero me retraje a los ruegos de Jules Grévy. Al mediodía, compareció en la Rue Saint-Dominique para ofrecer sus respetos. No debíamos confundir a la verdadera Francia con cuatro gritones. Aunque recitada de mala gana y con escaso convencimiento, llevaba la cartilla bien aprendida. Me humillé y cedí.

Más sincero mostróse el jefe del Gobierno ante Fernán Núñez. Le dio a entender que la bullanga dirigíase contra él y mi presencia le sirvió de pretexto. No sería yo

sino la víctima propiciatoria de un gatuperio político, cocido y tejido por el propio yerno del presidente de la República a escondidas del anciano. En cualquier caso, pronto se hicieron sentir en Madrid las repercusiones de aquel tumulto. Sumadas al escándalo de la Mano Negra, pudieron con el Gobierno y lo derribaron. En octubre dimitía Sagasta. Como ya dije, fue a seguirlo Posada Herrera.

—Parece inaudito que Bécquer redactara sus *Rimas* dos veces. La segunda escribiendo de memoria casi todos sus poemas perdidos, salvo los publicados en la prensa. Acaso buscó entonces sus poesías en aquel sobrado del alma, donde en sueños percibía destellos de un futuro desconocido. Quizá se imbriquen allí el hoy, el ayer y el mañana como las escamas de los peces —dijo Guillermo Morphy.

Terminaba el almuerzo con Augusto Conte, en la embajada de Viena. Nadie imaginara aún el estrepitoso fracaso de mi visita a París. Trazó Guillermo la escueta semblanza de Luis González Bravo, el funesto presidente del Consejo al final del reinado de mi madre, muerto carlista en el destierro después de haberse iniciado políticamente en *El Guirigay*, llamando *prostituta real* a mi abuela María Cristina. Aunque modelo de perfidia y torpeza, tuvo siempre una rendida devoción por Bécquer. Inclusive llevóse a su casa el primer original de las *Rimas*, para prologarlo y publicarlo por su cuenta. Por añadidura, como censor de novelas, le debía el poeta el único puesto bien remunerado que tuvo en su vida. No le consiguieron otro de mayor realce por falta de título universitario.

—Según Campillo, aquel manuscrito desapareció en el asalto a la casa de González Bravo, al estallido de la Gloriosa —proseguía Guillermo Morphy, contemplando los manteles—. Yo espero que resurja en unos archivos nacionales o particulares. Por hallarse en Lequeitio, libróse González Bravo de una muerte cierta. A Pérez Anís, el secretario de la Presidencia, lo reconocieron y apalearon brutalmente en la Puerta del Sol. Pero también nos consta que si Sagasta preside ahora el Consejo, fue ministro provisional de Gobernación en la junta revolucionaria del duque de la Torre. Él mandó sellar y defender la casa de González Bravo, en la calle Serrano o bulevar Narváez, como se llamaba entonces.

—Dicen que Bécquer huyó a París con su valedor. O, al menos, acompañó a González Bravo hasta Biarritz —comentaba Augusto Conte—. En octubre del sesenta y ocho, dimitió su cargo de censor de novelas. La libertad de prensa suprimiría en seguida su antigua prebenda. Comprometidos con la Monarquía y sobre todo con su último Gobierno, Gustavo Adolfo y su hermano Valeriano, el pintor, se refugiaron en Toledo aquel otoño por elemental prudencia. Al parecer, allí recompuso sus *Rimas*.

Aunque callara antes, de improviso rompió a reír Alcañices. Si él afirma de Castelar que nunca supo reírse, Pepe se descalza cuando suelta el trapo. Creeríase que entonces se crece y convierte en un hombre más apuesto y corpulento. Ríe, me dijo una vez Julio Benalúa como si acabase de inventar la hilaridad. La víspera de mi

regreso a Madrid, cuando casi partíase y desternillábase, recordando los jamases de Prim a propósito de la vuelta de los Borbones, le pregunté en Aranjuez de dónde sacaba aquellas estrepitosas carcajadas. *Lo ignoro* —repuso—. *También a veces me aflijo a solas y rindo al llanto, sin saber por qué. Acaso por todo el dolor de la tierra. Por lo común, lloro en adviento, cuando aseguran los ingleses que los espíritus se desvanecen, o callan al menos, para no turbar el recogimiento de las Navidades*.

—Atareadísimo andaría Gustavo Adolfo Bécquer, después de la revolución —dijo Pepe Alcañices—. Mientras volvía a escribir aquellos poemas, cuyo silencio aún merece tanta alabanza, colaboró con Valeriano en la serie de pinturas más procaces y puercas que imaginarse cabe. Juntos ejecutaron los dos hermanos ochenta y nueve acuarelas, con unas leyendas a cual más soez. Delicadamente, firmaban sus mamarrachadas *Sem* o inclusive *Semen*: un seudónimo que ya habían usado en el *Gil Blas*. En una burda perversión de cualquier rabelesiana sátira política, impropia de un país civilizado, insultaban y escarnecían al trono y a todas las figuras del régimen caído, incluidos los padres de su majestad.

»No faltan allí los déspotas como Ramón María Narváez y Luis González Bravo, a los que yo siempre aborrecí, aunque de su mano comieron los Bécquer como lame el perro la escudilla del dueño. Ya fuese por desdeñosa piedad o por sincera admiración, como la tuvo González Bravo por el poeta, aquel par de amos y señores ayudaron a los Bécquer y les abrieron sus casas. Baste añadir que Narváez, en cuyo entierro se deshizo en llanto Gustavo Adolfo, cierra aquella basura gobernando en un cadalso. Junto al garrote y al negro capuchón de los ajusticiados, exhibe graciosamente la soga del verdugo.

A instancias mías y de mala gana, repuso Pepe que la entera inmundicia se llamaba *Los Borbones en pelota*. Tal era, al menos, el título de la ilustración liminar. Sombrío o atónito, escuchaba Augusto Conte. En cambio, asentía a veces Guillermo Morphy, pues Pepe le había abierto y mostrado los dos portafolios de las aguadas. A mí se negó siempre a descubrírmelos. Encerraban demasiadas truhanerías, impudicias y aun verdades contra mi madre, mi hermana Isabel y don Francisco de Asís. *Bástale saber al señor que sale bastante bien librado de manos de los Bécquer. Le salvó su corta edad en aquellas fechas. Unas pocas veces es un crío que baila y toca las castañuelas o el violín. Otras es un rapaz de circo en la cuerda floja. En una sola ocasión, siempre muy niño, lo tumba la libertad de un papirotazo*. Peor suerte, claro, corrían otros personajes de la época. El arzobispo Claret, confesor de mi madre, convertíase en un asno cuando no cabalgaba en un cerdo, como un demonio del Bosco. También iba a la feria disfrazado de nodriza o de proveedor de alfalfa para las ovejas de Cristo, como rezaba el pie de una pintura. Sor Patrocinio era un búho, una buscona o una bailarina despendolada. Si Narváez quedóse en verdugo, González Bravo salía hecho un ratero, un chulo de burdel o un bufón en cueros, trapisondista y en perpetuo priapismo.

No obstante, como el propio Pepe tuvo que admitirlo, resultaba imposible sacar

en limpio el propósito político de tanto escarnio. A los prohombres de la revolución, no les daban los Bécquer mejor naipe que a los de la Monarquía. Pintaban a Prim como un buitre, un pastelero o un pavo real. En un mulo se metamorfoseaba Ruiz Zorrilla, mientras Nicolás María Rivero, primer alcalde revolucionario de Madrid, mudábase en un odre de vino. En otra acuarela, España les cantaba las cuarenta a las claras al marqués de los Castillejos, a Serrano, a Rivero, a Topete, a Sagasta y por añadidura a Olózaga, entonces embajador en París. Juntos o por separado, no valían ni un carajo. Así de explícita era su condena.

—Empeñada la palabra, no puedo nombrar a quien le compré los portafolios —defendíase Alcañices, mirándome de frente—. Acaso debía destruirlos por respeto a su majestad. Pero, al revés de Bécquer, no tengo vocación de fiscal de novelas ni de familiar del Santo Oficio. Sólo quiero señalaros, señor, que el delicado y profundo poeta de las *Rimas* es inseparable del zafio caricaturista de Toledo, aunque juntos sean también incomprensibles. Al menos para mí.

Se le escapaba a Pepe cómo pudo Bécquer haber escrito sus poemas por segunda vez, de memoria o a través del olvido, en tanto pergeñaba *Los Borbones en pelota*. Pero, si el hombre es la medida de todas las contradicciones, como ya lo apunté en otro lugar, los seres como Bécquer y yo mismo seríamos los más humanos. Mientras los otros se niegan y desdicen a horas o en días distintos, nosotros siempre nos afirmamos y tergiversamos al mismo tiempo. Acaso tal sea nuestra desquiciada suerte, porque, jóvenes y enfermos incurables —él en su época y yo en la mía—, permanecemos muy cerca de las sombras que se nos abisman en el alma. Hablo de aquellas tinieblas, acaso hondas como las del firmamento, que únicamente se roza en sueños o al final de esta trágica farsa.

En La Granja, sobre la mesa de mi despacho privado, se abren las *Rimas* junto a una fotografía de Mercedes, asomada a la terraza de San Telmo. De aquel daguerrotipo, fallecida mi mujer, pintó un óleo Valeri. A estos dos volúmenes de las *Obras de Gustavo Adolfo Bécquer*, prologados por Rodríguez Correa, referíase Guillermo en Viena. Costearon los amigos la edición, a la muerte del poeta en la más abyecta pobreza. A los pocos años, mendigaban otra ayuda para Casta Esteban. Imprimieron entonces una circular con una fotografía de Bécquer al dorso. Yo mismo contribuí anónimamente, a través del caballero Morphy. Vendían el retrato a cincuenta céntimos y encabezaba la suscripción José Zorrilla, aunque nunca tuvo o pudo ahorrar un cuarto.

Releo aquí el poema, que más me atrae y deslumbra. Es el veintidós de las *Rimas* y Bécquer lo encabeza con una cuestión, que no sería académica para él. Se pregunta si los sueños, al margen del tiempo y el espacio físico, permanecen dentro o fuera de nosotros, y si en su ámbito, caiga donde caiga, conviven todos los espíritus dormidos, amando, odiando, sufriendo y gozando hasta la hora de despertar. Dondequiera que se halle semejante mundo, siente Bécquer la certeza de haber conocido allí a mucha gente a quienes en realidad desconoce, sensible y racionalmente.

Infiero de todo aquello que Bécquer atribuyó a los sueños unas estructuras comunes y universales, horneadas y moldeadas en los desvanes de la razón. No obstante, como el disfraz en el teatro o la estampa sobre el esqueleto —invariable en punto y número de partes—, también cobrarían apariencias individuales y particulares, propias de cada vida y cada época. Pero el íntimo orden y las verdaderas formas de los sueños —los míos, los de Pepe Alcañices, los de quien lea estas páginas, después de mi muerte— son fundamentalmente siempre los mismos. Lo serán desde que el hombre amaneció en la tierra.

En párrafo aparte, me pregunto si no son aún más parecidos los sueños de aquellos cuyos talantes y existencias se asemejan. Digamos el propio Bécquer y yo mismo. Contradictorio y discordante cada uno consigo propio, consumidos los dos por largos años en plena juventud, vivimos enfrentados con un común valladar infranqueable. Por añadidura y quizá con idéntico afán, porfiamos por verter la vida en palabras a través de la memoria. Bécquer, en la segunda versión de sus *Rimas*, y yo, en estos recuerdos que a veces se me antojan interminables.

Vuelvo así a mi sueño en el castillo de Homburg, con el poeta en el centro de la lenta ronda de mis antepasados. *Míralos y escúchales el rumor de la sangre, puesto que con ellos te toca compartirla. Si aguzas los sentidos, oirás como un zumbido de abejas en un hinojal*. Daban vueltas cada vez más lentas aquellas sombras, salidas de los cuadros, como advirtió Bécquer que ruedan las ideas en torno del cerebro al adormecernos. Acaso de otra pesadilla suya, no muy distinta de la mía, nacieron *Los Borbones en pelota,* mientras en la vigilia esforzábase por volver a crear las *Rimas* perdidas. Por ventura, contemplo entonces dormido a mi madre, a los amantes reales, a don Francisco de Asís, a González Bravo, al arzobispo y a la monja, revoloteando al derredor de aquel niño, en la precaria maroma de la historia, que soy yo en una de sus pinturas según cuenta Alcañices.

No en el porvenir sino en el pasado, adivino ahora otra visión del poeta. De nuevo, lo supongo mirándome en un sueño suyo, en tanto escribo en estos cartapacios. Consciente, aunque dormido, ignoraría Bécquer quién sería aquel hombre, más o menos de su edad en 1868 y en apariencia tuberculoso como él, que se desviviría como yo me obstino en escribir estas mismas palabras. No podría reconocerme, porque para Bécquer no era yo sino el bufoncillo circense o el rapazuelo de las castañuelas, coceado por la libertad. Luego, ya al borde de aquellas sombras donde el sueño plagia a la nada en la noche, creería distinguirse e identificarse a sí mismo —a sí mismo en mí—, como si se contemplara en la luna de un espejo. Irónicamente, casi dieciséis años después, vacilo y me pregunto si de veras seré Alfonso de Borbón y Borbón, rey del Corral de la Pacheca, como Cánovas llama al desventurado país, o sólo soy un viejo sueño de Gustavo Adolfo Bécquer. Un delirio suyo, entre las *Rimas* y *Los Borbones en pelota*.

23 de julio, 1885. El Pardo

Como lo puse en papeles anteriores, libró el ánima, si no el cuerpo, quien siente la certeza de su próxima muerte. Por añadidura, un presentimiento marginal me hizo afirmar que así lo diría en el siglo XX alguien, a quien aún no concibieron. Pero no es cierto, claro. No cabe entregarse a la muerte, como el águila aliabierta se abandona a los vientos, o la hoja al torrente. No muere quien quiere sino quien aprendió a morir. Ésta es la escueta verdad del caso y a mí me corresponde comprobarlo ahora.

Entre la flema de las toses, empecé a escupir unas gotas o unos hilos de sangre, hace tres semanas.

Exactamente, el primero de julio, cuando decidí huir a Aranjuez apestado a la mañana siguiente. Aunque la escapada sólo me llevó parte de un día, al regreso sentíame muy recobrado y cesaron los esputos. Una aviesa casualidad se recrea en aliviarme, en presencia de los desastres. Lo mismo me ocurrió en enero, a la vuelta del viaje por Andalucía. A través de borrascas y nevadas, que habrían helado el ánimo de no llevarlo aterido o ardiente de indignación, cabalgué y anduve por todas aquellas tierras, retembladas y estremecidas.

Casi sin repararlo, me llevé al Real Sitio un pañuelo rojo. Lo había comprado en París, con los abanicos de mi mujer y de mi hermana. En Aranjuez, mientras le velaba la agonía a la priora, quise recordar lo que creía haberle oído a Gerión en palacio, nueve años atrás. Sonaría mi hora, cuando la sangre arrojada me obligase a ocultarla con un mocador encarnado. Pero tampoco era aquello del todo cierto, pues, como ya dije, en Madrid cesaron las expectoraciones y los esputos.

A mi pesar, me confesé con el doctor García Camisón. Alarmado, me encamó un par de días. Al tercero, me levanté sin permiso suyo, suponiéndome mejorado. Pero sangraba y tosía hacia el 11 de julio, cuando Cánovas leyó en el Congreso la disolución de la legislatura. La inmediata renuncia del bandido de Romero Robledo, en Interior, con la del contralmirante Juan Bautista Antequera en Marina, me fortaleció la entereza y cortó los esputos. Hasta ahora no han vuelto, si bien me acuesto con fiebre por la noche y amanezco fatigadísimo. A Romero Robledo lo sustituyó Raimundo Fernández Villaverde, y a Antequera, otro contralmirante: Manuel de la Pezuela.

Tan bien me sentía hace cuatro días, que a El Pardo me vine con Pepe Alcañices y Julio Benalúa. Les dije que únicamente mitigaríamos el bochorno madrileño, chapuzándonos en la presa del pueblo. Entiéndase los tres solos y a culo pajarero, como cuando Julio y yo éramos niños y Pepe nos enseñó a nadar. Me miraron ceñudos y atónitos; pero no expusieron mayores protestas. O pensaron que, si me iba de este mundo, otra temeridad no anticiparía ni precipitaría el desenlace.

—Conozco aquellos contornos como el abecé y mejor que el padrenuestro —puntualizaba para resolverles las dificultades—. No será difícil dar con un recodo donde bañarse a escondidas de pastores y veraneantes.

Pronto me fatigué y salí del agua desalentado. Desnudo como nací y chorreando de pies a cabeza, me rehíce en la arena de una playuela. Olía la luz a romero y a albahaca. Sonaban las chicharras en los bosques, que Juan López de Hoyos —el maestro de Cervantes— dijo espesos y enmarañados como el laberinto de Minos, según citó una vez Guillermo Morphy. Creyéndome adormecido, me cubrió Pepe con su albornoz beréber. Se vistieron y charlaban al sol, en voz muy baja, Alcañices y Julio Benalúa.

Bruscamente recordé que a aquellos parajes vendría a morir. Estaba dispuesto en la orden de otra jornada, irrevocable y cercana. Pero vuelto a la presa de El Pardo, a instancias de un súbito impulso, no es éste el viaje definitivo. A los cinco o seis días —tal es decir, pasado mañana— parto para La Granja de San Ildefonso, donde me esperan Crista y las niñas. No acudí a El Pardo a fallecer sino a ensayar la última romería: la que conduce al infinito. Tal por cual el pañuelo de París y la sangre, que escupo a trabucados intervalos, son otras puestas a prueba de mi inapelable desaparición.

También reparé cómo procedía casi a ciegas, antes de advertir el verdadero sentido de mis actos. Así la compra del moquero rojo. Así la resolución de zambullirme en la presa, como si fuese una piscina probática donde lavarme, vuelto yo una res en vísperas del sacrificio. Así las plácidas reflexiones, al pie del laberinto de López de Hoyos. En tanto gozaba de aquel instante, tan aislado y tan cerca de mis amigos, pensé que los cielos debieran eternizarlo debajo de los párpados entornados.

Aunque sólo a misas dichas le escribí haber recalado en El Pardo, con el propósito de restaurar fuerzas, pronto supo Cánovas todos los detalles de la fuga. Anteayer trajo a capítulo a Alcañices y a don Laureano García Camisón. Desde que a él y a Joaquina de Osma se les murió recién nacido el primer hijo, al año de casados, se agita y encrespa a toda hora. La ira se le vuelve acíbar, resentimiento y rejalgar, cuando recuerda cómo nos devora la venalidad y desprecia el pueblo, ya olvidado de la acogida que dispensó a mis viajes por Andalucía y Aranjuez. Con Pepe y el doctor en pie, tal por cual un par de ordenanzas sisones, Cánovas les echó el toro encima y los puso como ropa de pascua.

—¡Si el rey vuelve a bañarse en la represa, o para el caso en cualquier otro sitio, dimito como jefe de Gobierno inmediata y terminantemente! Hasta que su majestad no se recobre por completo, como lo hará muy pronto si Dios quiere, no tolero más insensateces de sus amigos. ¡Mucho menos de sus médicos! ¡Están ustedes al cabo de la calle y espero hacerme entender, porque soy hombre de una sola palabra!

Por fuente imprevista, supe que le pidió a Martínez Campos que no se aleje de Madrid este verano. Se le antojarán poco menos que inevitables el golpe de Estado o la revolución, si me parto del mundo. Semejante temor lo agobia tanto como lo

enfurece. Por grandes que sean sus pasadas diferencias con el hombre fuerte de Sagunto —*general, tarde o temprano el Derecho termina por imponerse siempre en la historia. No hay razón alguna para que ustedes, los militares, se atribuyan el privilegio de anticiparlo,* —sólo confía en Martínez Campos para salvar el trono, cuando ya no exista.

En los últimos meses nos asolaron demasiados desastres. Primero vinieron los terremotos, rajando a Andalucía como una granada y arrancándoles de las entrañas abiertas un dolor y una miseria humana, como no los viera desde las inundaciones de 1879. *Mis antepasados irlandeses llamarían a los terremotos un acto de Dios* —gemía Guillermo—. *Me pregunto si el mundo visible no será el infierno del infierno*. Luego llegó la peste: los vómitos y calambres del cólera, infestando a medio país despavorido. De la epidemia, no me dijo el secretario lo que pensarían en Irlanda. Por mi parte, deduje que si nuestros sueños eran análogos a los de los hombres de las cavernas, el terror ante la plaga lo compartiríamos con otros antecesores más cercanos. Entiéndase al paisanaje de la Edad Media, diezmado por la muerte negra a cada canto del gallo.

Quise plantarle al confesor mis dudas sobre la Providencia. Por lo común, le hablaba de lances lascivos que absolvía sin escucharme. Repuso que Dios me hizo presenciar tantas calamidades y sufrimientos para que me sometiera a mi dolencia y creciente flaqueza. Repliqué que en tal caso mi conformidad sería un acto de monstruosa soberbia. Asimismo, aquellas consideraciones hacían las desdichas ajenas todavía más vanas e incomprensibles, puesto que largo tiempo atrás acaté mi suerte y mi muerte.

Anochecía el día de Navidad. Se oscurecieron unos cielos color panza de burra y empezó a cellisquear. Pronto volvióse el aguanieve espesa nevada. En un Madrid desierto, pararon los tranvías en las calles o los condujeron a las cocheras las caballerías ateridas. Desde palacio no se distinguían los jardines ni la plaza de Oriente. Me distraje pensando en las nieves de San Cristóbal y Villatuerta, dorándose al sol en la fracasada campaña de 1875; en las de Radan con Mercedes, mientras las cruzaba como una exhalación el lebrato de ojillos sonrosados. Iba diciéndome que su blancura parecía entonces soñada o pintada, cuando un violento temblor agitó el despacho y casi me arroja de cabeza contra la ventana escarchada. A duras penas e instintivamente, me sostuve con las palmas en el alféizar.

Disparáronse timbres y campanillas. Tintineaban las arañas y fueron a rajarse unos espejos, mal ajustados en sus marcos. Con escandaloso estrépito, cayó una armadura arrastrando la pica y la espada. En el Real detuvieron la representación unos minutos. En el barrio de Salamanca se agrietaron paredes y estrellaron cuadros, lámparas y vecinos. En Vallecas y Villaverde despertaban despavoridas las madres obreras y huían, descalzas y medio desnudas, con los hijos en brazos a través de la tormenta.

No se demoraron las dantescas nuevas de Andalucía. En Vélez Málaga,

estremecido por nueve terremotos, se derrumbó la estación de telégrafos y escapaba la gente a los huertos. Los primeros telegramas venían de las capitales. En Sevilla, el público salía en tropel de los cafés y los teatros. Derribáronse algunas casas y se partieron las fachadas del hospital del Pozo Santo y del convento de la Misericordia. Aterradas por tres temblores consecutivos, las familias pudientes de Granada se escondieron en sus carruajes y las demás evadiéronse a la vega. Allí se repetirían los terremotos la noche de San Silvestre y diez mil almas volvieron a huir, buscando amparo al cielo abierto. En Málaga rescataron los primeros muertos bajo paredones caídos. De miedo, tiritaba la población en la playa y amenazaban ruina las torres de San Telmo y de los Mártires, así como las parroquias de Santo Tomé y del Espíritu Santo.

Las mayores calamidades cebáronse en las provincias. No cesaba de sumarlas el telégrafo en las despiadadas pascuas. Un fallecido y numerosos heridos en Motril. Doce en Loja y otros doce en Talarraya. Ocho en Murchas. Cuarenta en Arenas del Rey. Yacían en ruinas enteras poblaciones como Alhama, con acaso trescientas víctimas. En Periana quedaron inhabitables las pocas casas en pie y hubo treinta muertos. En Albuqueros y Albuñuelas, arrasados como Alhama, pereció medio vecindario. La misma noche de Navidad contaron veintisiete cadáveres en Arenas del Rey. Luego llegarían a cuarenta.

A veces, de forma trágicamente churrigueresca, se transfiguraban y extendían los desastres. En Málaga derrumbáronse con áspero estruendo las majestuosas chimeneas de la fábrica de gas. Olvidados de sus males, tomando aquel fragor por el fin del mundo, fugábanse los enfermos del hospital. En el patio de la cárcel, se apiñaban los cautivos para no morir en sus celdas. En el teatro de Priego, saltaron desatinados los espectadores de la galería al patio de butacas y a las lunetas, en tanto los demás se pisoteaban y empellían en las salidas. Dos muertos y varios heridos arrojó su pánico.

En Nerja siguió al terremoto un huracán fortuito y venido de la nada. Derribaron los vientos varios edificios ya dañados y escapó la gente al praderío, saltando bardales y sobrecogida por tantos infiernos sobrepuestos. De madrugada volvió a temblar el campo en Albuñuelas martirizado y abrió un abismo, que devoraría cuatro fincas con sus corrales y cortijeros. En Periana, donde los horrores no tenían fin, un desprendimiento —tan repentino e imprevisto como el vendaval de Nerja— sepultó a cuarenta y ocho voluntarios que participaban en las tareas de salvamento. En Río Gordo desgarróse otro abismo con estruendo ensordecedor y de aquel precipicio manaron altísimos surtidores de agua hirviente.

Reunido el Consejo, aprobó una suscripción nacional e invitó a los funcionarios del Estado a ceder parte de su próxima mensualidad. También acordóse eximir del pago de contribuciones todos los edificios dañados, anticipar a las corporaciones de Málaga y Granada el ochenta por ciento de los intereses de sus propios correspondientes y abrir suscripciones internacionales en embajadas y consulados. El Banco de España suscribió ciento veinticinco mil pesetas. En París se recaudaron

cincuenta y cinco mil y en Londres otras cuarenta y cuatro mil. Donó el papa tanto como los británicos y hasta mi primo Carlos mandó sesenta mil reales desde el destierro. En nombre de mi familia, quise contribuir con cincuenta y cinco mil pesetas. En menos de una semana, alcanzamos el medio millón.

Hasta el 9 de enero no pude ir a Andalucía. Demoró el viaje la tácita oposición de Romero Robledo y de Cánovas. Me advertían que arriscaba la salud y la vida en unas tierras desoladas y en el más cruel de los inviernos. Tardé una semana en quebrar sus escrúpulos y su reticencia, mientras frisaba la suscripción los dos millones y a mí me consumía el desasosiego. Para su gobierno y el mío, como preciábase de puntualizarlo, derivó Alcañices cínicas conclusiones de aquel atascadero.

—No quiere Romero Robledo, el primer bribón del reino, que vea el señor los abusos de su ministerio. Como de costumbre, Cánovas se lava las manos y barre la basura debajo de la estera. Peor que los terremotos es la obra de Gobernación en Andalucía. Como dijo Mateo Alemán y a mí me lo contó Guillermo Morphy, que Dios te libre de peste castellana y de hambre andaluza.

En la espera, ensañábase el frío por todas partes. La nieve detuvo los trenes en los Pirineos y nos aisló de Europa. Descendió Castilla la Vieja a veinte bajo cero y en Levante se helaron los naranjales. Por último, pude partirme el 9 de enero. En representación del Consejo, iban conmigo Romero Robledo y el general Quesada, con los diputados granadinos y malagueños. Yo me llevé a Pepe Alcañices, a modo de consejero y mayordomo.

Llegamos a Granada de madrugada y nos fuimos a Loja, donde descansé unas horas. Reuní fuerzas y coseché ánimos imprevistos, en los doce días que vagamos por aquellas tierras. De Granada y Málaga, recorrimos los pueblos demolidos, a veces a caballo y aun a pie, bajo aguaceros y nevadas. Donde talaron los temblores casas y ventanas, dormíamos con los desposeídos en unos barracones, armados sobre cuatro tablas dispuestas en el campo encharcado. Como en Murcia, cuando las venidas, parecía crecerme en cuerpo y alma, ante el infortunio de los demás y las propias fatigas.

Insistió Romero Robledo en repartirles los millones recogidos a los ayuntamientos de los pueblos más dañados. Cedí, aunque aquello me parecía la limosna a la puerta de la Almudena, la sopa boba en los conventos del pasado, o el lavatorio de los mendigos en Jueves Santo. Nunca olvidé aquel ritual, en el salón de Columnas, que a mí me asustaba en la niñez tanto como envanecía a mi madre. *Hijo mío, sólo me siento verdadera reina, fregoteando y enjuagando las patas de los pobretes. Cuando yo no eche sombra y te corresponda este privilegio, no hagas aspavientos ni muecas por mucho que hiedan y cepíllales a conciencia los uñeros*.

Por todas partes, mostrábase la naturaleza tan atroz y real como el dolor humano. En Albuñuelas y en Alhama amanecía un alba lívida sobre muros y tejados, reducidos a cascotes. En Albuqueros, un pueblo desmigado, semejaba la lluvia un sudario de gris estameña. *Tavía la semana pasá soían grito de niño, bajo eto derribo y*

ecombrera —nos contaba un pastor al socaire del paraguas de Quesada—. *Hata la Guardia Siví hurgaba en ete debarajute con la bayoneta, tratando de desenterrarlo. Sesaron de pinchá al callá er úrtimo grito*.

Abría las fauces la sima de Albuñuelas, bajo una granizada interminable. Borboteando ascendían los manantiales de Río Gordo y rugía la tierra bajo los pies, como bramarán las ballenas en la noche. Descarnadas las laderas de la sierra, caían grandes peñascos con estruendo escalofriante y se desplomaban las casas en Torrox, Antequera, Vélez Málaga y Berenagorza. *Alguno de lo inosentillo, sarvado de lo temblore, luego murieron de frío en la cueva o en er campo, en braso de su mare, si la tenían viva* —proseguía el pastor en mitad de aquel mundo supliciado—. *Yo perdí do nieto y la nuera, que er hijo lo tengo en Bueno Aire y hase tiempo que na sabemo de er. Me sarvé porque toy loco y por ta no pueo morí*.

—Su majestad se partió el pecho. Pero el viaje es un fracaso para el trono, desde el punto de vista político —me decía Alcañices, en Madrid—. La mayor parte de aquellos millones fueron a manos de canovistas. Experto en tahurería, así se encargó de barajarlos el gran Romero.

»Visteis, señor, la miseria de aquella gente, antes de que los terremotos convirtieran su destitución en otro espanto. Me susurraban a escondidas que un diezmo de vuestra ayuda se lo embolsarían los bandoleros. Así se cobran su supuesta protección y en muchos sitios saquearon pueblos y caseríos, en cuanto nos fuimos. Romero Robledo les fomenta los despojos, porque velan por sus caciques. Se los custodian y vigilan como la loba a los cachorros. No sólo sirven las partidas de guardia pretoriana al Ministerio de Gobernación sino también al Gobierno, donde Cánovas pretende ignorarlo todo. Por si algo faltase para el duro, se comenta que vuestra familia debió contribuir mayormente a la suscripción nacional. No saben en cuánto; pero así lo repiten. Acaso quieren que su majestad contraiga un cancro en la cara, para identificarse con tanto despojo. Si éste es el caso, quizá tengan razón.

En Madrid resumió Alcañices funciones de alcahuete y encubridor. Remozado e irresponsable, me daba a la lascivia, como un desatinado. Sabíamos los dos —Pepe tan bien como yo— que acaso sería aquél mi penúltimo o antepenúltimo invierno. Con deliberada depravación, apercibió el señor duque de Sesto mi encuentro con la hija de un lechero de la calle Mayor. Quedé sobrecogido al verla, pues no sólo se llamaba Mercedes sino que era idéntica a mi mujer muerta y tenía el mismo timbre de voz. Serían los suyos dieciocho o diecinueve años de doncellez. Pero mostró en seguida una innata sabiduría y una precoz querencia por las salacidades. Nos amábamos por la tarde y su padre viudo nos ofrecía una merienda de chocolate hirviente, con cuajada y borrachos. La hija lo recibía con arrumacos de mamoncilla y no tenía escrúpulos en mostrarse desnuda como vino al mundo, ante el hombre que la concibió. El vaquero era catalán, de un sitio que dicen La Escala, y nos cantaba unas habaneras muy bien entonadas de las cuales no entendía yo ni media palabra.

—Me asegura que la leche del chocolate procede de otra vaquería, porque sus

reses no tienen buen aspecto esta temporada —contábale a Pepe—. A fuer de sincero, también se confiesa republicano federal y muy devoto de don Francisco Pi.

—Todo ello es la pura verdad. Pero se calla tener las vacas tuberculosas. Yo lo supe, al pedirme y devolverme él un préstamo para untarles las zarpas a los veterinarios municipales, a cada incordiante inspección. Me lo recomendaron como tenor y lo llevé a casa, cuando cenamos con los Mospons y los Marianao, para que diese un recital de sardanas y habaneras. Desde entonces me honra su amistad, sean cuales sean las diferencias políticas. Salvadas las distancias humanas y divinas, ¡pobres de nosotros!, parecemos Cánovas y Castelar.

Terminé el episodio con la hija del lechero para no exponerla a mi dolencia. Pero no era aquello sino doblez, puesto que disfrutaba sin reparo a otras mujeres. En realidad, no soportaba su semejanza con mi prima, desde el talante a la forma de hacer el amor. De noche, perseguíanme atroces pesadillas, en las que degollaba a la corza de Riofrío con una navaja albaceteña. Presa entre mis piernas, despavoríanse sin alcanzar a huir la extraña bestezuela con la mirada muda de Mercedes.

Para mi desconcierto, la muchacha amaneció de camarera en palacio. Sin consultarme, le obtuvo Alcañices la canonjía. Me sentí tan furioso como cohibido. Sería aquélla una tardía y tortuosa venganza contra la reina. O tal vez, en un dominio más vasto, pretendía ofrecerme Pepe una imagen cada vez más grotesca y descabellada del mundo que yo dejaba —imagen de la cual éramos él y yo trazos indelebles—, para que no me doliera tanto el perpetuo destierro. Cualquiera que fuese el caso, no tardó en enterarse de todo *notre chère Christine*. Tuvimos otras escenas deplorables y vergonzantes. Despidieron a Mercedes y no volví a verla. Como luego, a raíz del baño en la presa, me puso en autos Cánovas: no toleraría la repetición de tantas aberraciones.

A dos tardes de la Epifanía, cuando Pepe me llevaba en su victoria a casa de otra querida —era entonces la nieta de Teresa Mancha y de José de Espronceda, Blanca de la Escosura, quien tiene y alquila un hotelito en una esquina de Lanzas Agudas—, nos cruzamos con un largo desfile de parados. Si bien vive Madrid la fiebre de la construcción, tan jaleada por *La Época,* falta trabajo para muchos jornaleros recién venidos del campo y las provincias. No da el tajo para tantas manos ni el pan para todos los hogares.

Miles de infortunados atravesaban la Castellana y detenían los carruajes a su paso. Sombríos los mirábamos Pepe y yo. Amoratados de frío a la luz de enero, con sus largos blusones, sus gorras o sus boinas caladas hasta las cejas, semejábanse todos. Vendrían de Colmenares o de la Guindalera, acaso de las Injurias y de las Peñuelas, donde Madrid linda con el Tántalo y el Averno, según lo afirma Guillermo. Entrarían por los barrios de la burguesía tradicional, como la calle Mayor, la Puerta del Sol y la calle de Alcalá. Personábanse ahora en la Castellana, sin altivez y sin pordiosear. Sencillamente, haciendo acto de presencia.

—Lo perdieron todo, aunque perdieran poco —le dije a Alcañices—. Su jornal

medio era de cuatro pesetas. Un matrimonio con dos hijos gasta otras tres, acaso tres y media, para comer a diario. Por las blusas y las calzas que llevan pagaron un mínimo de dos duros y no se permiten otro calzado que las alpargatas.

—Tampoco puede repartirles su majestad la limosna de una suscripción, como lo hizo en Andalucía —replicó Pepe sin mirarme—. No piden caridad sino trabajo, aunque lo reclamen en silencio. Al menos, por ahora. Mañana amanecerá Dios y ya veremos.

Había muerto Narciso de la Escosura, el padre de Blanca. Su viuda, Blanca Espronceda, andará ahora por la cincuentena. Es la hija del poeta y de Teresa, quien luego tuvo tres hijos más con de la Escosura. Con todas las cartas sobre la mesa, la historia de aquella familia sale tan zarzosa como a nosotros se nos enmaraña la estirpe, por detrás de la iglesia. A Teresa Mancha, hija de un coronel liberal huido de mi abuelo, la conoció el jovencísimo Espronceda en Lisboa. Todos, Espronceda y los Mancha, pasaron luego a Inglaterra. En 1829 o en 1830, según cuentas de Blanca, Teresa contrajo matrimonio en Londres con un comerciante castellano, Gregorio Bayo, y de él hubo un par de mellizos: Ricardo y Julia. Trasladados los Bayo a París, Teresa abandonó el hogar y fugóse con Espronceda, quien nunca había cesado de perseguirla. Juntos regresaron a España, a la muerte de Fernando VII, y en el treinta y cuatro les nació Blanca. Después de tormentosos escándalos y fallidas reconciliaciones, separáronse definitivamente en 1836. Teresa se fue a vivir con Narciso de Escosura. También rompería con él, no sin parirle otros dos hijos.

—Mi abuela murió sola y en la peor miseria, en otoño del treinta y nueve. Según repite el vilipendio, acabó de ramera en un burdel —gemía Blanca—. Espronceda escribió entonces su *Canto a Teresa*, un planto de desesperado amor a una mujer tan querida como despreciada. Por su parte, casó mi padre con mi madre, que en cierto modo era también su hijastra. Supongo que ni él ni Espronceda maridaron con Teresa, porque aún vegetaba o bullía don Gregorio Bayo, su único esposo legítimo, que para mí no era sino un nombre.

Siempre poseída por Teresa —decía Blanca—, *no me libro de su embrujo*. Vivía y hacía el amor, creyéndose la amada del poeta. En el fondo desapasionada, pretendía venirse, o veníase a fuerza de imaginarse a Teresa en mis brazos. En su ceguera, no cesaba de hablarme de sus abuelos ni de recitar a Espronceda. Pero mucho me asustó, cuando enhebré largas estrofas de *El diablo mundo*, sin apunte ni traspunte, dejándome llevar por súbitos bandazos de la memoria. *¿Quién pensaría jamás, Teresa mía / que fuera eterno manantial de llanto / tanto inocente amor, tanta alegría, / tantas delicias y delirio tanto?*

—¿Cómo recuerdas todos esos versos? ¿Por qué los repites con una voz que ni siquiera suena como la tuya?

—La memoria es la inteligencia de los cómicos. Nací para el teatro, pues me corresponde un puesto de honor en la farsa nacional. —Como me mirase desconcertada, concluí al margen—: Hablo de un tablado a imagen de otro más

ancho, el del mundo, donde acaso sea la muerte la única realidad.

Temblando, se me entregó. Gozaba sintiéndose Teresa; pero temía que Espronceda, fallecido quince años antes de mi llegada al mundo, viniera a reencarnarse en mí. Más por espanto que por arrobo, fue aquélla la única vez que de veras se enajenó conmigo. También yo temí empezar a amarla entonces, cuando irónicamente ella me suponía otro y pronto no seré nadie. Quise romper con Blanca de la Escosura y romper en seguida. Como quien disipa el humo, agitando un mantel con las manos, o quiebra un espejo de un bastonazo.

Nunca me agradó la poesía de su abuelo, aunque tantos poemas le aprendí de memoria. En sus versos, me agobia el furioso galope de los cascos, las lanzas hambrientas de matar, la carne que hierve bajo las sillas de los jinetes, las apariciones de pútridos espectros con traje de novia, las timbas, los duelos, los corsarios, los héroes fusilados, los reos en capilla, los soles deslumbrantes, los mares bravíos, los tigres devorando la carnaza, el rumor de las cadenas y hasta las sílfides carnales. Entre gritos y carcajeos, me ciega y aturde tanto trote, rugido y lamento rimado. Mis gustos poéticos, más recatados que mi vida, tienden hacia el callado recogimiento de Bécquer.

No obstante, a cada uno de ellos, Espronceda y Bécquer, le admiro y envidio el amor que vivió en la tierra. Espronceda con Teresa y Bécquer con Casta Esteban. El hecho de que ambos fueran desdichados y conocedores del gran infortunio, que les trajeron sus pasiones, no empece la dimensión ni la profundidad de su experiencia humana. A mayor abundamiento, Bécquer encontró un lenguaje personal y adecuadísimo para expresar lo sentido. Igualmente, creería haberlo hallado Espronceda en su elegía a Teresa. Pero me sobra y ensordece su riada de retórica poética.

Al mismo tiempo, aquella fronda de palabras me parece casi tan contingente y omisible como la infelicidad de los poetas. Lo cierto es que Espronceda y Bécquer ampliaron y ahondaron su existencia a través de Teresa y Casta. Ni por asomo habré conocido yo un amor tan grande cuando me vaya del mundo. No lo tuve por Elena ni tampoco por Mercedes. Pero quisiera creer que con ella habría llegado a vivirlo si nos hubiese concedido más tiempo el tiempo. Nos casamos demasiado jóvenes para saberlo y Mercedes era aún una niña, cuando fue a morir estúpida y cruelmente. Así rodaron los dioses sus dados, sin que yo se lo perdone nunca.

No nos eximían los cielos de calamidades. Después de los terremotos y el hambre andaluza, se vino la peste a Castilla, cumpliendo la triste sentencia de Mateo Alemán. Mediaba junio y el cólera asiático hacía estragos en Levante. Aún estremecen las notas, que tomé entonces para describir tanta muerte y malaventura. El 18 de junio habían fallecido ciento tres personas en la provincia de Valencia y una docena más en la capital. Los contagiados pasaban de tres centenares. En Castellón penaban ochenta

y cinco coléricos, la mitad de los cuales perecieron en seguida. En Murcia sumaban trescientos treinta y dos casos, con noventa muertos.

Se produjeron cinco brotes en la Villa y Corte y el Gobierno declaró llegada la epidemia. De común acuerdo, resolvimos mi mujer y yo quedarnos en Madrid con las niñas. Con el asenso de Crista, dije que no cabía proceder de otra forma. Por añadidura, no íbamos a cometer el disparate político de mi madre, fugándose a La Granja del cólera que hacía estragos en la capital, un cuarto de siglo atrás. Asimismo, convinimos en que yo debía visitar los lazaretos sin tardanza. Si fuera posible, añadió, ella me acompañaría sin pararse en barras. Contra viento y marea. Sanseacabó. *Gegen alle widerstände, und mehr ist dazu nicht zu sagen*. Por desgracia, aquello era imposible y aun mi viaje perfilábase dudoso.

En privado, consulté con el irrenunciable don Antonio. Crecía el descrédito del Gobierno y de la Monarquía. Pero Cánovas sentíase cada vez más indiferente a la crítica. Así cayeran Sansón y todos los filisteos. Mantuve la confianza en él y lo prefería a Sagasta, en el evento de una crisis decisiva; léase una guerra. Pero nuestros tratos reducíanse a lo indispensable. Temía que yo me precipitase a una alocada muerte si iba a Murcia o a Valencia. En el fondo, siempre supuso el viaje un acto de excéntrica demagogia: bolos de un demente metido a rey. Jugueteando con los dijes del chaleco y contemplándome a medias con la pupila cegata y extraviada, replicó:

—No corresponde al jefe de Gobierno concederle o negarle venia al del Estado, para desplazarse a los focos de una epidemia. Al entero Gabinete le toca decidirlo. Mañana mismo plantearé la cuestión al Consejo.

Por unanimidad me vetaron el viaje. No alcanzaba a ocultar Cánovas su íntimo agrado. Desde el 3 de febrero, al ganar holgadamente la votación de confianza por *la escrupulosa legalidad y la enérgica moderación* con que acalló los desórdenes de la Universidad Central, debía sentirse Solón y Pericles en una sola pieza. Por si alguna duda cupiera de sus poderes, también regía y señoreaba el Consejo a su capricho, exigiendo absoluto asentimiento a sus criterios y arbitrariedades. Quien tiene el mando, también tiene el palo y a todo cristo mete en un puño.

Por mor del buen orden, debí referir antes los tumultos del pasado otoño. Los entro ahora, pues temo que otro día arda la revolución en la universidad, al igual que en el campo y en las calles por donde discurren los cesantes. Reiterando coincidencias, los disturbios se llamarían de la tarde de santa Isabel —el 20 de noviembre pasado— cubriendo a solapo otra fecha más negra: la noche de San Daniel, un 10 de abril de veinte años atrás. Fue entonces cuando González Bravo, como ministro de Gobernación de Narváez, cargó contra las aulas y cobróse nueve muertos y varios heridos. También el ubicuo coronel José Oliver, el de la Mano Negra, comandaba la Guardia Civil de Madrid y fue uno de los antihéroes del drama aquella tarde.

—Todo empezó con el discurso de apertura de curso del profesor Morayta —le recordaba luego a Solms—. A aquel catedrático de Historia Universal lo creen

republicano masón y es íntimo de Castelar. Un espejo se cruza con otro a través del tiempo y un artículo de Castelar contra mi madre precipitó la noche de San Daniel. La conferencia de Morayta, sobre los orígenes de la humanidad, era abiertamente darwinista y hasta el *Times* la llamó en Londres rica en erudición y pobre en sensatez. Dividió a los estudiantes. Pero la mayoría desfilaron por la casa de Morayta, en la calle de Hermosilla, aclamando las libertades de cátedra y de expresión. Pronto salieron circulares del obispo de Ávila y del vicario capitular de Toledo condenando el discurso. El 17 de noviembre, una gritería frente a *El Siglo Futuro* trajo las primeras detenciones.

Morayta fue excomulgado. Publicaron otras pastorales los prelados de Orense, Teruel, La Seo de Urgel, Vich y Plasencia. Violentísima era la del patriarca placentino, llamando al Consejo partida de réprobos. El 20 de noviembre, con el pretexto de unos supuestos disparos contra sus números, el gobernador y actual ministro de Gobernación, Raimundo Fernández Villaverde, mandó a Oliver entrar a sablazos en la Central. Hubo muchos heridos indefensos. Tres catedráticos fueron golpeados y pisoteados por los guardias civiles. Otro pasó a disposición judicial. Dimitió el rector magnífico y escogieron a otro de extrema derecha. Aquella noche, me dijo Guillermo Morphy, la Puerta del Sol era un hormiguero de estudiantes que rugían: «¡Muera el rey y viva la República!»

Al ganar el voto de confianza, fue Cánovas el único beneficiario de aquellos conflictos. Pronto pusieron en libertad a centenares de detenidos. Pero el juez de instrucción del distrito dictó auto de procesamiento contra Oliver. A demanda de Cánovas, la Santa Sede desautorizó las anatemas del virulento obispo de Plasencia, aunque *El Siglo Futuro* —más papista que León XIII— mantuvo su defensa a capa y espada. Una Real Orden de Fomento fijaba las atribuciones de todos los sectores dentro de la universidad. Se asosegó la tormenta.

Al hilo de los últimos meses, apenas me anunciara Cánovas la decisión del Consejo, le pregunté si otro presidente del Gobierno autorizaría mi viaje a Murcia y a Valencia. Con un respingo de espaldas, sugirió al conde de Toreno o a Sagasta. *Uno rige el Congreso y el otro fue siempre obsequioso y complaciente con su majestad*. Insistió en que él declararía la crisis, si uno de los dos, Sagasta o Toreno, se prestaba a asumir el poder.

—Hablé con ellos por separado; pero ambos rechazaron la presidencia —confesábale a Solms, dos o tres días antes de venirme a El Pardo—. Aun de modo hipotético, pues lo nuestro era el ensayo de un ensayo, con el cólera por fondo, don Francisco de Borja Queipo de Llano y Gayoso de los Cobos, conde de Toreno, declinó el mando del país, para no comprometer la vida de su rey. Luego desmelenábase Sagasta en ampulosas disculpas. Podía exigirle la puesta en el tablero de su miserable existencia y aun la de sus hijos. Pero la mía era sagrada a sus ojos. Punto final.

Se me abre el alma, pensando en el terror, el desorden y el egoísmo que sembró

aquella peste. El Círculo Mercantil pronuncióse contra la declaración oficial de la llegada del cólera a la Corte y las prevenciones de Romero Robledo. Enterrando la cabeza como obstinados avestruces, aquellos mercaderes creían proteger sus negocios y la calma ciudadana. A millares manifestáronse el 19 de junio, flameando viejos estandartes gremiales y banderas negras. Hubo pedradas, cintarazos, tiros al aire y detenciones en los encuentros con la fuerza pública. Al igual que bullía en noviembre la Puerta del Sol, resonó por medio Madrid una unánime gritería: «¡Viva la República! ¡Abajo el Gobierno! ¡Muera el rey tísico!»

Entretanto, Jaime Ferrán, un médico barcelonés con un minúsculo laboratorio de Tortosa, dijo haber descubierto la inoculación preventiva del cólera asiático. Aisladas las bacterias del morbo, se ofrecía a administrar la vacuna en unas inyecciones, semejantes a las que inmunizaban la viruela. Antiguo discípulo de Pasteur, Ferrán fue comisionado por el Ayuntamiento de Barcelona para estudiar otra previa epidemia del *mal de Ganges*: la que el año pasado azotó Marsella y Tolón. Acogieron los servicios sanitarios del Ejército el descubrimiento de Ferrán. Pero el alcalde y el gobernador de Valencia le rechazaron la propuesta de inyectar gratuitamente a los aislados, los desvalidos y las hermanas de la Caridad. Una comisión médica internacional, presidida por otro alumno de Pasteur —el célebre Brouardel—, declaró salomónicamente que Ferrán había probado la existencia de agentes del cólera, microbios vírgula, en su preparación. Pero su tenaz empeño en negarse a revelar los componentes de la inmunización, repugnaba a la ética científica y ponía en pleito su integridad. Defendíase Ferrán arguyendo que la despectiva indiferencia o la gratuita hostilidad del Gobierno forzábale a ocultar aquellos elementos. Cuando por último autorizó Romero Robledo el uso de la vacuna, hace de ello un mes, sería demasiado tarde para comprobarle la eficacia.

Se fueron a visitar los hospitales de Murcia Cánovas y Romero Robledo. Francisco Silvela se desplazó a Valencia. Se ensañaron con los tres por llevarse la comida y el agua. A mí me pareció una medida de elemental prudencia. Limpiaron en Madrid los brotes de la epidemia. Pero el cólera se extendía a Toledo, encarnizándose con Aranjuez. El 29 de junio había en el Real Sitio ciento treinta y tres contagiados, entre ciudadanos y tropa de la guarnición. Agravábanse casi todos y ya enterraran otros treinta y tres enfermos. Cuando el primero de julio desperté esputando sangre en mitad de un violento golpe de tos, resolví ir a Aranjuez al día siguiente, sin consultar con el Gobierno.

Partí apenas clareara con el ayudante de jornada del Cuarto Militar, el coronel de Infantería de Marina Julio Angosto, fingiendo un temprano paseo por el Retiro. A Prudencio Menéndez le confié un par de cartas cerradas, para que se las diese a la reina y a Guillermo Morphy tan pronto viniera él a palacio. Guillermo debía abrir la suya, leerla y entregársela a Cánovas en seguida. *Perdone usted, mi querido don Antonio, que por una vez falte a la consideración que le debo*. Un destello de recelo y otro de miedo cruzaron por los ojos azules de Prudencio. Sentí su mirada,

quemándome los pabellones de las orejas que casi me transparentaba la delgadez. Tuve que contarle la verdad de mi escapada y me rogó que le permitiera seguirme al Real Sitio. Me negué terminantemente. Su deber era cursar las cartas. El mío acudir a Aranjuez. *Y no me mires tan asustado. Por la noche estaré de vuelta*. A poco, en la salida de la Armería, le dije a Angosto:

—Coronel, lamento haberle mentido. No voy al Retiro sino a ver a los apestados. Viajo sin la venia del Consejo, como huelga añadirlo. Tendrá usted la bondad de acompañarme a la estación del Mediodía y allí nos despediremos. De momento, no le cuente nada a nadie. Que al buen callar lo llaman Sancho.

Su gesto era un libro abierto, cuyas páginas volvía el viento. Le leí en la cara el asombro, el desconcierto, la airada certeza de mi osadía, la rencorosa humillación de saberse burlado como un rapaz no muy despierto. Al cabo, echó el pecho al agua y fue a Roma por todo.

—Su majestad me perdonará si le desobedezco. Yo iré a Aranjuez con el señor. —Sin parar mientes a vanos miramientos, detuvo mi réplica con un ademán—. Ésta es mi decisión inquebrantable y nadie puede mudarla. No nos perdamos en debates ociosos, ni aquí ni en Atocha.

Cedí. En realidad, no le anticipaba otra réplica. Gustosamente lo acepté como compañero de viaje. Por lo macizo e irónico, me recordaba a Primo de Rivera, en vísperas de Lácar. *Se huele la tostada Torcuato Mendiri y se le encogen huevos y ombligo, si vuestra majestad me permite este lenguaje de cuarto de banderas, que poco empleo*. Camino de la estación, me disculpé. El presuroso secreteo nos impidió llevarnos la fiambrera a Aranjuez, como lo hicieron los ministros de la Corona a Murcia y Valencia. Aventuró Angosto el parecer de que no seríamos tan delicados. *Quiere usted decir de tan buena familia*. Sonrió fatigosamente.

Me reconocieron en los andenes, mientras el coronel compraba los billetes. Dieron parte al jefe de estación y él nos persiguió incrédulo y acezante. Tartajeando reverencioso, empeñóse en acomodarnos en el reservado de señoras. Personalmente quitó el tarjetón, pegado al quicio de la puerta corredera. Destocado, sostuvo la gorra bajo el antebrazo, en tanto partía la cartulina. Apenas nos pusimos en marcha, vínose la gente a espiarnos a través de la vidriera de lilas y rosales esmerilados. Los más atrevidos entreabrían las dos hojas y mirábanme boquiabiertos. Me resigné a saludar a todo el mundo, como si anduviéramos a una feria o a un baile. En una pausa, le susurré a Angosto:

—Empiezo a sentirme al igual que si fuésemos *Frascuelo* y Ángel Pastor.

—Tal vez lo seamos, señor —asintió a medias—. Al menos, yo soy de Churriana, en Granada, como *Frascuelo*. Nos bautizaron en la misma iglesia.

En Aranjuez, a nadie le sorprendió mi llegada, si bien tampoco aparentaban aguardarme. Quienes alzaban cabeza desvivíanse cuidando a los enfermos y sepultando a los muertos. En aquella apremiante fraternidad, todos tenían un gesto de insomnio un sí es no es irreal. En grupo me hablaron los médicos, el consistorio y

unas monjas de la Caridad. Secas de sueño y teñidas de desapegada fatiga, sus miradas me obligaron a justificar breve y torpemente mi presencia entre ellos. Después de tanta dicha, como disfruté en el Aranjuez de la niñez, no podía por menos de volver entonces, cuando el pueblo, la guarnición y los sirvientes de palacio sufrían el martirio de la plaga. Pero sentí que comprendían mis motivos mejor que yo mismo. Abrigarían el íntimo convencimiento de que fui al Real Sitio, porque acaso anduviera tan cerca de la muerte como ellos; para que juntos compartiésemos aquel aire de luminosa infinitud, vuelta callada transparencia que descendía con la mañana de julio.

Mandé abrir el palacio, que aún permanecía cerrado; poner a disposición de los enfermos graves las alcobas y acomodar en colchonetas a los quintos convalecientes, por todos los salones. Pedí por la priora de la Caridad, cuya entrega y sacrificios me alabara el doctor García Camisón en Madrid; también ella infestada y muy enferma en aquel punto. Agonizaba desde la madrugada y murió mirándome de hito en hito. Le cerré los ojos, como antes a Mercedes y le besé las manos cruzadas sobre el embozo. Lamento haberle olvidado el nombre, en tanto guardo tan buena memoria de todo lo minúsculo y lo insignificante. La muerte le azuló en seguida el blanco de las uñas. Le pringó de manchas pardas las muñecas.

Todos los contagiados, que vi extinguirse, apagábanse con resignada indiferencia. Trascendidos el dolor humillante, los vómitos, las diarreas, la postración y la incertidumbre, pisaban los umbrales de la eternidad con la misma mansedumbre que yo me pliego o supongo plegarme a mi destino. Algunos fenecieron sonriéndome, al igual que si anticiparan su largo destierro conmigo. Talmente como yo me sometí a la voluntad de Angosto, en Madrid. Pero no vi una lágrima, ni oí una queja en Aranjuez. Sólo una vez me dijo un viejo enfermo:

—Jamás se me ocurrió pensar que en este mundo hablaría con un rey. Le agradezco al señor que haya venido, porque de aquí no sale vivo ninguno de nosotros.

Despachados por Cánovas del Castillo, llegaron por la tarde Francisco Silvela y el gobernador civil de Madrid. Silvela me contó que *El Correo* había sacado una tirada extraordinaria, a media mañana, poniendo por las nubes mi huida a Aranjuez. Para analizarla y debatirla, reuníanse las dos Cámaras a aquellas horas. Mientras, se apiñaba la gente en las calles a leer *El Correo*, elogiarme el arrojo y traducirlo como un certero desafío al Gobierno. Aunque titular de Gracia y Justicia, también Silvela aprobó mi decisión. *Se halla todo tan corrompido, que yo me siento entre pinos ante un pronto como el de su majestad. Lástima que tantos vayan a morir para que el país disfrute de un acto de decencia*. Añadió que Cánovas escondía sus sentimientos; pero botaba de ira por dentro. Colmaría su despecho la espontánea manifestación que el pueblo iba a dedicarme a la vuelta.

Entrada la noche, regresamos los cuatro —Silvela, el gobernador, Angosto y yo— en tren a Madrid. Confesé sentirme falto de ánimos y sobrado de escrúpulos para confrontar al gentío que me aguardaba. Ya me carcomían los remordimientos por marcharme de Aranjuez, pensando en quienes perecieron en presencia mía y en

quienes se quedaron en el Real Sitio. Tanto dolor no podía convertirse en un mero pretexto para el triunfo del trono. Iba a pedir que nos apeasen en el barrio del Pacífico, para correr la cortina e irme de rebozo. Todos se mostraron de acuerdo.

En palacio me aguardaba Cánovas. Después de abrazar a mi mujer, lo recibí en el saloncillo Gasparrini. Si no le traían asuntos urgentes y enrevesados, gustaba de hablar allí conmigo, entre cuatro retratos que Goya les pintó a mis bisabuelos. Deleitábale también el alto reloj de Carlos IV. A veces, meneando la cabeza y con las manos cruzadas a la espalda, se ensimismaba en el ir y venir del péndulo dorado, preso en su caja y repitiéndose interminablemente al hilo y deshilo de un siglo y otro siglo.

—Adiviné que su majestad vendríase por la estación del Pacífico para evitar al pueblo. Perdidos entre tanta muchedumbre, andarán los ministros con sus chisteras. —Iba Cánovas en traje de calle, corbatín azul y chaleco rojo veneciano—. El señor puede felicitarse. Esta noche al menos, sólo existe la Monarquía y cada viva que le entonan es un repudio al Gobierno.

—A usted le consta que no era ése mi propósito. Traté de explicárselo en la carta que le escribí por la mañana.

—No lo dudo, no lo dudo —espinando como un cardo, crecíasele el sarcasmo—. Pero fue Sagasta quien se levantó desde los escaños de la oposición, pidiendo que el Congreso aclamara el valor de su soberano. Ni que decir tiene, se rompieron las manos en aplausos los fusionistas y los republicanos. Luego solicitó que suspendiésemos la asamblea, para que los diputados fueran a recibir al rey.

—Y entonces resolvió usted esquivarlos y venirse a palacio.

—Presumí que su majestad no se apearía en Atocha, pues me precio de conocerle mejor que nadie. Como era de prever, en el Senado representaron idéntica comedia y fueron en tropel al encuentro del señor, después de cambiarse de camisa y darse un pediluvio los padres de la patria. Pero, entre todos ellos, se levantó el viejo Claudio Moyano censurando a su majestad. Le alababa el coraje humano; pero reprobó que hubiese prescindido de las normas constitucionales para ir a Aranjuez —se detuvo Cánovas. Como si le hablase a mi bisabuelo y no a mí, contemplaba los ojos desvaídos de Carlos IV, ataviado de cazador en un cuadro—. Entre nosotros, yo estoy de acuerdo con Moyano, si bien por razones ajenas al derecho constitucional. Aunque el señor lo dude o descrea, le quiero tanto como un padre a un hijo. Como padre, pues, le reprocho firmemente la temeridad cometida. No espere que se la bendiga ni olvide su locura.

En el silencio de la antecámara, sonaba el péndulo detrás del vidrio. Sonaría exactamente igual en la Corte de Carlos IV en vísperas de la guerra que nos trajo la mayor de las tragedias: aquella lucha por la independencia, que en Sandhurst decían *the Peninsular War*. Pensé que mientras el porvenir se aprestaba a ser, sólo existía el pasado devorando el presente. En la dorada lenteja del péndulo, otro retrato de mi bisabuelo, vestido aquella vez para un baile, se prolongaba y desleía grotescamente.

Muy despacio, como si fingiera detener el tiempo, repliqué:

—Don Antonio, usted me condena y los demás me precian por arriesgar lo único que tengo. Y conste, amigo mío, que no me refiero al trono ni a mi prestigio personal, sino a esta breve vida mía, que implacable se me va de las manos todos los días, a cada hora y a cada instante. Pronto, usted lo sabe igual que yo, deshilaré sus últimos flecos en el vacío de la eternidad.

22 de noviembre, 1885. El Pardo

Ella sen va notando lenta lenta;
Rota e discende, ma non me n'accorgo
Se non ch'al viso e disotto mi venta.
Io sentia già de la man destra il gorgo
Per sotto noi un orribile scroscio;
Per che, con gli occhi'n giù, la testa sporgo.

[Nada en el aire y lenta vuela la fiera.
Gira y desciende, pero yo no reparo
sino en el viento de frente y de espalda.
Ya, a la derecha, sentía el torbellino
hórrido rugiendo debajo de nosotros.
Entonces, recatando la vista, yergo la cabeza.]

Dante, *La Divina Commedia,*
Inferno XVII, 115-120

—Embajador, acomódese y dígame con sinceridad cómo me encuentra.

Bajo los gobelinos de la estancia, me derrumbo en la mecedora y maldigo la flaqueza, al poner a Solms en apuros diplomáticos. Esta mañana aún tuve fuerzas para afeitarme a solas y recortar las patillas, que en parte me ocultan la palidez. Pero, afilado y hecho un naipe, me asustaron los ojos perdidos en las cuencas cárdenas.

—Los aires del monte atezaron a su majestad. Tiene mejor aspecto que en setiembre, cuando nos vimos en La Granja —piadoso, miente más que habla. Luego hurta la mirada.

—Guárdeme el secreto y no informe a Berlín. Como le dije en otra ocasión, usted

es el muro de mis lamentaciones. *Sie sind meine Klagemaur*. Me siento muy mal. Padezco una desgana terrible y apenas me sostengo. Mi única esperanza es ir con los Montpensier a Sanlúcar, para que el mar me devuelva el apetito. Acaso regrese en invierno a esquiar y cazar un poco, si el humor y las fuerzas dan para ello. Pero me mantendré lo más alejado que pueda de Madrid, hasta que supere la anemia. A veces, no entiendo a los médicos; se lo aseguro. Ayer mismo, me aconsejaba el doctor García Camisón regresar a la Corte dentro de una semana, ¡el día treinta, por Dios vivo!, y asistir a la ópera. Quiere que la gente me contemple y compruebe que no ando tan acabado como dicen.

Las disparatadas nuevas le sorprenden de antuvión y no atina a adoptar su precavida prudencia. Vacila horrorizado por un instante, sin creer lo que oye. Lo supondrá una de mis disparatadas fábulas, de gitano mendaz y palabrero, como diría Rudolf Franz Karl. En seguida advierte que le cuento la verdad. Sujetando el enojo, replica:

—Tampoco yo comprendo al doctor, en este caso. Todos los prismáticos e impertinentes se fijarán en el señor, en cuanto comparezca en el Real. Tanto escrutinio e indiscreción vencerían y exasperarían al más robusto e insensible de los hombres.

—Lo mismo pensé, al rechazarle el consejo a don Laureano. Pero voy a Madrid a finales de enero, para asistir a la boda de mi hermana Eulalia. Se nos casa con el primo Antoine de Montpensier, el diez de febrero. Por aquel entonces espero haber superado esta postración.

—Sin duda, señor.

Dice lo que piensa. Como Goya en alguno de sus autorretratos, se mirará por dentro y creerá encontrarse con otro hombre, admirado de su presteza para la falacia. En seguida, me felicita por el próximo matrimonio de Eulalia y también por el estado de buena esperanza de la reina. Mi mujer está encinta desde agosto y a Solms le revelo nuestro asombro, al confirmarse el embarazo. Me callo la certeza de que aguarda un varón. No sabría exponérsela, sin admitir la conjunta certidumbre, a punto fijo y sin disputa, de que no llegaré a conocer a mi hijo. Tendría que asumir mis propios engaños, al anticiparle mi vuelta a Madrid para las bodas de Eulalia y el nacimiento del príncipe de Asturias. No me duelen prendas llamando así al pez o a la semilla, que germina en las entrañas de la reina. Un príncipe que nacerá rey y a quien le darán mi nombre cuando yo haya partido.

Un domingo de octubre, regresado a la Corte por la crisis de las Carolinas y poco antes de que me devolvieran a El Pardo, desde la ventana de mi despacho miraba un jornalero detenido en mitad de la plaza de Oriente con un hijo en brazos. Reíase hablándole el padre, mientras trataba el crío de quitarle la gorra, tomándola por la visera. Llegó una mujer, todavía muy joven, con un pan debajo del brazo. Besó al niño y juntos se fueron los tres por la calle Lepanto. Detrás de la conciencia vallada, me asaetearon fortuitas emociones. De haber podido mudar mi destino, echándolo al

aire como una moneda y aguardando su caída del reverso, de buena gana me cambiaba en seguida por aquel hombre.

Me rehíce al recordar lo resuelto en distintas ocasiones. Antes les confesaría mi debilidad a otros —sin excluir el pánico a la muerte, si lo sintiese, o el espanto ante el desvalido sufrimiento, que en verdad me atormenta a toda hora— que podría admitirla en voz alta y recogido a solas entre cuatro paredes. Cabe confiarse a los demás y aun desnudar el alma ante ellos, puesto que la vida se nos entrama y entreteje con la suya. Pero me propuse la mayor reserva ante el peor enemigo mío, que no era Gerión sino yo mismo. Todo ello, si no soy el desdoblamiento de aquel tentador engañoso, que tanto tiempo lleva sin compadecerse.

Pero, sí, puedo recoger todas mis flaquezas en estas páginas, aunque no sepa de fijo para quién las redacto. Inclusive soñé a veces que no soy yo —un falsario y un bastardo— quien las pergeña laboriosamente sino un desconocido: el impostor de un impostor. En cualquier caso, aunque sólo fuera por unos momentos, me sublevaron la presencia del joven obrero y mi incapacidad de cambiarme por él. Lo habría dejado todo, absolutamente todo, mis recuerdos, mi país, mi familia y aun estos cuadernos en donde escribo, para quitarle la vida y el hijo, arrebatándoselos como si yo fuese un brujo o un vampiro.

—Estoy seguro de que en diciembre se trasladará su majestad a Sanlúcar. —Solms me aparta la atención de mis ensimismamientos—. Por cierto que los señores duques de Montpensier aguardan en la antecámara. Acaso se impacienten, pues el marqués de Alcañices me anticipó una audiencia de diez minutos y llevamos media hora hablando.

—Dejemos que se desviva un poco mi tío, pues siempre esperó en vano la Corona. Bastante va a gobernar mi vida en Sanlúcar. Desde su mujer a las fregonas de la casa, todos reciben allí sus instrucciones escritas para la entera semana, cada lunes de buena hora. Es una desdicha no poderme quedar en El Pardo o en La Granja, donde, inapetente o no, me dejarían en paz.

A La Granja me llevaron a finales de julio. Llegué deshecho; pero me restableció un tanto la vida retirada. Al alba, paseaba por los jardines y luego leía a solas cabe la cascada del estanque. Por la tarde, yo a las riendas del birlocho, recorría los alrededores con mi mujer. Íbamos a Balsain, a Palazuelos y a Navalhorno. O nos adentrábamos, por nuestro propio pie y con las niñas, en las últimas pinedas de Navafría. En setiembre, después de la visita de Solms y la gigantesca manifestación contra Alemania, regresé a Madrid. Ardía el conflicto de las Carolinas y nos avocábamos, sin freno ni tino, a una guerra con el Káiser.

En Madrid, volví a enfermar. Con mi familia, vínose de La Granja el doctor Tomás Santero. Tan indispuesto y exasperado andaba con mi doble catarro de bronquios e intestinos, que a poco reñí con él acerca de mi desgana. Tomé a don Laureano García Camisón por médico de cabecera. Compuse como pude los tratos con Santero, para que me visitara dos veces al día a modo de amistoso observador.

Discretamente, mantendríase entre bastidores por si le reclamaban servicios o consejos. Algo mejoré con García Camisón, aunque muy poco. Las fuerzas perdidas no iba a recobrarlas.

Vencíame la fiebre por la tarde y no cesaba hasta la madrugada. Después de noches en blanco o salpicadas de malos sueños, despertaba entre copiosos sudores y desbarates de vientre. Me humillaban los ataques y arrebatos de tos en los consejos de ministros. Tuve que abreviarlos por mi cuenta, antes de que Camisón me encamara. Menguaba setiembre, cuando me devolvieron parte del apetito. Pero fue aquello escribir en la arena. Quedé como un clavo y escupía sangre a escondidas con las toses. A veces, espesos esputos; a veces, unas gotas casi invisibles y perdidas en el pañuelo rojo. En alguna que otra ocasión, me advirtió mi mujer que la sangre me punteaba el cuello de la camisa, o se me encontraba en las patillas. En sueños, tosía ante una cornucopia y la enrojecía. Partíase en seguida y despertábame ensopado en sudor, en un estampido de cristales quebrados. La sangre había emporcado el almohadón donde mal dormí. En sangre se me iban las diarreas.

El 29 de setiembre comentaron todos los periódicos la visita del doctor García Camisón al presidente del Consejo. Aseguraba *La Época* que mi médico quiso darme de alta ante Cánovas. Si el escarnio era inadvertido, me pareció tan siniestro que resolví no pedirles aclaraciones ni a don Antonio ni a don Laureano. El 4 de octubre me levantaron e hicieron presidir una recepción oficial. Contra mi costumbre, les rogué a Ceferino y a Prudencio que me ayudaran a calzar y vestir, pues no tenía fuerzas ni para abotonarme. Al final, encogiéndome de hombros, me miré al espejo y le sonreí a mi anticipado espectro.

A los dos días, limpio de fiebres y diarreas por el momento, despaché con don José Elduayen, el ministro de Estado. Propuesta y aceptada la mediación de la Santa Sede, la crisis del Pacífico llevaba visos de resolverse. A la mañana siguiente dispuso Cánovas que me mostrara en berlina con mi mujer e hicieron público aquel paseo, como si hubiese desquijarado a un león o cumplido cualquier otra épica hazaña. El 8 de octubre, de nuevo afligido por accesos de tos y esputos sangrientos, tuve que abandonar un consejo de ministros tres veces aplazado. Al par de días me alzaron de la cama y llevaron media semana a El Pardo. Avisada por Cánovas, desde París vínose entonces mi madre. También comparecieron el general Martínez Campos y don Fernando León y Castillo, antiguo ministro de Ultramar con Sagasta. Querían hablarme del problema de las Carolinas y del laudo inminente de Su Santidad. Por azar supe que aquella mañana los recibió mi madre, muy en secreto y a puerta cerrada.

—Desde la boda de Paz no había visto a mi madre —le dije a Solms—. Me asustaron las carnes que puso y la peluca rubia, que ahora lleva en la cabeza blanca. Si alguna duda pudo caberme, que no la tengo, de estar seriamente enfermo, me la habría disipado con su lagrimeo y su chillería. Entre gemidos y suspiros, se me prendía al cuello y besuqueaba, tal por cual si abrazase a un muerto. *¡Hijo mío! ¡Hijo*

del alma! ¡Hijo querido!

Mientras, empecinábase Cánovas en mostrarme vivo al mundo. A la vuelta de El Pardo, me mandó asistir al oficio de Atocha con la reina. El 20 de octubre comparecimos juntos en las carreras. Castellana arriba, desfilamos en coche descubierto; si bien yo llevaba una pelliza de pastor debajo del traje y el sobretodo. Exhibiéndome en sitios muy dispares, la iglesia y el ventanillo de las apuestas, quería tranquilizar don Antonio al pueblo pío y al pueblo jugador: partes bien distintas de su electorado. Pero en los altos del hipódromo —donde saludé de lejos a Solms—, pensaría la gente que su rey era un cadáver envuelto en un gabán.

Aunque todos los periódicos gubernamentales mintieron negándolo, a demanda de García Camisón, me visitó el tisiólogo Esteban Sánchez Ocaña y sostuvo larga consulta con Santero y don Laureano. Los tres acordaron trasladarme a El Pardo a finales de octubre. De tal forma vinieron a postrarme fiebres, sudores y desbarates intestinales, que sólo aquí podría restablecerme como me recobré el año pasado. De escolta, me traería a Guillermo, Pepe, los ayudas de cámara y los generales Rafael Echagüe y Ramón Blanco, con el imprescindible médico de cabecera.

—Pero no me repongo ni a tres tirones —abatido por un instante, lo admito de mal grado frente a Solms—. El sol es lo que más preciso. Pero estas tardes de niebla y lluvias, de serranía agrisada en la antevíspera del diluvio, no me levantan el abatimiento.

Únicamente conforta pensar que juntos, usted y yo, impedimos una guerra imbécil entre nuestros países.

—La evitaron su majestad y el canciller Bismarck —sonríe encogiéndose de espaldas—. Yo les serví de mandadero y correo.

Todo empezó el 13 de agosto, al anunciarle Solms a Elduayen que Alemania consideraba territorio sin dueño el doble archipiélago de las Carolinas y las Palaos, e iba a establecer allí una base para el carboneo de sus buques. A ocho años antes y a otras islas, las del departamento de Mindanao y Sulú, remontábanse los antecedentes de la situación. Desde 1646, desmantelado su fuerte en Joló, limitáronse nuestros antepasados a dejar en aquellas tierras a un sultán, bajo el teórico vasallaje de la Corona, mandándole de tarde en tarde alguna expedición que contuviera los desmanes de la piratería.

Antes de proceder hacia el sur, los mercantes extranjeros con rumbo a Mindanao debían atracar en Manila, Sual, Ilo-Ilo o Zamboanga. Como lo precisó Martínez Campos, en Filipinas se las habían con aduaneros y gobernadores, aún más corruptos que los de la madre patria, si tales extremos fuesen posibles o imaginables. Recién inaugurado mi reinado, una expedición despachada a Joló por Cánovas procedió a embargar varios navíos alemanes y británicos, bajo pretexto de perseguir el contrabando. Entre vagas disculpas de las autoridades en Manila, diciéndose mal informadas a la captura de aquellos buques, hubo protestas y aun amenazas de una acción naval. En marzo de 1877 firmamos el protocolo de Joló. Escamones y

vergonzantes, nos comprometimos a respetar el comercio marítimo extranjero, sin exigir a las otras potencias detenerse y pechar impuestos en sitio alguno, salvo los puertos reconocidos y ocupados por el trono.

—Como recordará su majestad, hace nueve meses Gran Bretaña y el Reich Imperial dirigieron sendas notas a Madrid, disputándole a España el derecho sobre las Carolinas, por no sancionarlo ningún tratado y carecer de representación administrativa en aquellas tierras —proseguía Solms en El Pardo, al igual que si comentara un mapa o un pergamino, expuestos en la vitrina de un museo desierto—. El cónsul alemán en Manila aseguraba haber tres nacionalidades extranjeras, entre los doce mil nativos de las islas: los alemanes de la Asociación de Plantadores o de la compañía Hernsheim, un americano de apellido Hokum, y un irlandés llamado O’Keefe. Ni en Yap ni en ningún otro punto del archipiélago residía un solo español.

Por haber descubierto España las Carolinas en el siglo XVI, mantuvo Cánovas la convicción opuesta. A demanda suya y presto él a sostener su criterio de historiador y estadista, apercibíanle copias de toda aquella documentación en el Archivo de Indias. Vino a confiármelo y le repliqué que más urgente era impedir los disparates del presente, verbigracia la guerra con Bismarck, que reivindicar las conquistas de nuestros mayores. Me miró con ojos que la vejez cegajosa le entelaba de agüilla gris. Lo imaginé llevándose los legajos a los gruesos quevedos y leyendo entre murmurios. Pero desapareciose en seguida, como por arte de birlibirloque. Despedíase tan quedo en los últimos tiempos que no llegaba a oírlo.

Entretanto zarparon de Filipinas rumbo a Yap los transportes *San Quintín* y *Manila*. Dirigíanse a las Carolinas con veinticinco marinos y dos docenas de penados, convertidos en obreros de la construcción, así como cuatro frailes y la correspondiente oficialidad. Iban todos al mando de un teniente, Enrique Capriles, destinado a transformarse en un medio héroe nacional. Según rezaba la *Gaceta de Manila*, provistas de diez mil pesos, aquellas fuerzas tomarían posesión política y militar de dos archipiélagos: el de las Carolinas y el de las Palaos.

—Cielos inevitables, amigo Solms, dispusieron que el viaje de aquellos bravos se retrasara por dimes, diretes y zancadillas de burócratas. Como usted lo sabe mejor que yo, cuando el *Iltis*, su cañonero alemán, llegó a Yap el veinticinco de agosto, acababan de atracar el *Manila* y el *San Quintín*.

—Llovía a mares. Entre dos mangas de agua y bajo la tronada, el capitán del *Iltis* le comunicó a Capriles que incorporaba la isla al Reich. Protestó el teniente, jurándole que la bandera española ya había sido izada en Yap. Pero, en nombre de la verdad, fue a negarlo el capitán del *Manila*. Procedió a la toma de posesión la oficialidad alemana. Pero al día siguiente, escampada la lluvia, ondeaba de nuevo la divisa de España. Hubo nuevas protestas por nuestra parte. Arriada la bandera, recogió Capriles las provisiones desembarcadas. A Filipinas volviose el *San Quintín* con los penados. Quedaba el *Manila* fondeado en la bahía.

En un abrir y cerrar de ojos, el rencor antifrancés convirtiose en odio a Alemania.

Irónicamente, antes de que Solms nos participara el 13 de agosto la partida del *Iltis* hacia las Carolinas, nadie, incluido yo mismo, había oído el nombre de Yap. De estallar la contienda, un artículo de *La Correspondencia Militar* nos atribuía todas las ventajas en el Pacífico, por consecuencia del fácil transporte del Ejército desde Las Filipinas. El 23 de agosto, senadores, diputados y políticos de toda casta, sin exclusión de los republicanos, manifestáronse en la calle del Amor de Dios ante la embajada del Imperio, pronunciando ardientes discursos de belicoso patriotismo. En el Centro Militar, el general Manuel Salamanca arrancóse a zarpazos las condecoraciones que le concediera el *Kronprinz*, las arrojó al suelo y las pisoteó. En seguida, atinó a recordar que al día siguiente debía exhibirlas en una recepción y las recogió subrepticiamente. Después, arrepentido de su flaqueza, se las mandó al Káiser por correo certificado. Reunidos los prohombres liberales en casa de Sagasta, el marqués de Vega de Armijo propuso ir a la guerra sin más dilaciones, si se abría la crisis y la Corona llamaba a don Práxedes Mateo al frente del Consejo. Quizá para quitarse la enconada espina de mi viaje a París, en tiempos de un gobierno liberal, todos los presentes aplaudieron fervorosamente al épico marqués.

A la aguerrida actitud de la prensa sumóse otra gigantesca manifestación el 5 de setiembre, tan pronto conocimos el desembarco del *Iltis* en Yap. Una vez más, irrumpió la riada humana en la calle del Amor de Dios. Ante la indiferencia de los corchetes, unos rapaces treparon al balcón de la embajada alemana y lleváronse el escudo y la bandera imperial. Luego los exhibieron ante el Centro Militar, vitoreados por los socios desde las ventanas. Pasaron a la Puerta del Sol y allí, prendida una hoguera al pie del madroño, quemaron sus trofeos, Aclamándolas acogieron a las fuerzas de Orden Público y de la Guardia Civil, salidas a disolver la turba. No tardaron Policía y Benemérita en tirar las armas y sumarse al gentío. Vuelto el torrente hatos y corrillos, que proferían vivas a Francia y cantaban *La Marseillaise* ante la embajada de la República, disolvióse de madrugada tan patriótica tropa.

Planteó Cánovas la cuestión de confianza. La ganó en el Congreso, no sin antes espontanearse en La Granja. Temía perder y estaba dispuesto a dimitir, si era incapaz de oponerse a la voluntad suicida de todo un pueblo. Apeadas la arrogancia y la entereza, nunca lo vi tan vacilante y acabado. Me encontró también destruido, al despertar de una pesadilla olvidada, expectorando y escupiendo sangre, en tanto me asía por los hombros el buen Ceferino, como desnudo me sostuvo en brazos, cuando la sangre la vomité en Tudela. Más que los manifestantes, los discursos de Vega de Armijo o los artículos de *La Correspondencia Militar*, me aterraba el criterio de militares tan circunspectos como Martínez Campos y Jovellar, aconsejando la confrontación con el Imperio. Hundido en una butaca, batiéndome con un amago de disnea, le dije a Cánovas: *¡Don Antonio, esto no tiene vuelta de hoja! ¡O gobierna usted y defendemos la paz con uñas y dientes, o vuelve Sagasta y vamos a la guerra!*

Aquella misma mañana, recibí a Solms en La Granja. Con Cánovas, había anticipado alguna de sus cuestiones y previsto mis réplicas. Pero me olvidé del

borrador, apenas nos sentamos ante una ventana que daba a las boiras de Peñalara. En una voz, que por lo firme no dejó de sorprenderme, le espeté: *Mire usted, Solms, en estas saturnales no le habla el rey sino el amigo. Por inercia, creí que las Palaos y las Carolinas nos pertenecían. Naturalmente, la verdad es distinta y mucho más compleja. No obstante, el autor de este drama es Bismarck. En un acto de fuerza imprevisto, nos presentó los hechos consumados. Nos somete a otra añagaza de su estrategia diplomática, como en su día retocó sin escrúpulos el telegrama de Ems. Hoy escoge a los pobres por víctimas, porque esto no es Francia. Ahora bien, comuníquele usted que yo tampoco soy Napoleón III, que en paz descanse. No me lanzaré a una guerra insensata y criminal, cuyas consecuencias son difíciles de prever para la propia Europa. De él depende la salida de esta crisis, que desencadenó y acaso lamente ahora. Hágale saber al canciller como si la idea fuese suya y no mía, que acaso pondríamos término a tanta demencia si solicitara la mediación de la Santa Sede.*

—Cuando el dos de octubre aconsejó Bismarck el arbitraje de León XIII, di la paz por salvada —le confío a Solms—. A los veinte días, el cardenal Jacobini cursó el laudo dictado, como usted lo recuerda. Apenas lo leí. Era una solución salomónica, muy propia del Papado. Se establecía nuestro dominio sobre las Carolinas y las Palaos, si instituíamos la debida administración. Pero tendría Alemania plena libertad de comercio, pesca y cabotaje, con derecho a plantaciones, granjas, bases navales y depósitos de carbón. Aunque sólo lo sepamos nosotros dos, es irónico que me corresponda salvar la paz este otoño, como antes concluí las contiendas carlistas, cuando me deslumbran las armas y las maniobras de Homburg figuran entre los días más dichosos de mi vida. Si mi destino es el de un pacificador, acaso aquellos ejercicios militares y todo mi reinado sean la demencia de alguien que hace de rey de locos en este asilo, como llamaba Amadeo al país.

—No te escondas en fantasías inútiles ni en falsas farándulas, porque cierto es tu reinado, aunque temas vivir una pesadilla despierto —ríe de pronto Solms, con despectiva mordacidad—. No conservaste la paz ni las islas, porque se venderán por una pitanza las Carolinas y las Palaos, al término de la guerra del próximo porvenir, en la que perderéis las Filipinas. Sin embargo, todo esto ya no te incumbe, porque tú habrás muerto entonces. Alíviate pensando que también a Alemania le quitarán los archipiélagos en su día y se los arrebatarán sin compensarla.

—Pero ¿a qué viene…?

Más que la risa o el tuteo, me turba el timbre de la voz. No suena a Solms-Sonnenwalde sino a alguien que de momento no reconozco. Ante mi asombro tartajeante, también se va transformando el embajador. Es tal por cual una de aquellas máscaras que cambian de disfraz delante de las candilejas, o mudan de un traje a otro, mientras cruzan por detrás de un biombo de tres hojas en mitad del escenario. En seguida le percibo un metal y un acento, idénticos a los míos doce o trece otoños atrás: allá por 1873. A la vez, se convierte en el adolescente de quince o dieciséis

abriles que fui entonces. Desvanécese el embajador. El aparecido, en quien vino a transfigurarse, lleva ahora el uniforme de cadete español —ros emplumado y guerrera de diez botones dorados—, con el cual me fotografió Alcañices en París, para repartirles el retrato a los fíeles madrileños.

—Resulta más fácil adoptar tu disfraz que encaratularse como tu amigo, Solms-Sonnenwalde —me dice el gran mimo—. En sus ropas me sentía como una estatua de cera enfundada. Además me atoraba aquel acento, entre alemán y criollo de Río de la Plata. Dime: ¿cuánto tiempo llevábamos sin vernos?

No le respondo. Súbitamente me vence y acalla el asombro. Vuelta la vista atrás, me percato de que una rara exaltación me libró de la espantosa dejadez de mi dolencia —debería decir de mi agonía—, al paso que hablaba de la crisis de las Carolinas y de la paz que creí salvar. Y pongo en limpio lo de *creerlo,* pues me asegura el supremo embaucador que, perdidas las Filipinas, enajenaremos las Carolinas y las Palaos por un plato de lentejas.

—Nos vimos en Madrid, en noviembre del ochenta y dos. Súmale o quítale media semana, hará de aquello tres años. Desde entonces envejeciste. Lamento tu pésimo aspecto. No deberían llevarte de un Real Sitio a otro, pues todos tienen estancias demasiado espaciosas para caldearlas debidamente. Quizá te salvaras, de vivir con Elena y tus hijos, renunciando a la Corona, como te lo aconsejé en el pasado. Con su chubesqui y su salamandra, aquel piso es mucho más acogedor. No cesa de sorprenderme y maravillarme cómo la gente te engaña y se engaña contigo. Será siempre tu estrella, como es la de la alondra descalabrarse contra el espejo.

—Me burlaste, fingiéndote Solms. Pero también creías que iba a dejarte el país, a cambio de Elena, los hijos y el piso de les Champs-Élysées. De donde por cierto ella me echó una vez, sin que cesemos de escribirnos.

—¡Oh, no pensaba en mí! ¡No pensaba en mí, sino en tu madre! —Encógese de hombros—. Tomándome por Solms, me contaste cómo te abrazaba, arrasada en lágrimas. Sería sincera entonces, si bien parece impenetrable la buena señora. También sabes que por la tarde recibió en secreto a Martínez Campos y a León y Castillo. Pero ignoras que a los pocos minutos de su llantera y jeremiada, les preguntó fríamente qué ocurriría después de tu muerte. Aturdió a Martínez Campos lo inesperado de la cuestión. Pero repuso que la legalidad constitucional preveía la regencia de tu mujer. No recató doña Isabel un gesto de desengaño, que todavía escandaliza a aquellos hombres, avezadísimos en intrigas y golpes de Estado. Complacida y sacrificada, soñaría tu madre con heredar la regencia, hasta la mayoría de edad del hijo que aguarda la reina. Espero que nunca lo revelen en un libro. Muchos perderían la poca fe que aún tienen en tu casa.

—Olvida a mi madre. Tampoco yo la comprendo mejor que tú. Pero que no se retraiga quien quiera llamarme a engaño.

—Por ti conoce el país los embustes de Cánovas. Día sí y día también, la mayordomía de palacio publica por orden suya los más exagerados y extravagantes

partes acerca de tu salud. Sólo en una nación de carnavalada, como el propio Cánovas llama a ésa en privado, cursarían las nuevas que se difunden. No se limitan a consignar tu supuesta mejora en El Pardo. También te elogian el aspecto, tan rozagante como si fueses a la caza del oso y lo ahogaras en un abrazo. Pero tu salida al hipódromo redundó en un fracaso, a espaldas tuyas. No sabía la gente si compadecerte o escandalizarse de tu palidez y tu enflaquecimiento.

—Lo temía y no quise ir a las carreras. Me obligó Cánovas. Me pregunto si tan cegato estaba que no me percibía a las claras. Cuentan que a veces distingue a los representantes por sus voces en el Congreso, si alcanza a identificarlos. *¿Quién era aquel que me hablaba antes?* Si los asuntos de Estado le permiten la tregua, gusta de quedarse a solas con las sombras de la anochecida, para descansar los ojos y esclarecer las ideas.

—No es Cánovas el único que falsea tu restablecimiento. Tu médico de cabecera presidía el domingo un corrillo de amigos en el Retiro: todos caballeros abulenses. Sin ambages ni escrúpulos de empanada, contaba que nadie te reconocería en la Corte a tu regreso. ¡Tan prodigiosa salió tu cura de aguas y aires!

—Camisón conoce mejor que nadie mi estado de salud. Yo nunca aprobé aquellos engaños, que desprecia la gente. En hecho de verdad, El Pardo no me devuelve el alma. Hubo aquí demasiados días de lluvia y de niebla: de esta mollizna, que te siembra el añublo en la caña de los huesos. Echo de menos los esteros y las playas de Andalucía. Son mi última esperanza. Aunque muy decaído, aún confío en Sanlúcar.

Por un intervalo, semejante a una apacible eternidad, se abstiene de replicarme. Como yo lo llevaba en Viena, luce el delgado bigote de los educandos del Theresianum y la raya en lo alto del cráneo, también muy en boga en el colegio. Mirándolo, me veo en el coche de punto, en que Guillermo me condujo al encuentro de Elena, en aquel piso de la arboleda. De improviso siento el aroma seco del cuero que tapizaba el asiento y el respaldo del carruaje. Adobado y endurecido, aún huele al praderío donde pastaron los ganados y a las cubiertas de becerro, con nervadura dorada, del catecismo que me dio la monja: aquel de larga cinta, por punto empurpurado, donde rugía el padre Claret contra la lujuria a la vera del matrimonio.

—Olvídate del mar, pues no volverás a verlo. Has de morir muy pronto, aquí, como siempre lo presentiste. Aunque te cueste creerlo, no vine este domingo a pedirte que dejes el trono y te vayas a París. Ya es tarde para ello y por añadidura Elena no querría acogerte. Vine simplemente a despedirme y adopté la imagen de Solms por disfraz. Era la forma más discreta de aparecerme.

Al mirarlo, siento la certeza de que no miente. Aun el 30 de octubre, cuando por última vez me trajeron a El Pardo, dudé de lo inevitable en algún recoveco de la atormentada conciencia. Con la certeza de la muerte, viene un regusto ácido en el cielo del paladar y un amago de agobio en el pecho, que anticipa la disnea. En seguida me embarga una paz muy honda y una momentánea tibieza. Desde el fondo de aquella serenidad, le digo:

—Esta mañana me hiciste comprender por qué vine a la presa en julio. Creí apercibir entonces el próximo y último viaje a este palacio, donde estoy destinado a consumirme. Pero detrás de aquella acequia, en la que aprendí a nadar de niño, buscaba inadvertidamente el Jordán eterno. Me refiero al río resplandeciente, donde voy a lavarme el dolor, el ahogo, la flaqueza, la carne macerada. Abandonarla será una liberación. Perder todos mis recuerdos, si no hay memoria en la muerte, sería en cambio un destierro.

—Dirás un destierro de la nada, o casi de la nada, puesto que no quedará de tu vida sino un párrafo perdido, o una nota a pie de página en la historia. Como ya te dije, no servirá tu reinado ni para evitar la venta de las Carolinas a precio de saldo, cuando perdáis todas las islas del Caribe y del Pacífico en otra guerra.

—¿Será entonces, si no ahora y tan pronto desaparezca, cuando recobres esta tierra, que señoreabas en la era de los monstruos? ¿Cuando todo termine en un infierno a medida y semejanza de tus esperanzas?

—Acaso tu profecía sea tan cabal como si fuese mía. Quizá redima para los infiernos este reino que Heracles me arrebató con el hato de reses rojas como llamas, después de matarme al boyero. O por ventura termine el país por destruirse a sí mismo y nada quede por reivindicar. En un punto concurro con tus anticipaciones. En agosto del año pasado, a solas en La Granja, creíste que el verdadero golpe de Estado y la gran revolución, tan temidos por Cánovas, vendrían en el próximo siglo. También preveías que ambos alzamientos, el de los militares o el de los obreros, concluirían en el olvido y el fracaso, al secarse la riada de sangre y el mar de dolor que abrieron a su paso. Pensabas que yo te dictaba tan enemigos pensamientos. Pero si te los apunté o no es cuestión marginal ahora. Lo único cierto es el último porvenir que avizoraste a largo plazo. Al cabo, sólo sobrevivirá aquí, en cosechas cada vez más anchas, la corrupción política sembrada por Romero Robledo. Esto, por una parte. Por otra, perdurará tu familia gracias a la sangre propia y sobre todo la ajena: la de don Manuel Godoy y la de tu padre. Si la podredumbre del poder acabará con tu perpetua y guadianesa estirpe, yo no lo sé. Te lo confieso.

Calla bruscamente. Tal vez sin percatarlo él mismo, el muchacho de bozo apenas perfilado y raya en mitad de la cabeza —el mozo que he sido— se va convirtiendo en el ser depauperado y carcomido que soy ahora. De puro quebradizo y lívido, me asusta más que los espejos. Mucho más que la muerte que me aguarda.

—¿Qué otras confidencias quieres hacerme?

—Lees en mí como yo en ti —sonríe—. No en vano tu disfraz es el que mejor me cae. Compartiremos mis últimas dudas. Tan larga es mi memoria que a veces la confundo con el sueño. No puedo asegurarte con certeza si reiné y poseí aquel rebaño rojo que pastoreaba el mayoral. Acaso acertaste al principio y soy una sombra de tu oculta locura. Digamos la mítica quimera surgida del secreto desvarío de un rey constitucional. Como quiera que sea, te envidio si temes que la muerte te enajene los recuerdos. En la vejez, la memoria se transforma en el doble castigo de la

desesperación y la demencia.

—Posiblemente tengas razón. Sólo para embridar la memoria, aunque la mía pertenece a una existencia tan breve, a retazos la transcribo a escondidas. Si algo aprendí en esta vida mía, de soberano demócrata, suicida y señorito, es que los hombres escriben para no enloquecer. Pero, en cuanto yo falte, le pedí a Guillermo que eche al fuego hasta la última hoja de aquellos diarios.

—Procede como gustes. Quizá quemará en vano tus escritos. A veces no hay fuerza que destruya la memoria, o para el caso el olvido humano, en el mundo. Pero ya mi tiempo se abrevia y debo marcharme, sin que tampoco anticipe de cierto adónde voy. Dentro de nada te anunciarán la llegada del verdadero Solms-Sonnenwalde. En cuanto se vaya, vendrán tus tíos Montpensier desde la antesala. Quieren almorzar contigo el miércoles, pues cumples veintiocho años el veinticinco de noviembre —calló un momento mientras empezaba a desdibujarse en el aire—. Te pierdes la invitación porque el miércoles estarás muerto y no preguntes qué hallarás en la otra orilla del río, donde piensas lavar las dolientes miserias. Yo también ignoro si allí te aguarda tu despierta conciencia o la ribera se reduce al vacío y a las tinieblas.

Llegaron y se fueron Solms y mis tíos. Como lo presagió Gerión, dijo Luisa Fernanda que vendrían a celebrarme el aniversario, dentro de tres días. *Bonita manera de cumplir años*, no pude por menos de replicarle. Huele a hongos y helechos empapados la anochecida y llovizna a través de la niebla. Le pedí al general Echagüe que me dejaran solo en esta sala, con los gobelinos y la alfombra escarlata. Tejido en los muros, me rodea el laberinto de Creta, que Juan López de Hoyos vio en los bosques de Monte del Pardo. Hijo de Poseidón, se proclama verazmente Teseo ante el rey Minos. Al mar arroja aquel soberano su sello de oro y le pide que se lo devuelva, si es el primogénito del dios de las aguas. Teseo se sumerge y nada de vuelta con la sortija. Luego se adentra en el laberinto. Entre las sombras, antorchas llameantes iluminan una red de túneles quebrados. Salvo uno solo, que conduce al dueño de aquel infierno, los demás carecen de salida y no llevan a ninguna parte. En las tinieblas, el héroe se topa de súbito con el minotauro. La bestia de cabeza humana, cuerpo y astas de toro, carga bufando contra él. Teseo lo aguarda a pie firme para degollarlo de un solo tajo.

De los tapices paso a los recuerdos. Me asaltan al azar y cerraré estos papeles, anotándolos con la mayor puntualidad posible. Si entornara los párpados, vería a Mercedes en Radan. Pálida de frío como la nevada, se ríe del caballo blanco en que le prometo volver a Madrid. Me grita que nadie más —cuerdo o ido— farfullaría tantos disparates. Después la albura de los bosques, entre el Allier y el cielo de Puy-de-Dôme, se transforma en la lisa claridad de esta página. En las nieves de anteayer amanecen unas anchas pisadas, que serán las de Ulises. Ha mucho tiempo que regresó a Ítaca. Con el remo a cuestas, marcha hacia el reino sin nombre, donde desconocen

la mar y no salan la carne.

Pero las memorias desperfiladas se mudan en fantasías. Es tan arduo separarlas como rayar el aire con la uña. Ulises ya no es Ulises sino Homero ciego y sin remo. Pero, en la nevada, Homero tampoco es Homero sino Cánovas del Castillo, en uno de aquellos ternos suyos, veraniegos y blancos como hábito de oblato. Acaso el mismo traje que llevará el día en que lo maten, sin que ni yo ni nadie pueda impedirlo. Mirándome con sus ojillos casi tan quemados como los de Homero, me reprocha la extravagancia de morirme, dejándole incumplida la Restauración. ¿Qué derecho me asiste a engañarlo de este modo, cuando él me inventó una Monarquía y regaló una Corona, orillando las ambiciones de mi madre?

Ni tiempo tengo de responderle, porque la imaginación y la memoria me regresan a la semana pasada. Es el día de Santa Isabel y vienen al Real Sitio mi madre y mi hermana mayor. Por deferencia hacia ellas, presumo, también llega mi mujer con las niñas. Abrazo a mis hijas, pero no las beso para no contagiarlas. Fijos y vigilantes, en mí clava Crista los ojos. Si calladamente me aprueba el prudente reparo, no sosegará hasta llevarse a las infantas. Al principio se cohíben en mis rodillas, como esforzándose por reconocerme. Luego me hacen mil preguntas y juguetean con los cordones dorados de la guerrera. Quieren saber si hay duendes en El Pardo. Dicen soñarlos todas las noches. Vuelan montados en palomas o riñen en el robledo. A veces bailan bajo la luna.

Mirándonos, se impacienta la reina. Teme que termine por besar a María de las Mercedes o a María Teresa por puro descuido. En cuanto se vayan, las desnudará y las bañará en agua tibia con ayuda de una camarera, para que no se desmanden y chapoteen salpicándolo todo. Después las frotará de pies a cabeza con una toalla empapada en alcohol y las hará auscultar por el doctor Riedel: el médico que se trajo de Viena y quiso que la asistiera en los partos, con escándalo y enojo de los tocólogos madrileños. Sólo cuando Riedel las dé por sanas y salvas, se aplacará mi mujer.

Concluida la visita, las niñas se alejan corriendo tan pronto las llama su madre en voz baja. Brincan de la alfombra escarlata a los suelos de taracea y ríen, en tanto tiemblan y tintinean los candelabros de la consola. Mirándolas, en tanto se alejan, comprendo que no volverán jamás. En seguida, su recuerdo se baraja y confunde con el de mis hijos en París. A ellos, sí, los besé largamente, mientras me observaban sorprendidos y medrosos. *Sire, nous sommes heureux d’avoir fait votre connaissance*. Me pidió Elena que no regresara a aquella casa. Pero ahora reparo en cuán baldías fueron sus órdenes, si ya estaba resuelto por otros poderes que no tornaría a verlos, ni a ella ni a los niños. Seguimos escribiéndonos, pero nunca me habla de Fernando ni de Alfonso, aunque le pregunta por ellos. Exactamente igual como si no hubieran nacido.

Y pensando en París, me embarga el recuerdo de las maniobras de Homburg, al paso que truena y desciende el aguacero sobre los cuarenta y tres batallones, treinta escuadrones y ocho piezas de artillería. Impasible, se yergue junto a mí el anciano

emperador, el que de mozo combatió a Napoleón, en tanto lo agrisa la lluvia. Siempre en la imaginación, le digo que pocas veces me sentí tan feliz como aquel día, admirando las gloriosas maniobras del ejército alemán. Dicha tan grande, ante la perfecta exactitud, la nitidez de los clarines y las voces de mando, el ondear de las banderas y aun la precisión inquebrantable de la marcha debajo del diluvio, sólo era comparable a mi beatitud cuando nacieron mis hijos o mis hijas. O al enseñarme a leer Guillermo la mejor poesía. A percibir y a sentir, pongo por caso, cómo las palabras nos devuelven a un Gustavo Adolfo Bécquer, anticipándose la muerte como yo mismo la apercibo ahora. A representarme al poeta, tranquilamente sentado en los umbrales de la eternidad, como quien aguarda el frescor incierto de una noche de agosto a la puerta de la calle, preguntándose acaso por qué no retrocederá nunca el tiempo: ni en la vida ni en los ámbitos de la infinitud perpetua.

Pero también divago y fantaseo otra conversación, que nunca sostuve con el Káiser. Siempre bajo la tormenta, me figuro revelarle el inopinado hallazgo de una felicidad aun mayor que las anteriores. Le refiero el goce indecible que sentiré cuando el papa interceda y sepa por siempre zanjada la guerra con Alemania. La vanidad de haber sido yo quien le sugiera a Bismarck, de rebozo y a cortinas tapadas, pedir la mediación de la Santa Sede como si fuese criterio suyo adobará mi satisfacción por haber impedido aquella carnicería. Y se agranda mi fortuna si recuerdo que fue Bismarck, no yo, quien precipitó la crisis. Semejante ventura, al detener una catástrofe que reclamaba frenéticamente casi todo el país, será demasiado cierta para que nadie, incluido el demonio, pueda robármela.

Concluyo y cierro para siempre. Al caer la tarde se espesa la bruma y arrecia la lluvia. Yo me destemplo y pronto me abrasa la calentura. Ando tan habituado a la fiebre que en seguida la presiento rondando los treinta y nueve grados. De pronto rompo a temblar con un perlático y tengo que sujetarme la muñeca derecha para proseguir estos renglones. Aun así, mancho y emborrono el papel. ¡Vierto el tintero sobre la escribanía! El sabor a sangre me asciende del alma a la garganta. En menos de nada me desgañitaré en un acometimiento de tos perruna. Entonces vendrán a acostarme.

Desde el centro de la conciencia, asumida y abonada la muerte, me empeñé en confrontarla como un zangón veraniego castiga a una moza de tufos, mantón y peineta en un baile de barrio. Quise luego encararme con ella, con austera y callada dignidad, al igual que *un chevalier sans peur et sans reproche*. Hubo un orgullo tristemente gratuito en todo aquello, porque un final como el mío no es sólo un desafío a la entereza del alma. También pringa y degrada la carne, devorándola y repudriéndola. Acato mi desaparición; pero no la ruina viciada en que vine a parar. Si fuera posible, en cuanto todo haya terminado, quisiera que me quemaran el cuerpo corrompido en el fuego donde arderán estas memorias.

Es extraño que aún me abrume el temor, después de haber padecido tanto. Pero me aterra la disnea, que me aguarda esta noche. Si no acaba conmigo entonces,

volverá a repetirse el ataque de madrugada. Resistiré hasta que me acometa la asfixia, aunque ya presiento el ahogo terrible en el fondo del ser. No sería capaz de sufrir aquel tormento de nuevo, ni alcanzo a imaginarme la indignidad de expirar boqueando, jadeando y gimiendo. Tan pronto lleguen los estertores, le pediré al doctor García Camisón que se apiade de mí y me sede con morfina. Será un final contrario a todos mis principios: los del caballero sin miedo y sin reproche y los del señoritingo temerario y verbenero. Pero si claudico y vendo la entereza, lo haré por una paz inestimable. Pienso en la indecible serenidad de dormirme para siempre, soñando con un cielo abierto y soleado. Mientras, entre confín y confín de la vida y la muerte, aquel paisaje recién amanecido vendrá a tenderse y espejarse en el limpio fulgor del río destellante.

RELACIÓN DE ELENA SANZ

—Cuando me vaya de este mundo, quisiera hacerlo con una grandeza parecida a la suya —dijo Julio Benalúa—. Por otra parte, aun entre el viático y la capilla, desearía vivir con mayor cordura.

Mediaban febrero y el invierno de 1886. A Julio lo mandó Sagasta a París en alguna misión oficiosa de la cual nunca me hablaría. Eran tiempos anteriores a la sublevación del general Villacampa y a la matanza de mineros por la Guardia Civil en Riotinto. Como lo indicaba Julio, parecía que Sagasta fuese a gobernar hasta el siglo XX. Por mi parte, di en pensar que el rey muerto me contagió la demencia. No hacía ni dos semanas que desvarié y soñé el encuentro con aquel desconocido, idéntico a él, primero en el coche de punto —*Mourir, ça ne vaut pas la peine. Tu sais, ma chérie*?—, y luego en mi propia cama, donde me poseyó aterrada. Pero nada le dije a Julio de semejantes espejismos, que todavía me estremecen y avergüenzan. Sí le conté que en esta casa, al principio de su última gira por Europa, le prohibí que volviera a vernos a nuestros hijos o a mí.

—Aquel viaje jamás se lo perdonó Sagasta —prosiguió, tomando el hilo de los sucesos, en el anteanteayer de casi cuatro años atrás—. Por culpa del rey, todo acabó en un monumental escándalo callejero, aquí, en París. Mi tío Pepe Alcañices, que iba con él, creía que en Homburg lo desatinaron la fiebre y el champán. Contestando al brindis del emperador, poco menos que le juró la alianza española, si Alemania volvía a entrar en guerra con Francia.

—Fue su última indiscreción y la más notoria. Al Gobierno le costó el poder y bastante la criticaron en su día. Olvidémosla ahora.

—Por las repercusiones europeas, fue la más sonada de sus imprudencias. Pero no sería la última. Hace un año recibió a una comisión conjunta del Ayuntamiento de Barcelona, el Instituto del Fomento del Trabajo y la Diputación Provincial. Le expresaron la alarma y el disgusto del principado por haberse aprobado el carácter supletorio del código civil a las legislaciones forales catalanas. Otro agravio no menos hiriente era el trato de país más favorecido a Gran Bretaña, si elevaba a treinta grados el límite de aceptación de los vinos nacionales, todo ello en detrimento de los intereses proteccionistas locales.

—No recuerdo leerlo en los diarios franceses…

—Atentamente escuchó el rey a los delegados. Luego, a la de Dios es Cristo, fue a regalarlos con un discurso demagógico. Ya muy consciente de su tisis y del desenlace inapelable, empezó a hablarles de la brevedad de nuestro tránsito por el mundo. En tan escueto plazo acataban los catalanes la ley divina del trabajo con mayor ahínco que los demás. Creándole una industria a España, impidieron que fuese una nación de cabo a cabo agrícola y siempre miserable. Se declaró proteccionista

enragé y abogado ferviente de los intereses industriales y las legislaciones forales, si bien tenía que atemperarse a las Cortes y al Consejo por mandato constitucional. Desde el banco azul, se vio negro Cánovas por capear el turbión de protestas que se le vino encima.

De forma irónica, nos confortaba comentarle la muerte, puesto que entonces le elogiábamos la firmeza y la mordacidad —*la sal ática o chamberilera*, decíale Julio— de que hizo muestra hasta el final. Por Alcañices supo su sobrino todos los pormenores de aquella agonía. Admiraba al rey por la forma que la soportó; pero resentía la actitud de Cánovas. En vano engañó al pueblo y persistió en su pasteleo inclusive después de la defunción. Todos los partes pasaban por manos del presidente del Consejo, en demanda y espera de su visto bueno. El último lo recordaba Julio con puntual precisión. *Su majestad sufrió anoche un ataque de disnea que puso en peligro su vida. Repuesto, tomó algún alimento. A las cinco de la tarde proseguía su estado relativamente satisfactorio*.

—Acababa de morir cuando hicieron pública aquella nota en la mañana del miércoles, veinticinco de noviembre. El lunes parecieron despejarse las nieblas y escampar los chubascos. Se empeñó entonces en comer en el bosque con doña Isabel y la reina. Pero tuvieron que regresar a primera hora de la tarde a toda prisa. Volvió a enfriarse el día y a él lo afligían toses y temblores. Aún lo vio mi tío bajarse del coche, ligero y de un salto, antes de saludar al centinela que le presentaba armas. En seguida, otro acceso de tos le provocaba una disnea tan intensa que llegó a desvanecerse. Se recobró para ordenar que volviese la reina a Madrid con Montpensier y la infanta Isabel, mostrándose al pueblo en el Novedades, como lo dispuso Cánovas. Acatarrada, la duquesa Luisa Fernanda se quedó en el Real Sitio.

Aquella tarde cercioróse García Camisón de que el rey, si bien muy lúcido, agonizaba. Alcañices telegrafió a Cánovas y al capitán general de Madrid, don Manuel Pavía Rodríguez de Alburquerque, el mismo que había acabado con la República. García Camisón llamó a consulta a los doctores Santero, Sánchez Ocaña, Ledesma y Riedel. Superada la disnea, se adormecía *el enfermo cuando la reina se fue a Madrid, de mal grado y gimiendo. Airada y perdida, rondaba doña Isabel por el palacio. Servicio y consejeros la oyeron despotricar a gritos:* ¡Mi hijo se muere solo como un perro y la nuera se me va al teatro! *—Luego disparataba y se contradecía—:* ¡No, no puede estar tan grave! ¡Pobrecito mío! Ayer aún quería hablar con Martínez Campos. Lo mandó avisar para mañana, miércoles. ¿No es mañana miércoles? ¡No sé en qué día vivo; pero él lo adivinaba todo! Su sexto sentido era un don de Dios, con el de la monja. ¡De morirse, lo presentiría y me lo habría dicho!

A la salida del Novedades, durmió la reina en palacio. Para las ocho en punto, había pedido la consulta García Camisón en El Pardo. A las siete, Alcañices ya estaba en Madrid. Fue a decirle a doña María Cristina que el rey pasó la noche bastante tranquilo. Pero ya destejía las últimas horas. A matacaballo y en el mismo coche del duque de Sesto, sin dar tiempo de que enganchasen otro, regresó ella al Real Sitio.

—Lo encontró fatigadísimo y más derrostrado que la víspera. Escupiendo sangre, volvió a toser y bascar de madrugada. No obstante, muy despierto y consciente, trataba de sonreírle a su mujer. Hasta el fin, fue fiel a sí mismo: a lo poco que de él quedaba. En la alcoba, perdió la reina la compostura y se deshizo en llanto, a solas con el rey, García Camisón y mi tío. Como si juntara fuerzas para hablarle por última vez, debatíase el agonizante. Al cabo, sin cesar de sonreírle, le dijo: *Calla, calla, Cristinita. Ya verás cómo todo se arregla providencialmente. Pero si muero guarda el coño y ándate siempre de Cánovas a Sagasta y de Sagasta a Cánovas*.

Genio y figura hasta la fosa, que lo demás son gaitas y pan pringón, decíale Alcañices al sobrino. Llevaba el duque varias noches en vela y había llorado a lágrima viva la muerte del monarca. Pero descalzábase de risa, citando los singularísimos consejos del moribundo a la esposa. Para patriótica edificación de Julio Benalúa, añadió su tío que en ningún otro país del mundo civilizado y no digamos del incivil, donde los soberanos expiran con el trasero al aire o en la picota, los reyes morían hablando con tan certera sublimidad.

El doctor García Camisón, que en fin de cuentas era de Villanueva de la Sierra, le preguntó luego a Alcañices si había oído lo que él oyera. Pues sí, señor. Y me pareció una singularísima amonestación, en el orden político, lo de ir de Cánovas a Sagasta y de Sagasta a Cánovas. Que no de Herodes a Pilato y menos de la ceca a la meca, cuando aquí nadie se hace moro. Pero sobraba lo del coño, siendo tan conocidas las dotes morales de la señora. Su majestad pensaría en épocas menos recatadas y en las vidas de rompe y rasga que llevaron otras damas de su familia. Pongo por caso, su bisabuela María Luisa. Dont l'histoire est bien connue.

En el lecho de muerte, tuvo plantes y repentes. Le enojó que don Laureano y Alcañices solicitaran la consulta sin su venia. Anticipaba la alarma del pueblo, suponiéndolo enfermísimo, cuando lo suyo era un accidente pasajero. Fingía creer aquellas patéticas mentiras, como si luchara por el privilegio de acabar en la mayor soledad posible. *¡Abandonado igual que un perro! ¡Un perro callejero!*, repetía su madre.

Sometióse a la consulta en cuanto supo a los médicos venidos a El Pardo. Accedió a recibirlos en la alcoba si uno solo se encargaba de examinarlo. Escogieron al doctor Sánchez Ocaña, por su renombrada autoridad en fisiología. *Ya verán ustedes cómo mañana hablará la gente, tan pronto se enteren de esa consulta* —los advirtió —. *Señor, la gente habla siempre de todos modos* —osó contradecirlo a medias el doctor Ledesma. Pálido como las sábanas, asentía en voz baja—: *Pues, sí, y sobre todo cuando le dan motivo para ello*.

—Los demás se retiraron y preparóse a auscultarlo Sánchez Ocaña. Quedó a solas un instante con mi tío —recordaba Julio, ensimismado—. *¡Cuánto movimiento veo esta mañana!*, sonrió el rey como si aludiera a los preparativos de una cacería. Digamos una batida como la de la antepuerta bordada detrás de la cama, con lebreles persiguiendo a un lebrato de otro siglo y pisaverdes escopeteando al águila caudal.

Esto se agrava, ¿verdad? Olvidó mi tío su propia respuesta. Pero recordaba una queja, la única que profirió el agonizante entonces y repetiría de madrugada en sus últimas palabras: *¡Qué conflicto! ¡Qué conflicto!*

Un antojo del alma me devolvió aquel sueño, en la bajada de Santo Domingo. Adormecida yo en una mecedora, surgió nuestro hijo Fernando. Era ya hombre y parecíase a su padre, aunque todavía no lo hubiésemos concebido. *No me mires así, yo no soy quien tú crees, si bien pasé por sus sueños. Soy el mayor de vuestros bastardos*. Siempre en mi pesadilla, me lo tropecé en la calle del Arenal y me dijo que el rey falleció en El Pardo, con un lamento en los labios: *¡Qué conflicto!* Casi como un eco de mis recuerdos, donde dudaba Fernando que su padre pensara en la muerte con semejante exclamación, desdobló la hoja Julio Benalúa.

—No se refería a la muerte, pues por pudor no la nombraba. Pero tendría muy presente toda la Restauración, todavía por entallar y apuntada con alfileres en un maniquí que no era sino él mismo. Preguntaríase hasta qué punto aquel traje o disfraz, cortado por Cánovas a su medida, iba a sostenerse en cuanto faltara del mundo. Por otra parte, tanto era su quebranto que terminó por acceder al reconocimiento de los doctores García Camisón, Alonso Rubio y Santero, después de visitarlo Sánchez Ocaña. Para no cambiarlo de postura, se abstuvieron de explorarle la espalda. Luego firmaron los tres un dictamen, aprobado por todos sus colegas. Por primera vez reconocíase allí que el *augusto enfermo* sufría una tuberculosis aguda y su estado era gravísimo. Casi por desesperado, lo daban entonces.

Poderes ocultos, trapaceros y respondones, ocultarían aquel documento, concluyó en un paréntesis. Recientemente, con vistas a un libro de memorias que llevaba en el telar, trató de leerlo y copiarlo. Pero no lo encontraron en el legajo de Mayordomía del Archivo del Real Palacio, con los otros papeles acerca de la última enfermedad del rey. Dijo Julio que España era el único país donde tal escrito pudiera extraviarse o desaparecerse. Aun después de muerto el monarca, querrían ocultar la tisis que lo arrebató para que nadie la creyera fatalmente hereditaria.

Los médicos le recetaron un vejigatorio en el pecho, un expectorante y caldos con vino, cada dos horas, para alzarle las fuerzas. Aparentó una falsa mejora, a lo largo del día. Recobraba la habitual locuacidad, bromeaba con Alcañices y el general Blanco sobre la consulta mañanera. *Si sobreviví a tantos galenos juntos, debo de ser inmortal como aquel conde de Saint-Germain, que echa sombra desde la Edad Media. O, mejor aún, al igual que el judío errante, cuando un cuarto de vida se me fue en el destierro*. En seguida les dijo que vivir para siempre se le antojaba tan inconcebible como la salvación eterna. *La naturaleza humana teme la inmortalidad en este mundo o en el otro. Pero, como no está dispuesta a aceptarlo, se niega a comprenderlo*.

Alternativamente sorprendían y acongojaban a Alcañices aquellas salidas. Odiábase por sonreírle las gracias. O estremecíase, preguntándose dónde hallaría recursos para reflexionar de modo semejante, en plena agonía. Como si quisiera

ponerle a prueba la memoria, le preguntó el moribundo si recordaba una nebulosa tarde de domingo, en el París de su adolescencia, cuando fueron juntos y a pie a la cumbre de Montmartre. Repuso el duque de Sesto no haber dado al olvido pormenores ni palabras del paseo. Tuteándolo, le contó entonces que el azul de Castilla asciende de tan claro sobre la blancura de las nubes apaisadas. El rey asentía, complacido.

—Hacia las dos de la madrugada permanecían en aquellas estancias doña Maria Cristina, el doctor García Camisón y Ceferino, el primer ayuda de cámara. Vencido y vestido, durmióse mi tío en una butaca. A las cinco, entre duros accesos de tos, la disnea volvía a asfixiar al enfermo. En semejante trance, como el propio don Laureano lo contaría luego, le pidió el rey una inyección de morfina. Obedeció García Camisón, a sabiendas de que daban fin y remate a aquel drama.

Al punto, en cuanto lo inyectaron, durmióse plácidamente. A las ocho de la mañana aún descansaba Alcañices en el sillón y rezaba la reina en un reclinatorio de la antecámara. Apoyado en la jamba de la puerta abierta de la alcoba, adormecíase el médico en pie. En aquellos instantes, contó llevar tres noches en blanco. Sentado junto a la cama, velaba Ceferino. Sonaban las ocho en el reloj del saloncillo: el que era fama haberle dado cuerda Carlos IV y marchar sin pausa desde aquel día, cuando advirtió el sirviente el brusco cambio en la respiración del monarca. De acompasada en el sueño, mudábase a ronqueras y estertores. A los gritos de Ceferino, hombre por lo demás berroqueño y cabal si los hubo, despertó Alcañices y precipitóse en la alcoba con doña María Cristina y don Laureano.

—La reina mandó llamar a las infantas y al cardenal Benavides, quien permanecía en El Pardo desde la víspera. Inconsciente, recibió el rey los últimos sacramentos. Pero ya había fallecido cuando llegaron las niñas. Al mediodía, un extraordinario de la *Gaceta* puntualizaba la hora de la muerte: las nueve menos cuarto de la mañana. El cuerpo embalsamado permaneció en El Pardo un día entero. Allí fui yo a verlo, expuesto en un féretro y bajo un crucifijo, sobre una mesa cubierta de damascos negros y rodeada de hachones encendidos. Los Monteros de Espinosa alzaron la caja para entregársela a cuatro grandes de España, que la llevaron en hombros a la carroza fúnebre. Por tres días le sirvió de capilla ardiente el salón de las Columnas. Cuando finalmente lo sepultaron en El Escorial, mi tío cerró el ataúd con dos vueltas de llave y le dio el llavero al prior.

Caía la tarde y se oscurecían los balcones. En voz baja, como si añadiese una posdata a su relato, me contaba la triste aventura de la perra del rey. Sin que nadie lo reparase, en la confusión de aquellas horas, se había ocultado debajo de los paños del túmulo. Salió ladrando al llevarse el féretro a Madrid. Tuvieron que sujetarla para que no se fuera con los despojos de su señor. Bruscamente, lamentando aquellas palabras apenas las proferí, le pregunté a Julio:

—¿Figuramos la perra y yo, en las memorias del reinado que piensas escribir? ¿Figuran mis hijos?

—No lo sé, Elena. Son tantos los recuerdos de aquel hombre que acaso publique dos libros. El primero concluiría con su vuelta, en enero del setenta y cinco, y el segundo con su muerte. Por fortuna o por desdicha, allí cabemos todos, pues con la suya se trenzaron nuestras vidas. Sobre todo, la tuya, claro. También es posible que me fatigue y desmemorie, pues ya empieza a borrárseme su rostro y no hace ni tres meses que ha fallecido. Acaso termine la crónica con su regreso a Madrid. O jamás llegue a escribir absolutamente nada.

Como si buscara pretextos para no emprender la obra propuesta, dando con ello la razón al rey cuando afirmaba que no somos sino un nudo vivo de tergiversaciones, preguntóse qué quedaría de los diez años de aquel reinado. Quizá muy poco, meditaba en voz alta, aparte de leyendas y hablillas ensartadas. Así atribuían a su tío, Alcañices, la muerte de un marido burlado, quien supuestamente sorprendió a la esposa en brazos del monarca, a su inesperado regreso al hogar. Los varios lugares de autos, siempre a gusto de la maledicencia, probaban la inconsistencia del rumor. Unas veces sucedía el crimen en casa de un guarda de campo. Otras en un hotel del barrio de Salamanca. O en un piso de la calle de Leganitos. Cuando no ocurría la tragedia en un pinar de los arrabales, más allá de la Castellana.

Posiblemente, reflexionaba Julio, vino a ensolaparse la historia con otra del reinado anterior. Aunque la entera verdad nunca se puso en claro, allá por abril del cincuenta y siete hubo un sangriento escándalo en palacio. Andaba doña Isabel ocupada en secretos menesteres, acaso con su amante Puigmoltó en la alcoba real, cuando quiso irrumpir allí don Francisco de Asís con su jefe de cuarto: el antiguo ministro de la Guerra, Antonio Urbiztondo. Les salieron al paso Narváez, entonces jefe de Gobierno, y otro tío de Julio, Joaquín Osorio. Requeridas las espadas, perecieron en un oscuro duelo Urbiztondo y Osorio. Lastimado, ocultóse Narváez por tres días. Cavilaba Julio que Alcañices conocería la entera verdad y jamás le perdonó a la reina llevar a la muerte a su hermano, aunque fuese involuntariamente.

En el rellano nos despedimos. Julio me abrazó y besó las manos. Los dos debimos presentir que no volveríamos a vernos. Regresé a la bajada de Santo Domingo, donde me dijo que todo sería para bien hasta que empezara a soñar sus sueños. Antes se le iba la cabeza con la fiebre y lo acostamos desvariando. Prudencio mandó a Julio a la botica de la calle del Reloj a comprar manzanilla, esencia de eucaliptos, hielo molido y hierba mora. Todo se cruzaba con memorias más recientes: las del espectro en el coche de punto que me forzó o soñé que me violaba. A punto estuve de exclamar: *¡Cuando escribas el libro sobre su reinado, guárdate de un hombre que es su vivo retrato! Si te lo topas, huye o esquívalo. No es la sombra del rey ni una aparición de la locura, si bien tampoco sé de cierto quién pueda ser*. Pero callé cohibida y atemorizada. Fue Julio Benalúa quien me dijo:

—A mi tío le ha contado Morphy que él dejó unas memorias truncadas, que arrancan de su llegada a Madrid en 1875. No me atreví a pedírselas a Guillermo y supongo permanecen en su poder. Aparentemente, las vino a interrumpir la

antevíspera de su muerte. En las últimas páginas espigaba sus momentos más dichosos. Sumó allí el nacimiento de vuestros hijos, las maniobras que le ofrecieron en Alemania y la primera lectura de una poesía, donde habla Bécquer de meditar muerto cómo nunca retroceden ni la vida ni la eternidad.

—Aquel poema era uno de sus preferidos. Se propone Bécquer sentarse detrás de las verjas de la muerte. Pero no quiere descubrir por qué no ceja y se retira el tiempo, sino aguardar a su mujer, a Casta Esteban, para decirse los dos cuanto callaron en la tierra.

—Si ése es el caso, que yo no lo recuerdo, querría identificarse con el poeta y esperaría hablarte un día, con todo lo perpetuo por delante, como Bécquer y Casta.

Se fue Julio Benalúa. Acostados la doncella y los niños, me adentraba desvelada en la noche. Soy incapaz de prever el porvenir, a instantes aislados, como él lo presentía. Pero a veces compuse mis sueños y luego fui a soñarlos como los había dispuestos en la vigilia. Nunca consentí que dormida me rondaran ni él ni nuestros hijos. Me propuse evitarlos por un recato parecido al suyo cuando lo callaba todo acerca de su enfermedad, mientras iba muriéndose.

No obstante, aquella noche comprendí que soñaría con el rey, muy en contra de mi voluntad. Adormilada yo en el canapé cerca del alba, lo hallaría sentado junto a una cancela abierta y cabe a un venero, que le nacería a los pies. Culebreando por tierra, correría el arroyo camino de un río o de los mares sin lindes del fin de mundo. Abrazándolo sobre las piernas cruzadas, guardaría el rey en el regazo aquel *corot* del palacio de Castilla: el de la mujer con el chaleco rojo, absorta en la lectura de un libro abierto.

—Una vez me echaste de tu casa. Pero aquí me detuve a aguardarte —dirá en el sueño—. Siéntate a mi lado, pues mucho tenemos que hablar.

—No sé de cierto quién serás o dónde estamos. Tampoco llego a aclarar si te temo o te compadezco.

—Despierta, me deseabas y en dos ocasiones viniste a mí, a ruegos de mi madre. La primera en Viena. La última en Riofrío, para rescatarme de la demencia. ¿Quién más, aparte de nosotros dos, iba a saberlo?

—Todavía ignoro si tú eres tú o aquel doble tuyo, que te acechaba en Madrid. También yo lo vi hace unos días. Me dijo que morir no merecía la pena. Tenéis las voces idénticas.

—En mis últimos días comparecióse en El Pardo. No quería tentarme, sino sencillamente despedirse.

—Tampoco me tentó a mí. Pero juraría que en otro sueño, o entre los vendavales de un desvarío, me hizo suya furiosamente. Se encendía y arrebataba, como si pensara que al poseerme me arrancaba de tus brazos.

—No llegó a quitarme el país, que reclama por suyo —discurrirá, siempre prendido al cuadro de Corot—. Al menos él cree que lo fue, antes de que alboreara la historia en la tierra; en la era de los monstruos.

—Dame una sola prueba verosímil de ser tú el rey. No aquel reflejo suyo: el supremo impostor, como lo llamabas.

—Desde este lado de la cancela presentí que el gran mimo te violentaba. Te llamé a gritos y acaso oíste mi voz dormida. No pude acercarme, puesto que tú vives y yo fallecí en El Pardo, una mañana de brumas en los encinares. Ahora nos reunimos aquí porque me sueñas.

—¿Por cuánto tiempo? Antes de que te desvanezcas, ¿llegaré a saber si tú eres tú y no el falsario que te personificó en mi alcoba?

—Dentro de poco despertarás en tu saloncillo, Elena. Amanece y, si afinas el oído, sentirás cómo cae la nevada que amagaba por la tarde. Entonces nos separaremos, hasta el día en que vuelvas a cruzar la verja por tu propio pie. No me soñarás de nuevo aunque tampoco vayas a olvidarme. En cierto modo, seguimos sujetos a la voluntad de mi madre, desde que ella te mandó seducirme en Viena.

Sí, dormida, sentiré el vasto susurro de la nieve. Entre las primeras luces, nevará sobre los tejados, los castaños desnudos y las amarillentas farolas. Todo Leganés era un escarchal, bajo el revuelo de las moscas blancas, la tarde en que canté para la duquesa de Sesto. En pleno abril neviscaba en Viena mientras hacíamos el amor en el piso del Volksgarten. Al invierno siguiente, San Petersburgo parecía un ventisquero, cuando el zar Alejandro II me visitó en el camerino, después de la representación de *La Favorita*, haciendo caso omiso de Adelina Patti la primera diva. *Mademoiselle, vous avez une voix unique et merveilleuse. Avec vous nous pénétrons des couloirs magiques et des Univers bizarres!* (Señorita, tiene usted una voz única y maravillosa. ¡Con usted penetramos en corredores mágicos y en universos desconocidos!) De aquel zar, como antes de Prim, hicieron carne en un atentado. Así iba a escribírmelo el rey. Pero la nieve acariciará los cristales de la casa por la mañana como una mano muy tierna. En Viena le susurré a Alfonso que lo nuestro debía ser un juego, dispuesto por doña Isabel. Pero ya creía quererle como al cáliz de la cena: una copa repleta de cándida nata, más blanca que la leche recién ordeñada.

Mientras, siempre sentado al pie de la reja, empezará a alejarse y desaparecerse el rey. Antes de que yo despierte se borrará por completo como se disipa el hálito en la tarde de invierno. A través de puertas entreabiertas oiré a uno de mis hijos hablar adormecido. Sonarán en la calle enguijarrada las ruedas de un *fiacre*, con los cascos de la montura por contrapunto. *Creí que habías muerto en noviembre. No esperaba encontrarte en París esta tarde*. Él y yo nos iremos de mi sueño y entonces, no cuando lo eché de esta casa, nos separaremos para siempre. Amusgando los ojos, advertiré que la mujer del chaleco rojo es ciega o iletrada puesto que sostiene el libro del revés. Haré un esfuerzo por leerle el título, que ella va a mostrarme desde el óleo de Corot. Afuera se crecerá el rodar del coche de punto y el tamborileo de las herraduras, cuando al fin esclarezca el nombre impreso en la cubierta. Sobre aquel resguardo y en mitad del cuadro y del sueño alguien habrá estampado siete palabras en mayúsculas cursivas: *ALFONSO DE BORBÓN HABLA CON EL DEMONIO*.

1857, 28 de noviembre

Nace Alfonso Francisco de Asís Fernando Pío Juan María Gregorio Pelayo (Pelagio, en versiones increíbles) de Borbón y Borbón en el palacio de Oriente, a las diez y cuarto de la noche.

1858, 5 de enero

Luce un sol de excelsos agüeros, cuando el príncipe de Asturias es presentado a la Virgen, en la basílica de Atocha. Canta la salve y el tedeum la escolanía. Enfervorizada, aplaude la muchedumbre el paso de la carroza real por el Prado.

En verdad, muchos de los que hoy le aplauden llaman *Puigmoltejo* al príncipe, como dijeron *la Araneja* a su hermana Isabel, por suponerla hija del comandante Ruiz de Arana. Todo Madrid cree a Alfonso fruto del último *pollo real*, al capitán valenciano Enrique Puigmoltó.

1859, 22 de octubre

El jefe del Gobierno y de la Unión Liberal, Leopoldo O'Donnell, anuncia a las Cortes que el reino se halla en guerra con Marruecos. Proviene el conflicto del derrumbe de un mojón, con el escudo de España, por parte de los rifeños. En realidad, obedece a una premeditada provocación de O'Donnell.

1860, 23 de marzo

Perdida la batalla de Wad-Ras, el sultán solicita un armisticio, del cual vendrá el tratado de paz. A la postre, España tiene que devolver Tetuán y Tánger. También pierde setenta mil hombres, cuarenta y seis mil de los cuales mueren del cólera.

1860, Primero de abril

Fallido pronunciamiento carlista del llamado Carlos VI y del capitán general de Baleares, en San Carlos de la Rápita.

1861, 31 de octubre

A propuesta de Napoleón III, Gran Bretaña, Francia y España resuelven enviar una expedición punitiva a México, por haber congelado Benito Juárez los pagos de la deuda exterior.

1862, 9 de abril

Ante los designios imperialistas franceses —entronizar en México al príncipe austríaco Maximiliano, como emperador—. Prim dispone el inmediato tornaviaje de sus tropas. La reina aprobará su acción.

1862, 23 de junio

Nace la infanta María de la Paz.

1864, 12 de febrero

Nace la infanta Eulalia.

1864, 16 de setiembre

Vuelve a gobernar el general Narváez. Desatínase cuando Emilio Castelar, catedrático de Historia Universal en la Central, lo apoda *el enano de la venta* en *La Democracia*.

1865, 25 de febrero

Castelar publica «El rasgo» en *La Democracia*. Denuncia la entrega de Isabel II de parte de los bienes de la Corona al tesoro, reservándose otros para enajenarlos. Tanto desprendimiento no es sino expolio, según Castelar, pues los bienes recabados pertenecen al patrimonio nacional.

1865, 10 de abril

Noche de San Daniel. Gran alboroto estudiantil, con motivo del cese obligado de Castelar en su cátedra. Los disturbios se saldan con nueve muertos y cien heridos. A los tres meses, cae el Gobierno.

1865, 21 de julio

Regresa al poder Leopoldo O'Donnell.

1866, 2 de enero

Prim se pronuncia en Madrid. Pero tiene que huir a Portugal y luego a Francia.

1866, 22 de junio

Derogada la disposición que permitía a los sargentos ascender hasta comandantes, sublévanse los sargentos artilleros de los cuarteles de la Montaña y de San Gil. Vencidos, fusilan a sesenta y seis amotinados. El príncipe de Asturias, sargento honorario a los ocho años, solloza y dice que quiere morir con ellos. A la reina le parecen pocas las ejecuciones.

1866, 10 de julio

Un Consejo presidido por Narváez sucede al último Gabinete de O'Donnell.

1868, 20 de abril

Muere Narváez y le sigue González Bravo al frente del Gobierno.

1868, 17 de setiembre

Desembarcan en Gibraltar, Prim, Práxedes Mateo Sagasta y Manuel Ruiz Zorrilla.

1868, 18 de setiembre

El almirante Juan Bautista Topete se pronuncia en Cádiz. Prim se solidariza con él, pero le impide proclamar al duque de Montpensier. Nombran al general Francisco Serrano comandante en jefe de la sedición.

1868, 28 de setiembre

Serrano bate decisivamente a las fuerzas isabelinas en el puente de Alcolea.

1868, 30 de setiembre

La familia real interrumpe su veraneo en San Sebastián y sale de España por Irún. El principito de Asturias entra en Francia bajo sombrero de copa de diecisiete reflejos. *Pensé tener más arraigo en este país*, gime y laméntase Isabel II.

1868, 9 de noviembre

Procedentes de Pau, en el tren de Burdeos, desembarcan en París la reina desposeída y su familia. A poco, se separarán oficialmente doña Isabel y don Francisco de Asís.

1869, primero de febrero

Alfonso de Borbón ingresa en el Collège Stanislas, 22, Rue Notre-Dame des Champs. Pronto asombra a docentes y a educandos con su prodigiosa memoria.

1869, 9 de junio

En Madrid se promulga la Constitución de 1869.

1869, 15 de junio

Invisten a Serrano como regente del reino. Serrano nombra a Prim jefe de Gobierno.

1870, 25 de junio

A demandas del duque de Sesto, quien a santo tapado desprecia a la reina, doña Isabel abdica sus derechos al trono en el príncipe de Asturias.

1870, 19 de julio

Francia declara la guerra a Prusia. En junio, el príncipe Leopold Hohenzollern-Sigmaringen había aceptado la Corona, que le brindaba Prim. Ante las protestas francesas, el rey de Prusia le aconsejó privadamente declinar la oferta. En nombre de Leopold renunció su padre. No obstante, demandaba Francia un repudio oficial y una carta abierta con explícitas disculpas. Guillermo I rehusó tan absurdas exigencias y el canciller Bismarck falseó un telegrama del soberano, acerca de las mismas, para que parecieran una afrenta a Prusia. Con errónea confianza en el apoyo de Austria e Italia,

el segundo Imperio francés rompió las hostilidades.

1870, 2 de setiembre

Napoleón III capitula en Sedan. En París, los diputados proclaman la República. El 18 de enero de 1871 Guillermo I será coronado emperador de Alemania en Versalles. Como la Guardia Nacional se niega a rendir sus armas, el Consejo de Burdeos manda las tropas sobre París. El 28 de mayo el Ejército toma la ciudad. Centenares de *communards* pagarán su rebelión con la vida. A millares serán deportados.

1870, 16 de noviembre

Amadeo de Saboya es elegido rey de España por las Cortes.

1870, 27 de diciembre

Atentado contra Prim a la salida del Congreso. Si bien sus heridas no son mortales, se le declara una septicemia y fallece el 30 de diciembre.

1871, 2 de enero

Fría acogida a Amadeo I en Madrid. Serrano asume la presidencia y la cartera de la Guerra en el primer Gobierno de la nueva Monarquía.

1872, 2 de enero

Para cursar estudios en el colegio Theresianum, llega a Viena Alfonso de Borbón.

1872, 7 de abril

Por expreso encargo de Isabel II, la cantante Elena Sanz visita al príncipe Alfonso en el Theresianum.

1872, 2 de mayo

Por Vera de Bidasoa entra en España el pretendiente carlista. El llamado Carlos VII, un mozo casi gigantesco, será vencido en Oroquieta y forzado a regresar a Francia.

1873, 11 de febrero

Obligado por el Consejo, firma Amadeo la disolución del cuerpo de Artillería, por haber pedido todos sus jefes y oficiales la licencia absoluta, en protesta contra el Gobierno. Acto seguido, Amadeo I abdica la Corona por sí mismo y por sus hijos. Aquel mismo día se proclama la República.

En once meses de turbulenta existencia, la República atraviesa un recorrido que a cada paso incide en el caos. El 11 de junio, su primer presidente —Estanislao Figueras— abandona la jefatura del Estado. Le sucede Pi y Margall, quien vivirá una presidencia aún más agitada. Entre diversos movimientos cantonales, el más grave estalla en Cartagena. Hasta 1874 no caerá aquella ciudad y será sofocada su rebelión, aunque entonces la República sea ya historia. Pi y Margall dimite el 18 de julio y le sigue Nicolás Salmerón en el mando del Estado. Para no firmar una ejecución, éste renuncia a su vez el 2 de setiembre. Asume la presidencia Emilio Castelar e impone una política mucho más conservadora.

1873, 16 de julio

Regresa el pretendiente tradicionalista. En la batalla de Montejurra, rebeldes y republicanos se atribuyen la victoria. Con varia fortuna, operan los carlistas en Cataluña, en el Maestrazgo y en la huerta murciana.

1873, 4 de agosto

En París, Isabel II otorga plenos poderes a Antonio Cánovas del Castillo, como adalid político de la causa de su hijo.

1874, 3 de enero

Vencido por veinte votos en el Congreso, dimite Castelar. El capitán general de Madrid, Manuel Pavía, disuelve la Cámara con unos tiros al aire y ruega a Castelar que vuelva al poder. Castelar mantiene la renuncia.

1874, 8 de enero

Retóricamente, se declara como «continuación republicana» el Poder Ejecutivo. Preside el Estado el inevitable general Serrano y duque de la Torre. El Gobierno, se lo confía al general Juan Zavala de la Puente, a quien seguirá Sagasta, en la presidencia del Consejo, el 3 de setiembre.

1874, 2 de mayo

El llamado Carlos VII asediaba Bilbao. Serrano y el general Manuel de la Concha, marqués del Duero, levantan el cerco y liberan la plaza. En junio, cuando marcha sobre Estella, la ciudad santa del carlismo, muere de un balazo el marqués.

1874, primero de diciembre

edactada por Cánovas, firma Alfonso de Borbón una carta a sus partidarios. En aquel

R documento, luego conocido como el manifiesto de Sandhurst, el príncipe se declara católico y liberal.

1874, 29 de diciembre

Al frente de la brigada del general Luis Dabán, Arsenio Martínez Campos proclama la Monarquía en los campos de Sagunto. Pronto se le suman los capitanes generales de Valencia y Madrid.

1874, 31 de diciembre

Desde el frente del Norte, renuncia Serrano a la presidencia del Poder Ejecutivo. En Madrid, Cánovas constituye un ministerio-regencia, comprometido a gobernar hasta la llegada de Alfonso de Borbón.

1875, 14 de enero

A caballo blanco, Alfonso XII hace su entrada en Madrid. Lleva uniforme de capitán general, cortado a toda prisa y probado por otro, que le enceta y oprime por las costuras.

1875, 2 de febrero

En un ataque carlista sobre Lácar, mientras apercibían los gubernamentales un baile en aquel pueblo navarro, Alfonso XII está a punto de ser capturado. Se acuerda suspender la ofensiva y regresar el rey a Madrid. En el viaje de vuelta sufre un aparatoso vómito de sangre. Lo atribuyen a la rotura de una venilla.

1875, 5 de febrero

Proscriben de España al republicano Ruiz Zorrilla, a quien Cánovas y el rey habían seriamente considerado como posible jefe de la oposición en las Cortes.

1875, 20 de febrero

Un decreto del Ministerio de Fomento e Instrucción declara no caber sistema educativo fuera del catolicismo y la fe monárquica. También se restablecen los textos y programas de 1857. En todas las universidades se producen serias protestas. Francisco Giner, Gumersindo de Azcárate y Nicolás Salmerón son encarcelados y desposeídos de sus cátedras. A raíz de aquellas medidas y consiguientes disturbios, Francisco Giner fundará la Institución Libre de Enseñanza.

1875, 31 de diciembre

Se convocan elecciones generales para el 20 de enero del año siguiente. Con el beneplácito de Cánovas, Francisco Romero Robledo, ministro del Interior, inaugura entonces una era de corrupción y pucherazos que infaman la Restauración y van a sobrevivirla ampliamente.

1876, 15 de febrero

Después de solicitar refugio de las autoridades francesas, Carlos VII cruza huido la frontera. Alfonso XII entra en Pamplona. El 20 de marzo regresa victorioso el rey a Madrid.

1876, 2 de julio

La *Gaceta* publica la nueva Constitución, aprobada el 30 de junio. El artículo 11 declara al catolicismo religión del Estado, comprometido a respetar otros cultos y creencias. Replica la Santa Sede con un breve tronante, asegurando que la tolerancia viola la verdadera fe.

1878, 23 de enero

Casa Alfonso XII con su prima Mercedes de Montpensier. Es el suyo un

matrimonio por amor, muy celebrado por el pueblo.

1878, 10 de febrero

Martínez Campos firma la paz de Zanjón, en Cuba. Al menos de forma circunstancial, concluye la guerra de los diez años.

1878, 26 de junio

De fiebre tifoidea, declarada después de sufrir un aborto, fallece la reina Mercedes en Madrid. Acaba de cumplir dieciocho años y no lleva sino cinco meses casada. Aquel verano, de nuevo enviada por la depuesta reina madre, reaparece Elena Sanz en la vida de Alfonso XII. Ella le dará dos hijos, Fernando y Alfonso. Después de negociar su extradicción con Cánovas, voluntariamente se destierra la diva a París.

1878, 25 de octubre

En la calle Mayor, de Madrid, un tonelero catalán, Juan Oliva, dispara contra el monarca sin alcanzarle. Oliva será ejecutado pese a los esfuerzos del rey, siempre opuesto a la pena de muerte, por indultarlo.

1879, 7 de marzo

Vuelto de Cuba, Martínez Campos accede a la jefatura del Gobierno, dimitido Cánovas. En realidad, y entre bastidores, Cánovas es todavía dueño de la situación.

1879, 5 de agosto

Como la reina Mercedes, a los dieciocho años muere la infanta Pilar de Borbón.

1879, 14 de octubre

En Madrid amanece cortado el telégrafo con Sevilla, Cádiz, Badajoz, Alicante, Orihuela y Albacete. A media mañana se interrumpen las comunicaciones con Cartagena, Málaga y Murcia. Las tormentas desbordaron los ríos de la vega. En la provincia de Murcia, pronto se cuentan quinientos setenta cadáveres. En Málaga y Alicante, se habla de otro medio millar de muertos.

1879, 29 de noviembre

Ahora por conveniencia y no por amor, vuelve a casar el rey. Se desposa en Atocha con la archiduquesa María Cristina, sobrina del emperador de Austria-Hungría.

1879, 10 de diciembre

Estrellándose con los intereses azucareros y esclavistas de Cuba, cae el Gobierno de Martínez Campos. Cánovas vuelve a la cabecera del banco azul.

1879, 30 de diciembre

Un pastelero gallego, Francisco Otero, dispara contra los reyes sin herirlos. Como en el caso de Oliva, serán vanos los intentos del monarca por salvarlo del garrote.

1880, 23 de marzo

Nace el Partido Fusionista, con un directorio compuesto por Sagasta, Martínez Campos, Posada Herrera, Antonio Romero, Alonso Martínez y el marqués de Vega de Armijo. Despechado, Serrano fundará Izquierda Dinástica.

1880, 11 de noviembre

Nace la infanta María de las Mercedes.

1881, 7 de febrero

Dimite Cánovas y el rey encarga a Sagasta la formación de un Gabinete liberal.

1882, 12 de noviembre

Nace la infanta María Teresa.

1883, primero de enero

Se constituye la Asociación Republicana Militar. Con fondos mandados por Ruiz Zorrilla desde Biarritz, financia dos alzamientos conjuntos en Badajoz y Alicante, aunque el último no llegue a realizarse.

1883, 4 de febrero

La Guardia Civil cree haber descubierto en Jerez una siniestra partida secreta, la Mano Negra, dispuesta al asesinado de los terratenientes andaluces. Extrañamente, todas sus víctimas son pobres braceros. Por la muerte de uno de ellos, siete anarquistas serán agarrotados. Sagasta se muestra tan inflexible como antes Cánovas, cuando el soberano le pide su indulto.

1883, 5 de agosto

Vitoreando a la República, se subleva la guarnición de Badajoz. Pero los rebeldes huyen luego a Portugal. A los dos días se alzan otras fuerzas republicanas en Santo Domingo de la Calzada. Vencidos y apresados, cinco sargentos serán condenados a la última pena. Sólo a uno logra salvarlo don Alfonso. El 10 de agosto fracasa otra intentona en La Seo de Urgel.

1883, 4 de setiembre

Desde San Sebastián, emprende el rey un viaje por Francia, Austria, Alemania y Bélgica. El recorrido terminará en París con desastrosas consecuencias. El 20 de setiembre, en respuesta a un brindis del emperador alemán, promete Alfonso públicamente que España luchará al lado del Reich, de estallar otra guerra con Francia. A los dos días recibe el nombramiento de coronel honorario de un regimiento de ulanos. El 29 de setiembre, en cuanto llega a París, la befa y el vocerío del pueblo lo sigue por doquier. *¡Abajo el rey ulano! ¡Muera el títere de Alemania! ¡Muera España!* El presidente de la República y el jefe del Gobierno francés ofrecen sus disculpas.

1883, 13 de octubre

Dimite Sagasta. Le sucede un Consejo, presidido por Posada Herrera. El 18 de enero del año siguiente, Cánovas recobra el poder para los conservadores.

1883, última semana de noviembre

Después de una mojadura y un enfriamiento, el monarca sufre una pleuresía reumática. Se repone en breves días.

1884, primero de abril

Se disuelven las Cortes y convocan elecciones generales: al Congreso el 26 de abril y al Senado el 8 de mayo.

1884, 11 de abril

El soberano se encama acatarrado el día de Viernes Santo. Una semana después, sufre un vómito de sangre. A finales de junio lo mandan al balneario de Betelu para hacer una cura de aguas. En otoño, vuelven las fiebres y los enfriamientos. Es rumor sabido y disperso que don Alfonso está tuberculoso.

1884, 26 de abril

Entre Badajoz y Ciudad Real, el tren mixto se precipita en el Guadiana por el puente de Alcudia. Mueren ciento veinte soldados recién licenciados.

1884, 29 de abril

Alzamientos republicanos, rápidamente dominados, en el pantano de Isabar y en Santa Coloma de Farnés. El comandante Ramón Ferrándiz y el teniente Manuel Bellés serán condenados y fusilados por la espalda, pese a las protestas generales en Cataluña y a las gestiones del rey por conseguir su indulto.

1884, 25 de diciembre

Temblores sin consecuencias graves estremecen Madrid. Pero llegan nuevas terribles desde Andalucía. En Málaga y en Granada hay centenares de muertos y poblaciones enteras son arrasadas por los seísmos. El 9 de enero, parte Alfonso XII para las zonas más infortunadas. Vuelve al cabo de una semana, diciendo que los escandalosos abusos del caciquismo de Romero Robledo son aún peores que los terremotos.

1885, 20 de junio

El cólera se extiende por España. En junio, deja un rastro de ciento veintisiete muertos en la provincia de Valencia, noventa en Murcia y medio centenar en Castellón. Al rey le impiden visitar Murcia. Pero, cuando la epidemia llega a Aranjuez y castiga duramente aquella plaza, escapa al Real Sitio sin permiso del Consejo y pasa una jornada atendiendo a los apestados.

1885, última semana de julio

Recrudecida su postración, don Alfonso se traslada a La Granja. Lleva allí una vida muy retirada y se repone un tanto.

1885, 13 de agosto

El embajador alemán anuncia que, consideradas las Carolinas y las Palaos territorios sin dueño, zarpó rumbo a Yap el cañonero *Iltis* para posesionarse de la isla. El 25 de agosto, el *Iltis* atraca en Yap y lo incorpora al Imperio. El 4 de setiembre Alfonso XII sugiere secretamente al embajador alemán que Bismarck solicite la mediación de la Santa Sede en el conflicto.

1885, 2 de octubre

Mientras en Madrid el fervor antifrancés de otoño de 1883 se convierte en furiosas manifestaciones contra el Reich y fervorosas muestras de adhesión a Francia, Bismarck pide los buenos oficios del papa en el pleito del Pacífico.

1885, 8 de octubre

fligido por toses y esputos sangrientos, el rey tiene que abandonar un Consejo, ya tres

A veces aplazado por su mala salud.

1885, 22 de octubre

Salomónicamente, el Vaticano establece el dominio español en las Carolinas y las Palaos. Pero concede a Alemania libertad de comercio, pesca y cabotaje en las islas, con derecho a plantaciones, bases navales y minas de carbón. El monarca da la crisis por resuelta.

1885, 31 de octubre

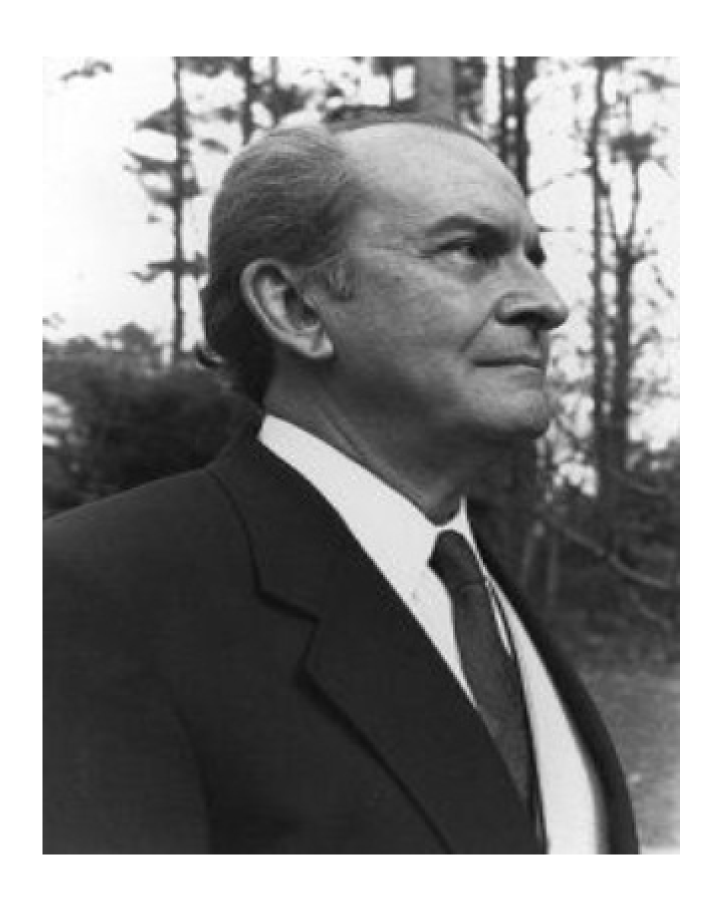
Con la muy dudosa esperanza de que la sierra lo reponga, el soberano se desplaza a El Pardo.

1885, 22 de noviembre

El embajador alemán, Karl Eberhard Theodor Solms-Sonnenwalde, visita al rey en El Pardo. Lo ve abocado a la muerte; pero lo felicita por hallarse encinta María Cristina. El hijo póstumo de Alfonso XII, Alfonso XIII, nacerá el 17 de mayo de 1886.

1885, 25 de noviembre

Fallece Alfonso XII a las nueve menos cuarto de la mañana. Son sus últimas palabras. *¡Qué conflicto! ¡Qué conflicto!* Antes le dijo a la reina: *Ya verás cómo todo se arregla providencialmente. Pero, si muero, guarda el coño y ándate siempre de Cánovas a Sagasta y de Sagasta a Cánovas*.



Carlos Rojas Vila nació en Barcelona en 1928. En 1951 se licenció en Filosofía y Letras por la Universidad de Barcelona y en 1955 se doctoró en la misma materia por la de Madrid. Fue lector de español en la Universidad de Glasgow (Escocia). En 1957 se trasladó a Estados Unidos como profesor ayudante de español en el Rollins College de Winter Park (Florida). Posteriormente, fue profesor agregado de lenguas Románicas y más tarde Catedrático de Literatura Española Contemporánea en la Universidad de Emory en Atlanta.

Su primera novela, *De barro y esperanza*, se publicó en 1957. Un año después aparecía *El futuro ha comenzado* y *El asesino de César*, premio Ciudad de Barcelona 1958. Ganó el Premio Nacional de Literatura en 1968 con *Auto de Fe*. En 1973 obtenía el premio Planeta con *Azaña*, y cuatro años más tarde, el Ateneo de Sevilla con *Memorias inéditas de José Antonio Primo de Rivera*. El Premio Nadal lo conquistaría en 1979 con *El ingenioso hidalgo y poeta Federico García Lorca asciende a los infiernos*, y ganaría el Espejo de España con *El mundo mítico y mágico de Picasso* en 1984.